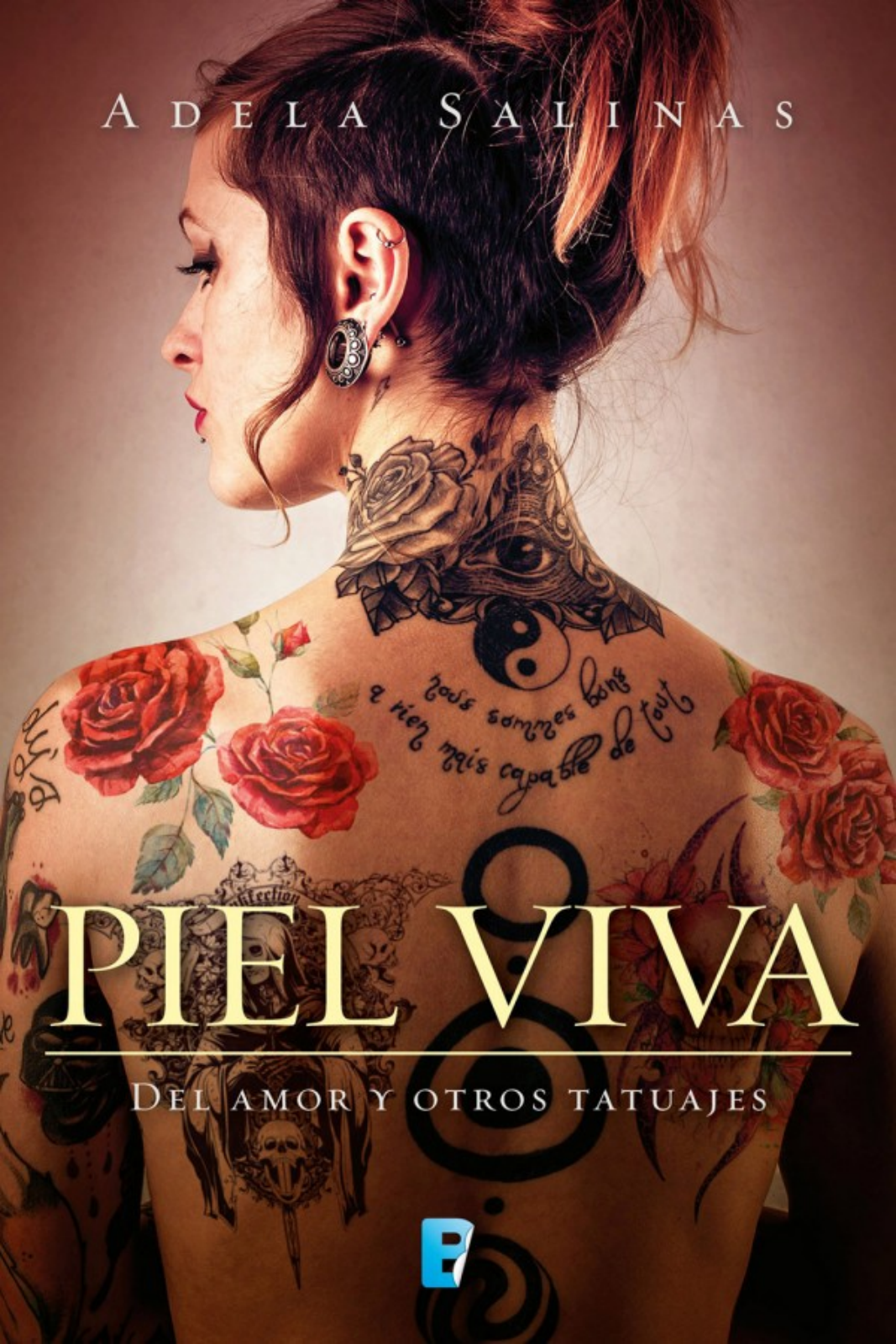

PIEL VIVA

Del amor y otros tatuajes

PIEL VIVA

DE BOOKS

ADELA SALINAS

PIEL VIVA

MÉXICO · BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS
MADRID · MONTEVIDEO · MIAMI · SANTIAGO DE CHILE

Piel viva

Primera edición, septiembre 2016

D.R. © 2016, Adela Salinas

D.R. © 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

ISBN 978-607-529-085-0

Hecho en México | Made in Mexico

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Para Aarón, Yavanna y René

Desnuda me verás mejor. Verás una vida multiplicada sobre un lienzo vivo en claroscuros. Soy un museo. Mi piel está marcada por agujas de todos los grosores. Ay, esta piel tan trabajada… ven y tócala… No te alejes, ven, ven. Mira su colorido, su juego de luz y sombras, sus volúmenes, dimensiones, degradados, perspectivas, texturas, tonos y también muchos errores tapados con otros dibujos. Tócala… Esta piel es la respuesta a las demandas de mi alma.

La madre negra es mi musa, mi fuente de inspiración, mi quimera. La encuentras en cada punto, en estos símbolos, en todos los dibujos, en cada pequeño cuadro que compone un gran mundo tan cargado de opuestos. Los opuestos aparentemente se repelen, pero al final de cuentas, comulgan. Sin diferencias no hay movimiento. Si no existiera la muerte, no viviríamos. Si no existiera el diablo, no conoceríamos a Dios. Aquí también encontrarás la muerte, tu propia muerte y en ella tu vida. Me llaman Perversa y tengo mis razones.

En mi cuerpo (una flor que se abría apenas, una semilla a punto de germinar, como todas estas que ves a lo ancho y largo del cuerpo), está quien me sedujo por primera vez a mis once años de edad. Si esa persona no hubiera existido en mi vida, lo más seguro es que no estaríamos charlando aquí, tú frente a mí, tomando notas, viéndome con la misma atracción y rechazo que yo sentía por ella. Cómo es que la presencia de alguien, aparentemente insignificante, que no pasa en tu vida más que el tiempo de un parpadeo, determina el resto de tu historia. Si no fuera por ese detalle en mi vida, yo no estaría así, hecha un lienzo, repudiada por los ignorantes del arte, un libro abierto que hay que ver minuciosamente para entender el fondo de una historia, ahora impresa, tatuada en el cuerpo.

Desde muy joven decidí hacer de mi cuerpo una obra de arte y qué mejor que imprimir en él todo aquello que forjó mi conciencia.

¿En serio quieres saber qué pasó? Ven, siéntate a mi lado.

Tenía once años, el inicio de mi vida sexual, aunque entonces no lo supiera. A pesar de tantos años que han pasado, todavía se notan los dibujos a la distancia normal, la que un tatuador espera. Se han oscurecido y borrado un poco por efecto de la edad. Tú sabes, la piel se empieza a aflojar y salen arrugas.

Era una época difícil de describir, todavía llena de tabúes y qué va, todavía los hay, eso es increíble. No hay tanta evolución como pensamos. Seguimos en un mundo pequeñito y con las mismas necesidades de posesión y autoridad, así que no me voy a detener a darte fechas.

La Biblia habla de la esclavitud. En el Éxodo dice: “Si alguien golpea con un palo a su esclavo o a su esclava, y como resultado del golpe él o ella muere, su crimen será castigado. Pero si después de uno o dos días el esclavo se recupera, el agresor no será castigado porque el esclavo será de su propiedad”. Dime, ¿ha cambiado el mundo? ¿De qué sirven las fechas? Será para tener registradas las barbaridades de la historia. Para mí la única fecha importante sería la que marcara el fin de la oscuridad.

¿Ahora comprendes por qué tengo tatuadas estas cadenas? Desde niña fui rebelde porque percibía esas cadenas en las miradas de mi madre y de mis hermanas; a pesar de que llevaba una vida aceptable parecían condenadas a un mundo mezquino al cual se habían adaptado tanto que todo lo que hacían era para sobrevivir. Era yo la que siempre estaba en contra, la que nunca estaba de acuerdo, la que metía pleito, la que hacía berrinche y la que no entendía por más que me repetían las cosas que debía hacer. ¿Por qué las debía hacer si no me gustaban? Yo buscaba sentirme contenta. Fue tanta mi necedad que siempre pensé que fue por eso que mi madre me tomó de la mano y me sacó con todo y maleta sin dar explicaciones.

Su mano apretaba mi pequeña mano helada que se resbalaba de sudor por miedo al abandono. A cada paso pensaba que me echaría a la basura, que me llevaría a un barranco, que me regalaría con el robachicos, que me llevaría a la policía, que me encerraría en alguna jaula.

Su mano, siempre acolchonada, pero firme; sin embargo, cálida. Me decía que pronto me abandonaría y la mía, mi mano, aguantaba la prisión entre sus dedos porque sabía que, una vez suelta, ya no estaría más con ella, con mamá.

Llegamos al internado, el mismo de donde mi hermana Gracia había salido dos años antes. El gran edificio que, majestuoso, sobresalía entre todos, aguardaba mi llegada porque fue fácil que se abriera el portón de la entrada cuando el policía portero escuchó mi nombre: Alma Torres.

Entonces mamá se volvió hacia mí. Su mirada húmeda la delató, pero ya no quiso seguir. Se secó los ojos con la otra mano y me jaló. Había que caminar más rápido para acabar con esta pesadilla de una vez por todas.

Todavía, a la distancia de los años, escucho sus pasos. Usaba zapatos de meter con tacones anchos y bajos para poder caminar mucho y con seguridad. Le gustaba verse fuerte, sobre todo después de haber quedado viuda y con cuatro hijas de las cuales yo era la

menor.

Subimos varios escalones que desembocaban en unas puertas con filos dorados; tras ellas dominaban tres vitrales de muchos colores con pasajes de santos. No importa cuáles: todos tienen una aureola, corderitos y una túnica que oculta lo que para ellos son las partes prohibidas. Se los dijo Dios algún día, que debían avergonzarse de sí mismos. Bueno, eso nos dijeron que dijo Dios.

Un poco después nos internamos en pasillos oscuros y relucientes conectados entre sí por grandes arcos que no eran más que los umbrales que conducían al abismo, mira, es por eso que mis hombros tienen arcos y dentro de los arcos puedes ver que se pierden otros y otros, mira, aquí, parece que te pierdes, ¿verdad? Son arcos que no tienen fin. Mi piel se ha vuelto un túnel…y también tengo otros aquí en las rodillas, en todas mis curvas hay, por lo menos un arco y dentro de él otros dos que se pierden hacia su interior. Los mundos son paralelos y son infinitos. Esos arcos son mis laberintos, justo los que me han traído a este mundo artístico. En mi cuerpo verás repeticiones… la vida es recurrente. Sólo la muerte te salva.

Total, pasamos de filo varias puertas, varios cuadros insignificantes, algunas personas, sonidos de niñas que se perdían detrás de tantos muros. Mamá no hablaba para no llorar. Sólo caminaba de prisa, y las paredes con todo y sus arcos, los techos altos y hasta los confines del internado, multiplicaban ese sonido de los tacones de mi madre y un poquito los míos, que sonaban suaves, informes e inseguros. Me dejaba. Mamá me dejaba aquí y se iba.

Y es que no había de otra. Yo era la menor y no había dinero para sostenerme y no había humor para aguantarme. Sólo mi hermana Gracia empezaba a trabajar. Todavía no era el momento de saber que a Luza se le empezaba a manifestar una enfermedad, pero ya tenía una tos que no se le quitaba, y Pera ayudaba a mamá en la casa.

El recuerdo es como un ventarrón que deja polvo sobre una imagen y la imagen es poco nítida, así como lo ves en mi cuerpo, pues aunque los tatuajes no se quitan, aún con sus cuidados, se vuelven borrosos. Sólo sé que mamá no estaba contenta, pero que tampoco era frágil. La muerte de papá cinco años antes la volvió dura. Tenía cuatro hijas a quienes mantener. No había tiempo para duelos largos, aunque no dejó de vestirse de viuda durante mucho tiempo: toda de negro, las faldas hasta las pantorrillas y siempre con un velo corto y negro en la cabeza que resaltaba el color aceituna de sus ojos.

Así, mamá se volvió negra y misteriosa como una noche sin luna, como una diosa negra, la que va de mi vientre al plexo solar, la mismísima Lilith en sus múltiples manifestaciones. La puedes ver también como un agujero negro, como éste que está en mi cuello, sobre mi garganta, desde donde pueden salir todos mis oscuros y huecos gritos de mujer endemoniada. Mamá no daba explicaciones de nada. No había tiempo para los niños. Los niños debíamos obediencia nada más. Se decía que las letras entraban con sangre. Era la época en que nos pegaban porque pensaban que así debía ser la buena educación. Mi mamá nos pegaba en la cabeza, nos daba pellizcos, patadas por debajo de las mesas, nalgadas, bofetadas, de ahí no pasaba, pero lo hacía con mucha carga, demasiado enojo era incontenible y había que descargarlo sobre quien se le pusiera enfrente.

A pesar de eso quería estar con ella. Mi mirada suplicante, mis manos sudorosas, mis pasos frágiles y temblorosos no importaron. Importaba que fuera obediente y bien educada. Importaba no dar problemas. Dar una queja ya era un problema infranqueable. Los niños éramos inferiores. Sin embargo, aunque fuera así y no nos dieran importancia, mamá, de nuevo, se secó los ojos antes de tocar a la puerta de la dirección.

La puerta se abrió, inmensa, la más grande que jamás vi. La más gruesa y más amenazante por ser la puerta a mi perdición. Mira, aquí en la espalda tengo una puerta y dentro de ella ves que se pierden más puertas, algunas de colores. Todo es un eco y es holográfico. Somos una repetición de toda nuestra vida. En esa puerta están contenidas todas las que se han abierto y cerrado en mi vida. Pero la principal, la contenedora de las demás, es gris, deslavada, pues tras ella estaba el abismo que me aguardaba y no había otra opción más que aventarme o mamá me aventaría. Antes de que esa puerta se abriera la vida era una y sabía que una vez abierta, mi vida estaría en un lugar sin fondo, totalmente oscuro. Sin mamá, sin sus manos, sin su perfume, sin sus ojos aceitunados. Era algo así como la muerte. Y mamá, dónde está mamá… sin ella no había piso, no había techo, no había más que un vacío sin fondo, así como lo es la noche y los objetos que penden de ella y que parecen monstruos y diablos, así como estos que enmarcan la puerta de mi espalda, ahí cerca de los pulmones porque no me dejaban respirar: espero que todavía se distingan. Han pasado tantos años… Ésa fue la puerta que me quitó el aliento.

Tras la puerta, la madre Pilar se acercó con su cuerpo pesado, con sus ojos avispados, que espulgan, que espían, que quieren

encontrar alguna falla, no importa cuál. Sus ojos eran de piedra bola, que ponían un alto de antemano.

—Pasen —fue todo lo que dijo y bastó para que mamá la obedeciera en el acto.

Y como yo le debía obediencia a mamá, entonces entendí lo que se me esperaba con esta mujer que era la directora y que por darle órdenes a mi mamá se convirtió en su dueña; era la dueña de este mundo al que podía exterminar en un instante.

Me volví microscópica, una célula muerta, una nada frente a esta mujer que dominaba a-mi-ma-dre que a mis ojos había sido, hasta ese momento, la fuerza misma.

La madre Pilar, la directora gorda, con un cutis reluciente de gorda, sus brazos no alcanzaban a cruzarse sobre su pecho. Al instante me dijo que bajara la mirada, que las niñas no teníamos derecho a verla de frente y que, por favor (el por favor estaba tan lleno de desprecio…) cada vez que me dirigiera a ella, lo hiciera con la mirada al piso. Me volví hacia mi madre y mi madre esquivó mi vista y posó sus ojos en el piso. Asentía lo que la madre Pilar decía. Entonces, a lo más que aspiré fue a ver sus zapatos abiertos en el empeine, forzados hacia los lados de tanto peso y de tanto volumen. Parecía que explotarían. Todo ese peso estaba recargado hacia abajo, la carne del pie sobresalía del zapato y se veía incómodo. Su voz salía de esa incomodidad, sus palabras estaban cargadas de grasa, de carne viscosa, de indigestión. Era una voz salida de una prisión profunda, agitada, siempre con mal olor, al menos eso imaginaba, porque la indigestión tiene un olor putrefacto.

Llegó la hora. Mamá se iba y con ello mi vida. Mamá me dejaba y sus ojos, y sus manos y su regazo y toda ella se iba a su casa y me dejaba en otra vida, en otra existencia. Mamá, que se secó apenas una lágrima y me dejó hecha una regadera. Mamá, a quien detuve con todas mis fuerzas y mis fuerzas, mis ojos y mi llanto no sirvieron para detenerla. Se fue y cerró la puerta tras de sí. Y se cerró mi entendimiento.

La madre Pilar me miró con firmeza, sin sombra de calidez, abrió la puerta y desde el marco llamó a la hermana Clara. Alcancé a escuchar los pasos de mamá hasta que se perdieron en la lejanía.

—Hermana Clara —su voz imponente y chillona. Gritó más fuerte y eso dio pie para que respirara con más fuerza. Parecía cansarse por todo.

La hermana Clara entró apresurada. Sus ojos no sabían qué hacer porque rodaban para todos lados, y ofreció una disculpa. No esperó

más y me vio directamente, sus ojos estaban sombreados por las ojeras que le daban una personalidad vampiresca.

—Ven, vamos por tus uniformes —antes de salir de la dirección, me atreví a mirar de frente a la madre Pilar y creo que eso bastó para ganarme su incondicional odio.

La hermana Clara me cayó bien por su sonrisa franca que la volvía hermosa. Sentí que me había tomado como cómplice de su desgracia al tener que trabajar junto a esa gorda. Entonces no supe por qué una persona tan bonita como ella, de nariz afilada, ojos café claro y muy expresivos, sombreados por sus ojeras que la hacían interesante sobre todo cuando sonreía, podía ser monja y trabajar en un lugar como ése.

Durante el camino guardamos silencio porque no encontrábamos qué decir, pero ella se mostró cordial todo el tiempo. Hablaba quedito, como si sólo yo tuviera el privilegio de recibir sus secretas palabras.

—Mira, ahorita vamos por tu ropa y te llevo al dormitorio para que te cambies…

En la ropería, que estaba dentro de la lavandería, me dieron un paquete con mis uniformes nuevos. Otilia era la encargada y parecía enojada, pues esa vez no sonrió. Cuando le dije gracias no contestó ni me miró siquiera. La recuerdo alta, como una matrona, quizá por su complexión robusta, pero debió haber sido baja porque la hermana Clara era más alta que ella.

Sus brazos pachones me recordaban un poco a los de mamá, aunque los de mamá no eran tan anchos ni tan guangos. Otilia se movía de un lado a otro, sin hablar. Había que lavar mucha ropa. Sus manos anchas y callosas, uñas gruesas de tanto trabajo. Parecía déspota, pero el canto de sus ojos verde claro estaba tan caído que más bien le daba un aire de tristeza y ternura. Sus ojos se habían vencido con tanta carga de la vida, así parecía. Ella era la encargada de guardar la ropa nueva, aunque también tenía ayudantes. Las niñas que habían salido del internado tenían que dejar sus uniformes para las que entraban. Cada vez que huelo un jabón zote, la recuerdo tallando algunas cosas mientras metía otras en las grandes lavadoras de rodillos. Mamá también tallaba la ropa, pero ella sobre el lavadero, con toda la fuerza de su cuerpo, a todo pulmón. Restregaba tanto la ropa que la espuma del jabón terminaba por caer como cascada por los lados de la piedra carcomida por el tiempo, pero sus manos eran más delicadas. Siempre después de lavar se ponía crema, entonces mamá olía a crema. Mi hermana Pera y yo tomábamos la espuma y nos la

aventábamos como si fueran copos de nieve hasta que de tan empapadas teníamos que bañarnos juntas porque no podíamos desperdiciar agua y costaba trabajo que el calentador funcionara al máximo. Era un calentador viejo que se encendía con un pedazo de papel periódico y al acercarlo siempre había un chispazo que me hacía pensar que un día podía producir una gran explosión y matarnos.

Pero entonces no estaba en casa ni frente al calentador que podía explotar; ése era el internado y no había más que obedecer, así que tomé mis uniformes y me fui a cambiar al dormitorio. En el internado había escalones de piedra por todos lados, así que en ese momento no supe cómo llegué porque seguí a la hermana Clara.

—Ésta es tu cama. Te cambias y te esperamos en la capilla —sonrió de nuevo—. Sales por el pasillo, después de la fuente hay unas escaleras que te llevan. Caminas todo derecho y llegas.

Me senté, brinqué sentada para sentir el colchón. Nada mal. Mi cama estaba cerca de la salida al patio de arcos… sí, sí, como éste que señalas, y era el patio que llegaba directo a la Fuente de los deseos, después supe que así le llamaban y que todas habían pedido alguna vez salir del internado; pero todavía seguían ahí, para mí esa fuente carecía de toda magia y más bien le puse la Fuente oscura.

Me levanté y vi tal pulcritud en el resto del dormitorio, que restiré la colcha y me vestí en orden. El vacío de la habitación reproducía con mayor fuerza cualquier ruido que hicieran mis movimientos.

Me quité el vestido verde agua y los zapatos un poco despegados del borde de la suela de tanto jugar y en su lugar me puse el uniforme color vino que tenía un cuello redondo beige, manga larga y con un doblez de puño también beige. Me quedó un poco grande, pues además de que yo estaba muy delgada, así como ahora (siempre he sido flaca) lo daban una talla más grande para que durara más. Me puse unas medias de popotillo que doblé para que quedaran bajo la rodilla y unos zapatos cafés con agujetas, tipo hombre. Me gustó el uniforme de educación física (un short y una camiseta con cuello, calcetas blancas y tenis) y el de los fines de semana (una blusa de cuello y un pantalón color vino). Doblé como pude la ropa de calle y la coloqué dentro de mi maleta, donde había guardado como reliquia la foto de mi hermana Luza, que era mi consentida y a quien iba a extrañar como nunca. Antes de guardarla, le di un beso y sobé la foto con mi mejilla. Con la suavidad acolchonada de los zapatos nuevos me dio por brincar a lo largo del pasillo hasta llegar a la fuente donde escuché un “¡A

callar!” de alguien a quien nunca vi por más que busqué, pero me sentí poco menos que perro y seguí mi curso así, con la cola entre las patas.

Cuando pisé la capilla se hizo el silencio. La monja que daba clase interrumpió sus palabras para verme, sus ojos parecían proyectiles, luego dio la vuelta y continuó con la lección. Las que serían mis compañeras dejaron de escuchar el sermón para verme de arriba a abajo, todas serias. No supe si era por antipatía o por extrañeza. Pero luego entendería por qué. Mientras tanto, me senté en la esquina de la última banca. La hermana Delfina, una mujer mayor, muy delgada, pequeña y pálida, con una joroba que la volvía aún más pequeña, era la que daba la misa. Su voz, extremadamente pausada y rasposa, me hizo bostezar tanto esa como las demás veces; además de que no me interesaba oír hablar de Dios y ni siquiera observar a detalle la capilla llena de motivos dorados e imágenes de dolor porque era obvio que Dios me había fallado. ¿No es obvio? Mira, Dios es un tema recurrente en mi cuerpo precisamente por su ausencia en mi vida, puedes decir eso en tu escrito.

Y, aunque mamá lo defendiera, yo sólo veía cómo ella rezaba y rezaba por el bienestar de todos sus hijos y Dios no le hacía caso. Estaba más ocupado en ayudar a otro tipo de gente. Así que la indiferencia de Dios me caía muy mal y por eso yo decidí ser igual de indiferente con él, aunque parece que no pude hacerlo. Él tenía el poder y lo ejercía en silencio, sin dar la cara, como todo un dictador. No había cara a la cual escupirle.

Tal era la devoción de mamá que sus hijas teníamos un nombre religioso: Luz (yo siempre le dije Luza), Gracia (la gracia de Dios), Esperanza (le decíamos Pera) y yo, Alma. Mira, mis hermanas bajan desde el borde de mi cuello, por el lado izquierdo de mi cuerpo. Mi madre, Carmen, hasta arriba, justo sobre mi corazón, con esta forma de corazón roto y envuelto en llamas que está arriba del cuerpo de Lilith aunque ya no se nota tanto. Gracia es este ángel caído, las alas rotas, la mirada triste, perdida, anhelante. Luza está aquí, esta mariposa llena de colores que sale de este capullo oscuro que era su vida. Y aquí está Pera. Ella era mi enemiga y aprendí a defenderme a trancazos. Nos peleábamos mucho. Mira, ella es estos picos que terminan en mis nudillos, porque siempre le di los más fuertes puñetazos que pude y vaya que la quería matar. Creo que en parte era necesario que me internaran. Ya nuestras peleas eran insoportables para la familia y ella daba menos lata que yo.

Por fin sonó la campana para el recreo y salimos, pero una vez

fuera, todas corrieron cerca de mí y me rodearon. Me sentí como puerco espín, lo advertí en mi piel que se erizó, en mis movimientos cautelosos, en mi mirada que se movía multiplicadamente para franquear al enemigo. Como siempre peleaba con Pera ya tenía experiencia con los golpes y esta vez no me iba a dejar. Pero en esta ocasión mis piernas y toda yo temblaba tanto que sentí clarito como si me elevara del suelo. De esa forma cómo me iba a defender. Con un empujón bastaría para que me tiraran, así que me fui con cuidado, tenía que ganar tierra, tranquilizarme para ganar firmeza.

Tal vez mis compañeras no me vieron tal como yo me sentía, pero es que me creía tan poca cosa tras la partida de mamá… si ella, que era quien más me quería en el mundo me había rechazado, qué podía esperar de los demás.

Se me acercaron más y más. No recuerdo el orden, aunque sí la presencia que me oprimía el pecho. De pronto me vi corriendo hacia el dormitorio lo más veloz que pude porque me persiguieron. El jadeo dentro del dormitorio se hizo eco. El primer impulso fue jalar la maleta para sacar de nuevo mi ropa. Ante el desconcierto de varias, acomodé la ropa, la planché con las manos, la doblé como nunca, porque mis cosas eran el único asidero que tenía y creo que con eso les rompí el esquema. Eran mis cosas porque venían de casa de mamá, de mi casa y al tocarlas sentía que volvía a mi lugar. Tal vez por eso la suavidad de algunos de los dibujos que ves a lo largo y ancho de mi cuerpo es realmente lo que siempre busqué, de ahí las finas líneas que delimitan las imágenes, mira las flores, hay unas tan exquisitas que ya casi no se ven. Suavidad, eso, suavidad es lo que busco. Suavidad… suavidad…

Escuchaba tras de mí voces de niñas presumidas, aunque también de niñas amistosas. No recuerdo las frases, pero sí su tono, y es que en el tono está dicho todo, en un gesto está dicho todo, en un parpadeo se puede ver de qué está hecha una persona, no se necesita descripción más profunda que ésa. La respuesta de todo está en el más pequeño detalle de la vida, así como en cada punto del tatuaje. En un atisbo se detecta la verdadera intención, aunque luego se guarde tras la apariencia y se pierda en el vaivén de la vida cotidiana.

Mira, como dice ese lugar común, las apariencias engañan. Pues sí, aquí me ves, tatuada hasta la cara, irreconocible de cómo era, un engendro para muchos y, sin embargo, con una sensibilidad brutal y creo que más auténtica que nunca. Desde niña todo lo sentía, todo me llegaba hasta lo más profundo de mi ser, pero entonces todavía no sabía el lenguaje de lo invisible a los ojos físicos, pero muy

nítido para el alma, para el Alma… así como me llamo, qué raro… en fin.

Esa sensibilidad la saqué de mamá, que detectaba el carácter de la gente por un gesto o movimiento. Ah cómo la odié y la extrañé aquella vez. Extrañé su tono de voz que, aunque fuera de regaño, siempre era el tono de mamá, de cobijo, de útero. Esos tonos de ellas, mis compañeras, los capté de esa forma porque eran los tonos en los que se dirigían a mí, los tonos más allá de las palabras; eran la base sobre la que se construía su lenguaje hacia mí, la niña nueva, la que no sabía nada y a la que había que maltratar.

Mi piel tiene varios tonos. Es totalmente contrastante y en ese contraste se observa el ritmo de mi mundo, siempre en perpetuo movimiento.

Un tono no existe sin su contraste. Así mi oscuridad no sería tal si no existe, en la misma proporción, la luz que le da fuerza, que la habilita. Puedes ver todos estos colores: desde rosas y pasteles hasta cafés, negros y pardos. Pero todo tiene un orden, si lo ves. Y ese contraste, esa cantidad de imágenes aparentemente aisladas, forman un conjunto, el conjunto de mi vida. Y del horror que te despierten las imágenes puedes ver, según como están dispuestas y dibujadas en todo el cuerpo, su belleza intrínseca. Ahí está el arte.

Bueno, el caso es que sonó la campana y eso significaba que se terminaba el recreo. Había que ir a la siguiente clase.

—Todas, a formarse —gritó la hermana Constanza con su voz gruesa, de trueno, que parecía salir desde sus anchos hombros, como de militar. Pero sus grandes ojos negros que, aunque amenazantes, en el fondo parecían querer sonreír, se detuvieron en mí—. Menos tú —y me señaló con el índice—. Tú vas a la peluquería. Mis compañeras se rieron. Entonces entendí por qué murmuraban tanto. Yo tenía el cabello largo y ellas no.

La peluquería estaba lejos del dormitorio, cerca de la enfermería y de los columpios, exactamente al extremo contrario de la entrada del internado. Apenas llegué a que me cortaran el pelo, me pregunté qué tan difícil sería brincarme la barda que daba a la calle. Creo que ahí me empecé a obsesionar con salir de ahí a toda costa. Se alcanzaban a escuchar algunos coches, la vida de afuera, a la que quería regresar desde un principio.

Cuando noté el mechón largo de pelo caer al piso, traté de contenerme, pero fue imposible. El espejo no ocultó mi nariz roja y mis lágrimas y creo que además fue la primera vez que realmente me vi en el espejo. En él podía encontrar a alguien tan familiar como yo misma y a quien, sin duda, me acompañaba y me

demostraba abiertamente su dolor. Era el espejo. El espejo era dolor vivo como éste, el que está tatuado en todo mi cuerpo porque la acción misma de tatuarse es un espejo de dolor para mí y el dolor tiene distintos sabores que hay que saber detectar. El dolor es mi camino.

Desde entonces me propuse intimar conmigo misma en el espejo de los baños y pude ver unos ojos que siempre pedían algo; supe que mi nariz se llenaba de pecas pequeñitas cuando había mucho sol. También detecté que de mis ojos ya encendidos de tanta ira salían borbotones de agua salada y supe que a esa niña que se reflejaba y a la que siempre me devolvía la mirada, había que cuidarla mucho. No estaba tan mal a pesar de todo. Incluso me gusté. Tal vez ahí empezó a germinar la semilla del arte dentro de mí.

La hermana que me cortaba el pelo ni se inmutó, parecía estar acostumbrada a la indiferencia del mundo y no sabía que justamente eso ha causado toda la destrucción, la indiferencia, la indiferencia… sólo me pasó un pañuelo. Una vez que terminó con las tijeras, tomó la máquina y me dejó al rape, incluso más corto el cabello que al resto de mis compañeras.

Quedé hecha picos. La línea de mi cabello terminaba en un piquito en medio de mi frente y en medio de la nuca. Mis orejas terminaban en un pico pequeño, mis ojos estaban levemente jalados hacia los lados, mi nariz y barba un poco puntiaguda. ¿Viste cómo tengo acentuados esos rasgos con un pincel delgado? Fueron tatuados con la punta más delgada. Parecía que me había escapado del bosque. ¿Ya viste las hadas que tengo en mi cabeza? Son las hadas que se escaparon también y se colocaron ahí para cubrirme del frío esa vez que me cortaron el cabello, pero entonces no lo sabía y todavía no estaban tatuadas, aunque ellas ya estaban listas, en esencia, para formar parte de mi destino. Se manifestaron muchos años después, ya te platicaré. No todas son malas; sólo ésta, el hada Melusina, la mujer serpiente que está en medio y es justo la que más me protege. Ahora que la tengo sé que no pasa nada, pero esa vez temía que se burlaran de mí por estar pelona y necesitaba protección.

Entre los zapatos de goma, que me hacían sentir que caminaba sobre un colchón y con tan poco cabello pude entender la volatilidad de los fantasmas. También me quitaron los aretes. Nada de vanidad. En el internado para evitar los piojos había que estar con el pelo a rape y todas teníamos que ser iguales.

Pero al principio yo no fui igual, primero porque llegué con el

pelo largo y provoqué envidia entre mis compañeras y luego llegué con el pelo más rapado y causé burla y lástima en la mayoría. Las risotadas son latigazos y no hay forma de regresarlos. Me quedé quieta ante la opresión, sintiéndome la más tonta; lo único que se movía en mí fueron mis ojos que oscilaban de un lugar al otro, como queriendo encontrar una salida por la cual correr para siempre. Mi cara estaba caliente. Supongo que más roja no podía estar y contuve (por primera vez lo logré) las enormes ganas de llorar en voz alta. Había dejado de ser la niña chiquita de mi casa porque pude contenerme.

—Hey —calló la hermana Clara—, ¿creen que ésa es la actitud correcta? Su compañera es nueva y la deben respetar —ah, cómo empecé a querer a la hermana Clara, quería correr a sus brazos y resguardarme en ellos.

Después fue la hora de la cena. Nada del otro mundo: una semita y un vaso con leche helada exquisita. En mi plato no quedó rastro ni una migaja. Pensé en mi casa. Mamá acostumbraba comprar pan de dulce para la cena. A mí me gustaban las conchas con mantequilla remojadas en leche. También compraba piedras, orejas, churros… todavía escucho el golpeteo de los platos cada vez que Luza los tomaba de la alacena para ponerlos en la mesa de la cocina. Todavía escucho el sssss del sartén que sacaba chispitas cada que mamá preparaba algo. Por eso usaba delantal, no fuera que se manchara la poca ropa que tenía; además, como le gustaban los colores pastel (y lucían más en su piel apiñonada), era fácil mancharlos, aunque, bueno, desde que había muerto papá estaba de luto.

Llegó la hora de dormir y eso fue bueno porque el sueño siempre es un cobijo y una puerta a otros mundos. Apenas se abrió el portón del dormitorio, la hermana Gabriela apareció y todas se hincaron junto a la cama a orar palma contra palma, las puntas de los dedos hacia el techo, la nariz pegada a las manos, las caras compungidas, repitiendo las mismas frases hacia Dios, quizá para que Dios nos atendiera en conjunto y así le ahorráramos tanto trabajo. Yo hice lo que ellas y nada más puse las manos igual porque no me sabía de memoria aquella oración. En mi casa se rezaba el Padre Nuestro, el Ave María y la Salve, pero aquí era el Credo y me pareció muy largo. Luego nos persignamos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén (yo lo hice todo al revés. Nunca supe cómo era el orden) y a dormir.

Las sábanas estaban frías hasta que una misma las calentaba. Me acosté con los ojos más abiertos que nunca aún en la oscuridad; mis

ojos seguían los sonidos de la noche, las camas que rechinaban con el acomodo de las niñas, uno que otro golpe de madera, de fuera, de dentro, alguna tos, qué sé yo… las voces se fueron apagando tras el portón y mis ojos se habituaron a la oscuridad. Entonces pude distinguir las sombras de este lugar. Sombras tan distintas a las de mi casa, ruidos tan diferentes, tan lejanos a mi vida… y yo estaba en ese lugar remoto, distante. Yo era la que estaba en los confines del universo, fuera de mi casa, porque estar en mi casa era estar cerca, cerca de la vida. Cerca.

—Psst —ése fue el saludo de Margarita Agüeros, mi primera amiga del internado, que quedaba en la cama contigua. Como a la primera llamada no hice caso, insistió—. Pssst —entonces me volví hacia ella y sus rasgos, a la luz de las sombras, hacían que su nariz se viera un poco más tosca de lo que en realidad era. Las demás parecían dormir.

—¿Por qué te internaron? —susurró. No se podía hablar más fuerte porque nos castigarían. Todavía no sabía cómo eran los castigos.

—No sé —fue todo lo que contesté, aunque quise seguir platicando, pero no sabía cómo seguir la conversación. Margarita dio la media vuelta en su cama y se quedó dormida.

Hacía frío y como sólo teníamos una manta, me acomodé de lado, con las rodillas casi hasta mi cara y, como feto, metí la cabeza todo lo dentro que pude como para entrar lo más rápidamente posible al mundo de los sueños. A ver si ahí podía encontrar a mi familia.

Sobre las cabeceras de las camas, se levantaban unos ventanales tan altos y ovalados en su parte superior que permitían que la luna nos bañara por completo. ¿Ves esta media luna que se asoma bajo el arco de mi hombro derecho hacia el omóplato? La luna, ese astro femenino de los cambios, ese astro al que aúllan los lobos y se encienden los ojos de los vampiros, desde entonces me acompañó. La luna, otra puerta a quién sabe dónde.

Los pisos, de ajedrez, siempre tenían que estar limpios (después me enteré) porque la hermana Gabriela pasaba un dedo para ver si sacaba pelusa de algún sitio. Así que antes de entrar al dormitorio, dejábamos los zapatos en una zapatera numerada. Caminábamos en calcetas para no hacer ruido. Si se ensuciaban las calcetas, eso quería decir que el piso no había estado lo suficientemente limpio y había que lavarlo durante la hora del recreo. Las luces se apagaban

una tras otra, tronido tras tronido. Plas, plas, plas, plas, plas… Desde los techos altos pendían unos hilos de metal y terminaban en unos conos delgados de vidrio opaco que tenían focos de pocos watts que, a la luz, hacían que la habitación se viera en tonos sepia.

No supe la hora en que me quedé dormida. Ésa fue mi primera noche.

En el internado empezaba la vida antes que en ningún otro lugar del mundo. Antes que los gallos cantaran, la hermana Gabriela abría el portón del dormitorio sonando unas tablitas como castañuelas y nos teníamos que levantar al instante; yo lo entendí porque, como extraída de un lugar lejanísimo, como traída a la boca más estrecha de un embudo, alcancé escuchar la voz de Margarita Agüeros.

—Niña nueva, levántate, levántate, que viene la hermana Gabriela… Niña nueva… Y no sé cómo, pero me levanté de inmediato, e hice lo que las demás: tender las camas, tomar mi uniforme, colgado entre los demás en un enorme clóset sin puertas que tenía una única barra lo suficientemente alargada para que la ropa de todas cupiera. Después de eso íbamos a las regaderas que estaban al lado contiguo del dormitorio, una tras otra, sin muros que las dividieran, sin cortinas. Nos bañábamos cuatro veces a la semana, así que teníamos que permanecer limpias.

Dos niñas en cada regadera. Desnudas antes del amanecer esperábamos que la hermana apareciera tras de nosotras para empujarnos al agua fría porque no podíamos desperdiciar gas y tampoco agua. Bajo el agua la vida cambiaba. Se escuchaba el tiritar de las lenguas, el chapoteo de los pies impacientes por salir de ahí, el frotar de los brazos chinitos de frío, pero nadie podía decir nada. No estaba permitido hablar porque había que comportarse. Yo nada más pensaba que en mi casa todas seguían plácidamente dormidas en camas calientitas y que mamá las despertaría con besos. Quise llorar. Ya no quería ver a mamá. Ya no. Ella era una tonta que me había dejado ahí.

A mí me asignaron la regadera con Teresa Cano, una niña que siempre masticaba su propia lengua porque tenía un tic nervioso desde muy chiquita cuando llegó al internado y muchas niñas, como las hermanas Roberts, unas gemelas pedantísimas, la despreciaban por completo. Teresa era muy bonita, ojos azules y piel morena, medio cachetona y sus dientes eran cortitos, sería que también se iban sumiendo de tanto masticar…

Teresa era huérfana de padre y madre. Ambos murieron en un accidente y a ella la salvaron y la llevaron al internado.

La primera acción del día, después de todo el movimiento en el dormitorio, era ir a la capilla a rezar el rosario. A diferencia de las demás, para mí era un acto totalmente mecánico. Dios me chocaba porque no me hizo caso cuando le pedí que no me dejaran en ese sitio, y odiaba a todos los santos a los que mamá rezaba. Para qué tanto rezo y tanto persignarse, si a mí me había abandonado.

Afuera, en el pasillo del patio que conducía a la fuente oscura, aguardaba la hermana Constanza para que todas nos formáramos como soldaditos. Ni una palabra. Íbamos a desayunar.

En el comedor había varios tablones alargados con manteles de distintos colores pastel para cada grado escolar. Yo iba en quinto, así que era el quinto tablón con mantel de cuadritos azul turquesa y nos teníamos que sentar así como estábamos dispuestas en los dormitorios.

Pero había dos comedores. El de las grandes y el de las chicas. De primero a quinto era el de las chicas y el de sexto, primero y segundo de comercio era el de las grandes.

Las grandes, las sobresalientes, estaban asignadas para ayudar. Así que, escoltadas por una vigilante, pasaban con unos carritos llenos de comida y al menor remilgo de parte de una grande o una chica había un castigo. Gracia nunca me había platicado de los carritos ni de los castigos y es que ella era muy bien portada, con ella nunca hubo problemas así que los castigos no formaban parte de su realidad.

En el comedor empecé a conocer bien a Margarita y a Teresa. Yo me sentaba en medio de las dos. Nos sirvieron huevos estrellados semicrudos.

—No quiero, gracias —osé decirle a una niña grande. La hermana Olimpia, que era la vigilante que la acompañaba, no dijo nada, pero hizo que la niña grande fuera por otro plato similar para servirme.

—Te lo comes y no quiero berrinches —contestó la monja, sus ojos eran relámpagos.

—Te tienes que comer los dos —comentó Margarita.

—Aquí no se desperdicia nada. Si reniegas, te dan doble. A mí me ha pasado con la sopa —dijo Teresa.

—Urg, y es que siempre tiene mucha grasa —acotó Margarita.

—Guajjj —dije más sonriente, más que por asco, por lograr una complicidad con ellas y me tragué los huevos como pude. Desde entonces me respetaron no sólo ellas, sino las que estaban cerca de

mí.

—A callar —contestó alguna monja que comía en la mesa principal con las demás profesoras. La madre Pilar la miraba con orgullo. Creo que era la misma que me calló en el pasillo de la fuente oscura. La reconocí por su voz ronca, dominante. Luego supe que se llamaba Rosi y, como era la prefecta, les podía pegar a las niñas. Su nombre era Rosa y está en todas las rosas que puedas ver tatuadas en mi cuerpo. Rosas rosas, rosas blancas, rosas rojas, rosas negras, rosas pardas… Mira, las más bellas están en mis mejillas. Había más, pero las cubrí con otros dibujos.

Cuando llegó la madre Pilar todas nos levantamos en absoluto silencio. Una vez que ella se sentó, regresamos a nuestros asientos. No pude impedir verla. Sus ojos, que siempre echaban chispas, se detuvieron en mí y bajé la mirada. Pude imaginar su irónica sonrisa de triunfo.

Nos levantamos para ir al salón de clase. En el trayecto se unieron más niñas y se tropezaban al hablar.

—¿Sabías que la madre Pilar tiene una máquina de tortura para las que la miran de frente? —dijo una de las hermanas Roberts.

—¿Y que tiene una colección de ojos en el laboratorio? —contestó la Chata de la Barrera.

—No es cierto, ¿dónde están los ojos? —preguntó Margarita Agüeros, a la defensiva, pues no soportaba a la Chata.

—Los guardó dentro del mueble de las puertitas, yo la vi —la Chata contestaba a Margarita, pero sin quitarme la vista como para sondear mi reacción.

—¿Ah, sí?, ¿de quiénes eran los ojos? —siguió Margarita.

—De las niñas a las que expulsa —contestó una de las hermanas Roberts y, luego me señaló: “Tú no tardas, niña nueva, ¿cómo te llamas?”

El silencio fue mi aliado.

Como verás también tengo algunos ojos de distintas expresiones que saltan por todo mi cuerpo y en tercera dimensión. Hay ojos que vigilan, ojos que aprecian el arte, ojos que miran la vida, ojos que ven detrás de las apariencias, ojos que sonríen y ojos que lloran… Algunas pupilas son fosforescentes, ¡ah, cómo me dolieron esos piquetes!, pero brillan en la oscuridad y siempre están atentos.

La escuela era inmensa y preciosa, fríamente preciosa, ni una

mancha de suciedad, perfectamente pintada de blanco refrigerador por dentro y de amarillo por fuera, aunque algunos salones tenían paredes amarillo claro o verde agua muy pálida; los pisos brillantes, paredes de piedra, jardines tupidos de rosales y jacarandas y de todo tipo de plantas.

Después un salón de clases y luego otro. Voces y más voces dando lecciones, pero hasta entonces yo no escuchaba lo que decían sino cómo lo hacían. Ahí detectaba y acechaba su presencia. No me importaba si explicaban bien o no, me importaba si lo decían bonito y, más aún, me fijaba si sus ojos se dirigían a nosotras, porque no todas las maestras nos veían con interés. Muchas de ellas estaban entrenadas para ver desde lo alto, desde la cúspide, desde un lugar poco seguro para nosotras, desde un lugar al que no se podía aspirar de tan peligroso. Así que no tan fácil se podían contestar las preguntas que hacían porque un error era castigado (te la podías pasar haciendo planas y planas en tu cuaderno para corregir un pequeño error), pero tampoco era tan fácil guardar silencio porque el silencio era signo de poca inteligencia, de poca atención y una niña burra no merecía estar ahí porque era una escuela gratuita a la que sólo podían entrar huérfanas de madre, de padre o de ambos, pero más o menos inteligentes.

A mamá no le había costado tanto trabajo meterme porque antes que yo, justo un poco después de que papá falleciera, estuvo Gracia a quien quisieron mucho las monjas. Mi hermana era eficiente y fácil de adaptar. Le gustaba ayudar a las monjas y supe que le habían negado la banda de honor que daban cada año como distintivo porque quiso cargar una torre de platos, pero por torpe, se tropezó y se rompieron todos.

Las monjas mencionaban a mi hermana con tanto afecto que me hacían sentir que esperaban lo mismo de mí, y el buen nombre de mi hermana resultaba ser tan protector como amenazante. Y es que yo era diferente a ella…y no lo podía evitar.

Por ejemplo: a mi hermana la amenazaba el hecho de salir a la calle. El internado la hacía sentirse segura y resguardada, mientras que para mí era como la prisión. Yo extrañaba ir a la tiendita, extrañaba caminar por las calles del centro o por las calles de mi colonia y regresar de la tortillería para hacerme tacos de los frijoles que hacía mamá. Extrañaba los colores cálidos de mi casa, el rechinar de la madera vieja que delataba la presencia de cualquiera. En esa época en mi casa no conocimos el silencio. Mi hermana Pera entraba brusca, azotaba la puerta, iba siempre directo a la cocina. Abría el refrigerador, se comía todo lo que podía, mi madre la

regañaba: “Niña, deja eso que es para la comida”, pero Pera no hacía caso. Por eso era gordita y me tenía envidia, yo tan flaca… Gracia, la más solitaria, salía a ver gente, pero como era tan limpia, sacaba un tapete de borrego para sentarse en flor de loto, recargada en la pared de la fachada. Era una vecindad florida, llena de vida. Los niños jugábamos en el patio; a las siete de la noche se oían los gritos de las mamás, adentro, “ya métete Alma, hora de cenar”. Y entrábamos, sudados, directo a la mesa donde se sentaba toda la familia.

Extrañaba la libertad de ir al baño cuando yo quisiera, caminar por todos lados sin ser interrogada como por las monjas del internado. Nunca supe en realidad (supuse siempre que fue por mi comportamiento) por qué mamá eligió que yo fuera la internada. Bien pudo ser mi hermana Pera, aunque ella era dos años mayor que yo y eso podía ser un obstáculo. Tal vez era más fácil entrar a primaria que a Comercio. Yo tenía once y pronto cumpliría los doce.

Desde que murió papá, mamá lavaba ropa ajena porque en esa época las mujeres no estudiaban. Habían nacido para ser esposas y madres. Así que lo único que podía hacer era ayudar a limpiar casas, a lavar ropa, zurcir medias, coser o hacer comida. Prefirió lavar ropa y coser para estar más tiempo en casa, sobre todo porque Luza, ya casi de dieciocho años, estaba enferma. Los síntomas eran muy parecidos a los que había tenido papá: falta de aire, mucho cansancio, algo de sangrado por la nariz: después supe que era tuberculosis.

Pero eso era impensable decirlo. La enfermedad parecía contagiosa y si alguien sabía que en tu familia había gente con ese padecimiento, te volvías un apestado, así que todo se manejaba en silencio y la consigna era decir que el problema era del corazón.

Entonces todavía no me habían dicho nada porque sabían que a quien más quería en este mundo, después de mamá, era a Luza. Ella me salvaba de mis miedos que, no sé por qué, siempre se me presentaban en la noche.

—No pasa nada nena, no pasa nada. Duérmete —me decía cuando le pedía que me acompañara a dormir y me acariciaba el pelo hasta que me quedaba dormida. Parecía más madre que hermana.

Todavía no me familiarizaba con la oscuridad a la que después asocié con “la madre negra”. Luza era la mayor y zurcía las medias de Gracia, que ya para entonces, a sus dieciséis años, empezaba a trabajar, para cobrarle y darme los centavos que ganaba. Con ellos

compraba dulces de mantequilla en las tiendas del centro.

Entonces, en la cama del internado, cerraba los ojos para invitar a Luza a dormir conmigo. Luza llegaba con su sonrisa loca, porque siempre estaba de buen humor, se metía en mi cama, me volvía a acariciar el cabello, “no pasa nada, nena”… y se desvanecía con el baho de la madrugada cuando me quedaba dormida.

No pasó mucho tiempo para que despertara decidida a escapar. Al final de cuentas qué podría pasar, ¿que me pegaran? Ya estaba más o menos acostumbrada. Mamá no era tan cariñosa precisamente. ¿Que la madre Pilar me dijera cosas feas? Bueno, eso me daba más miedo porque no estaba segura si sus palabras serían el preámbulo para ir a esa máquina de tortura en el cuarto donde guardaba los ojos de las que expulsaba. Durante las misas, mientras las demás rezaban con fervor, yo imaginaba todos los lugares posibles a través de los cuales podría escapar. El único miedo, después del de la máquina de tortura y las amenazas de la gorda, era llegar a casa y ver a mamá tan enojada conmigo que me corriera para siempre.

Así que, después de la clase de moral, durante el recreo me escapaba al otro lado de la escuela, donde había un gran muro que nos separaba de la calle. Pero no había manera posible de escalarlo, máxime que enfrente estaba la lavandería y cerca la peluquería y desde ahí me podían ver fácilmente. Además el muro estaba mucho más alto. A lo más que aspiraba era a subirme al montículo donde estaban algunos columpios y a mecerme tan alto como para dar pequeños vistazos a una parte de la calle. En una columpiada veía pasar gente, en otra la calle vacía, el letrero de una tienda de abarrotes, a la que se me antojaba ir a comprar dulces, quiero un dulce, quiero ir con las niñas que juegan afuera, quiero tomar el tranvía que se anuncia con su sonido, porque desde el columpio sólo se alcanzó a ver su sombra, quiero un dulce, quiero un dulce… aunque en la escuela nos daban, eso sí, unos caramelos de anís deliciosos, justo después de la clase de moral.

Cuidaba estar sola para ir y que nadie me siguiera. Todavía no le tenía tanta confianza ni a Margarita Agüeros. Tenía que hacer las cosas yo sola porque ahí no sabía quién me podía echar de cabeza.

A veces, cuando las demás niñas también se acercaban a esos columpios, dejaba de columpiarme de esa forma. Y continuaba como si nada, hasta que volvía a sonar la campana para ir a la siguiente clase.

Siempre me distinguí por correr rápido y creo que eso les daba

mucha envidia a las hermanas Roberts y justo por eso lo hacía con más ganas. A la vuelta del tiempo me canso mucho y ya no alcanzo a correr con tanta seguridad como antes, pero en esa época mi cuerpo estaba habituado a moverse por sí mismo. Tenía un cálculo supremo para saltar bardas pequeñas, para trepar árboles, para columpiarme en las ramas, para correr con cualquier tipo de zapato sin torcerme los pies y para moverme rápido.

¿Será por eso que en educación física me decían "bien" "bien" cada que daba un salto de tigre? Había que correr hacia unos trampolines de piso, dar un brinco, calcular y moverse en el aire para llegar con el dorso de la cabeza en el piso y no lastimarse. Lo hacía tan instintivamente bien que lograba que las maestras, raro en ellas, sonrieran.

Desde entonces, Margarita, Teresa y algunas otras, me empezaron a buscar con mayor razón y las hermanas Roberts me odiaron con toda firmeza.

De mi nombre supieron no por mí, sino porque las maestras, las hermanas, me llamaban Alma.

Cómo te llamas, cómo te llamas, cómo te llamas, me preguntaban varias, algunas con tonos amables y otras con tonos secos y a ninguna me daba la gana decirle, pues mi nombre también era lo único que me pertenecía y decírselos era tanto como ceder.

Entonces me apodaron de mil formas: Duende, la Tilica, la Calaca, la Niña nueva… creo que me arrepentí de no decirles nada, pero ya qué, ya no había que hacer más que esperar una nueva oportunidad para relacionarme con ellas.

Las noches empezaron a ser agradables, pues Margarita Agüeros me sacaba charla una vez que la hermana Gabriela se había ido con todo y sus campanitas.

—Alma —sondeaba si yo estaba despierta—, ¿te dan miedo los fantasmas?

En realidad sí me daban miedo, pero contestaba que no.

—No, ¿y a ti?

—No sé, a veces veo sombras…

—Alma… Alma, ¿cómo es tu casa?

Y le platicaba hasta que oía que se quedaba dormida.

—Alma, ¿te cae bien la hermana Gabriela? Y ¿Clara?, ¿ya conociste a la hermana Rosi? Quiero que la conozcas porque a mí me da más miedo que la hermana Constanza.

—¿Es cierto que les pega a las niñas? ¿A ti te ha pegado? —le preguntaba con cierto entusiasmo, no sé, pero me daba una curiosidad morbosa.

—Nunca, pero a la Chata sí por chismosa.

Teníamos que hablar a susurros para que no nos escucharan. Nada más se oía uno que otro shhh, y después se quedaban dormidas. Los días eran intensos y terminábamos cansadas, pues no parábamos.

—¿Te gustaría irte de aquí? —le dije a Margarita para calcular su reacción.

—Claro. Ya estoy harta de las semitas…

Al día siguiente la llevé al columpio para que me ayudara a pensar cómo podríamos escapar.

—No es posible, cómo lo vamos a hacer, no seas tonta Alma, si nos cachan, imagínate…

—Bueno, ya se nos ocurrirá algo, pero no digas nada.

Margarita tenía miedo. No le gustaba discutir, pero era verdad que conmigo parecía sentir seguridad porque me seguía a todos lados y le gustaba decir que era mi amiga. Ella tenía dos hermanos mayores, pero no tenía mamá. Fue su papá quien la metió al internado porque no le daba tiempo de cuidarla, tenía que trabajar mucho fuera de la ciudad.

Arriba del columpio, le enseñé a moverse lo más alto que podía, pero a ella le daba miedo. Yo llegaba tan alto que hasta el cuerpo se elevaba más de lo normal y regresaba al columpio con un pequeño sentón de por medio. Mis manos terminaban rojas de tan fuerte que me agarraba de las cadenas. ¿Ya viste las cadenas dibujadas en las palmas de mis manos y que suben por la parte interna de los antebrazos? Mira cómo éstas se pierden tras los dibujos de mis hermanas. Ya puedes imaginar que no sólo simbolizan las ataduras que podía sentir, sino todo lo contrario, una oportunidad de ganar libertad desde el columpio. Margarita era temerosa y prefirió esperarme abajo. Dejé de mover las piernas y el columpio fue cediendo hasta llegar a tierra firme.

Cuando regresamos cerca de los salones nos dimos cuenta que ya estaban adentro. No habíamos escuchado la campana. Era una de las tantas horas que teníamos que ir a la capilla a orar con la hermana Delfina, pero la capilla estaba cerrada y nos quedamos afuera, a esperar a que terminara la hora.

Nos sentamos en el piso, recargadas en un muro de ladrillo.

—Cuidado porque de los ladrillos salen alacranes…

—Tengo hambre.

—Yo también.

No importaba lo que platicamos en ese momento. Importaba que dentro de mi cabeza se había fabricado una torta de chorizo con

huevo y salsita picante de chile de árbol como las que hacía mamá; también se formó una olla de frijoles charros con chicharrón y varias tortillas hechas taquito para acompañarlos: parecía olerlos. El olor de las tortillas tenía algo de abrazo porque mamá nos enseñó a Pera y a mí a amasar la masa hasta hacerla suavecita, luego a tomar pedazos pequeños para palmearlos hasta que quedaran delgados y circulares. Después las poníamos en el comal previamente calentado por mamá y ella era la encargada de voltear las tortillas sin quemarse.

Mamá tocaba el comal con sus dedos y no hacía el más leve gesto de dolor. Mamá es este corazón roto de fuego que miras al lado izquierdo de mi pecho. Así era. Ya te imaginarás.

Si era de noche, nos daba un molinillo a cada una para revolver el chocolate dentro de la leche que se había puesto a calentar para chopear las semitas o los churros o los panes que se hubieran comprado ese día.

Qué inmersa estaba en esos pensamientos culinarios, tan evocadores del olor de la vida, de la vida que era estar en casa con mamá, al calor del comal y de sus manos.

—Qué hacen aquí —fue una voz tan contundente, ronca y dominante, que mis pensamientos se disolvieron junto con todos esos maravillosos sabores y olores de mamá y mi cuerpo se agazapó como un gato asustado. Se acercó la hermana Rosi, que era la prefecta, la encargada de pegar, alta y delgada, pero muy fuerte, aleteándonos sus manos grandes, recias y dispuestas a propinar una soberana paliza. Creo que desde entonces, también asocio las tortillas con el olor a almizcle de esa monja, tan dispuesta a ejercer su sadismo. Por primera vez la vi de cerca. Su cara, de pómulos y mandíbula recia, parecía sonreír ante nuestro temor. Margarita empezó a llorar y eso me dio más coraje, y me levanté en el acto para desafiarla y creo que lo notó con sus ojos que parecían húmedos de tan brillantes. Me costó trabajo sostenerle la mirada y mantener alta la cabeza, pero lo hice. La hermana Rosi se desconcertó. Como tenía que hacer más patente su autoridad, máxime que el desafío se había producido delante de Margarita, me tomó del brazo. Su mano un tanto hombruna abarcaba todo mi brazo.

—Está bien, tú te lo buscas —y me jaló con ella, muy cerca de ella, tan cerca que me costaba trabajo caminar sin tropezarme con sus pasos. Margarita se quedó congelada en el mismo sitio.

Durante el trayecto intenté zafarme, pero fue inútil. Sus manos eran de hierro. Me sentí trapo, podía hacer conmigo lo que quería.

Sus garras me hacían flotar, arrastrarme, con trabajo tocaba el piso. Su silencio era fúnebre, sus ojos puestos en el gozo de golpear. Mi coraje se fue transformando. Sentí que las piernas se aflojaban tanto que la hermana tuvo que alzar mi brazo para que no me cayera; una estaca en el estómago, se me secó la boca, tenía miedo y sin embargo había algo en ello, en toda esa acción que me provocó cierto placer.

El miedo hace que la visión se borre, que el cerebro no funcione. Durante mucho tiempo no recordé los detalles, pero ahora, quizá movida por lo que quiero expresar en mis tatuajes, más que la imagen, evoco las sensaciones. La hermana Rosi me metió en el cuartito de los castigos. Cuatro muros pelones, ese día no vi más que un sofá con el asiento de piel café, pachón y arrugado quizá de tanto uso. Me metió de jalón, todo fue rápido, me bajó los calzones, se sentó y me puso sobre sus rodillas, me levantó la falda y me empezó a nalguear con tal fuerza y contundencia que el dolor pasó a segundo plano, había algo caliente que corría por mi espalda y se apoderaba de mi cerebro, lo obnubilaba. Toda yo era sensación pura; sus piernas eran dos rodillos que se encajaban en mi estómago y pecho, su mano caliente y grande parecía abarcarme por completo. Tanta vulnerabilidad y estar tan expuesta era demasiado nuevo para mí. De mis ojos nublados parecían saltar chispas que se fundían en ese vértigo, rayos de furia que saltaban por todos lados, sentía espinado todo el cuerpo de tanto escalofrío, por eso puedes ver que de mis nalgas nacen muchas rosas llenas de espinas, que se expanden hacia el resto de mi cuerpo, y esta mano, que costó tanto trabajo obtener y tatuar, resultó ser muy parecida a la de la hermana Rosi… y el dolor, cada vez más vago, se convertía en gozo y ese gozo se confundía en un abismal miedo, sobre todo al final, en que la mano de la monja se quedó más tiempo de lo normal y aprovechó para hurgar mi vagina por un instante. Eso no era precisamente para mitigar el dolor. El conjunto de lo que pasó provocó que por primera vez, sintiera mucha humedad. Eso fue realmente vergonzoso. Cuando terminó, tomó una respiración profunda un tanto temblorosa, como si ella misma hubiera sentido un orgasmo; entonces me tomó de los hombros para levantarme y quiso decirme algo, pero no recuerdo haberle devuelto la mirada. Desde entonces su cara se volvió vaga y me costó mucho trabajo recuperarla en mi memoria. Sus rasgos, aún borrosos, me seducen todavía, de vez en cuando.

Me fue imposible mirarla de frente. Con esa magnífica fuerza que proporciona el miedo, no sé cómo me escapé… salí corriendo en

busca de mi propia cordura. Sentía que mi cara estaba hirviendo, pero ¿a quién buscaba? La cordura no cabía en ese espacio que, aunque grande, en ese momento se redujo a nada. Todo a mi alrededor se volvió un muro tan estrecho que no pude más que taparme los ojos, hincarme y llorar largamente.

¿Acaso el diablo estaba cerca de mí? Primero me abandonan y luego pasa esto. Dios no estaba a mi lado. Y ahora, más bien, estaba condenada al infierno. ¿Cómo platicarlo?, ¿a quién decírselo? Mi madre me mataría, sobre todo sabiendo que en lugar de llorar de tristeza, lloré de alegría, aunque también tuve mucho miedo y dolor.

—¿Qué pasó? —me preguntó mucho después Margarita y no pude contestar más que con una extraña sonrisa que la desconcertó. Después de eso, mi amiga se fue con más cuidado conmigo. Su distancia me hizo pensar que ella ya sabía todo y preferí alejarme.

Esa noche fue larga. Cobijada hasta la cabeza estuve en posición fetal con las manos entre las piernas y una imaginación sin límites que me asustó todavía más. No había forma de escapar de mí misma ni hubo forma de desaparecer de mi mente la cara borrosa, pero ardiente de la monja que, incluso, me inventé como parte de una escena totalmente erótica. Al día siguiente, fui la primera en asistir a la capilla no con la intención de escuchar la voz cascada y momificada de la hermana Delfina, sino de buscar las pocas imágenes que ocupaban algunas paredes de la capilla que, si no mal recuerdo, había uno que otro martirio, en el que me había parecido ver un desnudo, que ni las monjas parecieron advertir jamás. Por supuesto no me pude sentar tan fácilmente, pero ésa era la prueba y la marca determinante de una alegría que no podía ocultar por más que me sintiera pecadora.

Que no te dé pena, mira con detenimiento, por eso tengo que estar desnuda cuando me entrevistas. De todas formas, parece que estoy vestida, ¿cierto? Podría caminar desnuda por la calle y la gente podría pensar que traigo un mallón puesto. Así que mira mi nalga, la mano de la monja seguirá viva sobre mí para siempre, esa mano que, de tan bien dibujada, a veces parece cobrar vida propia con su suave firmeza, así me lo han dicho muchas veces. Las rosas, además de hacer gala al nombre de la monja, simbolizan ese camino de espinas tan mencionado y retorcido por los religiosos más moralistas y, por lo mismo, perversos.

Los verdaderos perversos.

De lejos no podía ver con claridad el cuadro de la capilla. Teníamos que entrar formadas, sentarnos en las butacas, escuchar la

misa, rezar el rosario y luego retirarnos en fila.

A pesar de mis once años de edad dejé de jugar y se me borró el tema del escape de la escuela por lo que ya no volví al columpio. Era más entretenido mirar dentro de mi cabeza, saber que podía accionar mi imaginación hasta donde quería sin que nadie se diera cuenta, pero para hacerlo necesitaba estar sola, más sola que nunca. Así que me aislé por completo durante los recreos y creo que también el resto de mi vida. Mírame, tan sola y, sin embargo, tan acompañada por mis demonios.

—Alma, vente a jugar —me decía Margarita, pero se iba porque no le contestaba.

Empecé a ir a la Fuente oscura que, más que temor, me daba confianza, más confianza que Dios mismo. La Fuente oscura me ofrecía resguardo. Me gustaba escuchar el golpeteo del agua en las orillas, la caída de agua que se oía como un rumor si era leve o como un aplauso si era fuerte, un aplauso que sonaba parecido a azotes que la monja me había propinado. Su rumor suave, como el instante en que me sobó. El agua daba expresión a mis corridas nocturnas. Ese sonido me ayudaba a reproducir la escena una y otra vez. La fuente era de cantera con figuras de peces azul rey, como éstos que ves salir por la cadera. Me asomaba a la fuente oscura para ver el reflejo de mi cara, una cara que ya no era de la niña inocente.

No importaba quién pasara frente a mí. Ahí me quedaba hasta que tocaban la campana para regresar a clase. De la única que, sin embargo, empecé a huir era de la hermana Rosi y ella se podría imaginar que lo hacía porque le tenía miedo, pero en realidad, huía de mi propio deseo de repetir la escena del cuartito, de estar… sí, de estar justo con ella… Nadie sabía que le di vueltas y vueltas a la escena muchas noches, todas las noches, hasta que el sueño me vencía y dormía profundamente.

—¿Qué haces tan solita? —me preguntó más de una vez la hermana Clara, visiblemente preocupada, cuando me veía en mi refugio.

—Nada —le contestaba con la voz, alzando mis hombros, volviendo mi mirada a la fuente oscura que, en realidad, parecía acentuar mi más profundo deseo al que todavía no le daba una solución. ¿Sabes dónde está dibujada la fuente oscura? En el centro mismo de mi sexo. Todavía recuerdo el golpeteo de la máquina de tatuaje operar alrededor de la vulva, casi como el dedo de la monja que, puedo asegurar, llegó hasta ahí, sobre los labios que están llenos de escamas azules. Estos peces de la cadera se habrán

escapado, pero… cómo me sirvió volver a sentir el dolor al rojo vivo, cada minúscula perforación que inyectaba líquido de color mientras otros líquidos salían de mi vagina, en consecuencia y junto con varios lamentos que ahogué en una toalla, quizá fue el castigo que me autoimpuse como merecimiento a mis perversiones.

Porque en aquel internado, al mismo tiempo de encontrar la forma de ser castigada de nuevo, más dentro de mí, con una angustia de infierno, quería huir de mis pensamientos obscenos pero no podía. Imposible. Me ganaba la idea de encontrar imágenes que me ayudaran a conseguir la misma sensación, única e irrepetible, que tuve con la hermana Rosi.

El día que nos dijeron que nos irían a preparar para la Primera Comunión, sentí que el corazón se me salía del pecho, pues, uno de los requisitos para comulgar con Dios era confesarnos.

—El padre Jacobo vendrá a confesarlas y si no le dicen la verdad de sus pecados, Dios las condenará a las llamas del infierno porque no decir la verdad a un religioso es pecado mortal —repetía la hermana Delfina, con su voz cavernosa, apuntándonos con su chueco y artrítico dedo índice.

La hermana Delfina se dedicó a prepararnos. Catecismo le decían a esa clase en la que nos hablaban de muchas cosas que no entendí porque no me interesaron, pero cuando habló de Adán y de Eva y del pecado mortal y del árbol del bien y del mal y del fruto del árbol prohibido, no pude haber abierto más los ojos.

—Eva nos hizo pecadoras a todas las mujeres. Eva debió obedecer siempre a su esposo que era Adán y lo debió obedecer para toda la eternidad porque nació de su costilla. Así que las mujeres debemos aprender a obedecer a ciegas a nuestros procreadores los hombres. Nosotras las monjas estamos casadas con Dios y los sacerdotes son sus representantes, así que al padre Jacobo hay que besarle la mano. Y no sé cuántas cosas más decía.

Desde luego, yo había comido del fruto prohibido en el cuartito de la hermana Rosi, pero cómo confesar mis sentimientos. Eso pasaría al territorio del misterio de la santísima trinidad. Me creí poseída por el diablo, de ahí puedes deducir por qué está Lilith aquí en mi abdomen, sosteniendo una calavera que llora sangre. Verás que el cuerpo de Lilith termina en dos serpientes que bajan por mis piernas y terminan por enredarse alrededor de mis tobillos. A simple vista parecen simples pulseras. En un análisis más detallado, cada quién le ha dado su interpretación. Un museo viviente como yo inspira de tantas formas como átomos hay en el universo, como puntos y perforaciones las hay en el mismo cuerpo tatuado.

Y así como la serpiente de la tentación buscaba condenar a los primeros habitantes de esta realidad, yo buscaba ser absuelta sin tener que decir nada.

—¿Ya anotaste tus pecados? —me preguntó Margarita en secreto, como siempre, abrazadas por las sombras de la madrugada.

—¿Hay que anotarlos? —qué barbaridad, pensé y también sentí —. ¿Y tú?

—Yo ya.

No le quería preguntar sobre sus pecados porque eso me obligaría a decirle el mío. El único mío que me rebasaba por completo. Pero ella continuó.

—Mi pecado fue haber mentido y —un silencio molesto que se prolongó hasta que me di la vuelta para dormir en paz. Entonces me detuvo— ¿sabes? Creo que estoy enamorada.

Estar enamorada a los once años era motivo suficiente para que los padres nos dijeran locas perdidas y hasta nos voltearan la cara.

—¿Enamorada?, ¿de quién?—me volví de nuevo hacia ella.

Me dijo el nombre pero en realidad no lo escuché, pues mientras ella me susurraba su historia, yo estaba pensando que no había peor que la mía, pensaba en cómo decir mi pecado, en qué decir más bien, sin mentir tanto, para que no se multiplicaran los castigos de Dios que, ya de por sí, habían sido fuertes. Me hice la dormida para no contestarle y, efectivamente, eso mismo me hizo quedarme dormida y soñar con la hermana Rosi, con la hermana Delfina, con el sacerdote que todavía no conocía y con mucha revoltura, incongruencias de esos sueños que no hacen más que agregar malestar a la vigilia. Por supuesto, en ese sueño apareció la cara de mamá, de algunas personas que no conocía y un ambiente tan aplastante… era tanta información que desperté sobresaltada y con mucho frío. Al tentar mi cama en busca de la sábana que había pateado hacia abajo, me di cuenta de que estaba mojada.

—¿Me hice pipí?

Mi camisón estaba empapado.

Faltaba poco para el amanecer, así que había que actuar rápido. Aunque procuré levantarme sigilosamente no faltó uno que otro tropezón en la penumbra y que bien pudo despertar a alguna compañera. Fui al baño y lavé el cacho de camisón que estaba orinado, pero el problema serían las sábanas. El viento frío se filtraba por las ventilas que estaban dispuestas una tras otra, alargadas sobre los grandes espejos horizontales que abarcaban de pared a pared todo el baño y que las monjas dejaban abiertas para evitar que el mal olor y la humedad se encerraran. Me hubiera

gustado salir a la fuente oscura, pero era imposible a esa hora y menos con el frío que tenía.

Tomé una toalla para colocarla sobre el lugar mojado de mi cama. Hice varios dobleces al camisón, hasta la altura de mi pecho para ya no sentir la humedad y sólo así pude conciliar el sueño por poco tiempo hasta escuchar muy a lo lejos las campanitas de la hermana Gabriela.

Tardé en levantarme un poco más de lo normal, pues no lograba desenredar el camisón que me llegaba casi hasta la garganta. El movimiento que hacía bajo las cobijas llamó la atención de la hermana Gabriela. Su cercanía me paralizó.

—Levántate Alma —y me destapó. El silencio de mis compañeras fue el infierno porque se habían dado cuenta de mi desdicha. Alguien se empezó a burlar y las demás le siguieron.

—¡A callar! —interceptó la hermana Gabriela, sus ojos tronaban sobre los míos. ¿También ella me pegaría? Desde luego no sentí lo mismo que con la hermana Rosi.

—Alma se orinó, Alma se orinó… —por ahí escuché y alcancé a distinguir a la Chata de la Barrera…

La hermana Gabriela arrancó las sábanas de mi cama, me las aventó a las manos y me dijo que las llevara a la lavandería para lavarlas yo misma y que después tendría que ir con la madre superiora para confesarle el caso.

—¡Cómo a esta edad haciéndose en la cama!, ¡te vamos a regresar a tu casa!

Y eso me asustó más. Cierto que sería la gran oportunidad de salir de este lugar, pero eso no me aseguraría que mi madre lo aceptara con facilidad. Tal vez la solución era que llamaran a mi hermana Luza y que ella, en lugar de mamá, viniera. A ella le podría platicar todo. O, quizá, podría hacer algo peor para que llamaran a la hermana Rosi y me llevara a su cuartito, así los castigos cobrarían un sentido.

Entonces decidí gritarle a la Chata de la Barrera para provocar un pleito, pero al primer movimiento no sé qué pasó, que me di la media vuelta, mirando hacia el piso, para ir a la lavandería. Y no me atreví a decir nada…

Sentada y recargada en la pared de la lavandería, podía ver cómo los rayos de sol se extendían, como tentáculos, a lo largo y ancho de ese patio, pero mi cabeza seguía en un laberinto sin salida. Incluso la confesión a la madre Pilar era lo de menos. Tan gorda estaba que

no me podría dar alcance y a pesar de que me tenía sobresaltada la idea de confesión al padre Jacobo para poder hacer la Primera Comunión, era justamente Dios el que me tenía agarrada por todos lados, pues tanto mi propia madre como la hermana Delfina se habían encargado de decir que nuestro Creador nos veía todo el tiempo y en todo lugar. Por lo cual, era muy difícil tener la dicha de fabricarme las historias que quisiera sin sentirme perseguida, vista y realmente condenada. ¿Será por eso que a veces uno, para quitarse el yugo de Dios de encima, hace apuestas con el diablo?

Era completamente imposible detener mi pensamiento y las sensaciones que se producían en mi cuerpo. Fue tal mi obsesión por la hermana Rosi que hasta olvidaba sus rasgos, así que tenía que reinventarla una y otra vez para que las escenas fabricadas en mi mente tuvieran el efecto tan deseado. Lo bueno era que la tenía cerca y no era difícil buscarla discretamente para espiarla. Sin embargo, como Dios me veía y me seguía a todos lados, cada vez que pretendía acercarme, mejor salía corriendo justo hacia el lado contrario y terminaba en una esquina, sentada en el piso, abrazando mis rodillas para encerrarme todita.

Dios podía hacer que mi madre se enterara del asunto y su desprecio de vida sería el peor látigo para mí. Seguro me correría para siempre de su vida y no tendría otra opción que morir.

¿Acaso me gustaba el castigo? ¿Me gustaban las mujeres? Adán y Eva eran hombre y mujer, mis padres eran hombre y mujer, era todo el referente de la vida. Mi madre me había abandonado por una temporada, pero si se enteraba de mi monstruosidad, me patearía como a un perro.

Qué ganas de no ser yo, qué ganas de correr de mí misma, pero dónde. Ni siquiera el muro de piedra me podría salvar de lo que estaba dentro de mi cabeza y de mi cuerpo. Cómo platicar con Margarita Agüeros, si ella se sentía pecadora por enamorarse de su primo, del cual luego me enteré que se llamaba Isidro, que además era niño; cómo acercarme a la hermana Clara… si ella, que era la única que me trataba con cariño, se enterara me despreciaría para toda la vida.

Sí. Había despertado a mi sexualidad. Nunca supe si fue prematuro, pero lo que sucedió en el cuartito fue decididamente un acto premeditado por la hermana Rosi o por el diablo que era lo mismo, esta serpiente de la tentación que baja por mis piernas, igual que bajaba, líquida y caliente, la sensación del orgasmo que lograba después de mis historias nocturnas.

Resulta que, en mis recuerdos, comprendí que desde que la

hermana Rosi se acercó a Margarita y a mí, pude notar en ella su mirada lo suficientemente brillante, totalmente acuosa, para saber que le gustaba pegar. Cuando me tomó del brazo y no pude hacer nada por zafarme, entendí su autoridad, una autoridad tan total sobre mi vida que tenía que rendirme por completo. Y en su macabro silencio, en que advertía que mi cuerpo se iba disolviendo de miedo, pude detectar su respiración entrecortada, que no era precisamente de enojo. Cuando me aventó dentro del cuarto y cerró la puerta, vi, como entre nebulosas, su cara. Sonreía con placer, luego supe que eso era seducción y creo que ahí fue cuando dejé de luchar contra ella y me entregué a su merced, pues en su castigo no había desprecio, sino gozo, un gozo que sin duda yo le provocaba y sus manos, que detonaban centellas sobre mí con toda la fuerza del mundo, querían reposar, querían explorarme. Y lo hicieron, estoy segura. Estaba puesta en el camino de las espinas y no es ironía. La hermana Rosi habita todo mi cuerpo, aunque no tenga una forma definida. Puedo decirte que, incluso, entre más la trataba de visualizar más se escapaba, más se difuminaba. Hasta en eso parecía jugar conmigo. Por eso esta Lilith que ves desde mi vientre hasta el tórax tiene una mirada acuosa como la de la monja, que parece que está a punto de llorar, pero de sublimación. Mírala, su cuerpo termina en una serpiente bífida que baja por cada una de mis piernas, se enreda en los tobillos y sus cabezas reposan en cada uno de mis pies. Ahí está ella, en mi camino, cada paso que doy le da vida. Es ella, la madre negra, la madre de todos mis demonios, de todos los que ves aquí, en el borde de los arcos y los dos que salen de la boca de los peces para alcanzar las puertas, y los que no ves porque hay demonios silenciosos e invisibles (esos son los peores), que son los que aún a mi edad sigo detectando, pero ahora lo hago ufana, sin temor. Para mí la vida consiste en eso: en reconocer y exorcizar los propios demonios. Yo te puedo decir que los he exorcizado mientras los dibujo, los integro a mi cuerpo, con el mismo dolor que me hicieron sentir, los vuelvo parte de mi realidad y, entonces, en lugar de ser mis enemigos, se convierten en mis más profundos y honrados aliados que jamás te podrás imaginar. Esos diablos que salen de la boca de los peces, en la parte baja de la espalda, parecen no saber si quieren entrar o salir. Y ¿qué es entrar o salir? Sales de un lugar para entrar a otro, pero ¿qué es lo que determina que estés dentro o fuera? Finalmente es lo mismo y en cualquier lado te puedes encontrar con el cielo o el infierno, que también es lo mismo.

Otilia llegó más tarde a la lavandería. No fui a rezar el rosario porque estaba sentada con las sábanas ya secas con el sol que aún olían mal. La vida del internado sucedía al otro extremo. Apenas se alcanzaban a escuchar las voces que, al unísono, rezaban o tarareaban una melodía o contestaban a alguna pregunta en los salones de clase. Voces de niñas de distintas edades que viajaban en el aire hasta que se apagaban.

—¿Qué pasa? —preguntó amable. Sólo le enseñé la mancha de las sábanas. Hizo un ademán con la cabeza que me invitaba a entrar. Se quitó el suéter, lo colgó en un pequeño perchero empotrado en la pared. Al lado había una imagen de la virgen de Guadalupe, un crucifijo, unas cuantas sillas de madera vieja con tejido de mimbre y las lavadoras.

—A ver —tomó mis sábanas sin importarle que estaban orinadas. Las extendió y las puso sobre el lavadero—. ¿Qué pasó, hija? —lo dijo con tanta ternura que empecé a llorar— ¿te ganó? —me vio tan compungida que corrió a su bolsa de mimbre, hurgó hasta abajo y me dio un dulce de piloncillo. Era una abuela, la abuela que siempre había querido tener—. No te preocupes, no eres la primera ni serás la última. Ven —y me abrazó tan fuerte, sus brazos eran un colchón tan suave que no pude más que soltar mi llanto, un llanto lleno de cobijo. Otilia nunca supo en realidad por qué lloraba. Estas pequeñas lágrimas que ves tatuadas sobre mis pómulos, las que caen sobre la rosa abierta aunque ya casi no se ven, se han borrado con el tiempo, son una muestra de esa escena. No son de tristeza, sino de ternura. Ahí vive Otilia.

Poco a poco me fui enterando de la organización del internado. —¿Quién es ella? —pregunté durante una comida. Frente a mi mesa había un muro verde agua con la fotografía de una mujer mayor que mi madre, con mirada decidida, un gran chongo que le habían hecho en un salón de belleza de gente millonaria. Abajo se extendía la mesa de las monjas, reposaba sobre un andamio desde lo alto y para ver a las alumnas.

—Es la fundadora de aquí —alguien contestó. Luego me enteré que era una viuda heredera de una fortuna y que decidió ayudar a los niños sin recursos que se quedaban huérfanos de ambos padres o de alguno de los dos. Por lo cual adaptó dos edificios para las escuelas. Una sería para niñas y otra para niños. Se hizo de nombre y conformó un patronato que se dedicaba a conseguir donativos, pues los gastos se hacían cada vez mayores. Ay, cómo extrañaba mi

casa, el olor permanente a crema que mi mamá se hacía con esencias que compraba en Perfumes s.a. a donde yo la llegué a acompañar muchas veces. Entonces para mí ese olor a mamá despertaba frescura, protección y algo calientito.

Ésa fue la primera vez que esperé impaciente desde mi mesa a que llegara la hermana Rosi.

—Oye, qué rápido comes —alguien me dijo, pero mis ojos siguieron fijos en el objetivo.

Ya tarde, con los platos servidos, la hermana Rosi hizo su aparición. Su porte la hacía más alta de lo normal. Se tomaba su tiempo para todo. Su paso era pausado, no quedaba bien con nadie, ni con la madre Pilar. Bastaba con que tuviera comida enfrente, para que la madre Pilar ignorara al mundo. La hermana Rosi era recibida cordialmente por las demás y eso me despertaba gran envidia.

Si la madre Pilar no le decía nada, ¿qué quería decir?, ¿qué la hermana también la dominaba? Y a la hermana Rosi, ¿qué le dio por ser monja?

Desde luego no me lo podía imaginar, pero tiempo después a través de la historia y de mi incesante búsqueda del tema, encontré mucho la referencia de un jesuita perverso del siglo XVIII que se apellidaba Girard, que decidió que el pecado se tenía que combatir con el pecado mismo. Entonces sedujo a Cadiére, una mujer a quien había confesado, y terminó por azotarla hasta sangrarla antes de sodomizarla. Inspirado en esta historia, Sade escribió Justine. ¿Te imaginas? Pasaron unos cuantos años y, justo quienes habían recibido azotes bajo la premisa del jesuita, promovieron la flagelación en las nalgas como un castigo legal.

Bueno, pues ya me podía dar cuenta que la hermana Rosi tenía un cerebro parecido y que la única forma de satisfacer sus impulsos era siendo prefecta de un internado de niñas huérfanas de padre, de madre o de ambos a quienes podía nalguear con todas sus ganas y a su entera satisfacción, sin que nadie la demandara.

Un sábado al mes eran las visitas familiares. No podían pasar al cuarto de visitas más que tres personas a la vez. Así durante la mañana me visitaría mamá y Pera y, por la tarde, Gracia y Luza.

Desde las ocho de la mañana, en el patio central, las niñas huérfanas de ambos padres, justo las que no tenían familiares, tomadas de las manos y en fila, avanzaban hacia adelante y hacia atrás para anunciar la llegada de los visitantes. “Maríafernandez”

“Coooonchalarios”, cantaban como los ropavejeros y vendedores ambulantes que pasaban frente a mi casa.

Y todas las que teníamos a alguien en la vida, esperábamos ansiosas su llegada. Algunas movían los pies, otras se mordían las uñas, otras recargábamos la cara sobre nuestras rodillas raspadas o sobre nuestros puños cerrados en la interminable espera, pues sólo destinaban una pequeña sala y poco tiempo para saludar: además de que éramos muchas tenían la creencia de que visitas prolongadas harían más difíciles las despedidas.

El primer sábado me levanté con el corazón sobresaltado. Había que bañarnos, tender las camas, arreglar el cuarto entre todas. Yo no quería ver a mamá, aunque añoraba verla. Necesitaba verla para escupirle y luego llenarla de besos, sentir los suyos, sus besos, mamá, mamá, llévame contigo, mamá…

La hermana Rosi era la que coordinaba a las anunciadoras. Cuánto añoraba ser una de ellas para tener cerca a la hermana, aunque cómo ser una de ellas, si en mi esquema de realidad no podía ser posible cambiar nada por mi familia, “la familia es lo primero”, decían y pronto llegaría a visitarme. Rosi ni se imaginaba que yo la veía de lejos y menos cuánto deseaba ser vista por ella que, por demás, era odiada por el resto de las alumnas. Ninguna niña se podía imaginar lo que pasaba por mi mente. Ellas eran ajenas a todo. Su vida giraba en torno a su soledad. Algunas tenían los ojos llorosos mientras anunciaban los nombres, otras fijaban su mirada en quién sabe dónde, quizá en la muerte o el abandono de sus padres.

De vez en vez salía la madre Pilar a checar que todo estuviera en orden. Cuando lo hacía, todas teníamos que bajar la mirada, pero yo, yo, no lo podía evitar. Su respiración agitada delataba su cercanía. Cuando advertí que estaba casi frente a mí, levanté la mirada.

—Ah —ese día se detuvo en seco—. Con que me sigues retando —dijo la gorda, sus ojos hirientes sobre su boca retorcida. Fue todo. Se fue y pasó el tiempo y nunca escuché anunciar mi nombre. Incluso pensé que porque estaba con mis obsesiones, pendiente del movimiento de la hermana Rosi, me había distraído y por consecuencia había perdido la oportunidad de estar un ratito con mi familia.

Maldita sea y fui al baño a mirarme al espejo.

—Estúpida —me dije— qué te pasa, estúpida. Me enfurecí tanto que no contuve el llanto. Quise destrozar el reflejo de esa cara hinchada de perversión y de ira, dos ojos inflamados de

resentimiento y soledad. Maldita sea, maldita sea. Quiero a mi mamá… maldita seas mamá. Maldita seas, te quiero, te odio.

Llegó la noche y no cabía de culpa. Cómo maldecir a mamá. Perdón Dios, perdón Dios, perdón, perdón… me dolía el pecho y la boca del estómago y, más, porque casi no cené. Lo bueno es que no me cacharon porque le regalé mi semita a Teresa Cano, que le gustaba comer mucho.

Perdón Dios, perdón, perdón, fue todo lo que decía, porque además de mis obscenidades, me sentía enojada con el mismo Dios y eso no podía ser posible, cómo enojarse con Dios, eso era una blasfemia. Él estaba presente todo el tiempo y me podía provocar el apocalipsis. Aunque me quisiera deshacer de él, ahí estaba. Cuánta desdicha. Quería estar sola en ese momento, pero además me tuve que hincar, rezar y santiguarme, como todas (¡qué hipócrita me sentí!) antes de meterme a la cama ya tendida con las sábanas limpias y con el olor a jabón de la maravillosa Otilia, sus abrazos que cobijaban como las abuelas.

—Ve al baño antes de acostarte —me interrumpió la hermana Gabriela ya con un semblante más tranquilo, se le había olvidado mandarme a la dirección.

—Alma… Alma —escuché a Margarita una vez que regresé a la cama y me hice la dormida.

De vez en cuando visitábamos la biblioteca. Si la viera hoy en día, tal vez sería precaria, pero en esa época, a la luz y estatura de mi edad, me parecía majestuosa. Las monjas tenían extremo cuidado tanto en la biblioteca como en la capilla, justo los lugares donde había que guardar silencio sepulcral. Los libreros de caoba eran como unos soldados formados en varias filas y nosotras, igual en fila, pasábamos en medio de ellos para ver los títulos de los libros puestos en canto. Nunca me ha abandonado el olor de esa biblioteca, que a la memoria me remite a los tiempos más antiguos, a hojas amarillentas empastadas en piel. Ese olor se acentuaba más con el recuerdo de los largos ventanales que, como los del dormitorio y los de mis hombros, terminaban en una curva. El piso, así como el del dormitorio y el del pasillo de la entrada al internado, era de ajedrez y había que tener un cuidado extremo al caminar para no hacer ruido. ¿A quién podíamos molestar si sólo estábamos nosotras? No sé, quizá a los fantasmas que la habitaban, pues de pronto se oía algún golpe de madera desde un lugar indefinido que hacía eco en lo más alto del techo abovedado. La

bibliotecaria, típica monja seria con unos lentes que se hacían puntiagudos en los extremos, cuidaba el orden y el silencio.

Había algunos armarios con unas ventanitas que se cerraban con llave. Sólo la bibliotecaria tenía el poder sobre ellos. Ya nos habían dicho que los libros eran sagrados y que en una biblioteca no se podía hacer ruido porque era una falta de respeto al conocimiento.

Así, me limité a abrir la boca más de lo normal, porque el ruido del asombro también era reprendido. Un mundo por encima de mí al cual no podía tener acceso. Había pocos libros infantiles, de ahí que no era posible leer tanto. Y el tiempo de estancia, que entonces se me hacía tremendamente largo, era de sólo una hora. Para mí los escritores habitaban un mundo oscuro, inaccesible; como que vivían en otro estrato de la realidad o todos pertenecían a otra época de la vida. Quizá habitaban dentro de los mismos libros. Ya me dirás tú…

Nos sentábamos a lo largo y ancho de una mesa perfectamente cuidada. Había que mover las pesadísimas sillas combinando fuerza y cuidado porque la fricción con el piso magnificaba el ruido. En cada pared, enmarcada con esa misma madera, había un cuadro. Al instante me llamó la atención uno y me acerqué un poco antes de que nos sentáramos.

—¿Te gusta? —preguntó la bibliotecaria, un tanto absorta porque nadie más que yo había reparado en él.

—Sí.

—Es una copia de un cuadro del Renacimiento —fue todo lo que contestó y se me quedó pegada esa palabra: “Renacimiento”, como que alguien volvía a nacer y me imaginé que así se llamaba por los niños desnudos que ahí flotaban, ¿por qué desnudos? y que luego me enteré que eran ángeles, como de los que me había platicado mamá cuando era muy pequeña.

Me senté a leer la aburridísima Biblia y de pronto encontré una imagen titulada El pecado original y la expulsión del paraíso, 1509. Pintura al fresco, El Vaticano. Capilla Sixtina. Miguel Ángel y a un lado se daba la explicación de que Dios había castigado a esa mujer y hombre desnudos por haber comido el fruto del árbol del bien y del mal.

En la siguiente página estaba la fotografía del Juicio Universal, 1536-1541, también de Miguel Ángel, en la que Dios elegía a quiénes recibía en su paraíso y a quiénes mandaba al infierno. Lo que me mantenía con la boca abierta y jugosa era ver que ambos cuadros estaban poblados de desnudos. Toda la gente revuelta y desnuda, casi en contacto directo, sufriendo, eso sí, una pesadilla. ¿Entonces Dios era un castigador y de eso se trataba todo este

asunto de la Creación?, ¿yo sería una castigada porque me fascinaban esos desnudos al grado de sentir un cosquilleo en mi sexo?, ¿por qué si el desnudo era pecado estaba en una iglesia y también en esta Biblia?

Comprendí que tras lo celestial siempre hay elementos oscuros que no son tan fáciles de detectar. La gente me ve (pues se puede ver el éxtasis en las caras de quienes han sido martirizados) a mí, hoy por hoy, pero no sabe observar la dimensión del arte y, por consecuencia, de la vida. Así como a las pinturas del Renacimiento se les reconoce su religiosidad, más allá de los tantos elementos que la vuelven perversa me miran como el diablo mismo y algunas personas hasta huyen por mi aspecto, pero no se dan cuenta que tras ellos, tras cada uno de mis dibujos, está mi parte más espiritual. No se dan cuenta que el tatuaje es la forma más auténtica de presentarse ante el mundo, pues no hay nada que esconder. El tatuaje es la vivencia encarnada. Después de eso, ¿qué se puede ocultar? El tatuaje te desnuda por completo. Y si no hay nada que ocultar, ya nada se puede perder.

A partir de ese día iba a la Fuente oscura a pensar cómo regresar a la biblioteca, pues en esa época no nos atrevíamos a hablarles a los adultos tan fácilmente y menos a las monjas. Necesitaba ver más imágenes como ésas que, además de causarme morbo, me daban cierto alivio por pensar que no sólo era yo la pecaminosa, así que podía comunicarme con esos personajes pintados, vulnerados tanto por quienes los habían creado como por la presencia constante del omnipotente Dios que los juzgaba y castigaba como a mí.

¿Que por qué me castigaba? Porque no era posible escapar de esa sensación corporal que inevitablemente humedecía mi sexo, sobre todo cuando volvía una y otra vez a mis fantasías. ¡Qué dicha y qué sufrimiento! La única forma de escapar de ello era la muerte. Fue por ello que opté por el arte, pero el arte, para mí no tenía el suficiente poder si no lo sentía en carne propia.

Había perdido la fe. Para mí, Dios se convirtió en el diablo y, durante las clases de catecismo, en que rezábamos el rosario, yo nada más movía la boca para que no me regañaran. Era el diablo porque nunca sentí amor, sino mucho miedo. A la vuelta del tiempo, claro, me doy cuenta que el problema no era de Dios, sino de toda la carga cultural de la época.

La madre Pilar me mandó llamar con la hermana Clara. Pensé que había llegado la hora fatal de confesar que me había hecho pipí en la cama. Nunca olvidaré el breve rechinido del gran portón de su oficina y el dolor de estómago que me provocaba tener que entrar ahí. La madre Pilar se levantó y se acercó con su olor nauseabundo, con sus pasos pesados y amenazantes. La vi de frente y eso la hizo redoblar el paso.

—Tú eres una araña ponzoñosa que viene a envenenar a las demás —eso realmente me dolió tanto que bajé la mirada y me puse a llorar. Este cráneo que carga Lilith simboliza a todas las personas que he matado interiormente. Ahí está la madre Pilar dentro de ese cráneo que tiene gotas de sangre que salen de sus cuencas. ¿Qué por qué tatué ese cráneo y más de esa forma? Porque me lo pidió Lilith y cada vez que lo miro, vuelvo a matar a aquellos que me han lastimado. Las gotas de sangre son los ojos que imaginé sacarle a la madre Pilar para guardarlos en un frasco lleno de formol. Ahí, en ese cráneo, también habita la Chata, las hermanas Roberts y mi hermana Pera, entre todas aquellas personas que me han rechazado con sus repugnantes juicios.

—Y no llores porque ensucias el piso —agregó mientras se levantaba a rodearme, totalmente inmersa en el poder que acababa de ganar sobre mi persona—, ¿sabes? La bandera que tu hermana Gracia vino a levantar, tú la has venido a pisotear.

Después de tanto rodeo con sus insultos, finalmente me explicó el motivo de su llamado. Fue para decirme que cada vez que la retara, evitaría, como ese día, que mi familia viniera a verme. Entonces entendí quién era la que mandaba. Mandaba ella, la gorda, la que gobernaba a mi madre y mi madre, la que antes me protegía de la vida, se había ido. ¿Por qué no hizo nada mi madre? Sencillo, porque mamá, frente a esta mujer, se hizo nada.

Regresé a mi salón de clases, me senté en mi pupitre y, para no llorar, evadí todas las miradas. Crecía un globo de ácido en mi corazón, podría explotar en cualquier momento e inundar a todas mis compañeras. Al sonar la campana de recreo, corrí a la Fuente oscura. Por primera vez sumergí la mano en el agua que, aunque yo le llamara oscura, era cristalina. Hoy pongo mi mano en la fuente oscura de mi sexo y experimento exactamente lo mismo que te voy a decir: El rejuego con la mano creaba ciertos destellos, mi cara se deformaba, desaparecía porque también mis ojos habían desaparecido, miraban al cielo con una respiración entrecortada y, luego, después de una larga exhalación de alivio, volvía a aparecer en ese reflejo, en el que mi cuerpo trataba de ganar de nuevo su

solidez y ser invulnerable y, una vez que el agua volvía a su quietud, mi imagen regresaba, íntegra, descansada. Todas las imágenes aparentemente distorsionadas que pinto provienen de lo más hondo de esa Fuente oscura que, sin duda, me fue develando sus secretos…

—¿Está caliente? —su voz me hizo regresar más que de prisa. Era ella, la hermana Rosi. Y mi estómago se contrajo tanto que mi respiración se aceleró al máximo.

Parecía arrepentida. Su voz era tenue, ronca y sensual; su mirada puesta en mí de una manera singular, como si quisiera capturar algo de mí, como si quisiera comerme. Acarició mi entonces esquiva cabeza de terciopelo con esas mismas manos que lo abarcaban todo y que, por su ternura, no sé si franca o aparente, me hacían sentir aún más vulnerable y se sentó a mi lado. Permanecí erizada de cuerpo entero y creo que lo notó. Más tiesa no podía estar ante su embestida. Tanto miedo y placer me cerraban la mente. Alcancé a escuchar que su respiración también estaba alterada.

—Ni una palabra, ¿me oyes? Ni una palabra —me dijo en tono de amenaza, una amenaza maternal, su dedo índice me hacía la advertencia frente y muy cerca de mi cara, y yo me quedé petrificada. Me hizo varias caricias en la cabeza, bajó a lo largo de la espalda, suaves, firmes, lentas. Llegó al final de la cadera…Luego se levantó, “no, no, no te vayas”, decía yo por dentro, sus ojos me barrían de arriba a abajo mientras se mojaba los labios con la lengua y sus ojos acuosos sonrieron. Se fue, se fue y mis brazos invisibles trataban de alcanzarla. Se me salía el corazón de tanta dicha y de tanto miedo. Ahora sí había que correr a todos lados y a ninguna parte, había que escapar de ahí, de mí, de ella, pero primero, antes de dar el primer paso, tenía que recobrarme, recobrarme… recobrarme, sí…

Una vez en calma, corrí al muro de piedra, pero el columpio estaba ocupado. Miré a todos lados, di tres pasos de vuelta, pero regresé, pero pensé en la hermana Rosi y ya estaba mojada (toda una cascada) y recordé el cuartito, y me dio más miedo y me dio coraje su gratuita amenaza… Maldita monja… pero se fijó en mí. Bendito seas Dios y también maldito.

El diablo se había apoderado de mi vida y se me presentaba en las noches. Me poseía a tal grado que no podía moverme. ¿El diablo estaba disfrazado de la hermana Rosi?

Un hormigueo en el cuerpo se fue extendiendo como estas rosas que resaltan su belleza y colorido entre tanto tono neutral y deslavado de otras figuras que ves. Me fui quedando paralizada, no

había forma de mover las manos ni los pies. Me hundía en un pozo sin forma definida porque de pronto había perdido la visión. Dejé de respirar, sin embargo no sentía asfixia. ¿Me estoy muriendo? Escuché algo vertiginoso y hueco que me recordó una licuadora, pero era más bien que yo era la que estaba en ese movimiento elíptico de vibración altísima que salía hacia arriba. Traté de mover mi cuerpo, pero fue imposible, estaba tieso, ya no me pertenecía. Quería gritar, pero no podía abrir la boca. Mi voluntad era tomada, era arrancada de mí.

Me empecé a desesperar cuando, de pronto, surgió una sensación completa de libertad. El resto del cuarto palpitaba aún sin luz pero podía dominarlo todo. Los sonidos se encimaban, se multiplicaban y se perdían en las esquinas del techo y más allá. ¿Estoy muerta? Quise regresar a mi cuerpo, pero no pude. De pronto estaba en el cuarto de la hermana Rosi (así de fuerte es el deseo, ¿te das cuenta?); era un cuarto pequeño, su cama individual pegada a la pared, una cruz de madera sobre ella, su buró con una pequeña lámpara, toda ella temblaba, un bulto bajo las cobijas, cómo era su cabello, quería saber cómo era su cabello, se lo quería tocar. Me acerqué flotando cual fantasma. Ella me detectó porque se cambió de lado y, luego, raro, se levantó conmigo, no sé si me vio porque su cara y su cabeza y toda ella se distorsionaba con tanta vibración, pero alcancé a ver de forma opaca, como si su rostro surgiera de una pintura deslavada por el tiempo, su sonrisa sinuosa en esos anchos labios que la distinguían. Tomó mis manos incorpóreas con las suyas, me jaló hacia su cama, rozó mis labios con sus largos, fuertes y entonces informes y temblorosos dedos, me colocó boca abajo de forma suave, apenas sentí el colchón; luego se subió en mí. Jadeaba y su jadeo era un eco que se perdía hacia lo alto, y su cuerpo me aplastó tanto que entonces sentí que, de nuevo, como en un principio, no me podía mover, pero esta vez era real que no podía respirar. Desperté con gran sobresalto jalando aire de donde podía. Estaba en mi cama, no sé cómo regresé y estaba, igual, boca abajo. Lo único que quería era que mi respiración se calmara. Me volví hacia arriba con mucha pesadez; me sentía engrapada a la cama y el vano esfuerzo por moverme me obligaba a soltarme, exhausta.

—Margarita —mi mente repetía su nombre porque mi boca no se podía mover— Margarita —gritaba también dentro de mí porque todavía no recobraba el control y quería que mi amiga, la más cercana a mi cama, me auxiliara, pero había que guardar calma y respirar, simplemente respirar hasta sentirme viva de nuevo.

Me levanté con el propósito de llegar al cuarto de la hermana Rosi para comprobar si lo que viví fue real y no un sueño.

Ya me había acostumbrado a los huevos semicrudos y a no hacer remilgos con la comida. La hermana Olimpia cada vez era menos amenazadora. Desde donde me sentaba podía ver el movimiento de la mesa principal, a la que se sentaban todas las hermanas alrededor de la madre Pilar, como en la última cena. Junto a la madre Pilar siempre estaba la hermana Delfina, creo que por ser la mayor le daban un lugar especial. La hermana Rosi llegaba impetuosa, sonriente con ellas, sólo con ellas, platicadora a veces. Cómo hubiera querido pertenecer a su mundo y que me brindara una sonrisa, que me platicara algo de ella. El mundo, mi mundo se reducía a verla, a espiarla como fuera, a atrapar sus gestos, su cara, a tratar de memorizarla, a observar los ademanes de sus manos fuertes y seguras, una de las cuales habita en mi trasero porque en esa mano yo también vivo. Me detenía a imaginar cómo tendría el cabello bajo esa cofia y cómo sería su cuerpo entero. ¿Las monjas se bañan?, ¿se tocan?, ¿sienten deseo, así como yo? La hermana Clara a veces se sentaba a su lado y, para mi asombro, charlaban de forma cordial. ¿Cómo podían charlar el bien y el mal? En esas dos monjas que para mí tenían un significado contundente en mi vida y totalmente polar, se personificaba el camino de las flores y de las espinas, ¿cuál era cuál?

Ya en el salón de clases, tomé la pluma fuente y, en lugar de escribir sobre el cuaderno, por primera vez dibujé una rosa con espinas en mi antebrazo izquierdo, dibujé una puerta, como si ésta fuera la del cuarto de la hermana. Cuando la hermana Cordelia se dio cuenta que me estaba pintando, me llevó de una oreja al frente de todos, me pidió que extendiera mis manos y sacó una regla de madera. Me dio varios reglazos: “Para que dejes de hacer lo que hacen los presidiarios”. Me pegó con tal ímpetu que logró verme llorar, pero no logró con eso que dejara de dibujarme y de pensar cómo ir a la celda de la hermana Rosi.

Mientras pensaba cómo llegar a la celda, pues no me abandonaba el recuerdo de aquel sueño tan real o esa realidad tan de ensueño, no me imaginé que mi madre perdió el color cuando Luza escupió sangre. El diagnóstico de la tuberculosis había sido acertado, igual que con papá. Pero Luza, aún con su debilidad, trataba de protegerla.

—No pasa nada, es sólo una flema, mamá, No se preocupe,

mamá, ya pasará…

Gracia y Pera comprendieron que no se debían acercar tanto, pues era sabido que la bacteria saltaba de un cuerpo a otro en cualquier momento y podía ser fatal. No había cura. Los síntomas avanzarían rápido y Luza también lo sabía.

Mamá preparó su propio cuarto.

—Pero se va a contagiar, mamita —le dijo Luza.

—Una madre jamás se contagia —cuando Gracia me lo platicó tiempo después, se atrevió a llorar y es que ella nunca lloraba. Prefería tragarse los problemas.

Mamá puso un catre junto a su propia cama. Entonces Luza dormiría en la cama de mamá y mamá en el catre. De ahí en adelante no podría salir de la casa.

Gracia empezó a llevar el peso completo de la casa (pues mamá dejó de trabajar para ocuparse de Luza), y no le iba mal. Desde que había estudiado comercio era muy buena para la taquimecanografía y eso le ayudaba en la oficina donde había conseguido trabajo. Mientras, Pera ayudaba a mamá en todo lo que podía: aprendió a guisar tan bien, que empezó a vender comida en la oficina donde trabajaba Gracia. De mí se olvidaron en esos días, al fin yo estaba internada; conmigo no había que lidiar.

Pero mi mente se había alejado de la casa por completo. Ya no evocaba a Luza para que durmiera conmigo. Mi mente era un rehilete sin control en busca de su cometido: Rosi. Las celdas de las monjas quedaban en el último piso del edificio de los dormitorios y eran lugares muy sencillos: una cama, una silla, un buró, una mesa, un pequeñísimo ropero y una cruz. Había que subir dos pisos para llegar a ellos. ¿Cómo saber cuál era el de la hermana Rosi? Preguntar eso era imposible. Tenía que aventurarme; después de todo, si me cachaban, lo más probable es que fuera a dar a ese tan deseado cuartito justo con la hermana Rosi, o si me expulsaban, aunque sufriera un castigo de parte de mamá, me quedaría de nuevo en casa.

Al amanecer me hice la enferma. La hermana Gabriela llegó con sus campanitas, todas se levantaron y yo me quejé del estómago.

La hermana Gabriela me miró desconfiada.

—Te levantas, te vistes y vas a la enfermería, ¿estamos?

Dije sí con la cabeza, pero no me levanté. Volví a cerrar los ojos, escuché a mis compañeras platicar, ir a las regaderas, Teresa Cano se acercó:

—Levántate Alma, vamos a bañarnos.

Me hice la dormida.

Supuse que la hermana Gabriela creyó que me sentía lo suficientemente mal para no levantarme y ya no hizo nada. Ni siquiera escuché cuando se marchó.

Todo fue rápido. De pronto, mis compañeras no estaban. La clase de moral las esperaba para estudiar el catecismo y había que llegar puntuales con la hermana Delfina.

Todavía esperé más para levantarme. Lo hice con cuidado y salí por la puerta interior del edificio. Caminé por el estrecho pasillo que terminaba al borde de un ventanal como los de la entrada del internado. Ahí estaban las escaleras y noté que aunque pisaba fuerte, mis pasos no se escuchaban tanto como me hubiera imaginado. ¿Será que estoy descalza? Seguí mi rumbo, como si realmente supiera dónde se encontraba la celda de la hermana Rosi. Dos pisos y llegué. Escuché pasos y eso me hizo buscar cualquier puerta que estuviera abierta para poderme esconder. De pronto estaba dentro de la celda. Era la de la hermana Rosi y no había duda precisamente porque ella estaba dentro y me sonreía más con los ojos, mientras se mojaba los labios con la lengua, así como me miró en la Fuente oscura. Parecía que me esperaba. Estaba sentada en la misma cama que había visto, por lo que deduje que mi experiencia anterior había sido real. Me llamó con su característica mano fuerte, huesuda, venosa. Sus ojos húmedos me invitaban sin reserva. Me acerqué más y más. Extendió sus manos hacia mí y me acerqué con mayor confianza, casi al llegar a ella cerré los ojos y ella me jaló fuerte hacia sí. Era lo que yo quería. Agradecí a Dios haberme llevado ahí. Me volvió de espaldas, se montó sobre mí, levantó mi camisón y alejó su mano el tiempo suficiente para paralizarme a la espera.

—Alma, despierta —alcancé a escuchar y abrí los ojos. Seguía en mi cama y con la misma sensación de pesadez. ¿Me pasó dos veces lo mismo?, ¿acaso no me había levantado? La hermana Gabriela se ocupaba de mí. Daba leves toques en mi hombro. Mis compañeras se habían levantado para bañarse.

—Te levantas, te vistes y vas a la enfermería, ¿estamos? —fue todo lo que dijo.

Mi piel es un claroscuro, lo puedes ver en los tonos fuertes y suaves, lo puedes ver en la mezcla de colores, en el contraste entre lo voluminoso y lo plano, entre las sombras y la luz de todas las figuras que resaltan por su aparente incongruencia.

Si abro las piernas podrás asomarte a mi vagina y verás que de la

fuente oscura, rodeada por agua y peces, salen de pronto unos dientes, como colmillos, así que le puedes dar dos lecturas. Mi vagina es una boca abierta con unos dientes en espera de su presa. Ahí mismo puedes ver que Lilith, la madre de todos los demonios (la hermana Rosi) se esconde tras los peces que simbolizan lo divino, pero ambos dan al sexo una cualidad orgiástica, tan divina como demoniaca. El blanco de los dientes resalta por su importancia. Mi clítoris está pintado de azul y ese azul puede ser el color del pez, del agua o de un firmamento oscuro, pero bello. Todo está en quien mira el cuadro. Para mí tiene todos los significados y tal vez más que todavía no descubro.

Desde los cuadros de Miguel Ángel que te platiqué que estaban dentro de las páginas de la primera Biblia que tuve en mi poder, el pecado original estaba representado por personas desnudas que podían mostrar tanto la inocencia del paraíso como la perversión sexual tras la embestida de la serpiente de la tentación… Pero no te sonrojes. Si ves mi sexo de esa forma tan insegura quiere decir que te falta prepararte, que todavía tienes prejuicios y los prejuicios forman parte de la perversión. La perversión no está en lo que miras, sino cómo lo miras. Esto que ves es lo más natural, pero te sorprende que una mujer a mi edad abra las piernas con tal orgullo para enseñarte la decoración de su sexo. ¿Te parece grotesco?

¿Por qué te retraes? No te voy a hacer nada. Sólo me acerqué a ti. ¿Alcanzas a detectar mi olor? Es un olor a mujer, a tinta y a historia. Ese olor lo cargo siempre. No puedo vivir sin olor a tinta. Tal vez, incluso, captes el almizcle de la hermana Rosi o la crema de mi madre. Me voy a sentar aquí, junto a ti, incluso pegada. Tu respiración se está alterando. ¿Cómo lo debo tomar?

A mí no me da pena enseñar mi cuerpo desnudo. Mi cuerpo está aparentemente vencido, incluso las imágenes que ves han perdido nitidez de tanto sol y de tanto tiempo y, por no permanecer tan estiradas como cuando tenía un cuerpo joven, se han reducido, pero ése es mi legado y lo cuido lo más que puedo.

Tú me preguntas si alguna vez, sobre todo después de lo que he hecho con mi cuerpo, he tenido alguna relación…

Conocí a Omar cuando accidentalmente llegué a su taller de tatuaje para preguntar por una dirección (para entonces ayudaba a mi madre a lavar ropa ajena y entregarla en una bicicleta). Su taller estaba escondido detrás de unas tiendas en el Centro y, además de necesitar que alguien me dijera cómo llegar a la dirección que

buscaba, fue mi curiosidad por saber qué había en esos callejones la que me llevó ahí. Entre tienda y tienda, entrabas por un pasillo muy estrecho y llegabas a un patio en el que se encontraban varias bodegas. Una de ellas era el taller de Omar. Un taller que a ciertas horas del día estaba abierto. En esa época era complicado que se aceptaran los tatuajes, así que era un poco peligroso tener un negocio tan expuesto. Además, muchos de los que acudían habían sido presidiarios e incluso policías, pero también músicos y artistas.

—¿Te gustaría tatuarte? —fue lo que me contestó y, como entonces no tenía asidero en la vida ni a quién rendirle cuentas, le dije que sí, aún sin saber de qué se trataba. En un momento pensé que eran dibujos como los que me hacía en la escuela.

—Pero no tengo dinero —le contesté con todo desinterés.

—No importa. Tu piel y tu cuerpo van a lucir mucho más bellos con una decoración —me gustó su sonrisa franca y su cabello negro, largo, brillante y muy pesado de tan lacio.

A pesar del estudio oscuro y lleno de imágenes raras y agresivas que veía en algunas paredes, se sentía un ambiente cálido. Por supuesto, por contraste, mi mente se trasladó en un segundo al internado, el cual conservaba una pulcritud de primera que, pese a sus imágenes celestiales, tenía un ambiente más bien frío, inhóspito. Incluso recordé mi casa, siempre tan llena de preocupaciones. Mi madre, por más que encendía veladoras, no resolvía sus problemas. ¿Sería falta de fe?, ¿sería que en el cielo la ignoraban?, ¿sería que a Dios le gustaba torturarla?

Pero Omar hacía que me relajara. ¿Sería de nuevo la tentación del diablo hacer que una se sienta mejor para luego dar la estocada? Todavía me tenía perpleja el tema de Dios y el diablo.

Omar se quitó la chamarra delgada para que sus mangas no le estorbaran. Sus dos brazos estaban tatuados sobre todo del codo hacia el hombro. Al principio me daba pudor verlo, pero él lo detectó y parecía lucirse más delante de mí. Su fuerza hacía resaltar sus venas y acentuaba las curvas de sus músculos que parecían piedras preciosas pintadas de colores turquesa.

—Mira, ¿quieres ver mis diseños? A mí me gustan las hadas —las hadas poblaban sus brazos, hadas de muchos colores, con alitas. No podía creer que un hombre tan musculoso y con una pinta de vago, tuviera haditas, aunque ya viéndolas bien, muchas de ellas estaban desnudas y en posturas atrevidas. Y siguió con su actividad. Sus movimientos perfectamente coordinados. El desorden era aparente, pues él sabía dónde estaba todo; también tenía símbolos raros en una que otra parte, pero no me atreví a preguntar.

Me hizo pasar detrás de un mostrador donde exhibía cómics y pinturas, como si se tratara de una tienda de dibujo.

Adentro, fuera de la vista del exterior, jaló un mueble con rueditas, acercó su silla, acomodó una lupa que estaba empotrada en un mástil movible y sacó un sobre de plástico donde guardaba agujas de distinto grosor.

Me empezó a entrar miedo porque nunca antes había visto un tatuaje y menos que se trataba de algo en lo que se involucraban agujas. Yo me quedé en los dibujos que me hacía en el internado. Me gustaba dibujar mis sueños a pesar de los reglazos que me daban. Jamás me mandaron al cuartito de la hermana Rosi, no sé por qué.

—No te asustes. Sólo es decoración en tu piel, bueno, si estás dispuesta, porque lo que te pongas jamás lo volverás a quitar…

Se me cerró el cerebro y no contesté, sólo recordé cuando en el internado me dibujaba flores y cruces y caras y hasta pensaron que tenía algún problema mental.

—Sin miedo —insistió— no te va a pasar nada, mi chava, en verdad… —y sacó una carpeta donde tenía un muestrario lleno de símbolos de Dios, del diablo, de corazones, rosas y hasta vírgenes de Guadalupe. También me señaló las paredes donde tenía esos dibujos que volvían medio demoniaco el espacio—. ¡Eso! —acotó una vez que me puse a pasar las páginas— mejor mira esto para que veas qué dibujo quieres. Yo te lo regalo.

Su excesiva generosidad me hizo desconfiar, pero no sé por qué continué ahí. Creo que en el fondo me sentía tan sola que ya el hecho de que alguien me hiciera caso, me convenció. Además, qué podía pasar. ¿Qué me muriera? Eso era justamente lo que deseaba y quizás había llegado al lugar adecuado.

Omar se enjuagó las manos en un pequeño lavabo manchado de pintura, luego se puso alcohol, luego sacó y abrió una bolsita donde se guardaban unos guantes de cirujano y finalmente fue hacia donde estaba.

—¿Y bien?

—Éste —le dije.

—Las rosas son preciosas. ¿Dónde la quieres?, ¿tu mano?, ¿el brazo? —quise huir, pero en lugar de eso, contesté:

—En todo el cuerpo.

Omar guardó silencio y dejó de sonreír.

—Me voy a tardar demasiado, porque se tiene que hacer en partes, no vas a aguantar.

—No importa —no me pasó por la mente lo del dinero y mucho

menos que podía doler.

—¿Y las demás rosas me las vas a pagar? —cierto, pensé y en consecuencia me levanté para irme—. No, no —contestó apresurado, jalándome del brazo —no te vayas. Está bien. Te las invito, pero sólo si me dejas tatuarte unas hadas —su mirada dulce me convencía, no lo podía evitar.

—Pero a mí las hadas no me gustan y además me tengo que ir. Recordé que tenía que ir a dejar una ropa lavada y planchada a casa de un cliente.

—Entonces vete —contestó con una determinación que me dominó por completo. No podía soportar que me echaran como perro.

—Bueno —contesté sumisa. Empecé a necesitar de su dulzura.

—Pero para hacerte las hadas tienes que renunciar a algo, algo que realmente sea de valor estimativo para ti.

Pensé en mi cabello.

—No voy a renunciar a mi pelo —dije a la defensiva, como si él lo hubiera sabido.

—Tranquila mi chava, yo qué sé… mira, no lo veas como una renuncia, mejor velo como una ofrenda —y tomó mi cabello largo, lo frotó entre sus dedos. Sus dedos parecían ramas. Si te rapas, ofréndale tu pelo a las hadas y ellas te cuidarán. Haces que su energía se despierte. ¿Sabes? Son como las madres primigenias de la vida, como una especie de guías del destino. Además, me parece buena idea que sea en la cabeza. Sería un buen ritual iniciático.

—Entonces mañana regreso. Me voy a rapar —dije, con el propósito de pensarla bien. Qué extraño tipo. Y además me tenía que ir…

—No hace falta —contestó sonriente, juguetón, mientras sacaba una máquina de rasurar. La conectó y la encendió.

Me dio tanto miedo que tuve un impulso de salir corriendo, sin embargo permanecí en la silla donde me invitó a sentarme. Cuando me quise levantar, él accionó una palanca de la misma silla y la hizo subir casi hasta su cara y aprovechó para darme un primer navajazo.

—Mira, ya no te puedes ir, te verías espantosa.

El reto me atrajo y finalmente me quedé. Además era difícil bajarme de ese lugar. Así que, de nuevo, así como la primera vez en el internado, ví caer los mechones de pelo en el piso y también lloré, pero él no se inmutó.

La diferencia entre esta vez y la del internado, es que ahora realmente estaba rapada. Mi cabeza era piel pura, llena de baches,

de picos, de hoyos, de venas. Me vi al espejo y casi me desmayo, pero ya no podía hacer nada, al fin el pelo crece, me consolé.

—Está bien —contesté en un impulso. Ya me había atrevido a hacer algo diferente —. Ya me rapaste. Pero quiero que antes de las hadas me hagas otro dibujo —aproveché para bajarme de la silla.

Omar abrió la boca y los ojos, pero no fueron sus ojos tan abiertos como siempre los que me mostraban su asombro, sino su prolongado silencio que no supe interpretar. No sabía si se había quedado mudo de asombro por mi respuesta, de incredulidad o, incluso, de burla.

—Okey. Empezamos con las flores si quieres, pero con una flor y luego nos vamos con las hadas. Te vas a ver mejor con las hadas que así toda pelona.

—No. No quiero primero las flores —con el flirteo que se adivinaba en su mirada, sentí que mi cuerpo se abría, se ofrecía justo como una flor. Entonces no necesitaba una flor. Mi cuerpo ya era la flor.

—¿Entonces?

—Una mano.

—¿Una mano? —lo hice titubear. Sus gruesas cejas se juntaron hacia la nariz. Algún día me diría que las manos son dificilísimas de dibujar—. ¿Dónde quieres la mano?

—Aquí.

Omar dejó de respirar. Me había bajado el pantalón y los calzones para sobar mi trasero hacia su cara.

—No, espera. Para empezar no tengo muestras de manos. Habrá que buscarlas —ya para entonces su respiración se había acelerado.

—Está bien —le contesté mientras me subía el pantalón—. Mañana vengo. Busca una mano de mujer, larga y fuerte. Yo también lo haré. Di la media vuelta y avancé entre el tremendo ruido del silencio de Omar hasta salir a la intemperie. Por primera vez en toda mi vida, la gente me empezó a ver y yo salí gozosa de ir a buscar la mano de la hermana Rosi, pero antes debía entregar la ropa lavada por mi madre. Tuve que averiguar la dirección con personas que pasaban por ahí.

Mejor me cambio frente a ti. Siento que no escuchas un carajo de mi relato cuando estoy cerca. ¿Escuchaste?, ¿tomaste nota? Ni siquiera te atreviste a volverte hacia mí. Mientras te calmas, te voy a poner música. ¿Los Doors?

> Come on, come on, come on, come on
> Now touch me, baby…
> Can’t you see that I am not afraid ?

What was that promise that you made ?

Sé que quieres escribir sobre mí, bueno, pues conóceme. Ésta es la música que me gusta porque fue la que Omar me ponía cada vez que me tatuaba. Ésta o mejor te pongo a Led Zeppelin.

There's a lady who's sure
All that glitters is gold
And she's buying a
Stairway to heaven
When she gets there she knows
If the stores are all closed
With a word she can get
What she came for
Ooh, ooh, ooh, ooh, ooh,
And she's buying a
Stairway to heaven…

Una vez que terminé mi trabajo (valga la cara de la clienta de mi madre), salí en busca de las manos de la hermana Rosi, rodé la bici como nunca por todas las calles del centro. No me di cuenta de todo lo que avancé porque mi mente estaba absorta en encontrarlas. Vi muchas manos de mujeres, algunas de las cuales se sintieron vistas y huyeron, máxime al verme pelona. Busqué manos en los anuncios, en las primeras planas de los periódicos, en las revistas, vi una y otra vez mis propias manos, pero éstas eran las que menos me gustaban, tenían que ser ajenas. Trataba de detectar manos entre las nubes; dejé mi bici frente a la Catedral y entré para ver los retablos; no podía dejar de sentir el beato golpe de lo celestial, pues odio las manos celestiales, tan delicadas, regordetas y con los dedos puntiagudos, nada de fuerza, nada de determinación, nada de contundencia, de castigo y de perversión (yo dudo de lo que llaman perfección). Las manos que mostraban fuerza eran las que empuñaban una espada o un estandarte o un mástil, pero yo necesitaba una mano extendida, firme… y de mujer.

Por primera vez me sentí libre y no me importaba que me vieran pelona. Había encontrado un sentido.

Yes, there are two paths
You can go by
But in the long run
There's still time to change
The road you're on
And it makes me wonder…

Ya muy noche regresé a casa. Había olvidado mi aspecto. Mi madre no dio crédito a lo que vio. Silencio, sepulcro, pozo, hoyo negro,

dolor de estómago, mi madre se puso amarilla y se levantó de la silla de la cocina. Gracia y Pera también enmudecieron. Acababan de cenar. Recordé mi cabeza. Su bofetada, esa sí era una mano fuerte (nada seductora, por cierto), me volteó el cuerpo entero y caí. Gritó, como nunca, que yo era una puta, una perra, una puta, una perra y más puta, infinitas veces; además qué vergüenza que sus clientes me vieran así. Las venas de su frente y de su cuello, su cara roja y sus ojos encendidos no pudieron decirme más que su corazón estaba roto, pero también había roto e incendiado de ira el mío. Es éste que ves en mi pecho. Me levanté sin contestar y sin llorar. Corrí a mi cuarto en busca de la foto de Luza. La abracé tanto que se arrugó por completo.

—Ven por mí, hermana, ven por mí —para mí era mejor morir. Irme con ella que ya estaba a salvo de la vida.

Yo te voy a decir: el deseo es el peor demonio, te lleva a caminos que jamás imaginarías. Harías lo que fuera, ¿entiendes? Lo que fuera con tal de obtener aquello por lo que tu cuerpo está al rojo vivo. Quiero que dejes tu cuaderno y vengas. Fíjate, me voy a colocar así, boca abajo, en la misma postura que me puse ante Omar la primera y tantas otras veces que me tatuó, la misma postura en la que me colocó la hermana Rosi sobre sus rodillas.

¡Carajo! ¡Acércate!

Bien, así…Ahora, quiero que veas atentamente mi cuerpo y encuentres lo que te parezca que tiene forma de cadena. Con tu dedo quiero que sigas el curso de la cadena, no te vayas a perder entre los dibujos.

¡Ah! Jamás me hubiera imaginado que empezarías por la del hombro, sigue, así, sigue, sigue hacia abajo, ahí donde se pierden entre otros dibujos y se recuperan en las palmas, eso, ahora regresa por atrás hasta que llegues a la espalda, tras las puertas, tras los ojos y las rosas, cuidado con las rosas, no te vayas a espinar, sigue a los demonios, los huecos que pueden ser hoyos negros, cuidado con los ojos… sigue… aunque se pierda la cadena, recupérala en alguna parte de mi cuerpo, llega hasta la media luna, baja de nuevo. Recórrelas con tu mirada… has llegado a mi cadera, a las bocas de los peces, a los muslos, abajo, cuidado con las serpientes, más abajo, claro, ya estás llegando y lo haces con más confianza a medida que te acercas, tu respiración se está agitando, porque tienes que subir por la parte interior de mis piernas, sigue, sigue… llega al borde de la nalga, ahí, un poco más arriba, arriba… detente, detente, ¡detente!

Siéntate de nuevo. Mírame. Claro, tu mirada ahora es otra. Qué

sinuosa es tu sonrisa, me gusta… tus ojos son luciérnagas, pero bueno, ya nos vamos entendiendo. Ahora puedes entender en un mínimo porcentaje la fuerza del deseo no satisfecho. No te permití llegar ahí donde ya estabas pretendiendo llegar. Del titubeo de un principio a la fuerza que adquirió tu dedo al delinear la cadena por todo mi cuerpo hubo una diferencia considerable. ¿Ya ves por qué la cadena corre por todos lados?, ¿ya ves por qué se confunde con las rosas? Esa deliciosa sensación evocada durante toda mi vida ha sido mi prisión. Es la misma cadena del adn que va y regresa, un vaivén que se conecta infinitamente, que va, se pierde bajo todas las figuras, pero a fin de cuentas regresa, se vuelve a conectar y se activa con mayor fuerza.

Bueno, pues así como las cadenas del adn, es la vida. La cadena del adn, en su movimiento constante, como una montaña rusa, te lleva por la vida con la misma exasperación por llegar al clímax y sentir después, sin poderlo evitar, el maravilloso vértigo de la caída, en donde todo tu ser totalmente vulnerable está expuesto a ese eterno movimiento, el eterno retorno a tu búsqueda que no es otra cosa que aliviarte de ese mismo deseo. Por eso el camino es ese deseo, con todos los síntomas que de forma irremediable te remiten a la muerte. Dime si ése es el juego divino de la creación. Dime si así es Dios o si es el diablo o si Dios y el diablo son lo mismo o si, más bien, nunca existieron. Dime, tú que has tenido una vida más sencilla, dime.

Aquel ensueño, que nunca sentí de regreso sobre mi cuerpo la mano de la hermana Rosi, en el que su mano voló a un lugar inimaginado y, muy por el contrario, tuve un triste despertar en mi cama, bajo la batuta de otra monja que me envió a la enfermería, siguió vivo en el transcurso de mi vida. Esa mano invisible me llevó en ese vaivén de la montaña rusa hasta que llegué al estudio de Omar. No importa que hayan pasado seis años. Para el deseo el tiempo no existe. Ese deseo es tan presente que no hay forma de huir. Bueno, pues esa misma insatisfacción fue el impulso para vencer mi pudor y pedirle una mano sobre mi trasero. ¿Te das cuenta cómo es que pretendemos resolver aquello por lo que vivimos atorados?

Al día siguiente, todavía fresco el bofetón de mi madre que me hizo odiar a la creación y golpear con toda mi impotencia a las sombras de la madrugada a las que les puse el apelativo “dios”, acudí con Omar dispuesta a morir para reunirme con mi hermana Luza.

—Vaya, mi chava, creí que no regresabas. Ayer nada más me

hiciste prepararlo todo y nada… —ya me estaba esperando con una pila de libros y revistas—. No te quejarás —dijo sonriente, juguetón—, del Renacimiento (esa palabra me remitió a la biblioteca del internado) al surrealismo podrás elegir alguna mano de tu interés —de pronto dejó de sonreír y se acercó—. ¿Qué tienes en la mejilla? —se acercó a ver la marca de mi madre—. Si quieres podemos hacer de esa mano marcada en tu cara el tatuaje más real que hayas visto jamás —bromeó, pero ante mi silencio y seriedad, prefirió seguir hablando de las otras manos. El semblante fúnebre con el que llegué (seguro las sombras me regresaron los puñetazos) le dio cuerda y no paró de hablar. Buscaba la forma de entusiasmarme de nuevo—. Te ves linda sin cabello —por supuesto dedujo que el problema venía de ahí—, pero mira, te voy a enseñar. Estas manos son las que puedo calcar bien, sin problema, pero no son tan grandes… —y buscó mis nalgas con sus ojos bailarines y pícaros—, no creo que abarquen todo lo que pides. Quedarían mejor… —y tomó mi antebrazo izquierdo para sobar con su dedo medio el espacio en el que colocaría la mano—: aquí. Alzó las cejas porque reí de un golpe, el mismo golpe en el que cupo todo el recuerdo. Le arranqué mi brazo.

—Justo aquí me pintaba cuando era niña y me llegué a pintar manos, pero no me salían. Es muy difícil darles expresión, ¿sabes?

Omar se acomodó para escuchar el relato. En eso llegó un cliente.

—Regresa después —le dijo distante, con autoridad— ahora tengo cliente. El personaje que llegó estaba tapizado; parecía rudo, como traído del infierno, pero se veía que respetaba a Omar y eso me hizo sentir segura.

Los ojos de Omar, endurecidos hacia el hombre, se volvieron hacia mí con la expresión contraria. Esos ojos asombrados y tiernos me podían arrancar cualquier secreto. No los podía tolerar. Necesitaba un abrazo de él, pero no me atrevía a pedírselo. La única forma de cubrir la timidez (creo que me pasaba igual que a él) era platicando, así que le conté todo lo que pude y todo lo que ya sabes. El caso es que llegué al punto de los dibujos que me hacía de niña.

—Y justo aquí me dio por pintarme. Me gustaba sentir la pluma sobre la piel. En este cacho que sobaste pasaron corazones, flores, tréboles, pájaros, hormigas, perros y manos muy mal hechas. Era como platicar conmigo misma, era como un diario y las imágenes representaban todo lo que me gustaba y lo que odiaba. Yo creo que soy muy tonta porque no podía poner atención en clase. Me aburrían las monjas, su estilo siempre doloroso, asustado del

pecado, sus gritos tan llenos de coraje…

—Pinches viejas intolerantes, como si fuera un reclusorio ese lugar… —no supe a qué se refería— sí, reclusorio (subrayó la palabra), donde meten a los presos…

—Ah, sí —contesté un poco abrumada por mi ignorancia, pero seguí—. No podías hacer nada sin que fuera pecado, sin que estuviera mal, sin que te amenazaran. Sólo una me caía muy bien, se llamaba Clara y fue la que me recibió cuando mi madre me llevó ahí.

—¿Y tu jefa?, ¿vives con ella?

—Sí, pero da lo mismo. Parece que no vivo ahí. Desde que salí del internado… en fin. El caso es que nunca aprendí nada. Todavía no sé sumar bien y leo despacio, aunque me gusta. He leído poco. Me gusta mirar pinturas eso sí, mira, como éstas —hojeé algunos tomos para mostrarle—. ¿Sabías que en el internado la primera pintura que vi fue en una Biblia y era una como ésta? Es del Renacimiento, ¿no? (Omar asintió con su cara de sorpresa.) Personas desnudas o tapadas con mantas y manos blandas, feas, pero me permitía soñar que me iba con ellos a algún lugar tan lejano que no regresaría jamás a este mundo tan horrendo.

Un día, en una clase, la monja se acercó cuando estaba yo en plena acción. Me había arremangado la manga porque ¡ah!, cómo estorbaban esas blusas tan largas, y el impulso que me provocó verla hizo que la bajara antes de que se secara la tinta, por lo que se manchó y con eso me fue peor. La primera vez, después de que me dio reglazos, me sacó del salón y me dijo cosas feas. Tuve que ir con la lavandera para quitar la mancha.

—Ay, hija, ya no cometas barbaridades —y me ayudó, como siempre—. Ay, Otilia, Otilia, cómo la extraño, era la lavandera, su voz cansada, su presencia siempre familiar.

Pero la otra monja, la hermana Cordelia, parece que dio aviso a sus compañeras porque a partir de ahí me observaban y entonces no podía seguir. Como se dificultó en el antebrazo, por el problema de la manga, empecé a pintarme las rodillas y parte de la pierna. Llegaba hasta donde me podía levantar la falda discretamente. En los recreos me iba a la Fuente oscura a continuar. Un día copié los peces, les puse nubes y flores. Luego, más al fondo de mis piernas, me dio por delinear mi propia mano, los dedos cerca del sexo. La hermana Clara se acercó un día.

—¿Qué haces, Alma?

—¿Te llamas Alma? —interrumpió Omar—. Mucho gusto, yo me llamo Omar, pero me dicen Pulso, pero bueno, continúa.

—Nada, sólo dibujando —contesté a la monja que más seria no podía estar.

—Eso que haces está muy mal. Eso sólo lo hacen los loquitos… —dijo ella.

—¿Es pecado? —pregunté.

—No lo sé, pero yo creo que lo mejor será que se lo platiques al padre Jacobo ahora que venga. No puedes seguir con estas cosas, sobre todo porque vas a hacer la Primera Comunión… A ver, enséñame —y levantó mi falda lo más que pudo hasta que descubrió la mano que dibujé. Aguantó la respiración, frunció tanto aquí en medio de las cejas que las ojeras se le hicieron más negras. ¿Habrá visto al diablo?—. ¡A lavarte! No quiero verte hacer esto de nuevo, ¿entendido? Si no, me veré forzada a llevarte al cuarto de castigos o a la dirección con la madre Pilar.

La primera opción, la del cuarto de castigos, me gustó.

—¿Por qué? —Omar interrumpió de nuevo. No daba crédito a mi relato.

—Porque la prefecta se llamaba Rosi y un día que me pegó me gustó… —le respondí con desafío.

—¡Ah! Eres perversa, mi chava —contestó Omar. Se le veía divertido con mi relato—. Desde ahora serás Alma Perversa…

—Pues yo no sé, pero el caso es que me gustó tanto ese encuentro con la hermana Rosi, que la misma hermana Clara me dio la clave. Y decidí pintarme más y más para que me llevaran a castigar. Lo único que tenía que evitar era ir a la dirección porque entonces llamarían a mi mamá y no te digo lo demás…

—Cuéntame de la tal hermana Rosi, ya me interesó el tema… ¿Era bonita?

—No sé, no me acuerdo.

—Eso no puede ser. Si de alguien te debes acordar es de ella… —Omar se reía mucho a pesar de mi seriedad.

—Pues no. Tal vez sea tanto mi esfuerzo por retenerla en mi cabeza que su imagen se escapa. Desde entonces me la paso inventándola.

—¿Una Mona Lisa?

—¿Quién? —Omar tomó un libro y buscó la imagen.

—Ésta. ¿Ves su sonrisa?

—Sí, ¿qué tiene?

—Es enigmática, misteriosa. No sabes qué siente la vieja… —dijo con aire de culto. Luego supe que sí, que era muy culto. Pero yo me enfoqué en la mano de la Mona Lisa.

—No sé su cara, pero sus manos están espantosas. Pachoncitas,

sin fuerza… Para mí el misterio de esa Mona se acaba de caer. ¿Quién la pintó? —Omar soltó una carcajada.

—Bueno, a ver, sigue, sigue… —Omar se reacomodaba, necesitaba satisfacer su curiosidad morbosa.

—Recuerdo el contorno de su cara. Un contorno recio, delgado, la quijada pronunciada…

—Se dice mandíbula, mi chava… quijada es para los animales… —y se ve que pensó en las monjas— bueno, da lo mismo… ¿Dices que tenía una quijada de acero?

—Pero los rasgos nunca los he podido recuperar. Sólo recuerdo que tenía unos ojos muy brillantes, que parecían haber llorado y sus labios eran gruesos y rosas.

Omar se levantó por una hoja y un lápiz, y dibujó un rostro. Sin duda se le acercaba, pero me sentí como una traidora a mi propio secreto y, peor, Omar había captado la esencia de su dureza, aunque los ojos fueron difíciles de definir.

Tú que escribes sabrás que es sencillo decir que una persona tiene unos ojos iracundos, compasivos y perversos a la vez, ¿no? pero a ver, ¿cómo los pintarías? Hasta ahora nunca antes había visto tal mirada y menos en una monja, en alguien que, se supone, no ha tenido relación más que con Dios… ¿Acaso Dios le despertaba esos instintos? ¿Acaso fueron los instintos que Dios le prohibió? Nunca vi unos ojos tan en contacto con la fuerza de las manos. Tal vez fue esa proporción la que me sedujo. El lenguaje y acción de sus manos tenía las mismas características que sus ojos. Lo sentí, lo viví.

Mira todos los ojos de mi cuerpo: expresiones tristes o enojadas o alegres, con distintas formas, pero ninguno tiene todas las expresiones al mismo tiempo, imposible. Piensa lo mismo para las manos…

Busqué las manos de la hermana Rosi cada vez que pasaba cerca de mí, cada que llegaba al comedor y la podía ver sin problema, cada que me atreví a seguirla hasta que se perdía tras los patios donde las niñas no teníamos acceso. Un día vi que me vio, pero siguió su rumbo. No supe si ella se sabía vista y buscada.

—¿Así se te hace parecida? —preguntó Omar mientras me enseñaba su dibujo.

—Más o menos (le faltaba fuerza, poder, seducción), pero eso es lo de menos. Yo te estaba platicando de mis dibujos —le dije un poco molesta por la interrupción, pero seguí—. Yo tenía sueños extraños (y los sigo teniendo de vez en cuando) y muy reales, tan

reales que cada vez que despertaba no daba crédito de haber estado en mi cama. Los sueños me permitían, por lo menos, visitar a la hermana Rosi durante las noches, aunque la acción que yo esperaba en ella jamás se cumplía, pues algo hacía que despertara en mi cama con dificultad para respirar. Llegó un momento en que me asusté, sobre todo un día después de una clase de la hermana Delfina, cuando dijo que los pecadores estaban poseídos por el diablo y que serían castigados en las llamas del infierno.

Había confirmado mis sospechas, así que me entró un miedo de infierno y empecé a dibujar sobre mi pecho una cruz muy parecida a la que vi en la hermana Clara o alguna que vi en el cuarto de lavado de Otilia, cerca de la virgen de Guadalupe, para sentir que quedaba bien con Dios y que él me protegería.

Un día que nos bañábamos en esas heladas madrugadas, Teresa Cano señaló mi pecho.

—Alma se pintó una cruz —gritó asustada. Las demás, tan dispuestas a la burla, se acercaron para señalarme. Sólo jalé la toalla para cubrirme, pero en el acto, apenas vi a la Chata de la Barrera acercarse, la solté, sin que me importara estar desnuda. Me aventé, ciega, sobre ella. Las risas, los gritos de la hermana y la vida en general pasaron a un segundo plano. Parecía estar dentro de una burbuja. Mis sentidos físicos se habían apagado por completo. Sólo sentía la fuerza de la adrenalina operar de un modo extraño a través de mí. Y quería acabar con todo, con lo que fuera, quería matarlo todo.

La hermana Gabriela logró quitarme de encima; entonces empezaron a aparecer de nuevo contornos, formas, colores e imágenes entre el sonido de mi propio e incontrolable jadeo rabioso. Todas estaban alrededor nuestro, en completo silencio. La Chata recobraba el aliento mientras una de las hermanas Roberts le limpiaba la sangre que le escurría de la nariz.

Logré mi cometido, al menos eso pensé entonces. La hermana Gabriela ordenó a todas que se vistieran para ir a misa y a mí hasta me ayudó a ponerme el uniforme, aunque de una forma muy brusca. Me llevó directo a la dirección, pues lo que yo había hecho era terrible, mientras que a la Chata la envió, ¡si, maldita sea! … Con la hermana Rosi.

—Ya sabías lo que te pasaría si volvías a hacer de las tuyas, ¿verdad? —la madre Pilar, como siempre, me rodeaba y bajé la mirada antes de que, como era sabido, me sacara los ojos para su colección—. Tu familia tampoco podrá venir esta vez. Ahora que te vayas a lavar todas las manchas de las paredes, así como lavas las

manchas que te haces en el cuerpo, le voy a llamar a tu madre.

Entonces subí la mirada.

—Y no me mires así, ¡insolente! —me atravesó la cara, pero no logró tirarme. Llamó a la hermana Clara para que viniera por mí y me llevara a hacer mis obligaciones.

—Y que también haga las tareas, Clara.

—Sí, madre —Clara contestó con una reverencia y me llevó. Esta vez más distante, más seria, más oscura. Silencio.

A diferencia de la primera vez que me llevó por mis uniformes, esa otra ocasión sentí un desprecio infinito hacia la hermana Clara precisamente porque se rendía a la soberbia de la madre Pilar y ella también parecía despreciarme. Sus ojeras serían, quizá, el resultado de muchas noches de desvelo en las que se sentía prisionera de algo. Era más fácil encontrar perversiones en una niña que aceptar las suyas propias. Por eso vio lo que vio. Si no hubiera sido perversa, le hubiera dado otra interpretación a la mano que había pintado cerca de mi sexo.

Me llevó a la covacha para sacar una cubeta. La llenó de agua y me dio dos trapos. Me señaló la pared del dormitorio y dijo que regresaría pronto.

Cuando empezaba a frotar las manchas, la Chata regresó del cuarto de la hermana Pilar, su cara descompuesta, los ojos rojos de haber llorado. Me miró con rencor y nunca más me volvió a dirigir la palabra. ¿Ves esta grieta del corazón? Mejor tatuaje no pudo haber y justamente en el pecho, donde sólo hay hueso. Cuando Pulso me lo hacía, sentí el mismo taladro que partía hasta lo más profundo de mí, como si llegara al alma. Todo mi cuerpo vibraba, brincaba. Sentía que me estaba fracturando, partiendo en dos. Por supuesto me valía madres que la Chata no me hablara, lo que me tenía tan quebrada era que ella fue con la hermana Rosi y yo no.

¿Sabes? No todos los tatuajes duelen igual. Y cada quien lo siente distinto. Todo depende de la zona, pero también del momento en que te lo hagas. Si estás triste y vulnerable, parecería que te ponen sal sobre la herida, aunque aún así hay que resistir para que te respeten. Este mundo del tatuaje es duro porque así es la vida.

El dolor también tiene varios sabores y se manifiesta en millones de formas. Para mí, el dolor moral es el más fuerte.

Al día siguiente de haber limpiado las manchas del dormitorio (las que alcancé a ver, pues en general era muy limpio), me mandó llamar la madre Pilar.

—Por esta vez va a venir tu familia —parecía que algo se traía entre manos, que algo sabía. Me extrañó que de pronto me

perdonara y que su actitud fuera menos agresiva— pero quiero que quede clara mi advertencia…

Bajé la cabeza y la mirada en respuesta y creo que eso le gustó. Regresé gozosa al salón de clases. Pensé que seguro mi madre se había impuesto sobre la madre Pilar y me visitarían ese fin de semana. Luza, pensé. Luza, Luza. ¡Ah, cómo la extrañaba! y brinqué y brinqué todo lo más que podía para alcanzar mi propia dicha. En la noche, antes de dormir, saqué su foto y la puse bajo mi almohada. Quería dormir con ella desde ese día.

Omar me había escuchado como nunca nadie lo había hecho. Le platiqué lo mismo que a ti. Se levantó con mucha cautela, acechador, como si yo fuera un perro al que hay que acercarse poco a poco para darle confianza y no recibir una mordida. Y me tomó de los hombros y me llevó hacia él y me abrazó tan fuerte que pudo exprimir mi cuerpo hasta sacar la última gota de llanto.

—Okey —fue lo que dijo, una vez que me soltó—, ahora comprendo porqué lo de las rosas y lo de la mano, mi chava —prosiguió mientras sacaba de nuevo su instrumental. Su respetuoso silencio me hizo sentir algo más por él.

Arrimó una mesa rectangular, justo bajo una lámpara colgante muy parecida a las del internado, desenredó una colchoneta y la puso encima y luego sacó una sábana. Jaló su carrito de ruedas. Sacó otro mantel desechable que colocó sobre la mesita de peltre y varias agujas. Acomodó de nuevo la lupa y probó su aparato para tatuar. Parecía un cacharro viejo.

—¿Y eso?

—Ah, éste fue el último que hice…Son dos bobinas eléctricas, ¿captas?, que se activan por medio de este switch —se prendía y apagaba a través de un pedal—. Las bobinas generan un campo magnético que provoca este movimiento, mira (una aguja subía y bajaba a través de un tubo de metal que la contenía). Lleno la aguja con la tinta que quieras y listo, a dibujar… —tomó las agujas para enseñármelas de cerca—. Las agujas están nuevas, no te preocupes —y dejó el aparato en la mesita, mientras se levantó a su mesa de trabajo. Tomó un bonche de hojas y practicó una a una las manos por las que me había decidido. Al principio pensó que sería fácil copiar alguna, pero en realidad tardó como dos horas en lograr que me gustara. Tomó el modelo de la mano de la Sagrada Familia de Miguel Ángel, sin duda una de las pocas manos renacentistas que expresa, junto con el resto del brazo de María, una gran fuerza.

Pero como esa mano no estaba extendida, Omar tuvo que hacer unos arreglos.

Luego la calcó en papel albanene con pintura vegetal.

—Quítate los chones y colócate boca abajo. Te voy a colocar la pintura en el culo y me tienes que decir si te gusta o no porque acuérdate que es para siempre —puso la hoja sobre mis nalgas.

—No, ahí no. Más abajo —mi cuerpo se encendió completo junto con mi cara, pero algo no checaba: la mano de la hermana Rosi había abarcado casi las dos nalgas, pero sus dedos se extendían casi hasta mi cadera. Claro, había crecido bastante lo siguientes seis años.

—Imposible. No alcanza. Tengo que hacer más largos los dedos.

—Pero por favor, no puntiagudos… —le supliqué.

Limpió el área con alcohol y volvió a sus dibujos. Se hizo de noche y ya estaba enojado.

—Tendrá que ser mañana. Ya no hay luz y estoy hasta la madre, mi chava.

Regresé de nuevo a mi casa, mi casa, entonces más fría que un témpano. Me hice ovillo en mi cama, siempre al lado de la de mi hermana Pera. Mi hermana, extraño, no me reclamó que hiciera ruido.

Así, la creación de la mano duró una semana. Omar, finalmente, logró que el dibujo se ajustara donde yo lo quería. Después de mucho tiempo me confesó que decidió calcar la mano flaca del Picos, un amigo tan largo como un pino, medio afeminado y siempre pachequísimo.

—Ésta es perfecta —dije movida por mi absoluta ignorancia al respecto.

No hizo falta que me invitara a colocarme. Yo misma jalé la mesa, saqué la sábana que tenía doblada en uno de los estantes, me quité la ropa y me acomodé.

—Desde ahora llámame Pulso —dijo. Era parte de la iniciación. Su nombre de poder le daba eso: poder, precisión. Calcó la mano elegida y la puso sobre mi cuerpo. Cuando se percató que estaba yo de acuerdo, activó la máquina y su sonido agudo se metió hasta lo más profundo de mi médula. Era como máquina de dentista. Pero no sólo eso, sino que el primer pinchazo fue suficiente para gritar y olvidarme hasta de mi nombre. Yo había pensado que sólo dibujaría…

—Quieta Perversa, si te mueves todo se arruina. Relax. Respira —alargaba las palabras con su habitual dominio, como para calmarme por la fuerza y siguió.

Entre el dolor que activaba toda la ira asesina que podía tener dentro de lo más hondo de mi nalga, pregunté con voz contenida (pues el dolor no me permitía hablar fuerte), que por qué me llamaba Perversa. En realidad lo quería matar. Se rio de golpe, igualito a como yo lo había hecho antes con él, pero no contestó. Su silencio me obligó a relajarme, no podía hacer nada más. Ese dolor tan agudo paraliza. Cualquier movimiento puede ser fatal. La aguja entraba y salía, como la máquina de coser de mi mamá, aunque la misma velocidad hizo que se me fuera durmiendo el cacho. Si hubiera sido lenta tal vez no la hubiera soportado. Los manazos de la hermana Rosi jamás se compararon con este dolor punzante, tan agresivo y distinto. Toda la conciencia se condensaba en cada punto pinchado y aún no sabía cómo la tinta iba penetrando por la epidermis. Qué tal si se hubiera equivocado. Ya no había nada qué hacer.

—No te vayas a equivocar —mi voz salió como trueno.

—Tranquila, mi chava, si te mueves entonces sí me voy a equivocar. ¿Te duele?, ¡uy! Y eso que es la nalga… imagínate si te lo hubiera hecho en otro lugar…Si quieres paro un momento, nada más deja que termine una falange… Mejor piensa en otra cosa, ¿va?

Pulso perforaba lo que correspondía a una línea grande y luego pasaba un paño para secar. Y lo hacía suavemente. Ahí compensaba el maltrato que me estaba dando con el dibujo y, más, porque era un dibujo grande. Había que aguantar. Faltaba tiempo, sobre todo para los detalles. Me quejé y me volví a quejar hasta que se detuvo.

—Mira, mi chava, para esto necesitas aprender a aguantar. ¿Tú me pediste esto, no? Pues lo tienes. Lo vas a recordar el resto de tu vida, te lo puedo jurar, sobre todo porque es el primer tatuaje. Ese dolor jamás se olvida. Pero aquí el que menos se queja es el que más respetado es, grábatelo.

¿Por qué me trataba de esa forma? Días antes Omar había sido condescendiente, cariñoso, hasta pensé que le gustaba. ¿Y ahora? Sus palabras me dolieron más que los pinchazos. No podía soportar su desprecio, así que apreté la mandíbula lo más que pude, sentí que se me salían las lágrimas, más que por el dolor de los pinchazos, por saberme despreciada y de ahí ya no me quejé hasta que terminó. Pasaron dos horas, pero para mí realmente pasó una eternidad y no sentí el placer que pude haber sentido con la hermana Rosi.

—Descansa tantito, mientras pongo música —y puso un rock tan pesado que me puso los nervios como alambres. Regresó conmigo y siguió sin parar.

—Listo —contestó aliviado, mientras apagaba la máquina. Se le oía contento, de nuevo con la voz suave. Creo que le gustó que ya no me quejara—, quédate descansando un rato que, vaya que fue ruda la sesión (ahí realmente se le veía contento) y más por ser la primera vez —se oyeron pasos—. Mientras deja ir a ver qué necesitan los morros que entraron, ¿vale? —y desapareció un buen rato.

Mis nalgas, totalmente expuestas, se empezaron a calentar como nunca y a punzar tanto que me asusté, pero no me atrevía a moverme. Creo que la herida estaba demasiado abierta, ardía. Cerré los ojos y me trasladé al cuarto de la hermana Rosi, pero no la vi, no la vi. En realidad no había forma de trasladarme a ningún lado. Las punzadas crecieron y se volvieron llamas vivas que aleteaban sobre el viento. Cubrí mi cabeza con mis manos sudorosas y frías y empecé a patear del dolor.

—¿Qué pasa? —regresó Omar. No contesté, pero él captó—. No te preocupes. Todo está bien. Se te va a quitar el dolor pronto. Trata de no sentarte durante dos semanas, ni de exponerte al sol. No comas cerdo ni bebas alcohol. Cuando cicatrice la herida, si quieres regresa para continuar con dos flores y una de las hadas que te prometí en la cabeza. Tendré que afeitarte de nuevo, eso sí…

No contesté. Su voz, sus ojos, su actitud, a pesar de la pequeña sonrisa de minutos antes, no era la misma. ¿Qué pasó?, ¿se acabó el encanto? No me atreví a preguntar. Más que el tatuaje recién hecho, me dolió el corazón.

Omar también vive en este corazón roto. Este dibujo guarda todas las veces que me han roto el corazón y todas las veces que yo lo he roto.

Quizá el dolor que sentí cuando me lo tatuaron, sirvió para purgar tantos problemas que he causado.

Sí. No te asustes… Me acerqué a ti… ¡Ah! Ahora brincas porque te di un pellizco, alejas tu brazo, te alejas de mí. Hasta te quieres ir corriendo. Te doy miedo, aunque no lo aceptes… Hey, oye… si te vas, si cruzas esa puerta, ya no regreses, ¿estamos? No vuelves a poner un pie aquí…

Así está mejor. Eso. Regresa y siéntate.

Esto que te hice fue una ínfima muestra de lo que se puede sentir con el dolor. Las terminaciones nerviosas de la piel llevan la información al cerebro con la velocidad de la luz y el dolor que sientes, sin embargo, no es puro. Tiene el añadido de tu cultura.

Todo gira en función de tu identidad. Si identificas el dolor con el miedo, huyes. Es lo que ahora sentiste. Pero si lo identificas con el placer, te quedas. Primero hay que desaprender para luego aprender. Eso mismo me enseñó Pulso.

Yo, en mi memoria corporal guardaba placer confundido con el dolor que me provocó la hermana Rosi. También guardaba ira confundida con el dolor que me ocasionó muchas veces mi madre y la madre Pilar. De eso está hecho el sadomasoquismo. Por lo que vi ahorita, tú también lo eres. El sadomasoquismo te habita así como nos habita a todos los seres mientras estemos vivos. No, no me mires así. Tus ojos anuncian tus prejuicios. A mí me vienes a entrevistar por morbo o quizá porque tú no te atreves a hacer de tu vida lo que yo he hecho de la mía. Pero, sin embargo, si buscas, habrá algo con lo que te identifiques y precisamente eso te trajo aquí.

Mira, te volví a pellizcar y ya no hiciste lo mismo. Hubo un condicionamiento. La sorpresa se diluyó. Incluso lo aceptaste con tal de permanecer aquí. ¿Ya viste? Así somos los seres de carne y hueso. Soportamos lo que sea con tal de obtener lo que queremos. Somos como perros en busca de caricias. Nos ponemos de pechito. Todo el tiempo pedimos remedos. ¡Cuál pureza con todo esto! La falta de pureza va directamente proporcional a la negación del dolor. ¿Será que por eso se flagelaban las monjas en la antigüedad? Nunca supe si lo hacían las monjas del internado, pero no me extrañaría. Tal vez así buscaban redimir tanto deseo contenido y negado.

El dolor ha sido la máxima constante de la vida, desde sus inicios hasta la fecha, la gente huye del dolor porque lo identifica según su historia personal, pero si le quitas todo ese mecanismo de identidad, te das cuenta que el dolor se compone de una gama de sensaciones encontradas, muchas temperaturas que cambian con el movimiento, pues el dolor tiene un movimiento y uno se puede dar cuenta de ello cuando entras, como a mí me enseñaron en este mundo del tatuaje, en el vacío del dolor. A eso le llamo la luz entre la oscuridad. Mira, en mi brazo verás a mi hermana Luza, una mariposa colorida finalmente que se va al infinito. Su salvación, como la de todo ser vivo, es la muerte, de ahí este cráneo también.

Luza, por ejemplo, sufrió mucho y, a pesar de ello, nunca perdió la armonía. ¿Será que por eso dicen que así como vives, mueres? Ella se merecía morir, no quedarse en este mundo corrupto y sucio. Aquella vez en el internado, cuando saqué su foto para colocarla bajo mi almohada, no podía imaginar que en ese mismo instante se

estaba consumiendo y que, así como yo buscaba en ella un consuelo para mi vida, ella estaba buscando justo en ese momento, el consuelo de mi madre, de Dios, de quien fuera, que le quitara esa horripilante sensación de asfixia, aún con el tanque de oxígeno que se le acababa cada vez más rápido.

Una noche, antes de que la hermana Gabriela llegara para que nos hincáramos a rezar, me clavé en la foto, los ojos sonrientes, pero tristes de mi hermana, de pronto saltó a mi vista toda su fragilidad. Su cara en esa fotografía me decía algo más. Mi estómago me contestaba eso, mi corazón me gritaba. Un nudo en la garganta. Guardé la foto bajo la almohada y ahogué mi llanto, hasta que me perdí en otro de mis sueños raros, pero esta vez no viajé a ninguna parte. Esa vez, simplemente, no me pude levantar.

—39 grados —dijo la hermana Gabriela al día siguiente. Tenía fiebre y me quedé en la cama todo el día. De mi maleta saqué la pluma que escondía y, ya segura de que no vendrían a darme medicinas, me pinté la planta de los pies. Caritas en cada dedo: Papá, mamá, Luza, Gracia, Pera y yo, en ese orden, del gordo al meñique. Como me faltaban dedos para la familia, mamá y papá hicieron las veces del gordo. Movía los dedos con mucha destreza. Estábamos reunidos, todos, en casa. Nos sentamos a la mesa de la cocina. Mamá preparó uno de sus guisos, no importa cuál, todos eran deliciosos. Papá volvió a jugar con nosotras, sacaba su cigarro delicado, lo encendía, lo aspiraba hasta llenar su gran cuerpo y lo exhalaba (ponía la pluma entre los dedos del pie, simulando los cigarros). A mí me quedaba muy lejos, por cierto… así que decidí pintar los dedos del otro pie con nosotros mismos. Uno y otro pie interactuaron totalmente, las voces que les puse a cada uno se multiplicaron (a susurros, claro está, no fuera que me escucharan las monjas), todos nos tocábamos, nos abrazábamos, nos dábamos cabezazos, besos, era un festín familiar dibujado en los dedos de mis pies. Al escuchar que alguien venía, sólo me estiraba en la cama y me tapaba con la cobija. De pronto, el efecto de la temperatura, me permitía sentir que me disolvía en el colchón y entraba en un territorio distinto, ¿ves por qué me interesan la puerta y los arcos en mi cuerpo? No sólo simboliza la vez que entré a la oficina de la madre Pilar, también simboliza la entrada al infinito mundo del sueño. ¿Será por eso que cuando crecí, me encantó el surrealismo? El tapiz de mi cuerpo, si ves, en cierto modo parece surrealista.

Los sueños dan libertad, invitan al mundo de la muerte, ahí donde se pierde toda solidez. En los sueños puedes flotar, cambiar de forma…

¿Qué yo cómo me siento con esta otra forma? Ya no puedo hacer nada por regresar a mi aspecto original. Si lo hiciera, si decidiera quitarme todos estos dibujos, quedaría totalmente cicatrizada, así que más me vale aceptarme tal como soy ahora y en realidad es que así he sido siempre. Mi piel sólo es una manifestación de mi alma. Es su expresión. Finalmente fue mi decisión hacerlo. El tatuaje me permitió ser dueña absoluta de mi destino. Fui mi propia creadora, mi propia diosa. En mi cuerpo está todo mi universo y más consciente no lo puedo tener.

¿A ti qué te ha marcado en tu vida?, ¿qué?, ¿ya ves? Lo tienes que pensar. Yo no. Yo tengo mi vida presente, con todas mis más profundas alegrías y mis más profundas tristezas. Bien y mal está contenido en cada figura, como lo que te platiqué de las cadenas, como lo que te platiqué de los arcos y de las puertas y de las flores y de los ojos y de todo, incluso del dolor.

El dolor, después de todo, no es más que una combinación muy extraña no sólo de temperaturas, sino también de sonidos, de colores, qué sé yo. Entre más condensados están y más encimados unos en otros, la sensación es como si tuvieras una estaca, como si el sonido fuera grave. Pero si sientes esa misma condensación en una zona tan pequeñita como la que puede abarcar una aguja, el dolor, como el sonido en su máximo nivel de vibración, insoportable al oído, es totalmente agudo. Así es como yo lo he experimentado. Por eso Omar ponía música para sintonizar el alma con el dolor físico.

—El rock es la neta —dijo Omar. El ritmo tan lleno de golpes es lo que te inyecta coraje para sobrevivir, para soportar el dolor. No es más que vibración, así es el mundo de la energía. Si quieres levantar el espíritu de fuerza, tambores. Si quieres elevarte junto con un toque de mota, violines. La música, mi chava, es un vehículo invisible que te lleva al infinito, por eso es tan matemática —me explicó una de tantas veces que me tatuaba. Incluso, mira, como punto final de su rollo, puso aquí, detrás de mi oreja derecha, una nota musical, aunque ya casi no se ve.

Esa primera vez que me tatué sentí horror y fascinación a la vez. Pensé en mamá, en mis hermanas, se acababa de romper un vínculo con ellas, pero había confirmado otro vínculo más profundo e indisoluble conmigo misma. La mano de la hermana Rosi me dio ese valor. De las nalgadas que la monja me dio por castigo-seducción, pude sentir el contraste con la mano viril de Pulso al delinear una figura femenina, tomada además de la imagen de la mano alargada de un amigo.

¿Te imaginas? Desde ahí mi vida se multiplicó. Sin querer y de forma invisible, coincidieron muchas vidas en la realización de mi primer tatuaje y de igual forma, coincidió ese acontecimiento en la vida de los involucrados, aunque ellos no se percataran. El tatuaje es una realidad multiplicada.

Aquellas personas, la hermana Rosi, el Picos y Pulso, nunca fueron conscientes de que se inmortalizaron en mi vida. La única forma en que ellos morirían para mí, sería con mi propia muerte.

Ésa es mi presencia en el mundo y por eso me llaman Perversa y me buscan muchos como tú para preguntarme sobre el tatuaje que no es otra cosa que hablar del sentido de la vida.

A través de mi piel me nombran, me tocan, huyen, se revelan. Me da cierta identidad con un grupo, pero me aleja de otros grupos, me aleja también de mi pasado, eso que ni qué.

En el internado, a lo más que aspirábamos era a cantar el Ave María o escuchar a las niñas que cantaban los nombres de quienes esperaban a sus visitas mensuales.

—Aaaallllmaaa Tooooorrrrreeeeess —sí, Torres, como esta torre que ves en mi costado izquierdo. Es una torre de Babel inspirada en la que pintó Brueghel, en 1563, que pretende llegar al cielo.

Esa vez, al escuchar Torres, me dio un vuelco el corazón, se me aflojaron las piernas, quise llorar de júbilo, pero me aguanté. Aguanté la respiración. Había esperado mucho tiempo, demasiado, Dios mío, qué nervios, Dios mío, me había restirado mil veces el uniforme de fin de semana, lo planché con mis manos frías, cuidé de no ensuciarlo, sentía algo en el estómago, ahí donde cae la comida, donde anoche cayeron las semitas, donde hoy cayó la fruta y los huevos semicrudos y el vaso de leche helada, ¿quiénes vendrán primero?

Luego tomé unos dulces de anís (que no comí los días anteriores para guardárselos a ellas). Corrí como nunca. Había que subir unas escaleras en el mismo edificio donde estaba la dirección. Arriba encontrabas la salita de visitas.

Llegué jadeando, mi cara como una sandía, abrí la puerta. Mi madre, Gracia y Pera se levantaron a saludarme. Mamá no lo pudo evitar y se le escurrieron los ojos al verme, pero no de alegría. Gracia me quiso abrazar, pero la empujé, rechazante, pues no vi a mi hermana Luza, la mayor, mi consentida.

—¿Qué pasó? ¿Y Luza? —no me contestaban. Esos segundos de silencio, te puedo jurar, son iguales al dolor de una aguja

penetrando, rompiendo lentamente los tejidos de tu piel. En ese momento, todo tu universo se concentra ahí, en ese dolor indescriptible, tan lleno, tan confundido en sus temperaturas y gritos internos, que no sabes. Creció el silencio de la oficina, crecieron las venas del cuello y la frente. Se hinchó mi garganta de tanto vuelco. Se me cerró el cerebro. Me senté, rendida, a soportar el enorme peso de lo inevitable.

—Tu hermanita Luza —dijo mamá con los ojos llorosos, con la voz entrecortada (¿hermanita? Ella cuándo había empleado ése y el resto de los diminutivos) —está muy enfermita, así como papito. ¿Sabes? Le queda poquito tiempo para irse al cielo. Mis hermanas estaban más tiesas que un hielo. Esperaban mi reacción.

Pero mi reacción no llegaba porque, entonces, en esos breves minutos que ya nos quedaban, sentí, clarito, que mi corazón se estrelló como un vidrio frágil y se cayeron todos los cachos. Se terminó mi tiempo. Me levanté, dejé caer los dulces, que se habían hecho un chicle en mis puños sudados.

—Ten, Almita —se acercó Gracia—, Luza te manda esto. Ahorita se quedó la vecina para cuidarla mientras regresamos y… —me dio la mascada preferida de Luza. Apenas se la arranqué y me fui como fantasma.

—Voy a hacer todo lo posible para que salgas a ver a tu hermanita, mi niña… —alcancé a escuchar las palabras ahogadas por el llanto de mamá.

Llegué a la fuente oscura y no moví un músculo hasta que sonó la campana para ir a misa a dar gracias por las visitas.

—¿Por qué no rezas? —preguntó Margarita

—Porque estoy enojada con Dios —contesté seca, cortante, pero la Chata lo escuchó.

—Hermana Delfina, Alma no reza porque está enojada con Dios —y le agregó lo suyo siempre tan venenoso— está diciendo cosas horribles…

La hermana Delfina, que cada vez hablaba y escuchaba con más esfuerzo, se hartó. Cualquier interrupción la sacaba de sus casillas.

Resultado: dos horas de rodillas con los brazos en cruz, mientras mis compañeras dormían.

—Y si baja los brazos, hermana —la hermana Delfina le daba instrucciones a la hermana Gabriela sobre mí— entonces le aumenta una hora y el fin de semana lavará los escusados.

Hacía un frío de infierno. Verás que el infierno, para mí, es helado. Es el frío el que te quema y te deja sin piel. Así lo sentí esa noche en la que tenía que hincarme sobre ese piso, separar mis

brazos y dejar pasar el viento por los costados durante dos horas. No habían pasado ni cinco minutos cuando ya no podía, ya no era posible seguir así. Empecé a sudar de dolor. La hermana Gabriela estaba sentada frente a mí leyendo una Biblia y, de vez en cuando, echaba una cabeceada del sueño que tenía. Era cuando aprovechaba para bajar los brazos un instante. Llegó un momento en que ya no pudo de sueño y, rendida ella, de plano, me mandó a la cama.

Regresé más despierta que un búho. Me puse el camisón. A pesar de la oscuridad, saqué de debajo de la almohada la foto de mi hermana, me acosté y la llené de besos. ¿La volvería a ver? Necesitaba hacer algo para que me expulsaran. Me aceleré tanto con mis pensamientos (y parece ser que la postura del castigo esa madrugada me llenó de energía) que a la mañana siguiente me levanté un poco antes, me metí a la regadera sin necesidad de que me empujaran, terminé antes que las demás, recé el rosario con ímpetu y esperé hasta el frente en la fila para desayunar. En la tarde me di cuenta que había hecho todo al revés. ¿Sabes? La idea no era hacerlo todo más rápido, que eso es lo que siempre esperan en una escuela, sino romper el ritmo de las cosas, sacar a las monjas de sus casillas, pero no hice otra cosa que perseguir mis acelerados pensamientos y darles a entender que ya me habían dominado con sus castigos. Pero yo ya quería estar con mi hermana, quería llenarla de abrazos, convencerla de que no se muriera…

Tan absorta estaba pensando en ella mientras caminaba por uno de los patios, bellísimos por sus desniveles en piedra y sus jardines que quedaban un poco más abajo, cuando alguien me empujó. Lo del cuerpo fue lo de menos, esa niña que me había empujado, distrajo lo más profundo de mí, me quitó mi intimidad. Sin saberlo había arremetido contra mi conciencia y con ello todas mis sensaciones se fueron, se esfumaron para concentrarme justamente en ella con una ira tal que le di una trompada con este mismo puño, en el que tengo pintada a mi hermana Pera.

Rodamos por todo el jardín y aplastamos las flores que tanto cuidaban las hermanas. Alguien corrió hacia nosotras. Entre ese alboroto, en el que mi pensamiento ya se había obnubilado y con él mis ojos, alcancé a ver unos pies que se acercaban a nosotras, sentí sobre mi espalda el golpe de una mano extendida que no buscaba otra cosa que asirnos del suéter para levantarnos.

De pie, la vi. Era la hermana Rosi. Se me aflojaron las piernas, me latió el corazón y el cerebro se me cerró.

—¡Qué pasa!, ¡qué pasa! —en su regaño había cierto tono maternal, nada despectivo, más bien cercano. Nos tomó de los

brazos para acomodarnos de cara a ella—. Ofrécele disculpas —le gritó a Blanca Roberts, pero ella quedó muda—. Que le ofrezcas una disculpa —le advirtió bailándole el dedo índice en la cara, mostrándole su gran mano y como Blanca no contestó se la llevó del brazo y a mí me soltó. Rumbo a su cuartito, volteó la monja, me cerró el ojo, como siempre, como siempre…

—Alma… Alma —era Margarita Agüeros, en la noche, una vez que se fue la hermana Gabriela. Me volví hacia ella—. ¿Quién ganó la pelea?

No le quería contestar. Para entonces ya no confiaba ni en ella. Pero insistió.

—Yo gané —le contesté indispuesta a continuar con la conversación. Quería dormir.

—¿Y entonces por qué castigaron a Blanca?

—No sé.

—¿Es cierto que la hermana Rosi pega con una cuerda de cáñamo? —ahí sí me interesó el tema y definitivamente desperté.

—¿Por qué lo dices? —pregunté haciéndome la desentendida. Fingí un bostezo, como si el tema me aburriera, pero más bien quería que Margarita soltara información.

—Dime, ¿a ti te dio con una cuerda de cáñamo? —parecía entusiasmada.

—No, a mí me dio con la mano —contesté desconcertada—, ¿quién te dijo que la hermana usa una cosa de ésas?

—No sé… se sabe. Por eso le tienen tanto miedo. La Chata la odia. La vez que peleaste con ella hasta le sacó sangre.

—Ni me fijé —contesté totalmente sorprendida de saber que yo había sido una excepción en su castigo—. Se me ocurre algo, Marga. Pregúntale a Blanca cómo le fue… —era evidente que yo no lo podía hacer, así que preferí hacer a Margarita mi aliada.

—Sí. Mañana le pregunto, a ver cómo le hago —se había convertido en mi aliada.

El tema de mi hermana Luza pasó, de nuevo, a segundo plano. Volví a soñar despierta con la monja y todo mi cuerpo se alteró de nuevo, pero un escalofrío me llenó de pronto y me dejó congelada por un buen tiempo: recordé que en dos días iría el padre Jacobo a confesarnos por primera vez porque estaba cerca la primera comunión.

Mira, te he hablado de las puertas, las cadenas, las rosas con espinas, los ángeles caídos, la mariposa, los ojos, la luna, los

demonios, las serpientes de Lilith que bajan por mis piernas, etcétera, pero todo lo que ves, a excepción de las hadas (que fueron una iniciativa de Omar), es una manifestación de la madre negra, de la madre de todos los demonios.

Desde la noche en que me quedé congelada de pavor porque a la semana siguiente iría un sacerdote a confesarnos, entendí el poder del diablo sobre el mundo y desde entonces decidí convertirme en su aliada…

¡Ja!, te retraes. Tus gestos no son elocuentes, como hace rato. ¿Te da miedo el diablo? ¿El castigo divino? Si te da miedo entonces ¿qué haces aquí escuchándome?

El temor a Dios, ese constante mensaje católico que nos hace replegarnos ante cualquier cosa que se sale de las normas que los mismos humanos establecieron, es más rudo que la muerte. La muerte es lo de menos. Mueres y ya. El dolor es lo de menos. Te flagelan, te duele, te repones y a lo que sigue. Pero ¿el alma? La condena está en saber que no sólo tu cuerpo, sino que tampoco tu alma se salvará; es decir, el sufrimiento, el dolor y la muerte serán tu única forma de vida eterna. Se cae toda esperanza porque qué fastidio y qué flojera estar condenado para toda la eternidad. Y de la condena eterna se pescan para torturar a la gente.

No puedo olvidar el castigo que la propia Margarita Agüeros sufrió una vez que, obediente de mi encomienda, fue con Blanca Roberts para preguntarle lo mismo que me había preguntado a mí. Blanca le platicó todo, pero inmediatamente después de que Margarita se alejó, corrió a acusarla, con sus respectivos y dramáticos agregados, con la madre Delfina, pinche vieja carcomida, quien la calificó de pecadora.

La hermana Delfina decidió que Margarita tenía que pagar su pecado de morbo, en un cuarto oscuro durante una noche, pero eso no fue lo peor. Lo peor fue todo lo que la monja artrítica y retorcida como su boca, le dijo antes:

—Tú eres una pecadora y tendrás que vivir en carne propia todo lo que el mismo diablo te haga esta noche que estés separada del mundo. En la noche verás despertar esa fuerza y nadie te va a salvar. Dios está enojado contigo y tienes que pagar por eso. Ni el padre Jacobo te podría absolver. Si no pagas por tu morbosa mente, entonces no será posible que hagas tu primera comunión y tengas que abandonar este internado. Pobre de tu padre cuando se entere…

Margarita entró en esa especie de celda ubicada en el último piso, un piso arriba del dormitorio de las monjas. Era como un

ático.

Al día siguiente, cuando fueron por ella, la encontraron en un rincón, abrazando sus rodillas, meciéndose hacia adelante y hacia atrás en un impulso muy primitivo y con la mirada perdida.

La hermana Delfina dio por hecho que el diablo la había corregido como se lo merecía y se sintió satisfecha, pero pronto se dieron cuenta que Margarita no volvía en sí. La tuvieron que llevar a un hospital donde permaneció al cuidado de una monja del internado, pues su padre estaba de viaje.

Bueno, pues así como Margarita vivió literalmente su propio infierno, yo viví el mío aquella noche en que sentí gran gozo por ser la elegida por la hermana Rosi para sus perversiones (aunque entonces no sabía que esa palabra existía. La supe, incluso, cuando Omar me puso Perversa), pero a la vez sentí toda la culpa por sentir ese gozo. Un yunque en el estómago y mucho sudor frío (por eso te digo que el infierno es frío), una niebla en la cabeza, la cordura no existe cuando hay miedo y cuando ese miedo se relaciona con el deseo.

No tenía escapatoria posible. No me daban miedo los castigos a los que pudiera ser sometida por el padre o las monjas, sino al castigo de Dios, tan omnipresente, tan omnipotente, como siempre lo habían dicho y ante quien me sentía cada vez más indefensa porque Él, además, actuaba de forma invisible; yo era un bicho que podía ser aplastado en cualquier momento y ser aplastada para siempre era eso: para siempre. Para toda la eternidad. Ni la muerte me podría salvar de esa sensación tan infame que me invadía por completo. Pensar que tu alma se condenará es el peor infierno, pues se cae la fe, se cae la esperanza, se cae el amor al mismo Dios que te creó.

Llegó la hora de la confesión. Además del pavor que me impedía moverme libremente, me preguntaba dónde estaba Margarita. Todo se veía tan igual, como si no pasara nada. Las monjas ni la mencionaban. La hermana Delfina daba su clase con la misma postura tan teatral de una persona humilde y serena.

Nos formamos para besarle la mano al padre Jacobo antes de entrar a sentarnos. Entre las monjas que vigilaban que todo estuviera en orden, estaba la hermana Rosi. Me le quedé mirando y ella, en respuesta, sonrió y llevó su dedo índice a la boca para recordarme “ni una palabra” y asentí mientras le devolvía la sonrisa cómplice. ¡Cuánta alegría esa complicidad, aunque fuera perversa!

Una vez sentadas todas, entre el humo del copal que pasaron por todos los rincones, la hermana Delfina nos llamaba por orden

alfabético: Águeda, Aída, Albertina, Alejandra… Salieron tranquilas, lo cual me dio confianza… Alma, escuché.

Pasé al confesionario.

—Ave María purísima… Ave María Purísima… —el sacerdote abrió la puertita porque se desesperó. No me salía la voz. Se me cerró el entendimiento y me temblaban las piernas.

—Sin pecado concebido —había que contestar.

—¿De qué te acusas, hija? —repitió lo mismo varias veces y volvió a abrir la ventanita. Y me decidí. No tenía nada más que perder, pero mi voz tembló un poco.

—De que… de que… de que yo no quiero hacer la primera comunión padre —entonces el que guardó silencio fue él. Tardó mucho tiempo antes de proferir palabra.

—¿Por qué no quieres hacer la primera comunión? —en su tono rasposo, de ultratumba, me supe castigada por Dios.

—Porque no creo en Dios.

Motivo suficiente para que el padre Jacobo saliera del confesionario, llamara a la hermana Delfina y ella me llevara directo a la dirección con la madre Pilar.

Al salir tomada del brazo por esa mano chueca y temblorosa de la hermana más anciana que Dios mismo, la hermana Rosi se me quedó mirando preocupada, motivo suficiente para darme valor y sentir el mayor gozo del mundo. Ella, la hermana Rosi era mi cómplice, sobre todo porque se le había metido el diablo, así como a mí.

Ese día después de haber decidido contestar eso pasara lo que pasara, extrañamente me sentí fuerte, valiente, así que llegué con la madre Pilar y no bajé la mirada por nada. Mi respuesta fue el silencio. No contesté. Impostaba cada vez más la voz para ganar autoridad y nada. Yo seguía viéndola de frente.

La madre Pilar titubeó, pues me quiso dar alcance para voltearme de nuevo la cara y corrí hacia uno y otro lado. Se dio cuenta que lo que yo quería era que me expulsara, y ésa fue su venganza.

—Te vas a ir al plantel de los niños varones hasta que ruegues por regresar y pidas perdón por tu gran blasfemia. Dios te va a castigar por ello y el diablo se te va a presentar, así que tú sabrás cómo hacerle.

Esa noche, en efecto, llegó el diablo, pero más que por confesar que no creía en Dios, porque mi deseo brutal por la hermana Rosi hizo que sintiera un dolor en el bajo vientre, un calambre distinto a como me dolía el estómago por indigestión y, de pronto, sentí que

sudaba frío y que algo chorreaba de mi vagina. Estaban por apagar la luz, así que me dio tiempo de abrir las cobijas para ver qué era lo que había salido de mí: sangre. Era sangre.

Años después se me volvió a presentar el diablo justo cuando Omar me tatuó la vagina y tuve también mucha sangre y mucho dolor. Un dolor tan fuerte y contra el cual no se podía luchar, pues cualquier movimiento no sólo podría arruinar el dibujo que me estaba haciendo, sino provocarme un sangrado mayor.

Omar se portó muy benevolente aquella vez. Me acariciaba mucho la cabeza y las mejillas y luego volvía a su labor.

—Ya, mi chava, ya mi chavita, ya mi Perversa, ya, mi niña, ya, mi niña… —aunque también lo hacía con cierto recelo, pues lo que dibujaba no tenía que ver tanto con él como con la hermana Rosi.

Para vivir la experiencia en pleno, me había invitado un toquecito, pero al ver que el dolor era insoportable, me dio más y entonces la vida cambió.

A cada punzada salía de mí una risa tan diabólica que el mismo Omar se empezó a asustar, sobre todo porque yo pedía más y más. “Más, Pulso, más Pulso”. Jadeaba como perra, creo que hasta babeé, poseída por la rabia, una rabia llena de deseo y un deseo lleno de rabia. En ese momento, a cada punto que me hacía, crecía un deseo bestialmente sexual que no cabía dentro de mí y al mismo tiempo se convertía en un impulso de destrucción del universo. A cada pulso veía como si planetas se destruyeran, a cada rasgada veía chispas de colores, entre las cuales predominaba el rojo, veía que la sangre salpicaba todos los muros, que el sonido de “Ya, mi chava, ya mi niña” de Pulso se multiplicaba y se expandía por todos lados. No podía moverme. Aún en ese estado mi conciencia y mi voluntad permanecían más firmes que un soldado y mantenía abiertas las piernas, más abiertas que nunca, otra puerta por la cual se podía meter el mismo diablo e, incluso, el mismo Dios que me había rechazado por completo.

—Ay, Omar, ay Pulso, ay cuánto te amo, ay, ay, ay, cuánto dolor, cuánto dolor carajo, cuánto dolor hijo de puta, déjame, déjame, cuidado, cuidado, bestia, hijo de tu perra y maldita madre… ¡Aahhhhhh!

Y Pulso no perdió el pulso. Me acariciaba, me ponía el paño suavemente y me veía con cierto temor y, aunque no lo aceptara después, también me veía con recelo. Sí, recelo. Un recelo que también gocé mucho. Pero su voz se suavizó de pronto. Sonrió,

como la primera vez que me vio. Sonrió más y más hasta que ganó, de nuevo, mi confianza.

—Ya, ya… ya pasó, mi niña, ya pasó mi chavita perversa… ya pasó… ya tienes tus peces divinos, ya tienes tu mar, ya tienes tu boca y a tu mujer demonio, hermosa demonio, como tú. Lo bueno es que nadie más te vio, sino todo mundo te hubiera perdido el respeto. Aguántate, mi chava. ¿Qué no has aprendido? —terminó con ese tono de regaño tan insoportable en él.

Caminé con las piernas más abiertas que nunca durante dos semanas. Ir al baño era quemarme en el cadalso, era estar en la hoguera, era aceite caliente saliendo de mis conductos. Pero, incluso, antes de salir de ahí, tuve que quedarme horas acostada, con las piernas abiertas, más expuesta que un museo.

Lo mismo pasó en el internado, por supuesto no con ese dolor tan intenso, pero sí caminaba yo con las piernas más abiertas que nunca, con un tonel de papel de baño en el calzón, mientras una de las miles de hermanas que trabajaban en el internado me llevaba al plantel de los niños, a pocas cuadras del de niñas.

No le había dicho esto a nadie, pues era evidente el castigo de Dios y que el diablo me había poseído y cortado por dentro, cortado el mismo lugar donde sentía ese cosquilleo delicioso que, a la larga, supe que se llamaba orgasmo. Ya se darían cuenta al tender mi cama. Y ese día no era día de baño. La sangre no cesaba y mi espanto iba creciendo con las horas, pero no me atreví a decir nada.

Llegué al plantel de niños. La hermana dio instrucciones al monje que me recibió y me llevó a uno de los salones.

Los niños, como era sabido, se reían, se burlaban, se decían cosas a mis espaldas, me ponían apodos.

Me pusieron al frente, con orejas de burro y sobre un banco. Todos se rieron y me señalaron. Lloré desde el estómago. Se reían más porque toda yo temblaba al llorar, pero era inevitable. Sonó la campana para la hora del recreo y me levanté con todos los niños. Uno de ellos se acercó, miró el banco y gritó: “Esta niña se hizo pipí y con sangre”. La carcajada general y el señalamiento hacia el banco duró una eternidad.

Una vez que salieron y las voces se perdieron en la lejanía, el monje me llevó a un cuarto. Sus ojos estaban más encendidos que una antorcha. Jadeaba. Se me salía el corazón, aunque también, debo confesar, me empecé a encender yo también. Y poco antes de que me pidiera algo indeseable, llegó otro monje que le preguntó por mí. Eso me salvó. El primer monje le comentó algo en secreto, salieron apurados y me dejaron ahí, a la deriva, durante muchas

muchas horas, interminables, entre cuatro paredes, alguna cruz, un sillón y un escritorio con una silla. Parecido al cuarto de la hermana Rosi. ¿Sería el cuarto de los castigos de los niños?

En la soledad, me puse a buscar en los cajones del escritorio a ver si ahí encontraba un cinto de cáñamo o algo parecido a lo que me dijo Margarita, pero en su lugar había una pala, como de las de la cocina, pero alargada, de madera y con varios hoyos. Años después me enteraría que con eso castigaban a los niños.

Al fin llegaron por mí. Era la hermana Constanza. Regresamos al internado de niñas y me llevó a la enfermería. Me dieron una bolsita de kótex.

—Para tus días penosos —me dijo la hermana enfermera.

Antes de integrarme a la clase de moral, la última del día, corrí al dormitorio, destapé mi cama para ver las sábanas que había dejado sucias. Estaban limpias, las habían cambiado, pero nadie me reclamó.

Entonces corrí con Otilia, no se dieron cuenta. Otilia siempre fue amable conmigo.

—Mi niña, te van a regañar.

—¿Trajeron unas sábanas sucias?

—Ah, eran tuyas, entonces… —se le veía incómoda a Otilia. Notó mi desconcierto y por primera vez en su vida habló.

—Estoy preocupada por tu amiga Margarita. ¿Sabes cómo va? ¿Ya regresó?

—No sé —Otilia sabía más, así que había que sondear—, ¿usted sabe algo?

—No. Sólo que esa hermana, la Delfina —lo dijo ya con enojo, hizo un ademán de desprecio— es tremenda. ¡Cómo mandar a una niña al hospital! ¡Cómo hacerle pensar que el demonio se la va a comer! —entre las monjas y las empleadas los chismes corrían pronto.

Mientras doblaba las últimas cobijas y sábanas del día, Otilia terminó por platicarme todo lo que la monja le dijo a mi amiga y regresé a las clases con algo que me comía por dentro, que me consumía.

Empezamos a tener clases en las que se hablaba del tema de la menstruación. Supe por Teresa que lo hicieron a propósito del incidente de mis sábanas manchadas.

En la clase de ciencias naturales, la hermana Begoña dijo: “Cada mes, las mujeres tenemos la regla. La hermana Delfina les platicará las causas de este daño que se nos fue infringido a las mujeres desde la creación del mundo, desde nuestros padres Adán y Eva, pero no

se tienen que asustar. Estamos pagando el pecado de nuestra madre Eva y así será para toda la vida".

Y en el pizarrón explicó la anatomía de la mujer, por supuesto, expuesta a las risitas y comentarios que hacían algunas compañeras. Yo no porque simplemente estaba aterrada y me sentía partícipe del árbol del bien y del mal. Más directo castigo no pude haber recibido. Creo que fui la primera de todas. Estaba por cumplir los doce años. También mis pechos se empezaron a sentir abultados. ¿Sería obra del demonio todo ese cambio físico?

En clase de moral, la hermana Delfina comentó: "Eva nos hizo pecadoras porque hizo que Adán comiera del fruto del árbol prohibido. Ella lo sedujo con sus encantos, le lavó el cerebro y le hizo comer una manzana. Al hacerlo, Dios nuestro señor se enojó con justa razón porque les había ordenado que no tocaran el árbol. Por eso —empezó a regañar— tienen que obedecer a todo lo que se les diga. Por eso —aleteaba su dedo índice más chueco que su conciencia— está en este internado de religiosas y nosotras estamos al servicio de nuestro Dios. Por eso —alargaba cada vez sus palabras— es pecado mortal que se dejen llevar por la tentación, así como su compañera Margarita, que cometió pecado de morbo.

Y ahí fue cuando a mí se me metió el diablo al cuerpo porque no pude más de la ira y además ya era tiempo de largarme de ahí. No había nada que perder.

—¿Y dónde está Margarita? —me atreví a preguntar, interrumpiendo con toda intención y con esa fuerza que me extrañaba más que nunca. La hermana Delfina no dio crédito a mi tono (y yo tampoco. Algo hablaba más allá de mí) y calló por unos segundos. Se hizo el silencio en clase. La monja iba a empezar a hablar cuando la interrumpí de nuevo.

—No me importa lo que me hagan. Yo traigo al diablo dentro. Dígame dónde está Margarita y por qué dice cosas feas de ella.

Hasta entonces nadie se había atrevido a levantar la voz en el internado. En efecto, la bandera que mi hermana vino a levantar yo la vine a pisotear. No tardé en estar frente a la madre Pilar, con la mirada al piso y a ella, al piso y a ella con mucha ira y con ganas de lanzármele al cuello. Ya era hora de que me echaran de ahí…

La madre Pilar caminó en círculos alrededor mío, como si yo fuera un pivote. Lo hizo largo rato, mirándome de arriba a abajo. Mi cuerpo estaba tieso del miedo, sobre todo cuando iba por mi espalda y la perdía de vista. No movía la cabeza, pero mis ojos querían dar vueltas para verla de un lado y del otro. Cada vez sus círculos eran más cercanos, podía detectar su olor viscoso, su

respiración agitada (realmente estaba haciendo un esfuerzo), podía ver el peso de todo su cuerpo al caminar, los zapatos hasta se le deformaban. Podía sentir el peso de la represión caminando sobre mí, pero había algo que me rebasaba, algo muy nuevo, muy nuevo y me atreví, aunque muy temblorosa eso sí, a levantarle la mirada así de cerca. Peor agresión no pudo haber sentido.

—Tú eres un chacal —y levantó la mano, pero se lo impedí. La empujé mientras profería un grito descomunal, el más fuerte grito que he podido dar en mi vida. Todo mi cuerpo temblaba, salió más sangre de lo normal porque sentí que el bajón delineó mis muslos. Algo se atoraba en mi estómago y me daba como un calambre. Mucho sudor frío. La mente se me cerró. Todo lo que había a mi alrededor cambió de tono, se le fue el color, hasta que vi blanco.

Abrí los ojos de golpe. El techo verde claro y brillante de la enfermería. La hermana enfermera me ponía paños fríos en la frente. Olía a alcohol. También estaba la hermana Constanza y la hermana Gabriela.

—Respira profundo —me dijo la enfermera—. Eso, así, así… infla tu panza, ahora suelta. Bien, así, así… descansa un rato.

—No te preocupes. Al rato viene tu mamá —dijo la hermana Constanza.

¿Mi mamá?, ¿qué pasó? Me quise levantar ante tal sorpresa, pero no me dejaron. La hermana Gabriela me miró con mucha tristeza hasta parecía que quería llorar. ¿Mi mamá? No podía de tanta confusión.

Una vez aliviada, me ayudaron a levantarme y me acompañaron al dormitorio. Mi maleta estaba sobre la cama y, junto, mi ropa de calle. No hizo falta que me explicaran. Me empecé a cambiar. Era de día. Había pasado la noche en la enfermería. Me habían inyectado algo que todavía, mientras me preparaba para irme, me tenía atontada.

La hermana Clara fue por mí y me llevó de regreso a la dirección. No hubo palabras, pero también se le veía triste. Durante el camino, busqué discretamente a la hermana Rosi, pero fue imposible.

La inmensa puerta de madera a la perdición se abrió de nuevo y el tufo de la madre Pilar me llenó la cara de reproches que no pude decir. Mi madre me esperaba sentada. Nunca olvidaré su cara amenazante, enemiga, ni de chiste era la misma que cuando me visitó para darme la noticia de mi hermanita.

—Esta niña no puede seguir en el colegio, doña Carmen. A diferencia de su hija Gracia, que fue una niña muy bien portada y obediente, Alma ha tenido una conducta deplorable. Ha insultado a

la institución, así que por eso me vi en la penosa necesidad de llamarla. Por supuesto, dentro de dos semanas se hará la ceremonia de la Primera Comunión y su hija no podrá asistir.

—¿Por qué, madre? —mamá estaba realmente preocupada. Hasta le tembló la voz en este punto.

—Porque está excomulgada. El padre Jacobo nos hizo saber, sin decirnos por supuesto cuál fue el pecado, que su hija no era digna de Dios, así que como usted verá, la decisión que se tomó por unanimidad es en beneficio de la niña, de usted y de nosotros. Yo creo que su hija necesita una escuela para niños especiales y con serios problemas psicológicos.

Mis ojos eran cascadas, pero no la dejé de ver a los suyos, a esos ojos que parecían pistones, y de eso no me arrepiento. Verás que de las miles de expresiones de ojos que ves a lo largo de mi cuerpo, hay unos que lloran. Son ésos. No son idénticos. Nunca se puede igualar la realidad que se vive a la que se recuerda. En el recuerdo ya hay distorsiones, agregados, composturas. El recuerdo así como la imaginación son siempre otras realidades. Por eso vivimos en millones de dimensiones al mismo tiempo. Los dibujos que me hice son multidimensionales. Cada dibujo representa muchas cosas. También tienen significado por su ubicación, sus colores y expresiones. Verlos es abrir mi propia historia. La vida es así de contrastante, pues de ello depende su movimiento.

Mi piel es un archivo completo, lleno de detalles, cubierto mil veces. Hay algunas cosas enterradas entre otras. Así es la vida. Pasamos una y mil veces por el mismo camino, pero nunca es el mismo. Pasamos con una mirada renovada a cada instante porque a cada instante toda la realidad cambia. Cada instante es único. Nunca nada se repite a cabalidad. Si paso inmediatamente por la misma banqueta que pasé, algo cambia y eso determina el resto de la historia.

No hay una historia, hay millones de historias, infinitas, contenidas en el instante de cada quién. Si tú hubieras venido en otro instante, lo más probable es que te hubiera platicado otra cosa y en otro orden, y tu historia hubiera sido distinta.

Bueno, para seguir con esa historia antes de cambiarla, no se dijo más. Mi madre me tomó de la misma mano con la que me trajo al internado. Mi mano, de nuevo sudó frío, caminé largos pasillos llenos de cuadros que tampoco pude ver, y muchos arcos y más arcos. Las voces del internado se fueron perdiendo en la lejanía, pasé por segunda vez entre los vitrales de santos a quienes nunca conocí y salí por la misma reja por la que entré, con la misma

sensación de abandono.

—Tú eres perversa, Perversa —me dijo Pulso mientras rayaba las dos serpientes que bajan por mis muslos y se enredan en los tobillos — tú vienes del inframundo —Pulso había fumado más de la cuenta y eso exaltaba sus sentidos. Le gustaba pasarse de vez en cuando y decía cosas muy locas, pero también sabias. Yo no le entraba, a menos que la realidad fuera insoportable. Había puesto música de Heavy Metal.

—Soy la madre de todos los demonios —se me ocurrió contestarle por puntada.

—¡Ah! Entonces eres Lilith —contestó Omar, el Pulso, distinguido por su precisión, era muy culto. Tenía los ojos más rojos que la sangre—, ¿sabes quién es Lilith?

—No.

—Pues cómo, mi chava. Si eres la madre de todos los demonios tienes que saberlo, ¿qué no? tú eres Lilith… ahora entiendo por qué me pides estas serpientes en descenso… y, ¿sabes? Lilith tiene una mitad como cuerpo de mujer y la otra de serpiente. Y no sé, pero como que siento que ella quiere reposar aquí en tu vientre. Y si me permites, la voy a tatuar. ¿Estás de acuerdo?

—No, así no. Estás pasadísimo —mi condición era que estuviera cuerdo para tatuar a Lilith.

Poco antes le había platicado lo que me pasó en el internado. Salió a cuento porque el día del tatuaje de las serpientes, estaba menstruando y, siempre, durante la menstruación, me ha salido la ira, me ha salido el valor. Tengo más fuerza, mayor claridad, pero también, a veces, un apetito insaciable de devorar a la humanidad. Creo que eso empezó a suceder desde que me corrieron del internado. Me asumí elegida del diablo cuando supe que el padre Jacobo me había excomulgado.

Cada vez que te menciono la palabra diablo parece que quieres correr. ¿De qué huyes? Tus miedos todavía están dentro de ti. ¿Huyes del mal y la perversión? En realidad huyes de las ideas que tienes del mal y la perversión, pero no puedes hacerlo porque las ideas están dentro de ti y justamente esas ideas te llevan a la perversión; justamente esas ideas te han traído conmigo. ¿Huyes de lo que forma parte de la creación? Parte de la creación es la oscuridad, así que todo esto que ves dentro y fuera de mí, también

es divino, es sagrado. Pero te voy a seguir contando.

Omar me trataba como una musa. Me decía Perversa, me decía Lilith, me decía Diabla, pero lo hacía con suavidad, con atención. Entre más me conocía, me trataba con mayor delicadeza. Se fue enamorando de mí poco a poco. Bueno, eso decía, pero yo creo que fue desde un principio; sino ¿por qué me invitó el primer tatuaje? ¿Por qué impidió que me fuera? Mi cuerpo fue un santuario para él, fue su foco de experimentación. Aunque era experto en el arte del tatuaje y por eso le decían Pulso, pues se necesita temple para perforar pieles humanas y soportar los gemidos de los principiantes, en mi piel ("tan suave, tan delicada tu piel", me decía), podía darse el lujo de equivocarse, de dibujar el tiempo que quisiera y de inventar nuevas técnicas, aunque respetaba las imágenes que yo elegía.

Mira, si ves, hay algunos dibujos que están sobre otros. A ese trabajo se le llama Antes y después, es un cover up. Un primer tatuaje, se puede tapar con otro. Por eso a veces los arcos o las cadenas se tapan con otras cosas que son símbolos muy personales.

No sé por qué acepté decirte todos mis secretos y tenerle paciencia a tus miedos, a tus prejuicios. El tatuaje es secreto porque guarda lo más íntimo de uno. Es arte porque los demás lo ven, pero nadie sabe lo que significa. El significado es algo muy personal. Pero finalmente a mí no me importa tanto eso de la intimidad. Todo ser humano tiene los mismos traumas y piensa que los esconde, pero a leguas se les ve en sus miradas tristes o enojadas, en sus posturas físicas tan desguanzadas o excesivamente tensas, así como la tuya, así como la mía. Nadie es puro. Eso no existe. Hasta los grandes iluminados han tenido temores y tentaciones. De la misma forma, hasta los más malévolos del mundo han podido morir en paz. ¿Quién determina entonces cómo deben ser los castigos?, ¿qué es lo que condiciona la salvación del alma?, ¿consideras que existe justicia divina?, ¿para ti existe el juicio final?

Cuando la hermana Delfina nos habló de la impureza, lo hizo desde un peldaño superior, como si ella ya hubiera trascendido tal pecado. Imagínate si ella fuera la viva imagen de la justicia y la paz interior, toda chueca y amargada. Para mí era la viva imagen del pecado. Más separada de lo celestial no podía estar.

—Las mujeres, cuando se hacen mayores, dejan de sangrar y eso quiere decir que Nuestro Señor ya las perdonó de todos sus pecados —pinche vieja chueca.

Por supuesto se refería a ella misma, tan ciega, tan sorda, tan hundida en la miseria, en el mundo más pequeñito de la creación.

Ahora, así como te veo, seguro quieres saber cómo es que puedo hablar de esa forma. Pues la vida me colocó en este camino y no ha sido sencillo. Me ha puesto todas las tentaciones y han dejado de serlo precisamente porque las vuelvo mías, las disfruto y, luego, las suelto para siempre. Odio tener deseos insatisfechos. El único que pervive es el de la mano de la hermana Rosi, que incluso se apagó en gran medida desde que Omar me hizo el tatuaje en la nalga. Me lo hizo de forma tan impersonal y concentrada en el tatuaje mismo, que se desvaneció todo erotismo. Y sin embargo ahí sigue y ha sido tan determinante que me trajo donde estoy. Esa mano fue mi primer tatuaje y estará ahí para siempre.

¿Dónde puedes encontrar a Lilith? En la imagen de la mujer que ves en mi vientre, También la encuentras en la sangre que escurre de los ojos del cráneo que ella carga, en las serpientes que bajan, en las espinas de las rosas y aún más en las mismas rosas, símbolo del descubrimiento de mi sexualidad, por aquella monja a la que me encantaría encontrar de nuevo para hacerle lo mismo que ella me hizo a mí, y a ver cómo le iría después de eso. Han pasado tantos años que ahora ella es la indefensa. Lo más seguro es que sea una anciana o, incluso, que haya muerto.

Puedes ver a Lilith en mi forma de mujer. Y es que me dijeron que por serlo soy pecadora. Ella está en mis desplantes, en mis desenfrenos, en mi sexualidad y en toda mi rebeldía. Aunque, después de todo, quién dice que es malo tener desplantes, desenfrenos, experimentar la sexualidad y ser rebelde. A mí me parece de lo más sano. La obediencia a otro ser humano, el que sea, por sacerdote que sea, ha sido la conducta que ha perpetuado tanta desigualdad, tanto castigo y tanta guerra. ¿A eso le llaman estar cerca de Dios?

Cuando Pulso descubrió y decidió que yo era Lilith, de inmediato fue a sus libros a tomar referencias para la imagen de mi abdomen.

—Mira, mi chava, qué te parece ésta —había visto la pintura de John Collier, hecha en 1892, una mujer rubia de cabello largo, desnuda y felizmente envuelta por una serpiente… — o ésta, mi chava —mostró la Lilith de Rossetti, una mujer vestida de blanco, adusta y sensual, sentada mientras cepilla sus cabellos pelirrojos…

—Pero yo estoy pelona, Pulso…

—No importa, mi Perversa, mira, tal vez te guste ésta —y con la última imagen me incorporé. Era la misma Caída del edén de la Capilla Sixtina que años antes vi en la Biblia de la escuela. Pero

entonces no me había percatado que en esa pintura, la mitad de la serpiente de la tentación correspondía al cuerpo de una mujer. Sin embargo, había algo en ella que no me convencía, así que le propuse a Pulso que hiciera una composición entre las tres.

Tardó tiempo en pensar cómo hacerla. Pensó hacerla sentada, como en la pintura de Roseti, pero con el cuerpo desnudo, parecido al de la pintura de Collier y la cola de serpiente, como la de Miguel Ángel, aunque doble, para que cayera sobre mis dos piernas al mismo tiempo.

—Mira, mi chava, Lilith eres tú —estaba entusiasmado en explicarme lo que leyó—, se dice que ella nació del mismo barro que Adán y que por eso fue su primera esposa, y que un día se encabronó, igual que tú, mi chava, porque Adán quiso hacerle el amor estando encima de ella. Lilith le contestó que si habían nacido del mismo polvo, eran iguales y que no fastidiara.

—Y qué más, qué más, Pulso —me gustaba esa Lilith. Me parecía la fuerza que necesitaba para quitarme los amarres de mi propia religión.

—Lilith decidió largarse de ahí porque ya no aguantaba la idea de ser sumisa y el pendejo de Adán no lo acababa de entender. Así que, como ella creía que al nombrar las cosas se tomaba posesión sobre ellas, pronunció el nombre secreto de Dios para desafiarlo, le avisó que se iría de ese paraíso porque no le servía para nada, le salieron alas, y pum, se largó al mar rojo a acostarse con cuanto demonio se le presentó.

—¿Tú quieres que haga eso?

Pulso guardó silencio. Se tragó el resto de la historia y ya no supe más hasta mucho tiempo después porque parece que esa vez no estaba preparado para dibujarme a Lilith.

¿Sabes? Pulso forjó y cuidó siempre la textura de las imágenes. Una textura a su gusto, “suave, mi chava, suave como una fruta, como un durazno, como un pétalo, así, así de suave es tu piel y toda tú”. Así, a pesar de portar algo tan frío como las serpientes o siniestro como el cráneo, los demonios de Lilith, Lilith o la guadaña, o algo tan metálico y duro como las puertas o cadenas, o tan punzante como las espinas de las rosas o los picos de mi puño, las texturas, y tú lo estarás viendo ahora mismo, invitan a su encuentro.

—Cada vez eres más bella, mi chava. Más iluminada, con mayor sentido de vida. Cuánto has muerto y renacido bajo mi pulso…

Me convertí en un paisaje único para él. Le gustaba delinear los

contornos de cada dibujo para mostrarme una nueva geografía creada por él y yo con los ojos cerrados totalmente entregada, no ponía en tela de duda su inspiración. Aunque se equivocara, no importaba. Era él y con eso bastaba.

Ahora que buscas los rastros de mi historia personal para tener algo interesante qué contar, porque no cualquiera se tatúa así como yo, hasta la cara, encontrarás las huellas de tu propia identidad.

Mira, mi aspecto ha sido tanto invitador como rechazante, pero nada a medias tintas. “Los tibios no entrarán al reino de los cielos ni al de los infiernos”.

Así, quienes se acercan, tienen que demostrar que son genuinos. Con cada tatuaje soy un ave fénix. Me quemo por completo. Muero y renazco en un mundo distinto. Tanta intimidad sólo ha sido compartida y creada con Pulso y por él.

Cada vez que tocaba un dibujo, entraba a mis más profundos mundos, así como le pasaba a él cada vez que yo tocaba sus hadas. Aquello se volvía una orgía.

¿Con quién estamos realmente haciendo el amor? Nos preguntábamos, entre risas, mientras nos arremolinábamos en el cacho de vida que sólo a nosotros nos pertenecía. A veces eran encuentros tan íntimos que nada nos podía separar y terminábamos entrelazados de pies a cabeza para dormir contentos después de una sinfonía de gemidos que se confundían entre los besos más deliciosos por ser besos completos. A veces, por el contrario, no sabíamos a quién estábamos tocando y quién nos tocaba. “Parece que tus hadas me tocan”, “Quita tus malditas espinas de mis piernas” y terminábamos, agotados, en medio del desconsuelo. Cuánta compañía y cuánta soledad.

Por eso nos íbamos poco a poco. Hacíamos el amor muy seguido, pero no me refiero únicamente al acto de penetración. Lo hacíamos porque concebíamos juntos nuestras imágenes, sobre todo las mías (él ya tenía una historia previa con sus hadas y yo buscaba afanosamente intervenir y creo que lo logré cuando pude crear algunas hadas góticas).

El caso es que todo se convertía en un ritual donde el arte prevalecía. Aún en los más disparados proyectos, en los que el horror podía dar cabida (los temas que yo siempre elegía, tan profanos), tenía que predominar la belleza y eso los sublimaba.

Aún en el horror, Pulso encontraba la forma de la belleza, el punto exacto, la textura pertinente que le daba movimiento y significado. Una vez dibujados por él, yo misma podía escuchar el cascabel de mis serpientes y sentir que el viento entraba a mi

espalda si las puertas se abrían. Podía sentir los rasguños del hada Melusina de mi cabeza y cómo se fundía mi realidad todos los días con la de Lilith, la que está sentada en mi vientre, y eso me ayudaba a enfrentar día a día mi propia muerte.

Ay, Pulso, cuánta belleza derramaban sus manos, movidas con todo su ser. Todo él, todo Pulso estaba volcado en su pulso, en cada punto, en cada línea. Esa entrega tan total que me enamoraba hasta el orgasmo, pero él, todavía entonces, acudía a otro estudio para tatuarse.

Un día llegó dolorido por un tatuaje. Había ido al estudio del Sapo. Se bajó los pantalones y los calzones en mi cara. No llevaba gaza, ni venda, raro en él, que siempre fue extremo con el aseo. Me dejó ver un hada azul claro con manchas lilas, rasgos muy finos y grandes alas. Estaba sentada en su nalga, su mirada seductora, sus ojos jaladitos la volvían más fina. Pero algo me llamó la atención.

—¿Y esos colmillos?

—Ay, mi chava, ¿qué no entendiste? Esta hadita menuda y delicada, con colmillos, eres tú. Son los colmillos que están en tu vagina y que siempre devoran mi pene.

—Ah —solté una carcajada llena de perversiones—, y sí, se parecía mucho a mí, pero no tanto como la Lilith que dibujó en mi vientre.

—Es una Lilith disfrazada de hada… Es mi hada Perversa —y antes de que yo dijera nada continuó—. Tú pintaste en tu nalga a tu amada, pues yo pinto en la mía a la mía, con todo y sus colmillos.

Me lancé sin pensar en su herida. Lo cubrí de besos, me cubrió de besos, me acarició la cabeza (desde hace mucho tiempo calva, dibujada y rematada de hadas que, además, le parecía muy sexy), pero no pudimos hacer el amor porque estaba todo rajado y no había forma de calmar el dolor.

—Se siente harto caliente, mi chava. Punza. No puedo. Arde mucho. Lejos de disminuir, el dolor aumentó. Lo curé con esmero, pero aun así pasaron más días de lo normal.

—Esta pinche hada me está comiendo con sus colmillos —no era broma. Omar, el mismo Pulso valiente que nunca se quejaba, empezó a gemir del dolor, un gemido sordo, para él. Trataba de aguantarse. Ya tenía ronchas alrededor. Por más que secaba con paños y lavaba la zona, se hinchaba, salía sangre diluida en algo amarillento.

—Voy a llamar al doctor.

—No hagas eso, mi chava. Ya se me pasará.

—Pero…

—Ya se me pasará…

Pero las ronchas crecieron más. Pequeños globos llenos de pus. Pulso sudaba frío. Tenía fiebre. Deliraba. Llamé a Jonás, el vecino, y me ayudó a llevarlo al hospital.

—Aquí los dejo. Cualquier cosa me dices Perversa —Jonás se fue una vez que entramos a urgencias. Tomé una ficha.

A Pulso no le gustaba ser regañado. La gente, incluyendo los médicos, nos veían raro, esquivos, como siempre. Todavía era una época de transición y la gente no pasaba a los hippies, no pasaba a los rockeros, a los cholos… en suma, a los tatuados como nosotros.

—Esos tatuados son del demonio —escuchamos por ahí…

—Y apestan… —le contestó alguien más, fuerte, pero cuidando de no ser visto. Le dábamos miedo y me dio gusto.

Yo ya estaba bastante tatuada y me había acostumbrado al rechazo. “Te rechazarán mucho, mi chava, pero ésta es una forma de vida y uno es el primero que tiene que aceptar sus propias decisiones. Es un camino individual, de libertad, de expresión y de arte”, me decía Omar sobre todo al principio, antes de tatuarme, mientras preparaba su instrumental, como cirujano. En el hospital no podíamos darnos el lujo de pelear. Necesitábamos ser atendidos. Teníamos que soportar.

Había fila de espera. En un hospital de gobierno no se puede esperar otra cosa. Un señor peleaba porque su esposa tenía tres días en agonía, casi en coma por la diabetes y no le daban cama. La mayoría de las personas, sentadas, con las miradas perdidas, a la espera, a expensas de los poderosos doctores que parecían tratar marranos. Llegó una señora con un niño en brazos. Tenía mucha fiebre. Me levanté para darle el asiento y se desconcertó por mi aspecto, pero me dio las gracias. Omar estaba sentado de lado, no aguantaba recargar su nalga, pero a la vez se sentía débil. Tenía escalofríos. Mucha fiebre también. La infección lo recorría entero.

Nos tocó el número 57. Iban en el 20. Todo el día. La nalga se le iba hinchando cada vez más y más. Pulso todavía bromeaba: “¿ves, mi chava, eres la muerte, eres mi dolor, me masticas, me comes… Perversa… te amo, Perversa…”, me lo decía quedo, al oído, cada vez que me acercaba a consolarlo, a acariciarlo. Él sudaba del dolor. Temblaba también, como nunca.

—¿No lo pueden meter ya?, es urgente —le dije a una enfermera, a otra, a otra…Sólo la última se detuvo.

—Tiene que valorar el doctor porque hay mucha gente en espera

de urgencias.

Casi a punto de pasar, Pulso casi no se podía mover. Lo ayudé a levantarse. Pasé su brazo sobre mi cuello y se colgó de mí. La gente sólo miraba. Hubo alguien que quiso ayudar, pero no acepté. Gracias, contesté. Se desconcertó porque cómo una persona como yo podía ser amable…

—¡Uy! ¡Quién te hizo eso!, ¡quién te manda hacerte eso!, ¡ay, cabrón! A ver si la libras… —no supimos si el doctor lo regañaba o se estaba burlando, porque sonreía con sorna, con desprecio. Omar no esperó más. Se puso de pie sin pensar en el dolor y, aún con su debilidad, tomó de la solapa de la bata al doctor y lo levantó en vilo. No supe de dónde sacó tanta fuerza. Sí, ya sé: de la ira y del miedo. Esa combinación saca una fuerza descomunal.

—Mira, pinche puto… —los ojos de Pulso estaban rojos, las venas del cuello se le hincharon— si no me curas, te rajo la cara con la misma puta aguja que me rajaron y te vas al infierno —su mirada fue tan intensa, tan firme y definitiva, que el doctor, ya tembloroso, sin defensa posible, le dijo sí con la cabeza y lo atendió como debía ser. Le recetó un antibiótico y un analgésico. Me dijo que tenía que mantener la zona limpia y seca. Tenía que guardar reposo durante una semana. Y “hasta luego”, “que se mejore”, “no se preocupe”, “su herida sanará”. Así, todo educado al final.

Pero el antibiótico no fue el adecuado. Nunca supimos si el doctor se equivocó de los nervios o le recetó algo distinto para intoxicarlo.

Omar se puso gravísimo y terminó en urgencias de un hospital de paga. No hay de otra, hay que meterlo donde sea, aquí Jonás, aquí, métete en este estacionamiento. Gracias Jonás, como siempre, te la debemos. Pulso llegó casi sin pulso, la nalga era una torta, su cuerpo entero tenía ronchas y le costaba trabajo respirar. Lo metieron al instante. Nos veían raro. Los pacientes me veían como si yo fuera el diablo… y tenían razón, así que me puse aún más seria para espantarlos más. Jonás fue a estacionar el coche.

Algunos querían ver mis tatuajes. Todavía no tenía todos los de la cara, pero ya mi cuerpo estaba considerablemente cubierto por tintas de todos los colores y una mujer pelona se ve más agresiva. Cuando uno se tatúa es una galería y está expuesta, abierta, sin posibilidad de reclamo. De nada sirve esconder los tatuajes. La vergüenza debe terminar al momento de hacerlos. Si no para qué los quiere uno. Es arte y la gente lo debe entender. Jonás estuvo un rato conmigo, el suficiente, mientras Omar salía del peligro. Estuvo en urgencias toda la noche. Le inyectaron sueros con antibióticos y

medicinas para la intoxicación.

—Ora sí ya me llevó la chingada, mi chava. Ya me voy a morir —me dijo una vez en el cuarto, medio despierto, atontado. El sueño lo vencía.

—Qué te vas a morir… Todavía te necesito mi Pulso, mi amor, mi Pulso, mi Omar —así estuvimos una semana. Y no pensé en nada más que en su recuperación. Salía para comer cualquier cosa o Jonás me llevaba alguna torta o comía parte de lo que le llevaban a Pulso.

El problema no fue que saliera del hospital, sino la cuenta. No nos alcanzaba para pagar.

—El puto Sapo deberá pagar la cuenta —dijo Omar. Por supuesto ya estaba fortalecido y como nuevo. Su nalga todavía necesitaba cuidado, pero ya no había peligro. Pulso era famoso por ser fiel como amigo, pero también fiel como enemigo. Como no podíamos salir de ahí hasta liquidar la cuenta, me mandó con el Sapo.

Pero el Sapo, al ver que me acercaba, se escondió. Luego lo supe porque los chismes corren pronto. El caso es que ese día no di con él.

Fui a nuestro estudio y saqué mis ahorros. Eran pocos, pues apenas semanas antes habíamos renovado equipo para los tatuajes.

Pero aun así no alcanzaba. Llamé a los amigos y pocos cooperaron, pero todavía así no era suficiente. Por favor, ayuda, por favor, ayuda, fue lo que repetí de casa en casa, de telefonazo en telefonazo y nada. Tuve náuseas, corrí al baño y los vomité a todos, los vomité viscosos de alma, los vomité llenos de mierda en el cerebro y el corazón.

Después de pensarlo demasiado, agobiadísima por mi aspecto… mi aspecto que hasta ese día me había dado libertad y una sensación de mucho poder sobre mí misma, tomé una decisión. Mi aspecto tan rechazado y tan agresivo para muchos, con el que podía inspirar miedo o admiración a los artistas, esa vez me colocó al extremo opuesto, totalmente contra la pared. Qué vergüenza, qué vergüenza. Me miré al espejo. Una piel delgada llena de heridas y de colores, ¿dónde había quedado Alma?, ¿dónde quedó, Almita, la niña? ¿Almita, la jovencita delicada? Alma había muerto hace mucho. Alma ya no estaba. ¿Quién llegaría entonces?, ¿quién era la que podía pedir ayuda justamente a su mamá?, ¿cómo acercarme a mis hermanas?

Regresó a mi mente la última imagen que tuve, antes de abandonar mi hogar, mi madre inundada en lágrimas, pero su mandíbula tiesa, pronunciada, como si me quisiera asesinar. Pera

abrazaba a mamá y me escupía quién sabe cuántas cosas. Gracia fue quien se acercó al final.

—El día que me necesites, no lo dudes, Alma, aquí me tienes. Te quiero mucho, pero mucho… —y me dio un beso.

Toda mi vida se revolcó en ese instante, ¿tan indigna era del amor de ellas por estar pelona y ya un poco tatuada? Hubo un momento en que decidí salir de ahí. No era posible convivir con mi familia. Ahora, acercarme ya tan tatuada, sería peor. En otro momento no me hubiera importado, pero bajo esas circunstancias había que hacer algo. Aún sin salir del estudio, en busca de mi familia, sentí el abismo del abandono que me hizo sentir mamá cuando me llevó al internado, cuando me sacó de él y cuando no me detuvo una vez que decidí marcharme.

Aquella vez, al salir del internado, mi mano apretada por la de mi madre, su veloz caminata, a pesar de que con la otra mano cargaba mi maleta; muchos coches, el parpadeo de los semáforos, vendedores alzando la voz, peleando por vender sus productos "Pásele marchantita", "pásele mejor aquí", "mire, le damos dos por uno", la gente con sus quejas mientras caminaba, el ruido del mundo no era cordial. La mirada perdida de lo cotidiano, incluyendo la de mi madre. Su mandíbula tiesa me decía que estaba a punto de estallar de la rabia que sentía porque me expulsaron del internado y además me excomulgaron.

Entonces no sabía qué me iría a pasar. Su silencio era peor que la muerte, peor que la distancia, peor que el abandono. Todo me pareció vertiginoso, sobre todo porque yo tenía casi doce años y ya era una señorita, pero era más bien una pecadora, hija de Eva, que había hecho un daño enorme a "la institución" donde estaban las representantes de Dios, donde estuvo mi hermana Gracia y ella levantó la bandera.

Subimos al trolebús. Había un lugar y mi madre, aún con su enojo, me dijo que me sentara. Una caricia de protección. Me senté obediente. La miraba desde abajo. Miraba su mandíbula que se movía hacia un lado y hacia otro, contando las calles, las cuadras que faltaban para bajarnos. Con trabajos alcanzaba el tubo, pero era fuerte cada vez que el trolebucero, hijo de la puta madre, paraba de golpe y hacía que todo mundo se empujara, que alguien se cayera. Pero nadie decía nada. ¿Tolerancia?, ¿sumisión? Todavía no lo entendía con estas palabras, pero ahora sí y te digo que si ahora me hubiera tocado algo así, le hubiera partido la cara a ese chofer de

mierda, sobre todo por ver cómo mi madre hacía un esfuerzo considerable por no caerse y más a mis ojos. Ella, que tenía que guardar una imagen de fuerza, de dureza y que, además, ese día estaba tan enojada, tan decepcionada de mí, su hija la menor.

Llegamos al fin. Caminamos las cuadras más amables de mi historia. Las tienditas. “Hola doña Carmen”, por allá la saludaban, “Qué tal, don Genaro”, ella también saludaba…en la colonia todo mundo se conocía. La gente me miraba desconcertada. Yo con cara de puchero. Mi madre con cara de enojo. Los vecinos aún así me saludaban de lejos y yo no respondía. Cómo responder. Si lo hacía, se me soltaba el llanto justo porque eso era lo que necesitaba. Que me pelaran, que me hicieran caso.

Mamá abrió la puerta.

—Mira por qué no quería que salieras del internado. Asómate a mi recámara, niña estúpida…

La puerta de la recámara estaba cerca de la cocina. Empujé con suavidad y con mucho temor. Lo primero que apareció a mi vista fue un enorme tanque de oxígeno, luego un sonido seseante y continuo, una mesita llena de medicinas y kleenex llenos de sangre. Entré. Alguien dormía en la cama de mamá y sacaba ese sonido ahogado. Si no hubiera sabido que mi hermana Luza estaba “enfermita” no la hubiera reconocido. ¿Pues no me había dicho mi madre en la visita que haría todo para que yo saliera a ver a mi hermanita? No lo hizo. Tuve que hacerlo yo. Luza estaba acabada y en los huesos. Color cera, su nariz perfilada. Rodajas negras alrededor de sus ojos y sus labios pelados y muy rojos. Me quise acercar.

—No te acerques. La vas a despertar y no te vayas a contagiar —dijo mamá, un poco más tranquila.

La casa ya no olía a cremas ni a Agave. Olía a medicinas, a algo agrio, como en plena descomposición. A diferencia de antes, esta vez reinaba el silencio. Gracia se había ido a trabajar y Pera hacía la comida. Me saludó de lejos mientras movía el caldo. Su saludo fue un movimiento de cabeza y nada más.

No sabía qué hacer. Me sentía una perfecta extraña y muy mal recibida. A la deriva, después de los meses que estuve en el internado, todo me parecía distinto. La dimensión cambia con la distancia y el tiempo. Algo dentro de mí había cambiado y también se había roto por completo. Sí, como señalas, aquí está mi corazón roto envuelto en llamas y ahí dentro sigue viva mi madre y también yo misma, y mi hermana consumiéndose, transformándose de mariposa a oruga para morir y ser de nuevo mariposa,

transformándose como una hoja que se va quemando. Así era el aspecto de una enferma de tuberculosis. El morado se acentuaba sobre un cuerpo cada vez más retorcido, cada vez más informe. Así la vi a ella. No a mi padre, pues él pasó sus últimos días en un hospital pagado por la empresa donde trabajaba. Había que cuidar siempre que el oxígeno no se terminara. Había que llamar al señor Morales para que trajera uno nuevo y a veces estaba tan ocupado que se tardaba más de lo normal y mi hermana respiraba cada vez con mayor dificultad y escupía sangre sobre el kleenex.

—Ya mijita, ya, ya… ya va a pasar. No pasa nada, mija. Todo está bien, mi amor, todo está bien, mamita —le decía mamá. Sus manos sobre la cabeza mojada de mi hermana, su vida entera en sostener el poco bienestar que le quedaba. Y mi hermana sacaba cada vez más los ojos ensombrecidos y más apagados con cada acceso de tos. Tardaba mucho en volver a jalar el aire. Su lengua ya no estaba viva, ya no estaba roja. Faltaba poco. El silencio de mi hogar me lo decía.

Pero ese primer día en casa, Gracia llegó por fin y, antes que nada, antes de preguntar, soltó su bolsa y me abrazó temblorosa, fuerte, sollozando las dos un buen rato. Creo que Luza fue cuando se dio cuenta de mi presencia porque mamá salió del cuarto y me llamó con la mano.

Solté a Gracia y no supe cómo llegué. Se me cerró el cerebro, el entendimiento era oscuro, las voces eran aleteos de mariposas negras que iban y venían. Estaba dentro de una burbuja, como cuando me peleé con la Chata. Me acerqué en la medida en que Luza me lo pedía. Me lo pedían sus ojos nublados, su sonrisa exhausta, me lo pidieron sus brazos que, con un extremo esfuerzo, se alzaron para recibirme y no me importó el contagio ni nada de esos estúpidos cuidados.

Mi madre, con vanos intentos por separarme, terminó por desistir. No. Yo no me iba a contagiar y ella lo sabía. Y si me contagiaba, qué mejor, así nos iríamos juntas mi hermana y yo.

¿En qué puedo ayudar? Preguntaba sin palabras. Me levantaba al alba, seguía a mamá, la veía como un perro a la espera, lo que me dijera estaba bien, lo haría, daría mi vida por ello, para que Luza no sufriera tanto. Mamá no me dirigía la mirada y Pera la secundaba. Gracia salía temprano. Ella sí me daba un beso en la frente y dos palmaditas en el cachete. Quería correr con Gracia, meterme a la cama con Luza e irme con ella al cielo. Yo la podía acompañar sin problema porque mamá, dónde estaba mamá. Mamá…

Pera me aventaba el plato con lo que me tocaba comer. Así hasta

extrañaba los huevos semicrudos del internado. La hermana Olimpia era más cálida que mi propia hermana. ¿De verdad les había arruinado la vida con mi presencia? Qué ganas de correr a los brazos de Otilia. De ella no me despedí, pero aquí está, en estas lágrimas, ¿recuerdas? Aunque en estas mismas lágrimas está Luza y mamá y también Omar, aunque cada uno les da un sabor distinto. Y es que la memoria tiene sabores y olores que la despiertan…

De los días que pasaron no recuerdo más que el desgaste de mi madre. Cuando me sacó del internado todavía tenía el cabello castaño, pero al paso de los pocos días en que Luza se consumía, mi madre se llenó de canas, también adelgazó y se encorvó. Ya no se movía con el mismo ímpetu. Yo empecé a ser más necesaria. De pronto me dirigió la mirada y me devolvió la vida.

—Alma. Ve a la farmacia y compra esto —me dio el dinero y más dispuesta no pude estar. Corrí y corrí con mucho brío.

—¿Qué más necesita, mamá? —le hablábamos de usted. Había recobrado cierta confianza y me atreví a preguntar.

—Nada. Ayuda a Pera con los trastes —contestó más fría que un muerto.

—Por fin —dijo Pera, se quitó el delantal, lo aventó y salió de la cocina. Ya tenía listas algunas bolsas con sándwiches y una canasta con varios tacos. Lo amarraba todo en el asiento metálico trasero de una bicicleta que le regaló Gracia y, con toda la destreza del mundo, se subía y se perdía en una esquina. Iba cada semana.

Me empecé a hacer cargo de los trastes y, luego, le ofrecí ayuda a Pera. La aceptó como si ella fuera la que me hiciera el favor. Pero no había de otra. La única forma de hacer llevadera la vida en esa casa era trabajando en lo que fuera, si no el dinero no entraba y no había forma de surtir las medicinas tan caras.

Pedía permiso a mamá para entrar a ver a Luza. Nunca me lo negó más que cuando estaba dormida.

Luza ya no podía hablar, pero estaba atenta a lo que yo le quisiera decir. No me salía más que te quiero, te amo, no te vayas, te quiero, te amo, no te vayas, qué necesitas… y me acercaba despacito a darle un beso en la mano, en la frente, en lo que estuviera más al alcance y me iba porque la vencía el sueño. Mamá volvía a entrar. Salía para no robar más oxígeno. Aprendí a ver el medidor del oxígeno y yo era quien más al pendiente estaba.

—Ya está llegando a un cuarto, mamá.

Y le llamaba al señor Morales con tiempo. El oxígeno no le podía faltar a mi hermana. Mi mamá me hablaba cada vez con mayor suavidad. El ambiente se hizo más amable, pero todo seguía igual,

en lo más cotidiano. El siseo del respirador, la luz tenue de la recámara de mi madre, su catre siempre al lado. Mamá cabeceaba por las noches, pues cada vez era más frecuente que quería estar en vela.

Yo empecé a dormir mejor. Me estaba acostumbrando a ese estilo de vida.

—Pera, Pera, levántate —una noche entró mamá. Yo escuché y me levanté igual.

Gracia estaba pegada al teléfono. Trataba de localizar al doctor y nada. Luza se asfixiaba, hacía esfuerzos supremos por jalar oxígeno. Corrí a ver si el tanque estaba lleno y sí. Era mi hermana la que ya no podía.

Mamá empezó a correr a un lado y a otro, a jalarse los pelos, a hablar fuerte, quedo, a llorar. Regresó, dio una y mil vueltas, mientras Gracia llamaba temblando.

Llegó el momento en que mamá ya no tuvo para donde correr más que a consolar a su hija.

—Ya pasó mi amor, mi amor, ya pasó chiquita. Ya, ya… respira, tranquila, no pasa nada —y yo me acerqué. Mi hermana me vio y alzó su brazo, me llamó. Fui, la acaricié, su carita, su carita blanca, transparente, sus labios morados y su frente sudada, cuanta agitación y angustia, hasta que su pecho empezó a dar brincos sin control. Una respiración extraña, más allá de ella, más allá, informe. Su cuerpo respiraba algo y soltaba algo, pero ella ya no respiraba más, sus ojos dejaron de tener una dirección, ya no veía más, sus ojos se nublaron, ya no parpadeaba, se hicieron para arriba. Mamá le tomó la mano tiesa, la tomó fuerte, le hizo cariños, le dijo “ya no sufras, mijita, ya no sufras, mijita, mijita, ay mijita, te quiero, mi amor, te amo mi amor, pero ya no sufras, mejor vete con Diosito” y mi hermana, dócil, aflojó la mano para siempre.

Me tapé la cara con las dos manos, para sostener el aguacero que salió de mis ojos, nariz y boca, sobre todo porque mamá había advertido días anteriores que no lloráramos para que mi hermana se fuera en paz. Me encorvé, me hice ovillo, para detener mi corazón, para detenerme todita yo, para detener esto que estaba a punto de derrumbarse.

Mi madre aguantó tanto que no pudo más y se desmayó. Gracia y Pera la levantaron porque cayó sobre Luza. La colocaron en una silla. Le soplaron la cara, con las manos, con la boca… “Alcohol, trae alcohol, Alma”. Sólo ver a mi madre así, me dio temple. Corrí por el alcohol y se lo di a Gracia y mientras ellas revivían a mamá me le lancé a Luza y, por más que aclamé, rogué con toda mi alma,

“regresa, regresa, estate conmigo, yo te cuido, Luza, mi hermana, Luza, no te vayas…”, por más que quise captar su mirada, su sonrisa y ver sus brazos alzados hacia mí, ya no lo logré.

Pera le abrió al doctor mientras Gracia me arrancaba de Luza. Había que hacer los trámites. Mientras mis hermanas llamaban a la funeraria, atendían al doctor, que se sentó a hacer el acta de defunción, mamá, ya repuesta, pero devastada, sacó varios vestidos para elegir el que le iría a poner a Luza. De pronto se tranquilizó, respiró profundamente varias veces y empezó a moverse con parsimonia hasta entrar en una especie de trance, en completo silencio, a un ritmo pausado, cumpliendo un ritual, el mismo que hizo con papá, porque ella, como lo hacían en su pueblo, quiso vestirlos para que se fueran en paz.

Me invitó… ¡mi madre me invitó a ayudarla!

—Ve a calentar agua en una olla y me la traes. Mientras hierve, traeme el algodón y una toalla con agua.

Le llevé el algodón y la toalla mientras empezaba a hervir el agua en la olla. Con toda delicadeza la limpió y le puso pedazos de algodón en los orificios de la nariz, las orejas y la boca. Me pidió la olla hirviendo. La colocó un buen rato en el vientre de mi hermana.

—¿Para qué se la pone ahí mamá?

—Para que no se hinche su cuerpo —mi madre era experta. Luego le puso tela adhesiva debajo de la mandíbula hasta parte de las mejillas—. Esto es para que no se le abra la boca, ¿ves? Ahora tú escoge el vestido que más te guste para tu hermana.

Mi madre me dio ese gran regalo. Elegir el vestido para mi hermana. Tomé el azul rey que tanto le gustaba.

Me enseñó a amortajar a la antigua, como en su pueblo, y también a tratar a un cadáver con la serenidad que se le debe tratar.

—Ayúdame a colocarla —había que actuar rápido antes de que fuera imposible mover el cuerpo que se iba haciendo tieso, duro, como una caja vacía. Pude hacerlo porque mi hermana no pesaba tanto aún con su peso muerto. Era como cambiar una muñeca. Me uní al ritual y con ello, a la dicha de participar de la muerte de mi hermana, un acontecimiento importantísimo en la vida de todas nosotras. Se nos había ido la que más gozo sentía, la que más reía y hacía chistes. Ahora Gracia pasaba a ser la mayor. Ya no éramos las dos grandes y las dos chicas; ya éramos la grande, la de en medio y la chica. Y yo, por ser la chica, debía obediencia.

Una vez vestida (imposible que el cuerpo cediera tan fácilmente), mamá sacó su estuche con pinturas y la maquilló. Su mano acariciaba la cara de mi hermana, como si fuera una porcelana,

como si fuera algo más sagrado que Dios mismo. Besaba su frente de vez en vez. Estaba a punto de llorar, pero respiraba profundo para continuar. “Los muertos escuchan, es lo último que pierden”, me dijo como explicación o justificación, no sé, y me dijo que tomara el cepillo para peinarla. Pude hacerlo, aunque era imposible mover su cabeza para peinarla por atrás, pero su cabello negro quedó colocado hacia los lados por encima de sus hombros.

Tomó un bilé rosa claro para palidecer sus labios entonces morados, cubiertos por una capa blanca y seca. Le costó trabajo cerrar sus ojos, así que me pidió que le llevara harina y agua para hacer un poco de engrudo para cerrarle bien los ojos. Colocamos sus manos una sobre la otra, las dos sobre el pecho. Una vez lista, la cubrimos con la sábana y parecía haber desaparecido. Los de la funeraria preguntaron si prepararían el cuerpo, pero mi madre les dijo que no, que ya estaba preparada. A mamá no le gustaba que nadie tocara a sus muertos.

—Si todo el mundo la toca, su alma se confunde para salir.

En eso llamaron a mamá. Había llegado la caja para velarla. Fue mucha gente. Algunas lloraban sin tener por qué, si casi no la habían conocido. Mi hermana estaba en su ataúd, impasible, como si nada, como si respirara, como si de pronto se fuera a despertar. Se veía tranquila, incluso su semblante mejoró. La muerte fue su salvación. Después de unas horas, mamá decidió cerrar la caja por completo, así que nos llamó.

—Despídanse. Ya voy a cerrar la caja.

El llanto me salió desde el estómago, no paraba de temblar. Ya no me salió decirle nada. Me quedé con su última imagen, todavía con la sensación de ella en mis manos, con su olor, con ella, con ella, para el resto de mi vida.

Cuando se cerró la caja, se cerró mi cerebro por un buen rato.

¿Ya viste este cráneo? No soy la única tatuada con estos motivos. Extraño es Pulso que, con su facha de demonio, tenía puras hadas… Yo me aficioné a la muerte porque, desde que murió mi hermana, comprendí que era la salvación. Mira, también eso simboliza la guadaña que tengo cerca de la yugular, la que está un poco más debajo de las hadas. Curioso, de un lado tengo una nota musical y del otro, una guadaña. Vida y muerte a los lados de mi cuello. Aunque desde niña quise morir. Los arcos, además del paso a los sueños, simbolizan el paso a lo desconocido, lo mismo que las puertas de mi espalda. Aunque me daba miedo pensar que puedes

desaparecer, no le encontraba sentido al sufrimiento. Como tú y como miles de tatuados, me empecé a preguntar sobre el sentido de la vida y mira dónde lo vine a encontrar: en el arte y en mi propio cuerpo.

No hay arte más fuerte que éste, pues a veces hay que encontrar la forma exacta del cuerpo para que quede alguna imagen, me refiero con ello ya a lo profesional. Por ejemplo, en mi cráneo, así como lo ves, Pulso encontró las hadas entre las ondas naturales de mi cerebro, las líneas de mis venas que se transparentaban por mi blancura, los hoyos y picos que también aparecieron. No tengo una cabeza tan bella, como verás, aunque me salva estar delgada.

Pulso me decía que así es la vida. Que a veces hay que ajustarla a las formas que ya están inmersas en la naturaleza. Y así hay que ajustarnos a la muerte, pues la muerte existe todo el tiempo en nuestro pensamiento, en nuestro cuidado por la vida, en cada paso que damos. Decía que no nos limitaríamos tanto si no le temiéramos a la muerte. Haríamos más cosas, sin duda. Pero preservamos algo que, finalmente, es finito. Me refiero al cuerpo, por supuesto. Pocos nos ocupamos del alma y de su trascendencia, más adelante aunque no estamos seguros de ello tampoco. Mi madre estaba segura que existía un alma que salía del cuerpo y por eso había que honrarlo y evitar que lo tocaran extraños.

Mi hermana, que tanto había sufrido, murió con un suspiro que pareció aliviarla por completo. No sé si su alma salió o no, pero el ritual me hizo parte de su historia y de su muerte. Además, nunca me sentí más cerca de mi madre. Esa imagen es para mí lo mejor de la muerte.

A pesar del recuerdo, me atreví. Después de tanto tiempo sin verlas, decidí ponerme gorra y una blusa con manga larga, pero era inútil, pues mira cómo tengo las manos por el dorso, rayadas de flores, de cadenas y de picos, aunque todavía me faltaba tatuarme los dedos. Me quedé en la esquina. Alcancé a ver a don Genaro y algunas vecinas. Pasé frente a la tiendita y no me reconocieron. El pecho me brincaba de la emoción. Eran ya varios años sin verlas, sin hablarles siquiera. Había sido tal su desprecio que no era posible hacer nada más, pero ahora tenía que pagar una gran cuenta en el hospital. La mamá y hermana de Pulso murieron en un incendio y a su papá le dio cirrosis. Todo eso no lo viví al rojo vivo, pero sí lo vi en los ojos tristes de Omar, en su voz entrecortada cada que lo recordaba, en su sensibilidad extrema, en su continua búsqueda del significado y

de mis brazos. En el fondo, siempre quería estar resguardado, aunque no lo decía, no lo reconocía. Su risa era su máscara. No tenía más familia que yo. Más que encontrar a mamá o a Pera (ya se había casado, pero entonces no sabía), quería ver a Gracia. La recordé. Recordé lo que me dijo al salir de casa.

Tenía que darme prisa porque Pulso me esperaba en el hospital y ya estaba anocheciendo. Como no liquidábamos, la cuenta aumentaba.

Gracia advirtió una sombra tras de ella y caminó de prisa, no volteaba, prefería casi correr. Llegó a la reja de la vecindad y advirtió, acechadora, la sombra que estaba a su lado, sacó desesperada las llaves de su bolso y, temblorosa, quiso abrir, cuando la sombra le detuvo la mano y ella, toda ella se volvió hacia la sombra. Todavía recuerdo sus ojos de terror, inyectados, salidos de las órbitas puestos sobre mí.

—Tranquila, tranquila, hermana… tranquila, hermana, soy yo —Gracia quedó congelada por varios minutos—. Soy Alma, soy Alma —le repetí mientras sobaba su brazo, el mismo que detuve. Gracia tardó en dejarme de ver como esa sombra amenazadora y recobró el aliento, empezó a respirar bien. Entonces se me quedó mirando. Ya había anochecido y eso me ayudó, aunque por otro lado también estaba nerviosa porque sabía que Pulso me esperaba en el hospital.

—¿Eres Alma? —Gracia me miró asombrada. Detectó cosas raras en mí. Me quitó la gorra y palpó mi cabeza para ver de cerca los dibujos. Respiró profundo mientras negaba con su cabeza y enchuecaba la boca.

—Espera aquí, ahorita regreso.

Regresó al cabo de diez minutos. Desde fuera vi cómo abrió la puerta de la casa, la que fue mi casa y a la que ya no tenía acceso.

—Ven, vamos a tomar algo —llegamos a un lugar del Centro, todavía abierto.

A Gracia le daba pena que la vieran conmigo. No sabía cómo justificar mi aspecto.

—No te preocupes. Ya estoy acostumbrada —la gente, como siempre, me veía raro. El mesero nos dio las cartas.

—Gracias —dijo Gracia, apenada, su cara se hacía para atrás.

A la luz de la lonchería, resaltaron mis dibujos. Empezaba a tener algunos motivos en la cara, pero del cuello para abajo ya estaba bastante llena de imágenes. Me pidió que me pusiera de nuevo la gorra.

Hice todo lo que me pidió. Le costaba trabajo preguntar.

—Mi vida no ha sido fácil —le dije después de pedir sólo un café.

—Tienes que comer. Mira lo flaca que estás.

—Siempre he sido así…

—Una torta de milanesa para esta niña —le pidió al mesero.

Gracia había subido su nivel social y económico. Se veía elegante y aun así me trajo aquí. ¿Le habrá dado pena llevarme a otro sitio?

Yo me sentía distinta, más culta. Por Omar había aprendido muchas cosas. Había aprendido del arte en general.

—¿Y bien?, ¿qué te dio por buscarnos? —preguntó de pronto, seria, temerosa. Tragué saliva. Se me secó la boca.

—¿Cómo está mamá? —quise desviar un poco la conversación y sí, además quería saber de mamá…

—Ya te imaginarás desde que te fuiste —¿un reproche?— pero en fin, ya está bien, con sus achaques, pero bien… —hizo una pausa antes de continuar— la que se casó fue Pera y tiene dos niñas —en eso sonrió con mucho amor y yo también lo hice. Me hubiera encantado verlas— una se parece a ti… bueno —me volvió a ver de arriba abajo— ya no. Ya no se parece a ti. Se parece a la Alma que eras…

—Tengo problemas —mejor interrumpí. Al grano, pensé. Ya no quería reproches. Gracia levantó la ceja, asintió con la cabeza como diciendo "ya lo sabía" y esperó en silencio (porque lo sabía) que llegara el momento de pedirle dinero. No importaron mis explicaciones. Esperó ese momento.

—Me lo supuse, Alma. Qué tristeza me da que sólo por eso nos busques —me dio otro vistazo por mi cabeza, mi cuerpo— aunque qué bueno que no lo hayas hecho —afirmó —porque para mamá verte así sería… sería… bueno… ¿Cuánto necesitas? —su voz estaba cansada, vencida de antemano. Pensaba cómo negármelo, pero al mismo tiempo no se atrevía a hacerlo. Ella me había dicho que lo que necesitara…y también me quería. Lo sentí por un instante, así como cuando me fui de la casa, así como cuando me abrazó en el internado y yo la rechacé.

Le solté la cifra. Ya no recuerdo el monto. Soy terrible con el dinero. Nunca me acuerdo de las cuentas. No sé sumar muy bien todavía. El caso es que me contestó muy alterada.

—Pero, ¿estás loca?, ¿dónde llevaste al tipo ese con el que andas?, ¿en qué hospital lo tienes?

Me quedé muda. Mejor me levanté. Ya no había nada qué hacer ante los regaños de mi hermana y la impronta de que mi madre se atacaría si me viera. Di por hecho que estábamos ahí porque no me permitiría ver a mi madre. Le evitaba un disgusto de infarto.

—No. Espera —dijo cuando me vio decidida a irme— está bien…

—sus ojos, siempre adormilados, se suavizaron—. Cuenta con el dinero. Ven a la casa y te esperas afuera.

Pagó la cuenta y regresamos. Entró a la casa y yo, afuera, como una sombra, como un fantasma, alcancé a ver la ventana encendida e imaginé que dentro de ella estaba mi madre y, tal vez, mi otra hermana y sus dos niñas, sentadas en la cocina tomando su cafecito con leche y pan de dulce. ¿En qué momento habrán recordado a Alma?, ¿en qué momento habrá muerto para ellas? Gracia salió toda misteriosa y me dio un sobre. Cuidaba que nadie nos viera.

—Ten. Que no se vuelva a repetir porque no te voy a sacar de cada problema que tengas.

Me tuve que despedir ahí y corrí al hospital. Ya era muy tarde.

Pulso estaba tan nervioso que cuando me vio, se levantó de la silla, y mientras se acercaba, me gritó enojado. No le importó que lo vieran, pero a mí sí me importó que me gritara.

—¡Dónde te metiste! ¡Qué onda con el din…! —y no terminó la frase porque le solté un bofetón antes de extenderle, en silencio y con una mirada de trueno, el maldito sobre que me dio mi hermana.

Y lo dejé ahí. ¿Qué no se suponía que me debía agradecer más bien? ¡Hijo de su pinche madre!

¿Te das cuenta lo incongruentes que somos los seres humanos? En vez de agradecer mis atenciones y de preocuparse por mí (qué tal si me había pasado algo), era mejor reprochar y exigir, como si fuera mi obligación.

¿Así va a ser contigo? Yo te estoy contando toda mi historia, con todo detalle. Estoy haciendo prácticamente tu reportaje, tu libro o lo que sea, y al final vas a creer que soy yo quien te tiene que agradecer por haberme escuchado, ¿no? ¡Vete al carajo!

¡Ah! Ya vas aprendiendo. Ya no te levantas tan fácilmente. Ya vas doblegando tu orgullo, me parece bien.

Corrí a la esquina del hospital y ella me esperaba, con sus grandes ojos negros que me acechaban. Me dejé envolver por la penumbra y caminamos juntas. Las calles brillaban por la llovizna. El bullicio se fue apagando a la distancia de las largas banquetas en las que crepitaban algunos faroles como si estuvieran a punto de fundirse. La calle se volvió una boca negra, engulléndonos sin reservas. Cualquier ruido tropezaba entre los muros de los edificios de piedra que parecían silenciosos centinelas expectantes, guardianes de tantas voces que despertaban y volaban con ese aire tan frío. Las voces que llevaba el viento y se confundían con aquellas que

llegaban de lejos, un festín fantasmal en el que yo estaba presente junto con ella, la noche, la madre negra, que me hizo presa de su poder. Sus caminos, todos inciertos, estaban a mi elección. No había más discusión que la que traía en mi mente. Yo elegía si quedarme atorada en ese torbellino o caminar libre aún con el peligro que se respiraba. Tuve que soltarme sola, a la deriva. Caminé bajo la lluvia que se desató de pronto, brinqué los charcos que fueron espejos de unas cuantas estrellas que se lograron escapar de las nubes. La lluvia, de tan fuerte, pasó pronto. Parpadeaban los pisos húmedos, entonces caminé sobre el reflejo de un cielo estrellado y nebuloso y sobre la luna con todos sus cambios. Caminé tanto que se terminó el piso y seguí por paredes y techos. El mundo temblaba, la vida temblaba, yo tiritaba de frío con la ropa chorreando. Sólo la muerte permanecía firme y al acecho. Yo estaba arriba y abajo y en todos lados. Yo también poseía esos ojos acechadores que se multiplicaban para franquear, para franquear. Pero la noche, a pesar del frío y la incertidumbre, me acogía, me adoptaba, me hacía suya, y me dejé arrullar por su canto ahogado y siempre lloroso, como los ojos de aquella monja de mi infancia. Apenas la recordé, mi cuerpo se erizó después de tantos años, mientras la noche me ofrecía su aliento helado. Todo silencio y quietud. Acaso unos lamentos de vagos que dormían en los callejones sin salida, cubiertos de periódicos, amontonados como perros, se daban calor porque afuera, era un frío infernal, por eso digo que el infierno es frío. La noche se tatuaba en mis dientes que castañeteaban, en mis huesos que se calaban hasta la médula. Era una aguja que se me encajaba en todo el cuerpo al mismo tiempo, la noche, la madre negra, Lilith me tatuó el alma, el único ruido de mis pasos, uno tras otro, plas, plas, plas, a un ritmo parecido a los pasos de mi madre cuando se alejaba.

De tan vacíos los caminos se hicieron más largos y tras las esquinas, un nuevo mundo. Un borracho se atravezó y sacaba palabras podridas, escupitajos de vida. La noche multiplicaba esa gran red de penumbra escondida entre las calles. Después una prostituta a la espera de lo que sea, me coqueteó de lejos y cuando me acerqué huyó. Cuánto susto debo dar, tal vez estoy muerta. Me sentí muerte, la muerte, la oscuridad y la noche. Provocadora del caos del mundo. La Eva tan vitupereada, la serpiente de la gran tentación. Era yo, transformada, hecha a imagen y semejanza del diablo, Lilith.

Seguí mi camino que era todo y era nada. Me había caído por uno de los hoyos de la gran red nocturna. Mi larga sombra me

seguía y me rebasaba. La noche me soplaba al oído recuerdos sordos y fríos. Mi casa tenía madera color tenue y había macetas y floreros por todos lados. Olía a tortilla y a comida recién hecha. La noche golpeó mi estómago. También olía a crema de manos y a perfume de agave. La noche me llevó por los caminos escondidos y me llevó a mi infancia. Acaso la luz prendida de un departamento. Mi casa tenía un solo piso y estaba en una vecindad donde todos los niños jugábamos. De lejos se escuchó el aullido de una sirena de ambulancia que desapareció de pronto. Todo es impermanente. Dentro de casa nunca hubo peligro. Estaban los brazos de mamá. Mi casa olía a pino de tan limpia. La cadena del escusado se jalaba de arriba. La noche me hizo un hueco para mear. ¡Cómo no soy hombre!, me dije, para ellos es más fácil, para nosotras no. ¡Cuánto castigo divino, si es que existe Dios! La hermana Delfina apareció con su dedo chueco, no hizo falta que hablara. En ella se encarnaba el pecado y la desesperanza, su imagen se desvaneció con el tronido de mis dedos. ¿Dónde estará Margarita Agüeros? Uno recuerda a los mejores amigos en las madrugadas, cuando el miedo se sienta en la boca del estómago. La entrada del internado era una reja garigoleada como la de mi casa. Ahí dentro, en la vecindad donde vivía, había seguridad. El patio era grande y, mientras los niños corríamos, las mamás jugaban lotería en una mesa y brindaban con cerveza. Mamá reía como nunca. Era feliz y yo también sólo de verla. Un día vi a papá romper una piñata con los ojos vendados. Le aplaudían. Él reía. Corrí a sus brazos, se zafó la venda, me cargó y me dio muchos besos. Ésa es la única imagen que de él conservo. La noche me abrazó con su manto helado, como el infierno. Yo tenía que elegir si continuar el camino o quedarme atorada. Continué hacia quién sabe dónde. Mi memoria se partió entre tanto camino y ante tanto recuerdo. La red era infinita. Pedazos de mí misma llenos y vacíos entre los muros de piedra y de ladrillo, como deshechos de basura. Las palabras eran cacharro, las caras cartón viejo, las caricias comida podrida, las personas rotas y mal olientes, el grito agudo, ahogado y sin pausa de la madre negra, mis pasos francos, las huellas de mi piel parecían sangrar de nuevo: Omar lloraba, lo supe en ese instante, no sé cómo, pero lo supe porque me ardieron mis tatuajes y él me los hizo, todos me los hizo siempre. ¿Habrá llegado a casa?, ¿habrá pagado la cuenta del hospital? Su imagen se consumía en el ardor de mi piel. Preferí seguir caminando y olvidar su nalga hinchada por mi culpa, por la culpa de mis colmillos de hada malévola como él me veía; preferí olvidar que un día llegué para quedarme en su estudio, olvidar tanto pinchazo en el cuerpo y

tanto color sobre color, olvidar que sigo viva, olvidar a la hermana Rosi cuando despertó mi lujuria, olvidar la guadaña que tengo en el cuello y las rosas con sus espinas y las cadenas y las puertas y los arcos del internado impresos en mi piel, olvidar los ojos que siempre han sido testigos de una y mil formas que se encarnan en el mismo instante, los dientes de mi vagina y la fuente oscura a la que me mandó Dios, olvidar a Dios porque nunca lo tuve. Olvidar a Luza… pero cómo olvidarla, si a ella había que recordarla, era mi gran hermana, la única que me abrazó con amor, la única parte luminosa en mi cuerpo, una mariposa siempre viva. Entonces evoqué a Luza y la vi a mi lado, sonriendo, caminando conmigo, sus pasos estaban dentro de mi cabeza, se me cerró el cerebro. A Luza le gustaba hacerme trenzas y me acariciaba la cabeza con el cepillo y el peine, desenredaba mi cabello largo y castaño. Me llevaba a la tiendita y me compraba dulces. Ahora todo está tan cerrado y sin embargo, tan abierto. La noche despierta su eco. Los recuerdos de infancia se vuelven un collage en la memoria, están salpicados de imágenes borrosas, sonidos vagos y olores penetrantes. La memoria de la infancia sale de la nariz y de la boca, quizá porque lo primero que hicimos al nacer fue oler a mamá y saborear su leche. Me senté en alguna parte a saborear la leche de mamá, cerré los ojos para sentir cómo se nutría mi cuerpo, cómo se llenaba de vida. Recargada en una pared cualquiera, sobre el piso húmedo y sucio, en cualquier calle, necesitaba mamar. Mis codos sobre las rodillas flexionadas, me chupé el pulgar hasta quedarme dormida.

—Levántate puto —un golpe seco en el estómago me despertó y me costó trabajo jalar aire. Me dolía el cuerpo, estaba sobre la banqueta, recargada en la pared. Ay, mi cabeza, el piso estaba muy duro. Unos zapatos de suela de goma de hombre eran los que insistían sobre mi abdomen y fue lo primero que ví. Cuando miré hacia arriba, me tomó de los brazos y me levantó con la ayuda de otro.

—Es vieja —se dio cuenta el infeliz—. Pinche vieja puta pelona, está retatuada —no sabían si soltarme, no se fueran a contagiar de algo o tomarme con firmeza para golpearme que no era otra cosa que golpear su propio temor.

Se rieron mientras me llevaban en vilo, cargándome de cada axila. Un coche de policía. Me recargaron sobre él para cachearme y se dieron vuelo. Palparon mi espalda, mis nalgas, en medio de mis piernas, Luego me volvieron hacia ellos. “Las manos en alto y atrás”. Abrieron la puerta para empujarme dentro. Uno de ellos lo hizo tocándome los pechos con sus dos manos llenas de vicios. A la

delegación, dijo uno de ellos y creyó que me asustaría. Guardé silencio. El marasmo de la mañana, la confusión de mis sentimientos y una completa desesperanza fueron mis mejores armas, aún sin saberlo. Guardé silencio ante sus insultos. “Órale, estás toda buena, mi chiquitita, qué tienes debajo de esos horrendos dibujos”, el que se había sentado junto a mí para que no escapara, me toqueteaba con sus dedos viscosos, tenía que relamerse las palabras que se le escurrían… y yo me dejaba, pues qué más podía hacer. Nada mejor que morir y ése tal vez sería el mejor momento. Al fin, esa noche lo había perdido todo.

“A ver, a ver”, decía el de atrás, mientras me tocaba la pierna y subía su mano, empezaba a jadear, se le abultó el pantalón, a ver cochinita, y se la sacó, la “verga”, como ellos le dicen, y me tomó de la cabeza y me llevó directo a mamársela, como él repitió varias veces. Lo tuve que hacer, hasta que el señor terminó y yo dejé salir eso blancuzco de mi boca sobre su pierna. “¡Trágatelo, perra!” y me dio una bofetada… El otro, también excitado, daba vueltas con la patrulla, vueltas y vueltas por lugares indefinidos. Desde donde estaba, acostada sobre las rodillas del policía, alcancé a ver los altos de los edificios. Ya había amanecido y tenían que hacer algo conmigo. “¡Te vamos a llevar a la delegación, pinche puta!”, y yo no contestaba nada. Es más, quería ir a la cárcel. Ahí me darían de comer y me pondrían trabajos forzados, no importa, pero tendría techo y comida, así que no sólo no dije nada, sino que yo creo que vieron mi disposición y dieron dos o tres vueltas más, en un tono más que persuasivo para asustarme. Uno de ellos no se aguantó. “Si nos das algo de pasta, te soltamos mamacita” y no dije nada. “¡Que contestes, perra de mierda!”, gritó el que iba junto a mí mientras me abofeteaba. Llegamos a un callejón, abrieron la puerta. Esta bestia está pendeja, échala, no trae nada, y me sacó de un empujón a la calle. Antes de cerrar la portezuela, me aventó un escupitajo. Había caído de bruces y no me levanté sino hasta después de un tiempo. Escuché el rumor de la gente, sentí que me señalaban, pero nadie hizo nada por mí, creo que les daba miedo acercarse. Verme tan tatuada de la cabeza, el cuello, los brazos, era ver al diablo.

¿Sabías que en la antigüedad, los tatuajes se hacían para dar miedo? También había culturas que los usaban como medio de sanación; el tatuaje era común entre los guerreros y se usaban para dar iniciaciones y son una forma en la que se cultiva la devoción, bueno, pues parece que yo he sido un modelo perfecto para ello. Y en aquella época, en la que me levantaron esos policías, aunque fuera una época de ruptura, la llamada contracultura, en la que

aparecían los buscadores de la libertad, la gente no estaba tan acostumbrada a vernos. Nos discriminaban más porque nos creían salidos de la prisión.

¿Ves esta marca? Casi no se ve, pues está pintada también, pero es una cicatriz. Al caer de la patrulla, aterricé sobre un vidrio roto de un casco de cerveza y me salió tanta sangre que manché toda la ropa. Mira, la cicatriz está aquí, entre el antebrazo y la muñeca, donde termina la mariposa de Luza y empieza el dibujo de mi hermana Pera. Qué bueno, a ella también, indirectamente y de lejos, la golpearon. Me interné en uno de los callejones que estaban cercanos y me quité la blusa para partirla y hacerme un torniquete. Un vagabundo, nunca supe su edad, si era gordo o flaco, pues su ropa, toda rota y tiesa, era varias tallas mayor, me vio y acudió, al fin tampoco tenía nada que perder. Al principio me dio miedo, así como yo a él, pero me vio, se me acercó poco a poco, no hablaba, su cabello era una rasta completa, donde podían anidar las moscas, pero me ayudó con el torniquete aún con sus manos callosas, sus uñas fracturadas, gruesas, negras y deformes. Hurgó en las bolsas de su saco roto y logró encontrar una pequeña botella de alcohol alcanforado que lo usaba para mitigar la sed, el hambre y las penas. Me vació alcohol en la herida y se sorprendió que no hiciera gestos. Ya con tanto piquete y herida en el cuerpo, más fuerte para el dolor no podía estar. No hablaba, sólo emitía sonidos salidos de una boca chimuela y de un hueco profundo dentro de su pecho. Abrió la boca queriendo recordar cómo sonreír, creo que lo hizo después de tantos años de no hacerlo. Le agradecí todo lo que se le puede agradecer a alguien así. Lo abracé como nadie lo había hecho con él y él me permitió llorar sobre su pecho con olor a basurero. Escuché su corazón, latía rapidísimo, se le salía del cuerpo. Respiraba ufano, pero era una excitación de alegría, totalmente desinteresada, más bien agradecida. Me dio un pedazo de tela para tapar la sangre y no despertar sospechas. Aún rota, me pude poner de nuevo la blusa. Nos despedimos sin palabras una vez que dejó de salir sangre.

Las calles ya estaban pobladas de ruido y de gente, el habitual movimiento del diario, el automatismo del mundo, la indiferencia, ojos de tiranos escondidos en una falsa compasión, ojos de compasivos escondidos en los más tiranos, bienvenida al mundo de las máscaras. ¿Quiénes eran los enmascarados?, ¿ellos o yo? Advertí que algo me faltaba y de impulso toqué mi cabeza. Había perdido mi gorra, creo que desde que me cargaron los policías. Al sobar mi cabeza pelona recordé mis hadas y las acaricié como si estuviera acariciando a Omar porque ellas me lo recordaron, me lo

recordaron hasta que mi corazón, éste que ves roto y que un día se estrelló en mil cachos, se cayó esa vez. Necesitaba regresar. Ellas me dijeron, me gritaron que era preciso regresar.

Las hadas poblaban sus brazos delgados, pero fuertes. Así lo vi cuando se quitó la chamarra para tatuarme por primera vez. Otro día, cuando se quitó la camiseta, me di cuenta que las hadas subían por su espalda, lo besaban, estaban vueltas de espalda. También por el frente de Omar ellas estaban vueltas de espalda, como si lo besaran todo. Algunas volteaban a ver hacia afuera, gozosas, rebeldes, retadoras, provocadoras de los celos, de mis celos, para ser precisa. Yo quería formar parte de esa comunidad, subir por su cuerpo, saborearlo. Ay, Omar, cuánto me gustaba su desfachatez, su aparente descuido en un cuerpo tan fuerte. Vestía sencillo. Siempre pantalón de mezclilla y camisetas de manga corta o sin manga, no importaba si estaban rotas, al fin todas le venían bien. Sólo tres de sus hadas tenían una actitud inocente, pura.

—Son mi abuela, mi madre y mi hermana —dijo. Las tres habían muerto en un incendio y se habían convertido en hadas protectoras. Lo mismo todas las que poblaban su cuerpo. Fueron las mujeres de su vida, pero que, en su momento, lo habían alimentado, protegido y se sentía en deuda con ellas. Y yo, para aparecer en su cuerpo, tenía que ganármelo.

Después de que me tatuó la mano de la hermana Rosi en mi nalga y las rosas que le pedí, tuve que ceder a su deseo y fue cuando me rapó de nuevo.

—Estas hadas se quisieron ir contigo. Ellas están creando un lazo indestructible entre tú y yo —parecía broma y reí, pero al paso del tiempo, me di cuenta que no hubo verdad más fuerte que ésa—. Los lazos de sangre son fuertes, mi chava y este tatuaje involucra sangre y dolor y ahí está la magia.

Preparaba su aparato de una sola aguja, la que más dolía. Los aparatos de varias agujas duelen menos y él las había diseñado con fines comerciales, para que los clientes regresaran, pero para mí era una real prueba de dolor.

—Espera, espera —le dije antes de que limpiara mi cabeza, pues ya tenía pensados los dibujos que me haría—. Yo quiero que dibujes esta hada —y saqué una hoja en la que había delineado al hada Melusina, cuyo cuerpo terminaba en serpiente. Era el hada protectora de la Fuente de la sed y eso me recordó la Fuente oscura del internado, la gran fuente oscura que luego me tatuaría porque

determinó el resto de mi vida.

—Pero mi chava, ya tengo claro cómo lo voy a hacer. Mira, las hadas te han habitado desde siempre, Perversa, sólo hay que darles forma con pintura. Mira, por aquí pueden estar las alas y, los cuerpos pueden ir de aquí a acá —era como el escultor que había encontrado su obra de arte dentro de una piedra.

—Pues si no me haces esta hada, entonces no —nunca antes vi tan enojado a Pulso conmigo.

—¡Pero qué carajos, Alma! —llamarme por mi nombre parecía insulto—, todo este tiempo en que estudio tu maldita cabeza y ahora me sales con esto…

Con esos gritos me volví inmutable. Siempre sucedió así. Los gritos de la gente me hacen guardar silencio, salvo cuando estoy menstruando en que puedo gritar, aullar y sacar los colmillos sin problema alguno. Pero la mayoría de las veces, el silencio o un bofetón es la respuesta contundente, pero creo que el silencio es todavía más fuerte. Nunca saben qué hacer con eso, así como yo nunca sé qué hacer con los gritos.

Se tuvo que relajar. Salió a darse un toque y regresó con otros ojos, sin duda más brillantes, pero no estaba tan pasado como para no darse cuenta. Incluso estaba más inspirado.

—Okey, mi chava, empecemos. ¿Estás segura? —mi silencio volvió a ser la respuesta. Entonces jaló la mesita, puso la tela para colocar el instrumental, me pidió que me sentara en la silla de dentista, se lavó las manos con agua y alcohol, se puso sus guantes de cirujano y pedaleó hasta que llegué a su cara que estaba más seria que una tumba. Todo lo hacía con brusquedad y no hice nada más que mirarlo fijamente, tan fijamente que eso lo fue calmando, pues creo que se sintió observado. No sabía qué hacer con mi silencio y con la presión de mis ojos y mi inmovilidad, así que dijo “con permiso” y salió otro rato supongo que para respirar profundo. Cuando regresó ya estaba en calma. Se volvió a lavar las manos.

Calcó el primer dibujo y lo puso sobre mi cabeza. Esa hada parece, como ves, haber subido, desde la parte trasera de mi cabeza, su abdomen se recarga sobre mi coronilla y sus manitas se detienen del borde de mi frente. Si me ves de lejos, aún con las demás figuras, sus dedos dan la apariencia de un flequillo en el borde de mi frente. La cara de esa hadita parecía que se alzaba. Es un diseño en tercera dimensión. Calcó ésta que ves aquí, la que recarga un pie sobre el borde alto de mi oreja (Pulso cuidó el detalle de crear la ilusión de que el pie del hada descansa en mi oreja) y su otra pierna sube como si este huesito de mi cabeza fuera una roca. También

parece subir, pero esa hada no se imaginaba que se iría a encontrar con el hada que yo pedí, que en lugar de piernas tenía una cola de serpiente que bajaba por mi nuca y sigue, zigzagueante hasta la base del cerebro. Si ves, esta hada se mete dentro de una fuente, su fuente de la sed, mi fuente oscura, da lo mismo. Es la que está dibujada en el cuello, y su cola sale de la fuente por este lado, ¿ya viste?

Pulso prendió la máquina y empezó a taladrar mi cabeza.

—Quieta, Perversa, quieta —cada vez que me tatuaba repetía mi apodo una y mil veces. “Perversa”, “Perversa”, y con ello me daba el valor y la fuerza que sale de ahí, de la perversión. En algunos puntos dolía más que en otros. La cabeza contiene todos los mundos, se experimentan todas las sensaciones, había algunos puntos que me hacían sentir mareada y hasta adormilada. Imágenes no terminaban de aparecer cuando desaparecían y despertaba, y Pulso seguía con su obra de arte sobre mi cabeza. Las neuronas, todas, parecían estar al servicio de ese ruido que me pareció ensordecedor, sobre todo cuando estaba cerca de mi oreja. Por primera vez le pedí que apagara la música.

—No aguanto, Pulso, apaga eso —muy bien, mi chava, claro. Y lo apagó sin problema. Ya el disgusto se le había pasado y más bien respetaba que, a pesar del dolor, permaneciera tan quieta. Me asumí su piedra, su obra de arte.

Su firmeza sobre mi piel daba sentido a mi existencia y, a la vez, con esa segunda piel que iba creando en mí, me protegía de la vulnerabilidad, de estar tan expuesta. Curioso, pero al estar tan expuesta con el tatuaje, ya que eso me volvía diferente y me desnudaba por completo ante el mundo, pues esto es lo que soy por dentro, me sentía más protegida, más cubierta. Mi decisión de ser yo misma ante el mundo, me daba libertad.

—Hay que cincelar la vida de otro modo, mi chava, recuperar nuestra esencia y aceptarnos en nuestras diferencias. Todo está en la forma. Así se fabrica la identidad, mi Perversa…

Una vez que terminó, los cuidados fueron más extremos. Tuve que dejarme crecer el cabello por un tiempo, hasta que cicatrizó por completo. Después de ahí, me volví a rapar sólo porque a Omar le gustaba verme así.

Sus hadas, después de todo, no eran tan bondadosas. Era obvio que eran perversas, que se lo comían completito, que lo escalaban, escalaban sus costillas, su abdomen de lavadero y sus brazos

musculosos. Algunas sí estaban en reposo, satisfechas, sus caras sonrientes lo decían y las pude entender: Omar hacía siempre mucho ejercicio y su cuerpo era un imán. Sólo dejaba que yo lo tocara. Me encantaba acariciar la suavidad de su cabello tan brillante. Ni una mujer más lo podía hacer. Su seriedad imponía. La gente se iba. Omar era de pocas palabras. Sólo hablaba con unos cuantos. A mí me enseñó muchas cosas, pues, además, yo no estudié nada más que la primaria. A los dos días de haberme hecho las hadas, ya cuando no había peligro de que las heridas se abrieran… Ay Omar, ay Omar le dije mientras me empezó a besar toda, todo su peso sobre mí, y luego el mío sobre él; sus besos me dejaban sin aliento, me hacían sentir todo mi cuerpo, todas sus hadas cobraron vida sobre mí, aleteaban por todos lados, yo también aleteaba, abría mis brazos y mis piernas, que se volvían alas. Ni los gatos podían estar tan erizados, tan al rojo vivo, ni cuando se me curaban las heridas de la piel sentía eso, eso mismo que sentí con él, sobre mí, debajo de mí, haciendo con mi cuerpo lo que él quería y yo, absolutamente dejada, de pechito, como una perra, abiertas mis piernas y todos mis sentidos entre ellas, sin nada más que eso, sin nada más que ese momento, esperándolo, esperándolo, la fuente oscura, la fuente oscura, se precipitaba de mis entrañas, incluso antes de que él entrara.

Así que, al recordar todo aquello, tenía que regresar con él, con Omar. El ímpetu me hizo caminar más rápido de lo habitual, sin ver gente. Me volví invisible, un rayo que pasaba. Las calles, entonces iluminadas por el día, cobraron otra dimensión. Parecía como si nunca hubiera pasado por ahí. Los patrulleros me habían alejado tanto que tardé más en llegar a mi destino. En mi cabeza sólo resonaba Omar, Omar, Pulso, Pulso, Omar, y eso me daba la mejor de las fuerzas, el mejor alimento, la única opción recuperable en mi vida. Si unas horas antes lo había dado por perdido, su recuerdo y, sin duda el poder de las hadas, me lo devolvió. No pensé en el riesgo ni me acordé en el bofetón que le di cuando salí del hospital. No recordé que fui yo quien lo dejó botado y quién sabe cómo me recibiría. Daba por hecho que ahí estaba, esperándome con los brazos abiertos, desde la puerta, viendo su reloj a cada instante. Esperándome.

Omar era lo único que tenía. De Gracia y mi familia me despedí esa noche oscura, bautizo de la madre negra que me permitió avistar la realidad desde otro ángulo. La madre negra, disfrazada de

aquel vagabundo que me protegió, me dio la pauta para seguir adelante. Entendí que ella me protegería donde fuera, donde cayera. Entonces el miedo se desvaneció, lo volví mi aliado inseparable y una fuerza extraña se apoderó de mi cuerpo, de mi sexo, de mi boca y mis ojos. Vi a mis hermanas en mis brazos, a mi madre en mi corazón, recordé a mi hada protectora, el hada Melusina, cuidado con ella, ¡cuidado!, había hecho un pacto de sangre con ella y con Lilith y estaban cobrando vida. Las serpientes de mis piernas me dieron más fuerza para caminar, para reptar, para llenarme de su veneno y que nadie se me acercara, mis puertas se abrieron, los arcos me dieron opciones para entrar a nuevos caminos, seguí, seguí, orgullosa de mi piel. No pude más conmigo misma y me quité la blusa manchada de sangre y la tiré por ahí, y seguí camino a casa, mis pechos al aire, todavía mi dorso no estaba tan lleno de dibujos, ni mi espalda, había partes vacías que había que llenar. Advertí la mirada de la gente, algunos murmullos y señalamientos que hacían en referencia a mí y seguí. Empecé a sacar espuma de mi boca, los colmillos me crecieron, lo sentí. La piel se erizó de nuevo, como aquella vez con la hermana Rosi, como la primera vez con Omar, mis ojos se movían al acecho mientras caminaba, como felina. Por ahí pasó una patrulla, se acercó por la acera. No sé qué me dijo, pero seguro me querían levantar. Me acerqué, desafiante, la frente totalmente en alto, la boca abierta, los ojos inyectados, los pechos en alto, lo sentía. Una fuerza bruta me corría por mis venas, caminé hacia ese hijo de puta que se decía policía y advertí el deseo y el terror en sus ojos. Le dijo al otro, vámonos, con sus ojos puestos en mis senos y se marcharon. Las calles eran entonces mías, el cielo y los pisos y los muros de ese día medio soleado, medio nublado, de ese día a medias, tibio al que podía ganarle con mi brío. Nada de tibiezas. Yo era absoluta en ese entorno y todo me pertenecía. Fuera las fronteras. Caminé más y más y más y más….doblé ya por las calles cercanas al estudio que era el mismo lugar en el que vivíamos. El estudio tenía un cuartito dividido con un biombo y un pequeño baño y una cocineta. Ahí vivíamos. De la cortina metálica que se bajaba cada noche para cerrarla, había una puertecita por la que entrábamos y el estudio, también tatuado, las paredes pintadas con mil motivos por mí y por Omar, hacía las funciones de casa. Llegué y toqué con tanta certeza que la puerta se abrió al instante y estaba ahí, él, ahí estaba Omar, sí. Ahí estaba, de carne y hueso y no se había ido. Me miró desconcertado. No sabía qué decir. Pensaba que nunca más regresaría. No le pregunté nada, lo empujé con todo mi cuerpo,

ligero para mí y pesado para él, lleno de energía, lo empujé no sé a dónde. Todo el cuarto se volvió un solo sitio, y no sabía la hora, el tiempo también se había disuelto. Lo empujé. Lo sentí ligero, muy ligero. No pudo hacer nada. Nada. Lo llevé a un extremo, lo estrellé contra la pared y me volví una de sus hadas, lo mordí todo. Lo mordí en la oscuridad. Penumbra… lo mordí en su penumbra, en sus sombras, en sus volúmenes y colores, en todos sus tatuajes, en algunas cicatrices que le habían quedado… él se dejó. No tenía fuerza para combatirme. No podía con esta fuerza macabra, que salía de algo muy profundo, lo pellizqué más y más, mis manos lo machacaron todo. No, no lo besé, no lo besé, lo mordí, lo traté muy mal, le jalé el cabello, pero también lo sobé por completo, con estrépito, con fuerza, nada era más pegado que mis manos en él. Todo mío, sobé también a sus hadas que parecían proferir gemidos de placer. Las hadas despertaron por completo. Era un orgasmo celestial el de ellas. Podía verlas. Las hadas, las suyas y las mías y también Lilith y su mirada de la hermana Rosi. El sexo de Omar tocaba el infinito y estaba duro como una roca. Lo apreté con manos de hierro, me lo llevé a la boca y Omar gritó de pánico y de dolor y también de placer y no se pudo mover, así como cuando él tatúa. Había tomado su sexo, su prepucio, le hinqué mis incisivos y rompí la piel hacia un lado y hacia otro con mi mandíbula. Quieto, Pulso, quieto, mi chavo, le dije como pude, en un instante, que ya voy a terminar, así como él siempre me decía. Él gritaba, indefenso, inmovilizado. Y no pudo más que aquietarse. Quieto, aguanta el dolor, tienes que aguantar, aguanta, eso no se lo decía, pero lo pensé, lo pensé dándole toda mi fuerza mientras mis dientes lo circuncidaban por completo, por completo, hasta que su semen, mezclado con la sangre, se precipitó dentro de mi boca con todo el sabor dulzón y salado de la vida.

Entonces Pulso se quedó quieto, totalmente sumiso, su torso desnudo y sudado, hacia arriba, su sexo derretido entre mis dedos, chorreando un líquido viscoso y rojizo. Me levanté suavemente, mientras le decía “ya pasó, ya pasó, Pulso, ya mi amor”, muy suavemente, igual que como él lo hacía cada vez que me tatuaba. Lo dejé ahí mientras fui a prender la luz.

Pulso lloraba de miedo y de alegría. Temblaba más allá de sí mismo. Yo me percaté que también estaba manchada de mi propia menstruación. Sus ojos brillaban y sonreían, pero también sacaban todo su dolor de vida. Me lavé las manos y les puse alcohol, me puse un guante de cirujano y saqué un paño. Le di uno de los antibióticos que le recetaron y le di fomentos el resto de la noche.

Nos mirábamos solamente. Nos mirábamos. Eso era todo.

—¿Ves por qué eres esta hada?, ¿la de mi nalga? —nos acordamos. ¿Se le habrá infectado de nuevo? Se volvió de espaldas. Todo bien. Esa hada que era yo estaba contenta, había ejercido su función. Nos sonreímos también y, por un instante, por un brevísimo y fugaz instante, me pareció ver también en ella los ojos de la hermana Rosi.

¿Y los tuyos? No puedes tener los ojos más abiertos. ¿Miedo?, ¿sorpresa? Está bien, te voy a contar la otra versión, a ver cuál de las dos crees que sea la verdadera.

Empiezo de nuevo:

Omar era lo único que tenía en mi vida. De Gracia y mi familia me despedí en esa noche oscura, bautizo de la madre negra, que me permitió ver la vida de otra forma. La madre negra, disfrazada de vagabundo, me llenó de paz. Había un halo de protección en todo aquello. Me levanté para regresar a casa, total, si me levantaban, qué mejor. La fe surge cuando ya no tienes nada que perder, pero te das cuenta que tampoco era para tanto perder lo que se había perdido. Así que caminé de regreso. Si Omar me aceptaba qué bueno y si no, qué mejor. Los infelices policías me habían alejado más de lo normal, pero pronto reconocí edificios y calles. El trapo que me dio el vago, aún tan sucio, me sirvió para cubrir la herida y no despertar sospechas. Total, si se me infectaba la herida, qué mejor, dejaría que la infección siguiera su curso hasta morir, qué mejor. Incluso pensé que si Omar me rechazaba, me regresaría a este sitio a vagabundear también.

Una quietud interna extrema me invadió. Todo parecía ir lento, incluso yo, en cámara lenta, pero ligera, como si flotara, una sensación parecida a los sueños que tuve en el internado en los que visitaba a la hermana Rosi. Todo empezó a temblar, como si fuera pura energía y yo seguía. En un momento pensé “estoy muerta, en el callejón me mataron” porque era como fantasma. La gente no me veía. Pasaron dos patrullas y no chistaron. Hasta me acerqué y nada. Me detuve un momento. Había perdido el trapo del vago y ya no sangraba. En otro momento pensé “yo creo que estoy pasadísima”, pero me puse a caminar de nuevo porque la sensación de ligereza era formidable, así que la lentitud fue mi aliada. Me permitió sentir las calles, ver los edificios que, como centinelas, me escoltaban a uno y otro lado, mirándome desde su altura de poder centenario, todo de piedra y yo tan etérea como el cielo. El cielo

parecía más sólido que mi sensación. Omar, Omar, Omar, repetí su nombre tres veces, pero el sonido se multiplicó al infinito y supe que mi voz le había llegado donde quiera que estuviera entonces y quela había escuchado, y sentí su aliento y hasta detecté su olor en respuesta, un olor almizclado que me recordó a la hermana Rosi, y luego su tacto y sus caricias me hicieron sentirla cerca, de nuevo, pero las caricias cada vez fueron más sólidas y su voz que, multiplicada primero y en cuyo eco no se distinguía, se fue haciendo concreta, nítida y ronca. Era, sin duda, una voz de hombre. Abrí los ojos y ahí estaba él, Omar, Pulso, despertándome también con palmadas en la cara. Estábamos a unas cuadras del estudio, mi casa. Me había desmayado.

¿Viste?, ¿con qué versión te quedas? Tú le darás lectura de acuerdo a las imágenes de mi cuerpo. No me importa lo que pienses. La intimidad es la intimidad y cualquiera de las dos versiones te puede funcionar, ¿no? Qué te gusta más, mi alma fiera que circundó a Pulso o mi debilidad que me hizo desmayarme antes de llegar al taller, ¿con cuál te quedas? El caso es que estoy viva y aquí, frente a ti, charlando.

¿Qué por qué no la suelto?, ¿qué por qué no suelto el recuerdo de aquella monja?, ¿te parece que soy inmadura? Te puedo decir que mi sexualidad, completita, se marcó desde esa primera experiencia. Así como en todo, el principio es el que cuenta y es el que se repite en el resto de las acciones. En el principio Dios creó los cielos y la tierra (válgame, ahora saco al cretino de Dios en mi discurso) y ese mismo principio se ha perpetuado durante todos los siglos y lugares de la existencia. La sexualidad, ese pulso de luz y oscuridad que nos habita, se repite también a cada instante y condiciona nuestros actos, ¿qué no? Nos movemos en función de nuestros deseos y los deseos contienen ese gozo absoluto que queremos alcanzar. El gozo no es otra cosa que sentir que todo es un orgasmo. Yo lo sentí en el castigo que me dio la monja, ¿por qué? No te sé decir. Al paso del tiempo me doy cuenta que hay infinidad de personas que tienen la misma experiencia que yo y que justamente es porque esa zona es erógena. Pero la gente la asocia con un lugar de castigo porque a ella también la castigaron igual, vaya lugar que alguien, un primer alguien eligió, y eso ha condicionado, en gran medida, la conducta sexual y la perversión humana.

La monja, sin querer (o queriendo, eso espero, y lo digo con esa misma perversión), oprimió el botón, activó algo muy dentro de mí

que no he querido definir porque precisamente esa falta de definición le da vida a esa experiencia. La monja, es probable, me olvidó pronto y nunca supo que sigue viva en mí y que sigo buscando sus ojos y la detecto en cualquier olor almizclado, pues ella forma una parte indestructible de mi vida y de lo que soy ahora. Qué dicha y qué infierno.

Omar, en algún momento, sintió celos. En una época, cada vez que hacíamos el amor, no podía contenerlos y se comparaba.

—¿Te gustó así como con tu monja? —me preguntaba, pero nunca contesté. Desde luego no era igual. No era igual. Eso estaba (y sigue estando) más dentro que nunca. Se tatuó en mi alma. Un acto aparentemente inocuo y del que casi nadie habla, fue el que me trajo donde estoy ahora. Si me hubiera quedado en el internado, como niña buena, no me hubieran corrido y no hubiera vivido la muerte de mi hermana y tampoco hubiera empezado a buscar de nuevo el dolor placentero que me dio esa monja de mi infancia, y si no hubiera sido por esa confusión en la que he vivido, no me hubiera tatuado la primera vez y la segunda y la tercera, con motivos que me la recordaran: la manos, las rosas, las espinas, la puerta, los ojos, las cadenas y las serpientes, los corazones y la madre negra en todas sus manifestaciones, etcétera. Y entonces no me hubiera ido de casa de mi madre y no hubiera establecido una relación con Omar y no estaríamos aquí, conversando.

Cada vez que Omar se comparaba, me despertaba un instinto fiero. Quería tratarlo mal, pues se ponía de pechito, como unperro sumiso. Quién lo viera… Omar se distinguía por tener una personalidad agresiva (era Pulso) menos conmigo (y eso se vio desde que lo conocí). Alto, apiñonado, atlético, su cabello largo, negro y lacio brillante que lo volvían tan delicado como un hado, cejas pobladas, barba a medio rasurar, parecía medieval, gótico si quieres, aunque daba miedo cada vez que sostenía la mirada a alguien.

—A la defensiva, mi chava —me platicaba— hay que poner el alto porque nunca sabes con quién te vas a topar. La gente es bien culera. Te da una cara mientras esconde otra. Por eso me encantas. Tú eres de las auténticas.

Este mundo del tatuaje es polifacético. Rockeros, hippies, carceleros, cholos, gente rica… aquí te encuentras de todo y hay que estar muy atentos, por eso hay que hacerse de fama brava. ¿Tú crees que me podía asustar con el vagabundo del callejón? Me pudo haber dado algo que me subiera la energía a tal grado que hiciera lo que hice en mi primera versión, pero también me pudo dar algo que

me calmara hasta vivir lo que te platico en la segunda versión, pero igual, no me dio más que un abrazo después de haberme puesto en la herida el alcohol que bebía. En realidad nunca supe lo que pasó y cómo fue que llegué al estudio de Omar. Lo que sí te puedo decir es que hasta ese día le llamé "el estudio de Omar". Después de haberle conseguido el dinero y de haberlo abofeteado, me sentí mejor y decidí que ese estudio también sería mío.

—Dame clases.

—Claro, mi chava —en realidad me estaba dando el avión.

—Dame clases. Quiero ser tu asistente. Quiero trabajar.

—Claro, mi chava —pasaban los días, hasta que lo amenacé con irme para siempre. No podía permitir que me tratara como una estúpida y que sólo sirviera de lienzo para sus experimentos y sus prácticas artísticas.

—Está bien, está bien, Perversa. No te vayas, te amo, te necesito —tiró su toque y me empezó a enseñar.

Por supuesto, adivina con quién tuve que practicar. Le costó trabajo renunciar al maravilloso diseño de su piel. Sus hadas eróticas se empezaron a sentir invadidas por hadas maléficas, góticas y con colores más serios, y yo me encargué de eso.

—No chingues, Perversa, ¿qué es eso? —le enseñé mis diseños. No estaban mal. Recuerdo varios y quedaron, como él decía, "bien chidos".

—Las hadas, mi chava, no son tan cursis como dices y menos las que yo diseño. Al contrario, son bien sensuales —ese día, por fin habló y yo preparaba mis colores, imitándolo, así de simple—. Tienen toda una historia que no sabes, mi chava —hablaba con temor, pero permanecí callada—. Los antiguos cristianos las consideraban ángeles malignos y por eso las castigaron poniéndoles alas de insecto —y yo seguía con las mezclas de mis pinturas— son comparables a tu Eva, la de la caída, la del pecado. Son mujeres marginadas, puestas entre dos mundos, encerradas en un mundo intermedio. Entiende, mi chava, entiende y yo las quiero liberar… Perversa… Perversa… ¡entiende con una chingada, pinche Alma!

—¿Ya te lavaste bien? —fue todo. Era mi inauguración como tatuadora. Había elegido su antebrazo. La primera hada rodearía su brazo, como toda una serpiente. Conecté la rasuradora y lo dejé totalmente lampiño. No tuvo más remedio que dejarse. Y empezó la terapia. Mi terapeuta tatuador se convirtió en mi paciente más impaciente, vaya primera prueba. Después de él, todos los tatuajes, por grandes o detallados que sean, han sido más fáciles de hacer, en parte porque a mí también me temblaban las piernas, debo

confesar, y él era quien me guiaba.

“No seas bruta, mi chava, primero tienes que preparar el instrumental y no se te olviden los guantes”, “¿Y el mantelito? Tuviste que haber colocado primero el mantelito, tienes que desinfectar de nuevo las agujas”, “Hazlo rápido porque se van a secar las pinturas”, “¿Dónde dejaste el albanene? ¡No la friegues, mi chava! Primero me tienes que calcar, no es improvisado”… y así pasaron varias horas. Ese día, como siempre pasa cuando no puedes, llegaron varios clientes y Pulso no los recibió. Llegó un momento en que se desesperó y se levantó para cerrar la cortina, por lo que tuve que dejar lo que hacía para encender la luz del techo. Regresó tan enfurecido que ya no le dije nada, pero se me complicó la vida porque ya no hubo luz de día. El estudio estaba iluminado por esa luz que, aunque blanca, le daba un tono amarillo al ambiente y los colores se me confundían.

—¿Sabes mi chava? Mi madre y mi abuela siempre me contaron cuentos de hadas y por eso ellas fueron las primeras en estar en mi cuerpo. Mira, la del corazón es mi madre, la del costado derecho es mi abuelita y la del brazo izquierdo mi hermana. Como fueron mis primeros tatuajes, se hicieron en negro y gris —no me atreví a decirle, pero eran las más feas—. Las hadas son esos puentes entre el sueño y la vigilia, son puentes entre mundos paralelos y es mejor tener alternativas porque este puro mundo sólido y lleno de odio está de la chingada. Por eso me gustan las hadas, mi chava, así como tú, que siempre andas de sonámbula o con tus sueños raros.

—No te muevas, Pulso, no te muevas, que ya voy a empezar.

—Tú eres mi hada preferida. Te encontré el día en que llegaste a preguntar por una dirección o algo así. Te reconocí. Tan es así que, mírate. Mírate cómo eres: toda jaladita y llena de piquitos, tus ojos son de hada, tus orejas medio puntiagudas, tu cara delgadita, tu cuerpo delicado… —ya había comenzado a tatuarlo y sus palabras me suavizaron. Sus palabras hicieron que todo lo hiciera con sumo cuidado—. Eso, sí, eres un hada perversa. Tu origen es tan gótico como lo que me vas a pintar—de pronto vio su brazo—. Mi chava, tienes que ponerle menos blanco a los colores. Lo que pasa es que con esta luz cambia el tono.

Pulso era un alquimista nato. Le gustaba combinar colores hasta conseguir el tono exacto y diluirlos con agua. Vertía de un lado a otro. Tardaba horas estudiando las cantidades a mezclar para lograr un color nuevo y hacer que quedara perfecto de acuerdo a la pigmentación de cada piel.

Cada vez que me enseñaba, decía: “La piel no es un lienzo

cualquiera, Perversa, es un lugar vivo con su propio color, con su propia textura, con sus propios códigos, con su propio lenguaje. Hay que saber dialogar con cada piel, escucharla, saber cuál es su necesidad. Toda piel se quiere embellecer. Por más negra que seas, por más blanca o amarilla, o por más gótica y siniestra, no pierdas de vista la belleza. La piel siempre está viva y hay que respetarla".

Esta vez no lo podía defraudar. Sabía por experiencia propia que cada vez que se hace un tatuaje, la vida enterita cambia. Ya no eres el mismo. Se apodera de ti otra vivencia, la que se manifiesta en tu piel. A veces yo me angustiaba mucho mientras él me tatuaba.

—Ya no sé quién soy, Pulso, dime quién soy con tantas imágenes, con tantas vidas cinceladas en mi piel. ¿Quién forma parte de quién? ¿En qué época vivo? —ya estaba considerablemente más tatuada.

—Eres todo, mi chavita, eres todo. La vida está para conocerse a fondo y si no te reconoces, entonces hay que crear una segunda piel. Si aun así no te reconoces, tampoco importa. Esa sensación de volatilidad que tienes te vuelve mágica y eso se necesita para equilibrar este mundo tan materialista y de concreto. No te preocupes, mi chava. No estás perdida. Nadie lo está. Vivimos en el mismo mundo y en el mismo universo y en la misma creación, de ahí no pasamos ni aunque estemos muertos.

Pero el mundo no sólo cambiaba cuando me tatuaba Pulso. Dio un giro completo cuando yo lo tatué. Si a partir del primer tatuaje que me hizo yo me sentí individual y única, a pesar de haber perdido a mi familia, el hecho de ser yo la tatuadora me volvía una adulta responsable. Mi marca quedaría impresa en Pulso para siempre y él me recordaría como una artista o como una guarra con la que había perdido el tiempo todos estos años.

Entonces, mientras lo tatuaba, hacía consciente que Pulso era solitario, que le gustaba estar consigo mismo y que le gustaba charlar con sus hadas en un lenguaje hasta entonces desconocido para mí. Me sentía tan fuera de ese mundo que se me torcía el hígado hasta las lágrimas. Pulso era delicado con sus hadas. Cuidaba que los colores respondieran a los caprichos de esos seres tan mágicos como malévolos. Un lila, como el color de los elementales del bosque, un rojo que se volvió coral porque se expuso al sol antes de que la herida cicatrizara, pero "así se ve más bello. Así lo quería mi hada", decía Pulso con tanta finura que a veces me parecía que las hadas lo volvían femenino. Su piel morena clara brillaba con esos colores mágicos. Si me detenía a verlas, se me estrujaba el alma, me dolía el estómago porque sabía que yo

nunca podría ser como ellas, tan perfectas, tan bellas, tan sensuales, tan mágicas, villanas y malignas. A veces hasta me daban miedo. Parecían cobrar vida, como si de pronto llamaran la atención para que volteáramos a verlas y ellas se quedaran, entonces, inamovibles…

El caso es que las hadas femeninas en colores pastel y, eso sí, muy eróticas de las cuales Pulso parecía estar muy orgulloso, fueron invadidas por las hadas de mi creación en las que predominaban los negros, púrpuras y azules secos, todas ellas también sensuales gracias a las recomendaciones en la mezcla del color de Pulso. Algunas lloraban sangre. Ya existía la de su nalga (bien identificada conmigo) pero había sido única entre tantas a las que les ponía detalles mortuorios e infernales. Cambiaba las estrellitas por fuego, las perlas por cruces invertidas, pero aun así se veían muy bellas gracias al color y a los volúmenes. Las volví mis aliadas, pues nunca olvidé justamente que Dios me había olvidado desde que me llevaron al internado (una puerta al abismo) hasta que me largué de mi casa (una puerta al infierno). Había que escupirle de alguna forma su rechazo, aunque también me sentí culpable.

—Mira, mi chava —Pulso me consoló a pesar de mis experimentos macabros en su piel— todos los humanos, no veo quién no, hacemos modificaciones en la vida para hacerla nuestra, para que nos pertenezca. Por eso tenemos libre albedrío y los que nos tatuamos, tenemos conciencia de que somos nosotros quienes decidimos sobre nosotros mismos. Eso no hace daño a nadie. ¿Hemos hecho daño? Daño el que te hicieron a ti con esas ideas sobre Dios, el diablo y la sexualidad… Mi decisión fue que tú decidieras qué hacer con mi piel, así como tú me has dado esa confianza. Además, está bien chida. Ya sabes que me gustas por perversa… —faltaba convencerme un poco más— si no hay cambios, mi Perversa, no puede haber evolución, no puede haber posibilidades de dar un significado a esta puta vida.

¿Qué por qué hablo distinto? Siempre me ha gustado hablar como hablo. “Pues ¿qué hacías viviendo por estos lares, mi chava? si eres blanquísima y hablas distinto”, justo así me decía Pulso. Parece que el color de la piel siempre ha sido un referente social, pero a decir verdad, Pulso tenía razón. Antes de que mi padre perdiera todo su dinero en su vicio del juego, vivían en una colonia de clase media. Después, incluso mi madre estaba embarazada de mí, se tuvieron que cambiar a una casa de renta baja. Mi madre sí era de pueblo,

así que no le costó trabajo adaptarse a la vida de barrio, pero ésa es otra historia que no me interesa profundizar.

Ahora no puedes detectar de qué color era antes de ser tatuada, pero eso es lo de menos. Ahora puedes dar lectura a toda una vida llena de significado. La piel puede expresar miles de circunstancias, pero no siempre son las que el espectador mira o interpreta. Cada quien le pone un agregado personal y es ahí donde la vida se multiplica. La volvemos eterna, infinita. Cada espectador crea otra historia a través de lo que ve.

Las hadas de Pulso eran bellas, cabronas, eróticas, poderosas, valientes y muy sagradas para él, tanto, que las invocaba con su mirada. La mirada de Pulso cambiaba cada vez que las veía. Meditaba en ellas, en silencio. Era una comunión total y, cuando terminaba ese diálogo secreto, ya no era el mismo. Regresaba al mundo de afuera (donde estaba yo) con otra mirada, con mayor suavidad o mayor fuerza, según lo que necesitara.

—Qué le voy a platicar a la Virgen de Guadalupe, mi chava. Con todo respeto. A la Virgen la han tomado como un soldado. La gente acude a ella cuando necesita su protección y algún milagrito y ella, la Virgen, está siempre cargada de dolor y sufrimiento. ¿Así es como la gente se tiene que reconocer?, ¿la Virgen tiene la responsabilidad de cubrir sus pendejadas?

Mira, mi chava, las hadas tienen otro lenguaje. Para mí sí existen porque las he encontrado no sólo en esos cuerpazos que ves, sino en todo lo que me conecta con la belleza y con la suavidad, pero no por ello con la falta de fuerza y poder. Si las mujeres se conectaran con ese poder que ellas mismas tienen, así como lo hacen las hadas, esta sociedad tan llena de violencia, sería otra. Porque basta con ver a un hada para sonreír y quitar la carga del enojo que nos vuelve unos criminales, ¿no crees?

Imagínate, si en mi piel se ven hermosas, ¿cómo se verían en la tuya, tan blanca? Si tu cuerpo estuviera lleno de hadas sería un espectáculo. Así como la puerta de tu espalda guarda muchas puertas, tú serías la maravillosa y perversa hada que guarda a todas las hadas…

—¡Qué cursi, pinche Pulso!, ¡quiero vomitar!

—Así como tú me dices cursi —alzó la voz. Se le quitó lo suave— mis cuates, los cholos que se fueron al otro lado a probar suerte, no me bajaban de puto porque cómo un macho se va a pintar hadas, así que ve y vomítate en casa de tu chingada madre —Pulso se largó con el corazón roto y me dejó también rota, ahí, sentada, desarmada. Quise correr con mi mamá, quería a mi mamá, mamá,

mamá, dónde estás… Luza, Luza, ven por mí…

Mi doceavo cumpleaños fue fúnebre. Luza había muerto pocos meses antes y había que guardar luto. Mi madre deambulaba por las noches. No podía dormir. Alcanzaba a escuchar sus sollozos ahogados en una toalla, en una almohada… a veces llegaba a la cocina. En la madrugada se hacía té o café y murmuraba al aire. Creo que hablaba con el alma de Luza porque lloraba en ciertos momentos, como si alguien le contestara que ya no había remedio. Su llanto era de abandono y vaya que conozco ese llanto. Te sale desde lo más profundo de aquí, del estómago, pero todavía más de acá, del pecho.

A que no has visto que en medio del corazón roto hay un minúsculo detalle. Se ha borrado con el tiempo, pero sigue nítido para mí. Si ves, al fondo del corazón, se alcanza a ver un azul oscuro y muerto. Es el cielo. Para mí es la noche oscura, la que disuelve, literal, toda tu realidad por falta de amor. Pues mi madre, al parecer, estaba en las mismas.

La cocina estaba cerca de los cuartos. Mi casa era pequeña y llena de color. Mi hermana Pera y yo dormíamos en la misma habitación: camas gemelas, un buró en medio, un mueble con cuatro cajones, los de arriba de Pera y los de abajo, los míos. Cada una tenía una repisa en nuestra respectiva pared para poner muñecas y peluches y un pequeño clóset para las dos, error mortal, sobre todo por lo desordenada que era yo. Además, siempre había pleitos simplemente porque nos detestábamos. Cualquier motivo era suficiente para agarrarnos a golpes. Buen entrenamiento. Mi mamá nos separaba también a golpes. Con el tiempo lo agradezco. Todo sirve para algo.

El día de mi cumpleaños amaneció y nada. Como desde que me expulsaron del internado, mamá cambió conmigo, pensé que no tenía derecho a que me festejaran. Gracia fue la única que se levantó temprano. Era viernes. Y sólo le dio tiempo de dejarme un regalito sobre mi cama. Apenas cerró la puerta me levanté a abrirlo. Un peluche. Mira, espera tantito, voy por él… es este peluche, este perrito negro. Le puse Ónix. Mamá sólo me dio un beso y el día transcurrió igual. Pera había cocinado un día anterior y le ayudé a preparar las bolsas para la oficina donde trabajaba Gracia.

Mamá era inestable. Cambiaba de humor a cada rato. Si estaba de buenas todo iba bien, pero si algo le caía mal, podía ser muy grosera. Era clara su autoridad. Una vez que pasó el luto, volvió a

lavar ropa ajena. Yo la acompañaba, cargábamos bultos y nos dividíamos el quehacer. Me enseñó a planchar y a doblar la ropa. Con el dinero que ganó me compró una bici como la de Pera, le pusimos una canastilla al frente y otra atrás y ahí cargaba los bultos para repartirlos en las casas. A veces daba dos o tres viajes. Yo creo que por eso se me endurecieron las piernas y el abdomen. Aunque no lo veas así, soy fuerte; ligera, pero fuerte a pesar de mi edad.

Así se fue el tiempo. Gracia llegaba en la tarde, descansaba, daba dinero. Pera iba de compras al mercado para las comidas que le pedían. Yo ayudaba a las dos, así que aprendí a cocinar, lavar trastes, lavar ropa, planchar y repartir bultos. Pinche Cenicienta, no sé de qué se queja… de vez en cuando me daba tiempo de salir a jugar con las vecinas, pero también me sentía cansadísima.

Todos los días, una vez levantada y después de desayunar, había que lavar trastes, secarlos, guardarlos, ir por la escoba y barrer, pero no costaba trabajo porque la casa era pequeña y así no permitíamos que el trabajo se recargara. Había buena organización. Mamá también era movida en todo. Nos repartíamos el quehacer.

A mamá la empezó a buscar un señor no tan feo, Virgilio, pero ella no quiso nada con él precisamente por nosotras. “No, no vaya a hacerles algo a mis hijas, así que no”. “Nadie las toca. Nadie”. Y negó por completo rehacer su vida. Mientras Pera le aplaudía, a mí me parecía perfectamente abominable que renunciara a todo por nosotras, pero no podía decir nada.

Gracia ni se metía. Ella servía para trabajar. Su trabajo se volvió un vicio, pero yo creo que más bien le empezó a entrar miedo la época que se venía encima. Eran principios de los sesenta y se empezaba a respirar la atmósfera de la rebeldía juvenil. No faltaba mucho para que “esos greñudos sin oficio”, como les decían, que después supe les llamaban hippies, hicieran su aparición. Había que huir de ellos por “vagos”, “drogadictos” y “delincuentes”. A mí me llamaba la atención verlos tan ellos, tan llenos de colores por todos lados, su greña sí me gustaba y, sobre todo, siempre los veía tranquilos y olían a incienso.

Ya tenía 17 años y en una de mis tantas vueltas a dejar ropa, me perdí en una calle llena de comercios. Pasé por un estrecho pasillo que dividía dos tiendas. Recargué la bici,≠ fui a una bodega a preguntar por una calle. Y no sabía que poco tiempo después me quedaría con Pulso para siempre.

Desde el momento en que me rapó Pulso, tomé las riendas de mi vida, a pesar de lo que pensara mi familia. Mi cabello fue como una ofrenda al destino. Ahí fue cuando, como dicen, rompí el cordón

umbilical. Además, me deprimía el sólo hecho de pensar que toda mi vida transcurriría así, haciendo el aseo de la casa, obedeciendo a mi madre y con la única visión de saber cómo ganar dinero en beneficio de la misma casa; todo un círculo vicioso, ¿no crees?

Qué absurdo el hecho de sobrevivir, nada más. Levantarse para hacer limpieza y luego trabajar en algo que no te gusta para comer y luego comer para trabajar en lo mismo que no te gusta. ¿Para qué?

Mi madre, atenta a lo que la madre Pilar le había sugerido años antes, buscó una psicóloga para solucionar el problema de mi aspecto. Dio con la psicóloga y fui a terapia un rato.

Las primeras palabras de la psicóloga: "Te ves muy linda así, pelona" y entonces acepté entrar a su consultorio. Le platiqué de la madre Pilar y de por qué me habían expulsado del internado.

—Tú debes buscar tu libertad —no fue exactamente lo que dijo, pero te puedo jurar que todas sus terapias tenían que ver con el tema. Y opté por ser libre, así que, como además empezaba a frecuentar a Pulso y me empezó a tatuar porque me decía que quería hacer más bella mi piel, cuando en realidad lo que quería era aprender nuevas técnicas, mi madre decidió que dejara de ver a la psicóloga.

—Maldita vieja estúpida. ¿No que muy psicóloga? Te estás enfermando más…

Y sí. La voz de mi madre pasó a segundo plano. Mi interés fue creciendo dentro del mundo del tatuaje, del arte, de los hongos y peyotes. No me gustaba mucho la mota ni lo químico. Prefería las plantas psicotrópicas y esas plantas se empezaron a convertir en rosas con espinas, rosas abiertas, rosas en botones, rosas de todos los colores sobre mi cuerpo. Las primeras las tatuó en mis cinco sentidos y en los suyos, pero muchas otras fueron en trance, así que la experiencia fue completamente distinta. Hasta que llegó un momento que mi madre no aguantó.

—Mira, infeliz, maldita, perra puta —así me dijo. Las madres pueden ser peor que el diablo—, si no te arreglas, vas a tener que agarrar tus chivas y te largas a prostituirte a otro lado.

—Pues me voy ahorita —dije sin más y corrí al clóset. Mamá no daba crédito y temblaba del enojo. Pera la abrazó. Gracia, una vez que salí con lo poco que tomé y guardé en un morral, incluyendo a Ónix, me dijo que acudiera a ella cuando la necesitara.

Llegué con Pulso y no hizo falta que pidiera asilo. Me vio con la

mochila llena, con los ojos hinchados, humedecidos y suplicantes, dejó lo que hacía y fue por mí.

Esa noche hubo reventón. Él mismo lo organizó para hacerme olvidar. En un patio trasero tenía un pequeño sembradío de mariguana. Invitó a sus cuates: el Sapo y su chava la Flaca, Román y su novia Nuria, y nosotros.

Ya cerrado el changarro, Pulso sacó una hierba, la espolvoreó sobre unas hojas de arroz e hizo varios cigarros.

—¿Un porrito, mi chava?

Por supuesto el humo se me fue hasta la frente y tosí como nunca al principio, pero después, la sensación de asfixia pasaba a otro plano mientras detecté que la pared se hacía para atrás y para adelante, se hacía bombacha y el techo se alejaba y la experiencia se volvió una ensalada de volúmenes y dimensiones que me recordó las veces que visité a la hermana Rosi en su cuarto del internado.

El Sapo se me acercó en un momento y percibí su deseo puesto en mí, pude sentir su denso olor, palpar su energía llena de picos (tenía picos en todo el pelo, ojos saltones y un aliento de refinería. Pulso le había tatuado la lengua con calaveras), pude ver a qué sabía. Dirás que todo se distorsiona, pero no. Yo creo que en esos estados más bien la realidad se acomoda. No lo rechacé porque me parecía interesante la experiencia y, además, no había juicio de por medio. Mi mente, a pesar de la abrupta ruptura de mi realidad, estaba tranquila y no veía al Sapo como un hombre que me quisiera coger. Lo veía como algo más de mi vivencia. Fue Pulso el que notó su intención y la Flaca, tatuada sólo en el omóplato, con un trébol, también.

—Quítatele de encima, cabrón —no hizo falta nada más. Pulso lo tomó de la solapa y lo levantó del único sillón que tenía, y lo echó del estudio. Los demás dieron por terminada la reunión. A mí se me pasó el efecto nada más del susto. La última en salir fue la Flaca. No olvidaré sus ojos llenos de rencor, de reproche y amenaza y se fue con su trébol a seguir a su hombre.

Pasaron dos días y el Sapo llegó al estudio.

—¿Está tu chavo? —preguntó sin verme a los ojos. Parecía avergonzado.

—¡Qué traes! —salió Pulso. Estaba en la cocineta. Altivo, seguro de sí. El Sapo bajó la mirada.

—Perdón carnal, no sabía lo que hacía, estaba hasta atrás.

—Mira cabrón —se acercó Pulso a mí, me abrazó frente a él—, a mi mujer no la tocas cabrón o te la rajo, ¿estamos? Y diles a los demás que a ella se le protege, ¿estamos cabrón?

—Sí, claro, carnal, perdón. Ya sabes carnal. Lo que necesites, me tienes.

—Ándale, ya vete —esto último lo dijo suavemente, como un padre que perdona a su hijo pequeño y el Sapo asumió ese papel.

¿Qué dicha sentirse tan protegida, estás de acuerdo?

Pulso era silencioso, sobre todo cuando estudiaba, cuando creaba. Le gustaba dibujar y pintar. Tenía muchos libros sobre todo de arte.

El estudio era cómodo para vivir, pero le faltaba algo, algo…. Eso. Lo dijiste bien: le faltaba el toque femenino.

Algunas paredes eran de ladrillo y eso la volvía bella, el techo era alto. En realidad había sido una pequeña bodega que Pulso adaptó. Colgaban lámparas de hilos largos o sólo los hilos largos que terminaban en un foco. Frente a la entrada había un mostrador que impedía el paso a cualquiera, pero en él se exponían algunos cómics y pinturas vegetales. Adentro estaba su estudio. Pagaba una renta a los dueños de las tiendas. Llamaban la atención las máquinas que él diseñó años antes.

—Es la muralla, mi chava. Primero hay que ver quién entra y luego le das el paso.

Para entrar tenías que levantar una madera ancha y rayada por el tiempo y empujar una pequeña puerta igual de ancha y vieja. Era madera oscura. Y adentro era más oscuro. En una pared Pulso pintó un mural, como si fuera un gran tatuaje, que combinaba cráneos, cruces, flores y corazones en colores vivos. Era su muestrario. En otra pared algunas fotografías de clientes ya tatuados con esos motivos. Su estilo me gustó: mucho volumen, mucha dimensión. Las figuras parecían salir del cuerpo y caminar solas. Sólo me llamó la atención un cuadro que estaba en medio. El hombre que aparecía ahí no estaba tatuado. Tenía barba y bigote, y una boina con una estrellita en medio. Se le parecía un poco a Pulso, pero éste tenía el cabello más corto.

—¿Eres tú? —la carcajada de Pulso fue un mazaso. La sangre me hirvió en la cara.

—¿No sabes quién es él? —parecía muy sorprendido.

—¿Tu papá? —no sé si me escuchó porque se fue a atender a un cliente que acababa de entrar. Mejor para mí.

También había una foto de un hombre pelón, con pequeños lentes redondos, desnudo del torso, muy delgado y con un pañal.

En la parte baja de uno de los muros, se alineaba un librero largo hacia los lados, pero chaparro, tres pisos únicamente, hecho de tablones sobre ladrillos. Muchos libros de arte, entre ellos, algunos

libros de hadas, duendes y bosque; también libros sobre comunismo y socialismo y muchas novelas. Junto a los libros había un mueble de madera con cajones. Ahí guardaba instrumental y pintura vegetal de muchos colores para los tatuajes, paños, alcohol y guantes desechables bien guardados en sus cajitas. Cuidaba mucho que todo estuviera en orden y limpio.

En el ala izquierda de la bodega-estudio estaba la cocineta, que no era más que una división hecha con cemento semejante a las barras de los bares, escoltada por bancos altos. Atrás de la barra estaba la estufa, un fregadero y un refrigerador verde pistache, grande y pesado.

Pulso decidió dividir su recámara con varios biombos hechos por él, decorados con sus collages. Entre los biombos y el muro se encontraba un colchón matrimonial con un sleeping bag y muchas almohadas. Toda su ropa estaba doblada en varios huacales decorados por él. Había libros apilados porque le gustaba leer antes de dormir y antes de levantarse. En el muro que servía de cabecera, estaba empotrada una lámpara de cuello móvil con buena luz, sobre todo para las lecturas nocturnas.

Entre los libros apilados y en desorden había libros de arte.

El baño quedaba afuera del estudio, en un pequeño patio lleno de macetas. Como en realidad era una bodega, Pulso tuvo que adaptarle una regadera, así que el baño quedó muy pequeño. Se cerraba con una puerta metálica que tenía una ventana opaca porque de lo contrario no entraba luz por ningún lado.

Los biombos se tuvieron que arrimar hasta que el cuarto improvisado fuera posible para dos personas. Los huacales aumentaron por la poca ropa que llevaba y me consiguió un sleeping para mi solita, lo cual me hizo muy feliz. Así, dormíamos juntos, en la cama, pero separados por la frontera de los sleepings, aunque a veces, como te imaginarás, los sleepings terminaban abiertos y sobre nuestros cuerpos desnudos. En ese estudio-bodega hacía un frío infernal en la noche, así que tuvimos que comprar un calentador, sobre todo por mí, no por él, que siempre tenía calor.

Qué el ático del internado ni qué nada. Si Margarita Agüeros hubiera dormido una noche en el estudio, se hubiera quedado loca de remate nada más por el frío y los sonidos del techo de lámina. Una vez que se cerraba, no había posibilidad de que entrara luz. Y entonces, los fantasmas que despertaban en esa oscuridad, esas formas blancuzcas móviles que sólo se les puede distinguir en la oscuridad y con un buen porro esos fantasmitas se podían convertir en monstruos o ángeles, dependiendo del estado de ánimo. Siempre

había focos de reserva y por ahí, recargada en una pared, una escalera alta para cambiarlos.

Lo primero, al amanecer (del que sólo nos enterábamos por el despertador o por un reloj de números rojos), era abrir la reja metálica y preparar el café.

Desde que llegué, los desayunos cambiaron. De ser sólo pan con leche, lo más cómodo y rápido, Pulso empezó a desayunar calientito. Cada vez que cocinaba (al principio fue de vez en cuando y luego ya fue diario) recordaba a mi madre y la imitaba. Repetía sus movimientos en la cocina, lo que había que sacar antes, cómo se tenía que acomodar, la lista que se tenía que hacer para que nada faltara, sobre todo ese olor matutino y maravilloso del café que nos recordaba que seguíamos vivos.

Además de las matitas de mariguana que Pulso se esmeró en sembrar y cuidar en esas macetas (luego me enteré para qué eran), el patio se llenó de flores, otras plantas y un espacio para poner a secar las tortillas porque nos encantaban los chilaquiles, sobre todo después de un buen reventón.

La colonia tenía un ambiente de comunidad. Casi todos nos conocíamos y Pulso se distinguía por su talento. Cerca quedaba un pequeño mercado y no había problema al comprar todo lo que se necesitaba para la semana. El problema era salir del área. Se habían dividido las fronteras. La gente de otras colonias nos ubicaba como los vagos, carceleros y asesinos. Como nos tenían miedo, sobre todo si nos veían tatuados, su agresión era pasiva, discriminatoria. No ocultaban la repulsión que podían sentir por nosotros.

En esas otras colonias que nos ubicaban como los enemigos aún sin meternos con ellos, vivía mi familia, así que una vez dentro de este ambiente, supe que ya no podía regresar con mi madre.

¿Y tú de qué colonia eres? Desde luego no podrías pertenecer a mi lugar, porque ése se volvió mi lugar. El otro, donde vivía con mis padres, servía para sobrevivir. Aquí se respiraba algo distinto. Trabajábamos mucho para comer, pagar la renta y sostener el negocio, pero vivíamos del arte y lo gozábamos mucho. En la pequeña comunidad de tatuadores a la que pertenecíamos, aunque casi no la frecuentábamos, el dolor era terapéutico. Tatuábamos lo que cargábamos dentro, lo que nos hacía felices, lo que nos había devastado. Puedes seguir el rastro de la historia de alguien por sus tatuajes, si es que el tatuado se la toma en serio, no como quienes sólo lo hacen por moda.

—Tatuarse no es juego, Perversa —explicaba Pulso—. Tatuarse es una decisión de vida porque quedas marcado para siempre, y quedas marcado con aquello que dibujaste, así que tiene que ser algo que signifique mucho para ti.

Una vez que tus símbolos salen a la superficie ya no hay nada que esconder por lo que te vuelves auténtico. La gente dice que nos enmascaramos con los tatuajes. Yo digo que es al revés. Nos desenmascaramos, pues en ellos puedes ver de forma clara todo lo que somos y lo que nos habita, tanto lo mejor como lo peor. Además no es fácil estar expuesto al mundo. La gente, toda la gente, se esconde, busca rescoldos. Nosotros ya salimos de ahí.

—Te admiro, Perversa —un día me soltó eso Pulso. Fue la primera vez que reconoció algo en mí— eres de las más valientes. En poco tiempo mira ya lo rajada que estás, pero bellísima, llena de color a pesar de tus dibujos tan macabros —fumaba un porro. Sus ojos inyectados— has encontrado la luz en la más profunda oscuridad. Mira, tu cráneo, además de la sangre, tiene rosas, las rosas se cruzan con cadenas, tus puertas tienen varios colores, tus ojos, todos esos ojos siempre están alerta, pendientes, despiertos; quiere decir que están vivos —otra fumada— tú miras la vida con todos esos ojos.

Y tenía razón. A pesar de que yo no fumaba tanto, tenía experiencias tan vivas que me hacían ver muchas realidades al mismo tiempo.

Mira, los ojos que ves en todo mi cuerpo son referentes a personas que han marcado mi vida, pero, si lo quieres de una forma más profunda, en realidad son mis propios ojos, los ojos con los que yo he mirado a los demás, con los que miro al mundo. Yo miro que me miran y miro cómo lo hacen, pero al final de cuentas, es una interpretación más de mi propia mirada.

Entre todos los ojos oblicuos, alargados, adormilados, alertas, brillantes y opacos, ¿cuáles son los que te llaman más la atención?

Claro, igual que a los demás. Los ojos ciegos, los que no tienen pupila, los que tienen un velo. Parecen de ultratumba y, en cierta medida, sí. Es la sinrazón del diario vivir, es la llamada fe ciega de los religiosos como la hermana Delfina o de los devotos, como mi madre. Esos ojos me los hice a últimas fechas, cuando me di cuenta de lo que es la conciencia, cuando abrí los ojos a esa nebulosidad en la que viví muchos años. Esa fe ciega no es otra cosa que falta de fe. Son los ojos de nuestros prejuicios, cerrados a la vida. Y me he dado cuenta que el móvil que me impulsa a cubrirlos para que la gente no me critique es justamente mi propia ceguera. El día que me cubrí

ante mi hermana Gracia estaba más ciega que ella.

¿A ver los tuyos?, ¡ah! Parpadeas… tragas saliva. El ser humano cuando se siente observado tiende a esconder su verdad más profunda y dejar a la vista la que considera su mejor imagen y eso no es más que prejuicio, falta de aceptación de lo que somos. Por eso actuamos todo el tiempo. ¿Cómo son nuestros ojos internos?

—Cada vez que cierro los ojos, mi chava, es porque estoy creando la verdadera realidad y luego la pinto —Pulso siempre tenía la mirada hacia dentro y por eso era tan silencioso. En cambio, cuando se enojaba, sus ojos estallaban hacia afuera, sacaban chispas y el adversario no los podía sostener. Hacía que cualquiera bajara la mirada. ¡Cómo me hubiera gustado que mirara de frente a la madre Pilar!

—¿Cómo aprendiste a hacer estos aparatos con una pluma? —hurgaba en su mostrador. Me llamaba la atención que, entre sus utensilios, estuvieran unos pequeños motores con un tubo de plástico de una pluma y que en medio de ese tubo pusiera las agujas. Podían ser agujas gruesas o delgadas. Se veían viejas.

—Nomás no toques las puntas de las agujas porque están usadas, mi chava, no te vayas a contagiar de algo. Ésas ya son para exposición. Tienen historia.

—¿Quién te enseñó a hacer esto? —no entendía el mecanismo.

—Ah —volvió un poco a verlas y siguió entretenido en la mezcla de una pintura—, en la cárcel aprendí.

Se me cerró el cerebro. ¿En la cárcel? Mis piernas se aflojaron. Me dieron unas insoportables ganas de ir al baño. ¿Con quién estaba durmiendo?

Lloré toda la noche sobre Ónix y no quería que Pulso se me acercara, pero tenía que fingir y es que, de nuevo, el diablo me había tendido una trampa, quizás la peor de todas. Me dio diarrea, se me quitó el hambre y cada vez que se me quería acercar, me retiraba discretamente, pero él lo notó y ya no lo pude evitar y él lo notó más y yo también me hice la enojada, aunque en realidad no sabía si estaba enojada o tenía terror, pero era cierto que mi seriedad lo perturbaba. Mi madre había tenido razón y también la monja del internado. Los tatuajes eran de los presidiarios.

Luza, Luza, Luza, repetí al ritmo de los ronquidos de ese hombre que dormía a mi lado, pero interpuso una distancia abismal con su aparentemente casual confesión. Por más problemas que hubiera, Pulso sabía dormir bien. Mamá, mamá, mamá, también repetí (al fin y al cabo tenía razón, estaba con un tatuado delincuente) y, extrañísimo, pero también repetí la palabra Dios.

Sentí que no dormí, pero no supe a qué horas amaneció porque cuando desperté, palpé a mi lado derecho y no estaba. Me incorporé pero ni así sentí su presencia. Más quieta que una estatua trataba de cachar sonidos, pero nada, ni el techo tronaba. Me levanté, quizá había ido al baño. Yo me sabía el camino de memoria. Ya sabía cómo no tropezarme con los bordes o las cortinas. Cuando la bodega estaba cerrada era imposible que entrara la luz. Llegué al baño y nada.

—Pulso… Omar… Omar… —no sabía cómo nombrarlo. No sabía si huir, pero a dónde.., Omar ¿dónde estás? —sin respuesta. Entonces tomé la linterna que usábamos para ver el reloj durante la noche: 11:30 a.m. y prendí la luz. Abrí la cortina metálica y había gente esperando afuera porque tenían cita con Pulso.

—Pasen, siéntense, ¿café?

El día estaba gris oscuro, como mi estado de ánimo.

Preparé café y nada. No había rastro. Como era tan nueva en eso, no supe qué hacer, así que les pedí que regresaran después. Me sentí flotar. Unos se fueron furiosos porque ya habían dado un adelanto. Y me desconocían. Pensaban que yo era una empleada.

Volví a la recámara y nada, ni los pantalones de la pijama (dormía siempre con el torso desnudo) ni los de mezclilla, ni la camiseta que había usado un día anterior. Volví a cerrar la cortina metálica y me quedé adentro, esperando, bajo la luz difusa de las lámparas… Caminé en círculos alrededor del estudio, más y más círculos bajo la luz cada vez más difusa porque iba apagando las lámparas en la medida en que pasaba por los apagadores. Círculos concéntricos como los que hacen los animales enjaulados, ida y vuelta, a expensas del mundo, expectante del peligro. Si antes me había sentido tan protegida por Pulso, por Omar, ahora me sentía como una secuestrada, pero no había manera de salir ni de escapar. Algo más allá de mí me amarraba a ese sitio con olores extraños, a ese lugar tan oscuro y también tan luminoso para mí. Todavía no tenía tantos tatuajes y ya sentía que ése era mi camino, pero Pulso, y ¿dónde está Pulso? ¿Dónde está Omar? Mi Omar, mi hombre, sólo mío y mío… Apagué la última luz para perder el sentido del tiempo. La oscuridad no tiene medidas ni contornos y uno empieza a flotar en la nada. Me elevé hasta el techo, caminé por las paredes, me columpié en las lámparas. Había perdido corporeidad hasta que ¿el despertador? Sí, era el despertador. Volví a prender la linterna para ver el reloj. Pulso se acercó a darme un beso en la cabeza, como siempre y se levantó y fue a bañarse. A diferencia de las demás veces, me quedé en la cama. Trataba de acomodar mi realidad

soñada o vivida de nuevo. ¿Primero las 11:30 y luego las 7:00? Qué raro que esta vez no encendiera la luz como de costumbre. Así que lo escuché meterse al baño, salir de él, vestirse, caminar sobre la cama a pesar de mi presencia, para alcanzar algo, no sabía qué quería alcanzar, pero qué equilibrio podía tener al caminar en un lugar tan inestable como un colchón, pasar por encima de alguien y no tropezarse. Pero así lo hizo. Con razón le dicen Pulso, cuánta precisión en sus movimientos. Yo me sentía incorpórea, etérea. Había perdido el sentido del espacio. Y yo, que quería ser vista, aunque le tenía terror a ese criminal de mierda con el que de pronto dormía desde que me corrieron de la casa; quería ser vista y tomada en cuenta por él, así que me moví, con mucho trabajo. Incluso, la adrenalina me provocaba placer, como con la hermana Rosi. ¿Acaso quería ser maltratada? Me sentía engrapada al colchón, pesada, me costaba trabajo respirar, pero él no se inmutó ni se dio cuenta. Siguió con lo suyo, hasta que sonó el despertador: otra vez bip, bip, bip… tomé la linterna. Eran las 7:00 a.m.

Pulso estaba acostado junto a mí. ¿No se había levantado entonces? Se volvió a darme un beso en la frente, como siempre, y se levantó para encender la luz e irse a bañar. Entonces sí encendió la lámpara y yo, a la tercera vez, sí estaba despierta. Me toqué la frente, la cabeza, el cuerpo. ¿Seguía soñando? ¿Cuántos sueños viví dentro del sueño? ¿En cuál dimensión estaba? Me pellizqué, me palpé, me senté a observar mi respiración, a tentar el colchón sobre el que había dormido, y un poco más abajo, el piso de cemento. La temperatura helada fue la que me hizo sentirme en vigilia. Y por eso me levanté a preparar el café.

¿Te parecen realidades aparte? Vivimos en un mundo multidimensional y no nos damos cuenta. La realidad no es cronológica ni es sucesiva, sino simultánea, así como la ves en mi cuerpo. Ves ojos, puertas, flores, torres, una diosa, serpientes, árboles, arcos, lunas, ramas y hadas malvadas, entre otras cosas que me faltan por enseñarte, y no sabes de qué se trata, pero lo ves en un golpe de vista. Ya descifrar los símbolos lleva su tiempo y ahí es cuando entra el orden de la lógica y la razón, pero la vida empieza y termina a cada instante. ¿Te parece que no tienen una secuencia mis dibujos? Tal vez no, pero tienen que ver absolutamente con mi realidad. Así es como se vive. No hay cronología. Decimos algo con la mirada puesta en el pasado o en el futuro, sentimos otra cosa y dejamos que el curso de la vida se deposite sobre nosotros de forma

simultánea, tal y como viene. Nunca nada es lo mismo. Cada instante está hecho de un tejido distinto en el que la memoria, el sueño y lo vivido en la realidad se cruzan y forman otro mundo.

¿Sabes por qué me gusta el surrealismo? Los sueños son más reales que todo lo que nos inventamos fuera de los límites de nuestro cuerpo. Los sueños nos permiten vivir esas múltiples configuraciones energéticas que somos. Qué importa si lo que te platico sucedió o no en este mundo tan concreto que llamamos vigilia. Te aseguro que sí sucedió. Sucedió dentro, fuera, en los sueños, en los pasones, en mi mente cada vez más enloquecida, dentro de mi piel, corriendo en cada línea de los miles de tatuajes que cubren mi cuerpo. Mi cuerpo con el que nací está sepultado en colores, degradados y algunas pequeñas cicatrices. Está sepultado bajo las manos de Pulso y aún más debajo de la mano sádica de la hermana Rosi, que fue la que me trajo hasta donde estoy.

¿Tú crees que me reconocería si me viera? ¿Se atrevería a hacerme lo que me hizo? Sí, claro, como dices, lo más seguro es que ya esté muerta o sea muy vieja, pero te lo digo metafóricamente.

—A ver, mi chava —se cansó una vez que terminamos de hacer el amor y no permití que me nalgueara. Eso nunca. ¡Jamás! Era un lugar sagrado—, qué tal si vamos al internado ése y la buscamos —sugirió.

Fuimos en camión. Llegamos al frente de la reja y todo seguía con los mismos colores. Toda yo aleteaba. Las hadas de mi cabeza se elevaban, las serpientes me mordieron, las rosas me picaron todo el cuerpo, los ojos ciegos brillaron, las puertas se abrieron. Toda yo era centella viva. Lilith me mordía. Habíamos llegado. Le pedí a Pulso que me acompañara a la esquina para recorrer el mismo camino que recorrí de la mano de mi madre. Mi vida se presentó en un golpe. Le pedí que me diera su mano, ahora era una mano varonil, fuerte, fuertísima. Ah, cómo me sentía bien a su lado, al lado de ese criminal que no me platicó nada más que aprendió a hacer sus aparatos en la cárcel, en la cárcel, una cárcel como ésta, la que estaba frente a mí o yo frente a ella, buscándolade nuevo porque ahí se despertó la mujer que entonces era y que ahora soy.

Llamamos al policía portero. Era otro policía. Se acercó desconcertado y a la defensiva. Había olvidado que estaba pelona y con tatuajes.

—Buscamos a la hermana Rosi —mi voz temblaba. Me atragantaba el corazón. Galopaba sin reservas, sobre todo porque al

verla frente a mí no sabría qué decirle.

—¿Quién? —o no sabía o no quería contestar. Qué desconfiado se le veía.

—Mire, soy ex alumna de aquí y quería visitar a la hermana Rosi… la hermana Rosa —¿cómo estará la hermana Rosi?, ¿se acordará de mí?

—Ah —pareció recordar el policía— un momento. Déjeme ver con la madre.

¿Sería la madre Pilar? Su olor nauseabundo se hizo presente en mi memoria. El policía tardó milenios en regresar.

—No hay una tal hermana Rosa aquí, señorita.

—¿Y la hermana Clara? —más cerrado no podía estar el policía —. ¿Otilia, la lavandera? —y no contestaba—. ¿Usted es nuevo?

—¡Ja! Llevo aquí toda la vida, señorita y no conozco a nadie de las que menciona.

—¿Y la madre Pilar? Ella es la directora.

—¿Quién? ¿Cómo dice? —pensó un rato. No estaba tan viejo como para haber perdido sus facultades mentales—. No. No la recuerdo, señorita. Dispénseme. Tal vez se equivocó de dirección —más segura no podía estar. Ése era el edificio, las rejas. Desde afuera alcancé a ver los biombos con los pasajes de los santos. Los filos dorados de las puertas de entrada. Estas rejas, cómo olvidarlas… ¿Y a ese policía? Sí, sí, aunque no era el mismo de antes, me pareció familiar.

—¿Conoció a las alumnas Margarita Agüeros? ¿Teresa Cano? ¿Alma Torres? A ella la corrieron hace como ocho años más o menos…

—No, dispénseme de verdad, señorita. No conozco a nadie de ellas.

El recuerdo es un ventarrón, ya te lo dije. Nunca supe, así como ahora no sé. ¿Tú me puedes explicar qué ha pasado con mi vida? ¿No? Entonces qué haces aquí, sin moverte, viéndome nada más, escuchando mi historia sin historia o mi sin historia con una inmensa historia…

Pulso me tomó de los hombros y me volvió suavemente hacia su pecho. Sus hadas también estaban conmovidas, y también las mías, las de mi cabeza hasta Melusina estaba triste… y mis serpientes y mis ojos y las puertas y los arcos y la luna y las cadenas y todo, todo, se había abierto, se llenaba de agua, de sangre, de sanguaza, nos cubrió el cuerpo. El cuerpo de Omar y el mío con los cuerpos que teníamos tatuados, todo, todo, se volvió un universo en ese minúsculo espacio y en ese minúsculo tiempo que se clavó en mi

vida como la más gruesa aguja de tatuar.

—Vámonos —dijo Pulso— hay que regresar otro día. Este pendejo no sabe nada.

La madre negra, que me bautizó desde niña, hacía y hace estas bromas pesadas, pero ya la conozco. Por más difícil que sea la vida, uno se acostumbra a ella. Nuestra vida va directamente proporcional a nosotros, a lo que aguantemos, a lo que podamos vivir. Si no, no sería nuestra vida. Pulso y yo caminamos ida y vuelta, ida y vuelta. Repasé varias veces la llegada con mi madre. Por aquí llegamos, segura, por aquí llegamos. Ida y vuelta, como bestia en cautiverio. Y la biblioteca y el gimnasio y el comedor, la hermana Olimpia, y Otilia, la lavandera, su virgen de Guadalupe y la cruz que me dibujé en el pecho cuando era niña, y las cuatas Roberts y la Chata de la Barrera y los pasillos y la Fuente oscura… la Fuente oscura. Pensar que estaba tan cerca. Tan sólo a algunos pasos podría regresar a mi refugio, a esa fuente que me dio tanto y que habita mi vagina, vaya en el lugar al que fue a caer ese lugar tan sagrado que me acompañó con la caída del agua sobre sus peces pintados de azul, esa fuente, tan cerca y tan imposible de llegar a ella. El policía nos veía de reojo. Estaba alerta. Caminaba de un lado a otro, de un lado a otro.

El cuartito de la hermana Rosi, el cuartito de la hermana Rosi, el cuarto de la hermana Rosi. Tenía que ver si había sido cierto mi sueño o si había sido real. La hermana Rosi, Rosi, Rosi.

—Vámonos, mi chava. Vámonos. Regresamos luego…

Caminamos despacio. Su brazo me envolvió por completo para ocultarme en su pecho, taparme la vista del edificio. Mi cabeza le llegaba a la axila, mi cuerpo era la mitad del suyo. Sus tatuajes lo hacían más corpulento de lo que en realidad era. Quería olerlo, oler su sudor, oler a Omar, saberme viva, de carne y hueso. ¿Qué habrá pasado con todas? ¿Quién soy? Mi mente se llenó de imágenes vagas, de voces apagadas por la lejanía, de olores tenues. Me metí a mis propios arcos tatuados, uno a uno, los que se perdían dentro de unos y otros y llegaban a ninguna parte. Eran interminables. Me metí a la puerta que contenía otras tantas puertas y, dentro o fuera, no supe nunca si entré o salí, perdí el aliento. Me vi las palmas de mis manos. Ahí seguían, vivas, las cadenas. Todavía se columpiaban para escapar de esa prisión. Ahora estaba afuera y me sentía más encerrada. Quería columpiarme para escabullirme y encontrar mi pasado en esos muros de concreto pintados igual que cuando era

niña. Las serpientes cobraron vida y me hicieron ver que haberlas creado no fue juego. Me llevaron al inframundo, a los planos más bajos de la concepción humana. Sentí su jalón hacia abajo. Era el infierno porque hacía frío. Pulso se dio cuenta de mi frío y me cubrió con su chamarra de algodón y siguió abrazándome para llegar a la parada del camión. Sólo en un atisbo mi mente pudo recobrar, nítida, una sola imagen. Me detuve en seco. El cielo pareció abrir. No sé si Dios o el diablo se hizo presente. Hasta la fecha no sé quién es el que me mantiene viva y quién es el que me ha puesto tanta prueba de vida. No sé quién es el bueno y quién es el malo. Lo cierto es que ese día viví en un rehilete. Ese día, además, por extraño que parezca, apareció en mi mente, nada borrosa, totalmente viva y casi tangible: era ella, sí, la cara de la hermana Rosi.

Pulso preparó el instrumental, como un magnífico cirujano que sabe lo que hace. Jaló la mesita de ruedas, preparó sus pinturas, colocó su lupa, las agujas y los paños para limpiar. Desde que regresamos del internado, me trató como si yo fuera de cristal cortado muy delgadito. Me besaba la frente mientras íbamos colgados en el tubo del camión. Sus ojos me dijeron todo lo que me amaba y todo lo que me querían proteger. El silencio fue un manto lleno de significado. Sabía que ese episodio sería inmortalizado en mi piel. Al fin, ya nada hay que perder, me rendí completa a su merced. Pulso se convertía en mi creador, como Dios o el diablo, no sé todavía. Sus manos me moldeaban como un orfebre, como un escultor, como un pintor que, en efecto, prepara su lienzo con sumo cuidado. Pulso, Pulso, Omar, sobre su lienzo vivo…

Hacía frío, pero eso no importaba. Necesitaba lo infernal del frío en ese momento. Sólo la luz de la lámpara colgante le daba calidez al ambiente. Me coloqué debajo, sobre la mesa de tatuar, desnuda y boca arriba. Alrededor nuestro los objetos aguardaban, quietos en la penumbra de sus lugares asignados, cual centinelas, ocultos y vivos. Desde donde yo estaba acostada, alcanzaba a ver los biombos que escondían nuestra intimidad. Tras ellos, nuestra cama. No lo podía creer. Sólo estábamos él y yo, así como tantas veces. Pulso, que era reconocido como tatuador, era todo mío. Yo era su obra de arte. Y ahora, con lo que me pasó en el internado, parecía más conmovido que de costumbre.

—La madre negra te habita, mi chava, y quiere enseñarte sus formas —no le pregunté qué haría. Mi entrega era total, así como

uno se debe entregar al amor y a la muerte. Ya nada hay que perder. En la vida no tenemos nada que perder más que eso, la vida y, cuando morimos, qué más podemos perder, pero de todas formas no importa. Mientras haya amor, no importa lo demás.

Él no lo sabía, pero yo también estaba en mi viaje. Aún con el amor que sentía por él, mi deseo se inclinaba todavía hacia la hermana Rosi. Esa vez estaba más viva que nunca. Sentía toda su energía dentro, muy dentro de mi cabeza y de mi cuerpo. Pulso, entretanto, calcaba una imagen, la que había sacado de uno de sus libros antiguos y parecía haber preparado para mí tiempo atrás, pero esperaba el momento oportuno de tatuarla.

—¿La quieres ver? —le dije que no y cerré los ojos. Me puso el papel calca desde plexo solar hasta el pubis y dos papeles más en todo el vientre.

—¿Y las rosas?

—No te preocupes, mi chava. No las voy a borrar. Parte del dibujo pasará por debajo.

Tomó la aguja y empezó a dibujar. No importa las líneas que fueran; la mano de Pulso era precisa, aunque muy pasional, sobre todo en ese momento. Cerré los ojos y pude sentir negros, oscuros, rojos. Mi piel estaba viva, punzaba toda, era desollada, se iba transformando como una hoja que se quema. Y supe, supe desde que empezó que aquello que delineaba era de una belleza negra y poderosa, con un agresivo candor que la volvía inalcanzable. Pulso transmitía ese poder que, sin embargo, él sentía surgir dentro de mí. Las hadas góticas que le había dibujado parecían cobrar vida en su brazo, en su mano, y regocijarse. Detecté su presencia turbia y magnífica, también iluminada. Era una figura desnuda y era femenina. Supe, lo supe, lo sentí, sentí cuando delineó sus pechos sobre mi abdomen, eran unos senos llenos para nutrir, supe cuando delineó alrededor de esa figura varias líneas largas, como una serpiente que bajaba por uno de mis muslos y luego por el otro muslo. Rasgó mucho, mucho y sentí escurrir mi propia sangre. Me limpiaba muy seguido. Perdón, mi chava, me pasé. Su pasión se había incrementado. Las hadas salían de su pulso, desgarraban mi piel. Me mordían completa. A la luz de esa lámpara los rasgos de Pulso eran más fuertes, incluso demoniacos. Yo no dije nada. Extraño para él, porque siempre, de alguna forma, me quejaba. Esa noche no. Sólo sentí que del cráneo que dibujó salía sangre. Mucha sangre. Pude sentir el filo de las uñas y de unos ojos sinuosos que estaban al acecho. Su boca también chorreaba. La respiración de Pulso era entrecortada por el deseo. También la mía. La hermana

Rosi estaba presente esa noche, pero no le dije nada porque entonces Pulso lo hubiera mandado todo al carajo, hubiera tirado la toalla y me hubiera mandado a dormir o me hubiera corrido de ahí. Mejor callar. Lo demás se había disuelto, el internado y toda mi historia se disolvieron en la misma proporción que se dibujaba en mi mente la mirada de la monja que me castigó y ahí, bajo el pulso perfecto de Pulso, ella iba delineando su perversión, su lujuria, su ardiente deseo ya no sobre mi nalga, sino sobre mi abdomen, sobre mi ombligo, sobre mi vientre y parte de mi tórax. Ella, todita, salía como un cordón umbilical que me ahorcó toda la vida. En esta vida se llamaba Rosi, pero en realidad era Lilith, eran todas las madres negras que se manifiestan en cada gemido. Y sin embargo era él, mi hombre, por quien renací una y mil veces, el móvil de esa pasión. Su mano se movía de forma felina para dibujarla. El cuerpo de esa madre negra que se iba concibiendo y apoderando de mi piel era cubierto de escamas. Con los ojos cerrados podía ver a detalle lo que había hecho, vi esa mirada tersa y ardiente a la vez. Una mirada honda. Dos túneles negros sin fondo. ¿Era ella?, ¿era la madre negra en mi vientre? Durante esa larga sesión de casi toda la noche, me tiré al vacío. La ley de gravedad te permite caer, caer y caer, hasta donde el vértigo permita la sensación de la caída. Después de eso. Nada. Quizá la muerte. Eros y Tánatos en un parpadeo.

—Lista, Perversa. En las siguientes sesiones te tengo que iluminar el resto —me limpió, me puso paños, tuve que dormir desnuda, a la intemperie, ardiente y con mucho frío a la vez. Varios días estuve acostada en nuestro colchón, tras los biombos, mirando el techo de lámina, emitiendo un quejido permanente de dolor, de angustia, de hartazgo, no sé. Lilith, la diosa negra que dibujó Pulso, no distingue sensaciones: se alimenta de sangre. Todo mi cuerpo latía, brillaba, se incendiaba de tanto ardor. Ese dibujo estaba, sin embargo, ataviado con lo que ya tenía tatuado antes: rosas (a las rosas que eran rosas las retocó en negro), algunos ojos y arriba, el corazón roto de mi madre.

Me sentí más que engrapada a la cama. Se me cerró el cerebro esa vez sí, por completo. Me sentí derretir. Pulso me visitaba entre cliente y cliente. “¿Cómo te sientes mi chava?” “¿Cómo estás mi Perversita?” “¿Qué necesitas?” No parecía asustado, sino complacido con esa experiencia de disolución de mi realidad. Me llevaba el desayuno, la comida y la cena. Siempre lo mismo, qué cansancio. A él no le gustaba cocinar, pero yo me dejaba consentir antes de que la muerte (porque vaya que me sentía mal) viniera por

mí. La muerte era mi salvación y esperaba morir pronto. Pronto.

—Estás renaciendo, mi chava. Estás renaciendo. No te angusties. Mira, me lo dijeron tus hadas góticas —y me señaló las hadas de su antebrazo, creadas por mí.

Entonces podía dormir un poco más, agradecida, agradecida de tenerlo a mi lado.

Aliviada, me acerqué al espejo del taller. Pulso logró por completo su cometido: unir la Lilith desnuda de Collier, aunque le agregó volumen a los senos; la sentó, como en la pintura de Roseti, pero en vez de ponerle un cepillo en la mano, le colocó un cráneo que llora sangre, y así como en La caída del Edén de Miguel Ángel, le agregó una serpiente, pero, como ya te había dicho, en lugar de enrollarla, le hizo doble cola para bajarla a lo largo de mis piernas. Veía, minuciosa, esa nueva obra de arte sobre mi cuerpo, cuando un golpe seco, en el mismo abdomen donde Pulso me tatuó, me hizo detenerme en el gran detalle que la hizo viva. Lilith tenía la brillante y acuosa mirada de la hermana Rosi.

Pronto fui tomada por ella. Una mañana me golpeó con su ira asesina, me encajó sus dientes y sentí el filo de sus uñas. Me levanté de pronto con una fuerza que me rebasaba y quise matar. Lo busqué. Busqué al criminal de mi vida, a quien maltrataba mi piel, a quien me incendiaba con sus experimentos y luego me besaba. Dudé de su amor. ¡Dónde estaba ese hijo de puta! ¡Criminal de mierda! Recordé que él estuvo en la cárcel. ¡Dónde! Había salido porque no estaba, aunque ya había abierto la cortina de metal, pero era muy temprano. La luz del día apenas iluminaba el interior. La quietud, el orden y el silencio encendieron fuego dentro de mi cuerpo, era ácido que se derramaba, Mi conciencia se empezó a adormecer. Jadeaba cada vez más fuerte. ¡Dónde estás!, ¡dónde estás, hijo de puta!, ¡dónde estás, cabrón! ¡Aaaaahhhhhhhhh! Lo busqué con mis puños llenos de picos, con el cráneo sangrante. Quería también su cabeza. Hambrienta de sangre, de su sangre, cogí un palo, tiré todo lo que pude, casi ciega de lo que destruía, pero muy consciente de la destrucción, me movía todo lo veloz que se movía mi cabeza, me movía en círculos cada vez más concéntricos. Un torbellino alrededor. Todo se confundía, se volvía rayas, mis ojos estaban entrecerrados, gritaba, me escuchaba gritar, fuera de mí, mis gritos retumbaban en esa bodega y hacían eco, un eco abominable. Gritaba desde dentro de mi vientre, temblaba toda, toda; me elevaba. Las serpientes de mis piernas me envolvían, me asfixiaban, se juntaban con la cola serpentina de Lilith y con la de Melusina; los ojos de mi piel cobraban vida y se desdoblaban, los

veía verme, distantes, luminosos, acechadores, malignos muchos de ellos. No podía con tanto ácido en mi piel, en mis huesos; no podía con tanto fuego hasta que alguien, con manos de hierro, me tomó por la espalda, me cogió fuerte, me cargó como pudo, a pesar de mis desesperadas sacudidas, de mis tremendos cabezazos hacia atrás, hacia adelante, a pesar de que trataba de sacar un brazo y el otro y de mis patadas sin control que no daban más que al aire. Todos mis intentos no encontraron cabida, no encontraban por dónde escaparse, quieta, me decía, quieta, quieta, ya pasó, ya pasó, quieta, Perversa, quieta mi Perversa, quieta mi chava, ya pasó, ya, ya pasó, ya… ya pasó, ya, ya…ya pasó…quieta, mi chava. Me acariciaba aún vencido por el cansancio, me daba pequeños besos y jadeaba. Su corazón se salía por el pecho, por su garganta y por su estómago que luchaban por recobrar el aliento sin soltarme. Y yo también, luchaba por el aire, por el aire. Nos quedamos tirados así, en medio de la masacre. Todo estaba roto.

—Hace varios años estuve en la cárcel —al fin sacó el tema. Después de la vivencia que yo llamo la destrucción de Lilith, fue por dos tequilas, encendió varias luces y cerró el changarro. Creo que había esperado el momento en que yo estuviera lista— no fue por mucho tiempo, pero te puedo decir que me sirvió la experiencia. Ahora hasta doy gracias porque si no hubiera estado ahí, no te estaría platicando todo esto.

Al primer trago empezó a llorar. Arrimó el desorden con sus grandísimas manos.

—¿Tiene que ver con el incendio? —pregunté con cautela.

Afirmó con la cabeza, se sorbió los mocos, dio otro trago y terminó por beber de la botella lo más que pudo, miró al vacío un rato. No sabía cómo empezar.

—¿Sabes? Yo las maté —su contundencia me hizo soltarlo, replegarme, abrir los ojos. Temblar. Lo notó.

—No, no, espera… no fui yo precisamente. Fue por un cabrón con el que me involucré en un negocio, tú sabes, la chota —se limpiaba la cara—. Él se la jugaba para traerla y yo la colocaba entre los que podía. El problema es que algunos me quedaron a deber y yo no tenía para pagarle a ese hijo de la mierda. Entonces, sencillo, mi chava, ya sabes estos hijos de puta —arreciaba la voz, se le trababa la mandíbula cada vez que recordaba, apretaba el puño—. Ese cabrón me amenazó con mi familia. “Si no me pagas lo que me debes güey, tu familia la lleva” —rompió en llanto— “tu

familia la lleva…” ¡hijo de su chingada madre! —berreaba mientras repetía las amenazas que le hacían. Se ahogaba con su llanto oloroso a tequila. Se tuvo que calmar para seguir—. Así que busqué desesperadamente a quienes me debían y nada, no los encontré y si los encontré no tenían para pagar. “El chivo”, así le decíamos a ese ¡hijo de la verga! —levantó la voz y apretó los puños—, cumplió su palabra e incendió la casa, pero antes se ocupó de atorar puertas y ventanas. Dentro estaban mi abuela, mi madre y mi hermana. Cuando regresé estaban los bomberos y sacaban los cuerpos —Pulso se llevó las manos a la cara y todo su cuerpo brincaba de sollozo, de aguacero. Se limpiaba, restregaba sus ojos con furia, con ira y tristeza. ¡Cuánto desamparo! No podía hablar. Lo abracé y se hizo ovillo para ocultarse lo más que podía en mi pecho desnudo, como niño desprotegido, sollozando. Aún en esa incomodidad, entre el caos que había provocado con mi ira, me pude recargar en la pared de la barra de la cocina y él me ayudó arrastrándose conmigo, que no se fuera su refugio que era yo. Lo mecí entre mis brazos. Ya, ya, ya pasó… Ya pasó… ya… ya… ya pasó, mi chavo, mi Pulso, ya pasó… hasta que se calmó y se quedó dormido el resto del día. En la noche estaba tan crudo que terminamos con cervezas. Entonces me contó el resto.

—Busqué a ese cabrón por todos lados, aunque ya sabía por dónde se movía. Cuando di con él, en una casa de un barrio muy pobre, no hice más que aventarme a él, como un pinche animal en defensa de su territorio. La muerte me importaba un carajo. Si yo era el que moría, qué mejor, qué mejor, hijo de su pinche y puta madre. No sé de dónde me salieron tantas fuerzas, el caso es que le di con todo. No daba cabida a que me regresara los golpes. Era un trapo, un títere y lo dejé medio muerto o muerto, ya no supe, pero bien que perdió la conciencia. Los vecinos llamaron a la policía y llegaron antes de que pudiera escapar. Puedo sentir lo que tú sentiste ahora, Perversa. La fuerza de la destrucción es devastadora, se te nubla la vista, el tiempo deja de existir. Vives en otra dimensión, como dentro de un globo y lo único que deseas es terminar, ¿con qué? Con todo, con todo tu sufrimiento, ¿qué no? Por eso te entiendo —y miraba todo lo que destruí— las cosas no valen un carajo —se tocaba la cara con los nudillos, se limpiaba con sus antebrazos fuertes y bellos, con sus largas y fuertes manos venosas que tomé suavemente para besar con toda mi alma y apretarlas. Nos mirábamos. Nuestros ojos eran puertas de esperanza.

—Y caí en el bote. Como no tenía manera de defenderme, ahí

estuve varios meses y no hacía nada. Hasta me sentía más libre y seguro dentro que fuera. No estaba seguro de que el Chivo estuviera muerto. Algo me decía que logró sobrevivir.

Dentro, como siempre, me apedrearon, me hicieron imposible la vida en un principio. Así eran las novatadas, pero uno aprende de la ley del más fuerte y un día me soné con todo a un pinche preso que ya me tenía hasta la madre, pero después de eso, me respetaron. Me invitaron a jugar futbol y ahí empecé a hacer varias amistades. Porque ahí en la cárcel, mi chava, lo que sí, es que se crean lazos tan solidarios que son infranqueables. Ahí es todo o nada.

De pronto vi que algunos se amontonaron en una esquina, alrededor del Diablo López, un cabrón de uno noventa y un cuerpo de luchador. Hacían cola para pagarle y apartar su turno para ser tatuados. Claro que el pinche Diablo le daba sus cuotas a los guardias para tener toda libertad de acción.

A mí no me llamó tanto la atención ser tatuado como aprender a tatuar. Lo llegué a ver haciendo su trabajo. Ya hasta tenía su changarro bien puesto cerca de su celda.

Para acercarme también pagué. Todavía estaba de luto y, era serio que a mis tres mujeres sagradas las ubicaba como unas hadas que me cuidaban.

Fue el Diablo López quien las hizo, una a una.

—¿Hadas? —me preguntó. Nunca olvidaré las carcajadas de ese cabrón, pero cuando le conté la historia, hasta le subió el color y me pidió perdón. Ni siquiera me cobró una de ellas, nada más de la vergüenza. Ah, ese Diablo, ese gran amigo.

Las dibujó en blanco y negro, mira, son éstas… porque en la cárcel no se podía de otro color. El cabrón hacía su pintura con las cenizas de hojas quemadas. Guardaba las cenizas en un pomo y las vaciaba en otro. Les echaba agua y las revolvía hasta que quedaban hechas tinta. A veces dividía la pintura y un botecito lo ponía al sol para que se aclarara. Le gustaba el juego de sombras. Por eso justo esas hadas no tienen color, mi chava, pero tienen buenas dimensiones. Además de que la muerte de mis mujercitas le quitó todo el color a mi vida. Ellas también surgieron de las cenizas, literal, y viven en mi cuerpo.

Me fui arrimando con el Diablo y un día me atreví a pedirle que me enseñara. Al principio, celoso de su chamba, se negó, pero luego, para probarme, me pedía que le consiguiera hojas de las que fueran, y cerillos y bolígrafos, agujas, hilos y cassettes. Sí, cassettes. Con el mecanismo de los cassettes hacía sus aparatos de tatuar, pero eran realmente rudimentarios, así que dolía un chingo porque la

aguja no se movía tan rápido como ahora. Era lenta, aunque los trabajos se tenían que hacer en no más de quince minutos porque era el tiempo que los policías podían cubrirlo.

Al cabo de varios meses ya había aprendido a armar los aparatos y yo era el encargado de ello, además de que me daba chance de ver cómo lo hacía, pues tenía que ir perfeccionando la técnica. Nunca me pagó el cabrón, pero de todas formas le agradezco que me hubiera ayudado porque a él le debo el negocio que ahora tengo y haberte conocido, mi chava.

Era mi padre quien me llevaba los pedidos. Por supuesto perdí mis cassettes porque sirvieron para la causa del Diablo López. Cada vez que iba mi padre, me prometía sacarme pronto. No le creía, así que decidí integrarme al gremio de Diablo.

Cuando mi padre logró que saliera fue un martirio. Dentro ya tenía una comunidad que me aceptaba por completo, tenía comida, sustento y hasta chamba, ¿cómo ves?

Mi padre, al ver mi pecho, mi costado y mi brazo, se fue para atrás, pero nunca dijo nada. Ay, mi padre —Pulso se volcó de nuevo en llanto—. Mi padre murió de cirrosis. No soportó la muerte de mi madre ni de mi hermana, y también quería a mi abuela. Se clavó tanto con el alcohol que “salud, mi chava”, dijo mientras se tomaba otro trago en su honor.

Ay, Pulso, mi Pulso, mi Omar, mi amor…

Pulso estaba serio. Cuando se ponía nervioso movía la pierna. Mientras preparaba algunas pinturas, me veía de reojo. Qué sospechoso, ¿no? Se levantó del banco y fue hacia mí. Yo secaba los platos, los pocos que quedaron completos, y los guardaba en una repisa que teníamos atrás de la barra. Se puso tras de mí y me abrazó por la espalda. Me estremecí con su aliento en mi oreja. Más pegado no podía estar. ¿Qué pasaba? Me dejé consentir.

—Mi chava… —respiró nervioso antes de hablar—. ¿Te quieres casar conmigo?

Me separé en ese instante. ¿Qué tenía este hombre? ¿Casarnos? La sola palabra me dio escalofrío y quise salir corriendo, igualito que el día que lo conocí.

—No, no. No te vayas. Cásate conmigo, ¿si? —parecía broma. ¿Que Pulso se quisiera casar me hacía sentir tonta, engañada, como de otro planeta. Además estaba excomulgada, cómo hacerle…

—Qué va, Pulso, qué va… —no fue mi respuesta, sino mi gesto de repugnancia el que lo incomodó.

—Casarnos a nuestra forma, mi chava… — y más quedito, sobre mi oreja, a susurros—, a nuestra forma, a nuestra forma…

Tomó una pluma y dos pequeños cartones.

—Mira, ésta es tu espalda y ésta es la mía, ¿si? —y empezó a dibujar un gran corazón que se repartía entre los dos cartones—. ¿Te gusta?

—Qué va, Pulso. Qué cursilería es ésa… —pero en verdad me encantó que lo hiciera. Omar nunca se iba a casar y me lo dijo alguna vez (esa vez me sentí rechazada, incluso), pero ahora no sabía cómo convencerme de hacerlo. Me gustó la idea de tatuarnos, pero con otro dibujo—. Me estás convenciendo, pero siempre y cuando sea con otro dibujo. Algo más significativo, algo nuestro —su orgullo no le permitía aceptar que su sugerencia fuera tirada de esa forma.

Te puedo decir que ahí fue cuando empezó nuestro noviazgo. Habíamos sido pareja y vivíamos juntos, pero fue ahí cuando nos dimos cuenta que no habíamos formalizado nada. Todos los tatuajes habían sido individuales. Ahora, para la boda, teníamos que encontrar algo en común.

Durante semanas buscamos imágenes y no nos convencían. ¡Qué imagen tan difícil! Era como concebir un hijo al mismo tiempo. ¿Cuál sería nuestra religión? ¿Nuestra creencia en común? ¿Nuestras afinidades y diferencias? No nos lo habíamos planteado.

—Mi chava, para mí casarme es un acto de poder absoluto, en el que comprometes la vida.

Ay, Dios. Ahí sí invoqué a Dios. La palabra Dios sirve de apoyo en este tipo de agonías. Teníamos casi todo el cuerpo tatuado y no nos atrevíamos a dar este paso.

Los días corrían y nosotros no encontrábamos la imagen pertinente, la que nos definiera como pareja. Si él sugería, a mí no me gustaba y al revés. Si alguno de nosotros ya tenía una definición total, el otro se arrepentía. Pulso llegaba siempre con nuevas ideas y yo se las tiraba. Tremendos berrinches los de él. Terminaba por largarse un rato para no dañarme y regresaba una vez que se había calmado. Por supuesto pensamos y, en miles de hojas, dibujamos corazones, candados con llave, lazos, animales, calaveras enamoradas, besos, y más y más corazones (esos los proponía Pulso, ¡ah! cómo insistía con eso), letras, palabras, su nombre en mi cuerpo y el mío en el suyo, rompecabezas que se unen, clavos y agujeros…

Desde el día en que se me declaró cambió todo. Nunca nos habíamos puesto de acuerdo en nada. La vida transcurría y ya. Yo

me acomodé a su vida y aprendí de él, en silencio, paso a paso, incluso sin que él supiera y él, simplemente, era él mismo, sin reservas, delante de mí.

“Mira, mi chava —y me enseñaba unas hadas— éstas pueden quedar. La mitad tú y la mitad yo. Son protectoras de la naturaleza… ¿No te gustó?” “Mira, Pulso, pueden ser estas serpientes que se entrecruzan y suben hasta unas alas, como el símbolo de los médicos y tiene que ver con la salud, la vida y el espíritu… ¿no te gusta?” “Mira, Perversa, ya encontré estos tréboles de cuatro hojas. Dos tú y dos yo. Son celtas y traen buena suerte… ¿Tampoco?” “Pulso, Pulso, ya encontré: mira, en una de tus piernas pintamos a Eva naciendo de la costilla (ponemos un cacho de la costilla) y en mi pierna ponemos a Adán… ¿No te parece?” “Mira, mi chava, qué tal si dibujamos una mano como la de la hermana Rosi (por ella nos conocimos bien) y la mitad que esté en tu nalga y que se complete con la mía… No. No te ofendas, era una sugerencia” (Pulso debía entender que ese tema estaba prohibido). “¿Y si mejor dividimos una sola puerta en el cuerpo de los dos? ¿Menos?”. “Mira, mi chava, si dibujamos mi cara en tu cuerpo y la tuya en el mío estaría poca madre”. Esa sugerencia me gustó, pero había que agregar algo: “Mejor todo el cuerpo de cada uno con todo y los tatuajes que ya tenemos” “Pues así nunca nos vamos a casar, mi chava, sobre todo porque tú ya estás bien tupida y a qué hora vamos a terminar los dibujos” “Si nos vamos a casar, que sea con todo, si no, no”.

Como era una boda costosa, había que encontrar un buen padrino que, además, supiera tatuar bien e igualar colores. Había que buscar más hueco en mi cuerpo que en el suyo. Mi costado derecho tenía espacio y él pudo acomodarse con su costado izquierdo en el que yo misma le había pintado otra hadita.

—Tendré que correr a esta hadita, mi chava, para que tú quepas. O hacerla a un lado. La tenemos que tapar, ni modo.

Pero no me gustó la idea de compartir el espacio con otra, aunque fuera hada.

—No, mi chavo. Te la quitas de ahí —sabía que a Pulso le dolería sacrificar su piel porque le quedaría una cicatriz.

—¿Me estás probando? —no le contesté. Si él lo tomaba como una prueba de su amor por mí, era su problema. Yo no quería compartir espacio con nadie más.

—Sólo son hadas, mi chava. Y están pintadas, qué más da…

—¿No que tienen vida propia? —Pulso pateaba cada vez que le tiraba sus argumentos y terminaba por desaparecer un rato.

Regresaba en calma.

—Pero de todas formas, mi chava, cuando me pinten en ti, van a aparecer mis hadas tatuadas…

—Ésa es otra historia. Esas hadas van a estar en tu cuerpo pintado en mí, pero no es cosa de poner mi cuerpo, con mis dibujos, sobre un hada que no tiene nada que ver conmigo… Es como sentarme en el regazo de tu amante. Hay que quitarla o quiere decir que la sigues anteponiendo.

No te miento, parecía que el hada empezaba a cobrar vida. Sus ojos me impactaron por primera vez.

—Oye, pero en ese caso, mi chava, no quiero que te pinten sobre mi costado con toda y tu torre. Hasta me asusta.

Por sugerencia de él, poco antes me había dibujado la torre de Babel de Brueghel, que representaba la búsqueda inconclusa del cielo, esa impotencia que siempre sentimos de no encontrar a Dios. Él mismo la pintó en un momento en que yo tenía nostalgia por mi familia, de apellido "Torres".

—Pero es distinto porque eso forma parte de mi historia y va a estar sobre mi cuerpo pintado en el tuyo.

Hubo un momento en que no parábamos de discutir. ¿Así cómo puede funcionar un matrimonio? Ya me estaba arrepintiendo. Dormíamos espalda contra espalda, dentro de nuestros respectivos sleepings, como novios de manita sudada y con la enorme sensación de que no coincidíamos. Pulso no sabía cómo hacer que las cosas fueran más veloces.

—Tienes mucha prisa, mi Pulso…

No contestaba porque cómo aceptar que toda la paciencia que había desarrollado en el arte del tatuaje, se le acababa conmigo justamente. El proceso era largo. Ése fue nuestro noviazgo.

Mi torre iría a ser mostrada en su costado ni modo, pero ¿él que tenía? Una de las hadas góticas que yo le pinté. El hada gateaba sobre el costado de Pulso, iba hacia arriba, lo escalaba. Su cara sonriente, pero maligna mostraba unos pequeños colmillos que iban en pos de su axila. Yo se la dibujé. Su cabello largo la volvía salvaje. Sus alas no eran tan grandes. Estaba dibujada en tonos de azul oscuro, como la noche de mi corazón roto. Casi te puedo decir que salió de ahí, de esa rajadura del corazón, por lo que la volvía, sí, la volvía, a mis ojos, nostálgica. Esa hada aparecería sobre el cuerpo de Pulso pintado sobre el mío, ¿entiendes?

Desde que la vi de cerca (creo que nunca me había fijado realmente en lo que yo le pinté a Pulso) me di cuenta que mis hadas tenían algo mío y, por consecuencia, me di cuenta que Pulso estaba

también en todos los tatuajes que me hizo porque así como cada cocinero tiene su sazón, cada tatuador tiene un sello que lo vuelve único.

—Ciertísimo, mi chava. Hasta se parecen a ti estas méndigas hadas. No te creas, ¿eh? También siento sus mordidas en mi costado, igual que el hada de la nalga, esa condenada que me mandó al hospital —qué divertido se le veía con sus asociaciones, pero se le terminó una vez que lo aventé para irme a llorar al cuarto. Él me siguió y me quiso abrazar, pero no me dejé. Nunca antes me había sentido tan sola, tan vulnerable, tan dependiente, tan indefensa.

¿Sabes por qué? Porque me di cuenta que yo me había entregado totalmente a él, que su sello estaba puesto de pies a cabeza, literal, en mi piel, que toda su energía yo la tenía tatuada y que mientras él le daba forma a mi más profunda intimidad, en él no estaba yo más que en algunas hadas que le pinté (y bajo su dirección y extremo cuidado, tan es así que dirigió por completo esa hada del costado a la que no le tenía yo tan buena voluntad), pero el resto lo había hecho otra mano. Otra mano, como la del Sapo, había inmortalizado la mayor parte de sus dibujos.

Te parecerá vano, pero no es así.

Para tatuarse hay que confiar y entregarse al tatuador. Una vez que te colocas, inmóvil, ya no hay nada qué hacer más que doblegarse, resistir y aceptar lo que quede para siempre como parte de tu historia. Y cuando eso sucede, cuando ya está impresa una imagen, la vida también cambia y lo ves en cómo te ven, en qué te preguntan, lo ves en la explicación que das de tu propia intimidad manifiesta, embellecida si quieres, pero manifiesta. Por eso no puede haber hipocresía, a menos que lo hagas sólo por moda.

Tengo tantos años tatuada escuchando las mismas banalidades de quien no conoce lo que implica esta expresión artística, que opto por guardar silencio.

Mira, yo he vivido de esto y te puedo asegurar que resulta hasta religioso. La gente viene a tatuarse y platica sus motivos. A veces te pregunta tu opinión y durante las sesiones, en que el dolor puede intensificarse, sacan sus desdichas, lloran, totalmente a expensas del tatuador, porque no se pueden mover. Pasa lo mismo que cuando vas al dentista. Hay algo que te paraliza y a pesar del dolor que puedas tener, pateas, si quieres, pero te mantienes firme, si no, puede ser catastrófico.

Por eso el tatuaje te coloca en el límite. Siempre estás en el límite de ti mismo y tu dolor. No puede haber dolor insoportable,

eso sí te lo puedo asegurar, porque al final de cuentas, terminas por aguantar y, lo peor o mejor de todo, es que regresas por más y más.

Yo ya no tengo espacio para tatuajes. Tengo unos debajo de otros. Te estoy platicando de los que me han marcado más, pero, sin duda, te confundiré con imágenes que tal vez ya no distingas a menos que te las señale, como lo he hecho hasta ahora, hasta te puse a delinear mis cadenas. Hay otras que están sobrepuestas. Una que otra cicatriz de las que he decidido borrar, pero ya ni se nota.

Total, el caso es que Pulso cedió finalmente y yo también. Decidimos tatuarnos como yo propuse, uno en el costado del otro, como naciendo cada uno de la costilla del otro y un corazón que se une con la unión de nuestros brazos. Mira, es esta línea roja que ves aquí, aunque ya casi no se ve.

¿Por qué en el costado?

Mira, es fácil que veas mis costillas, máxime que mi piel ya está flácida, pero de aquí, de esta costilla, lo puedes ver porque además está en tercera dimensión. Parece una abertura de mi propio cuerpo, se ve como si fuera mi propia costilla y este fulano que sale de ahí es Pulso, con su cara bien viva y contenta de nacer de mí, una cara que observa a alguien más, a alguien a quien quiere alcanzar mientras se apoya de las costillas de las que sale. Mira, en su cuerpo se le ven sus hadas, tienes que acercarte, y se logró obtener casi el mismo color. Tuve que tapar algunos ojos que tenía ya pintados, ni modo. No pudo ser idéntico porque la piel de Pulso era mucho más oscura que la mía.

Yo también nací de la misma forma de su costilla y mi cara también quería alcanzar algo que veía de frente. El caso es que al abrazarnos, nuestros costados coincidieran y nuestros dibujos alcanzaran a darse un beso.

Mis colores intensos tatuados en su piel parecían detonar en Pulso algo muy intenso, algo más allá de una Eva naciendo de su Adán. Era yo tal vez la primera Eva, la Lilith de la que tanto hablaba y de la que tanto huía.

Llegó el día de la boda y fue en el estudio. La invitación fue abierta. Nunca olvidaré la cara de los que llegaban, pues nunca se esperaban vernos desnudos e inocentes, como Adán y Eva.

—Sí, mi chavo —le dije con su mismo tono—, así como Eva nació de Adán, según esa teoría estúpida en que ella fue la segunda y por ello le debía obediencia a él (vaya que se ha repetido eso para siempre), en nuestro matrimonio, Adán también tiene que nacer de Eva. Sin distinción. O somos iguales o no hay boda —le dije.

Lo que más me enamoró de él fue que aceptó convencido. Nos

sacamos fotos en las posturas sugeridas y con el inconveniente de que no querían revelarlas porque no se permitían los desnudos, pero al fin lo logramos con un amigo del Picos que era fotógrafo. Las mandamos agrandar con un chavo banda que tenía su local a varias cuadras de nosotros y las calcamos en papel albanene para ponerlo sobre nuestros respectivos costados, con sumo cuidado. Al final decidimos tatuarnos entre nosotros, que nadie más interviniera. El ritual empezó antes de que llegaran los invitados.

Una vez que Pulso sacó todas las herramientas de trabajo y las colocó en el más estricto orden en la mesa de tatuar, se acercó a mí. Su olor, sus ojos tan puestos en mí, sus manos que abarcaron mi cara para guiarla hacia arriba, hacia donde él estaba. Luego él se acercó despacio y me dio besos suaves, más suaves que las rosas de mi cuerpo, mucho más suaves que los que les pudo dar a sus hadas. Me besó la cara, la cabeza, sin desesperación, pero con tal gozo que sentí su entrega completa. Y así estuvimos casi todo el día hasta que la presión del tiempo nos hizo ir a la mesa de trabajo a calcar las fotos y pegarlas a nuestros respectivos costados para que cuando llegaran los invitados todo estuviera listo para el siguiente ritual.

No hubo padrinos porque quién carajos tiene que atestiguar nada. El amor es el amor y ya. Los únicos testigos éramos nosotros. Ellos eran sólo los invitados.

Un día antes puse flores por todos lados. Flores como las de mi casa, como las que le gustaban a mi madre, dónde estás mamá… dónde estás Luza… a ella la pude invitar en esencia. Cómo me hubiera gustado invitar a mis hermanas. A las hijas de Pera. ¿Una se parecía a mí? ¿Cómo se llamaba mi sobrina? ¿Cuántos años tenía? ¿Y la otra? Gracia me dijo que eran dos. En un impulso me levanté para correr en busca de ellas, pero el mismo impulso se apagó al instante con el recuerdo de la bofetada de mi madre y el adiós contundente que me trajo al estudio, también recordé la actitud de Gracia cuando la vi.

Una vez repleto el local, Pulso dio la bienvenida. La gente se servía de las botellas que pusimos en el mostrador y disfrutaron de las botanas hechas por mí. Nuestra amiga Nuria era la encargada del pastel. Entre todos cambiaban la música.

Pedimos atención para empezar a tatuarnos delante de todos. Sólo serían los contornos, así que no tardaríamos más que una o dos horas. Los rellenos los hicimos con el tiempo. Además no nos podíamos exponer tanto al ambiente por las bacterias. Entendimos que sería imposible sostener la atención de todos por más de quince minutos, por lo cual, hicimos un segundo llamado para iniciar.

A diferencia de todas las bodas del mundo, ésta fue muy escandalosa. Los invitados no guardaban silencio, ni hubo predicador que nos dijera cómo teníamos que amarnos. Más aún, mientras Pulso y yo procedíamos a nuestra labor, los demás se ocuparon de los porros y de las bebidas, pero como estábamos tan metidos en nosotros mismos, no nos dimos cuenta, hasta mucho después, de todo lo que se habían llevado, de todo lo que habían roto (no tanto, pues yo me había encargado de romperlo durante mi crisis) y de sólo un regalo que alguien dejó puesto sobre el mostrador.

Pulso lo abrió: era un cassette, dos paquetes con hilos y agujas y varios bolígrafos. La nota decía: "Felicidades. De parte de Diablo López".

—Ay, mi chava, ¡cómo crees! Vino este cabrón —lo dijo con mucho gusto— y ni me di cuenta… ¿Cómo lo supo? Debió de haber dejado su teléfono. Ah, cómo lo quise. Fue mi maestro… —en verdad se le vio consternado por un buen rato.

Pero claro, también era difícil que viéramos a todos por la inmovilidad que nos exigían los dibujos.

Pulso fue el primero en colocarse sobre la mesa. Pidió una pequeña frazada porque los testigos se quedaban mirando con mucha insistencia su pene que destacaba no por lo grande, sino porque no estaba tatuado, lo cual, le daba un toque de inocencia sobre todo frente a mí que, aunque no se veía con tanta obviedad, era sabido que mi vagina hasta tenía dientes.

Total, entre los Rolling Stones, los Doors, Led Zepelin y qué sé yo cuántos roqueros más, y música de los pocos amigos chicanos que decidieron y pudieron regresar a México, nacieron Adán y Eva en su nuevo paraíso.

Si Eva se relaciona con una primera expresión de lo que sería la mujer, había que cambiar algunos detalles. Ya para ese entonces, mi conciencia había crecido con notoriedad, en parte por las enseñanzas del mismo Pulso y por la literatura que encontré en sus libreros. Además, si la cultura de Eva se basaba en la participación subalterna de las mujeres, había que convertirse en la madre de Adán y cambiar el curso de la historia. ¿Por qué Dios era hombre? ¿Por qué Adán engendró a una mujer? Y luego ¿por qué las mujeres tenemos la culpa de la caída del paraíso? ¡Ah, cómo recordé a la hermana Delfina y su discurso que hacía más daño que el mismo Satanás! Mi madre también era producto de esa infamia bíblica y mis hermanas y mis abuelas, etcétera. Las mujeres no podíamos ser inferiores, ¡ah! Qué rabia me daba pensar en eso… ¿Margarita

Agüeros vendría a mi boda? ¿Aceptaría verme tal como soy? Ella fue mi única amiga y el trauma que se llevó en el internado fue provocado indirectamente por mí al momento de enviarla a averiguar la historia de la hermana Rosi.

Y bueno, más allá de eso, ¿existió la hermana Rosi y todas las que he mencionado? La vez que fui con Pulso a buscarla al internado la vida me cambió la jugada. Bajo ese contexto, ¿habrá existido mi madre y mis hermanas? ¿Todo ha sido un invento mío? ¿Estoy loca? Ya no sabía qué pensar.

La realidad es que lo único tangible era mi relación con Pulso, las cicatrices de mis tatuajes y todos los dibujos que a la vista son bellos, pero que no sé si pertenecieron a la realidad o a la imaginación. Así es la vida, ¿no lo crees?

El caso es que Pulso se acostó a mi merced. Un mes antes había ido a que le borraran el hada que tenía en su costado para que yo tuviera espacio.

Prendí el aparato hecho con el motor de una rasuradora y empecé a delinear mi propia imagen en el cuerpo de Pulso. Lo hice en el sentido estricto. Primero el costado abierto con dos líneas. Tan cosquilludo, Pulso se debatía entre la risa y los lamentos de dolor porque fue literal que sentía que se le partía una costilla y todavía tenía fresca la herida de la desaparición de su hada. Mi silueta quedó tan frágil como soy y como eso no me gustó mucho, le agregué, sin que él lo advirtiera, el detallito de una cola de serpiente que simulaba salir de su costilla, como si fuera una terminación de mi cuerpo. La Eva que yo era terminó por parecerse más a la Melusina que tenía en la cabeza, a la serpiente de la tentación, a Lilith, la primera mujer de Adán, incluso a Medusa. Combinaba a la perfección con las serpientes que bajaban por mis piernas. Incluso planeé ponerles el mismo color para que no desmerecieran.

Cuando Pulso vio ese dibujo se quería morir: “No la chingues Perversa, ya me jodiste”, “Es que la otra era muy cursi”, “Sí, pero yo no quería serpientes en mi cuerpo” “Ah, ¿entonces no me quieres?” Pulso se quedó pensando y entendió que sí, que efectivamente yo era una serpiente, yo era la tentación misma y, como estaba naciendo al mismo tiempo que él (o antes, incluso), me refería a la creación de Lilith, no a la creación de la tan manipulada y vituperada Eva. Además daba la casualidad de que se estaba casando conmigo y si le molestaban las serpientes quería decir que

no teníamos nada que hacer juntos. “No, no, espera, mi chava, no te vayas. Tienes razón. Eres mi Perversa. No puedo vivir más sin ti”.

Lo que me costó más trabajo fue reproducir en miniatura la gran cantidad de tatuajes que ya para entonces tenía en mi cuerpo: los ojos, las rosas, las cadenas, las serpientes. En el pecho tuve que reproducir ese corazón roto (a la mitad, pues la imagen estaba más de perfil) que irremediablemente me recordaba a mi madre y sus tacones alejándose de mí y más abajo, una Lilith que se perdía dentro de las mismas costillas, pero que ahí estaba, con su cólera y sus ojos ardientes y humedecidos, y su cola de serpiente que se alcanzaba a distinguir. Ahora se han borrado con el tiempo y se han escondido entre mi piel desgastada, pero ahí sigue, más viva que nunca.

Con la piel ardida y el paño que le puse le tocó su turno a Pulso, el que se estaba haciendo mi esposo en ese momento. Me coloqué de manera que pudiera tatuar mi costado derecho y, lo mismo, tomó el aparato y empezó su labor. Los invitados, ya absortos en su desmadre sólo vinieron un momento y se volvieron a ir. Pulso empezó poco a poco, a extremo detalle. Me limpiaba a cada rato; era delicioso sentir su mano que ya era mía, ya me pertenecía. Ya era mío porque yo estaba, fresca, en su piel. Siguió a detalle, tanto que se fueron las horas en ello. Los invitados empezaron a protestar porque querían cenar. Nuria entró al quite y calentó los guisados de papa con chorizo, rajas con crema y tinga que hice un día anterior para hacernos tacos y luego les dio pastel. Ya estaba cansadísima, pues Pulso seguía y seguía y yo sentía cada vez más ardor y calor. Me acalambraba estar en la misma postura. Creo que tardó más de dos horas. El caso es que, al terminar, me di cuenta que él también le había agregado unos detallitos a su dibujo. Se delineó, como era lo pactado, saliendo de mi costilla, pero también se le ocurrió de una vez poner el árbol del fruto prohibido, lo cual me hubiera parecido perfecto a no ser porque en lugar de manzanas puso hadas. Respetó la dirección de su cara (para que al abrazarnos en la realidad, coincidieran nuestras bocas), pero sus ojos, los ojos de su dibujo, estaban puestos en ellas, en las malditas hadas del árbol que me lo arrebataban por completo.

El resto del trabajo, donde había que rellenar los dibujos con colores, hacerles degradados y crearles volúmenes para que resaltaran las imágenes en tercera dimensión, duró meses y meses, como una prolongada luna de miel.

Cada vez que nos dibujábamos, podíamos entrar en un estado de enamoramiento tal que terminábamos amándonos a pesar de las heridas, pero también en unos abominables pleitos, sobre todo porque la presencia de sus malditas hadas que, eróticas, bellas y aparentemente inocentes (además en colores pastel) jugaban sobre las ramas del árbol del bien y del mal, me molestaba por completo y más porque estaban inmortalizadas en mi piel. Además, vivas sobre mi piel las hadas presumían ser vistas por Pulso y a todas luces parecía que me estaba engañando con ellas. Eso nunca se lo perdoné.

Mira, si no vieras en mi cuerpo la historia de la caída, no pensarías en la salvación. Si yo no me sintiera perdida, no buscaría claridad. Es el juego de los opuestos. Mis puertas conducen a muchos lugares. Aquella vez que fui con Pulso al internado, supe que Lilith me abrió otra puerta. La vida es contrastante y, la mayoría de las veces, incomprensible. La vida conspira a cada instante para manejarnos como títeres. Pulso era un títere para sus hadas. Contaba que de joven sus amigos chicanos se burlaban de él porque no se tatuaba a la virgen de Guadalupe o a Jesucristo, porque no se tatuaba la cara de sus padres o las clásicas calaveras. Cuando ellos se largaron al otro lado para probar suerte, él prefirió quedarse aquí en México. Fue marginado de los marginados, vaya valentía. Dibujarse hadas significaba tirar su virilidad ante todos y, sin embargo lo hizo, a pesar del rechazo. Pulso se quedó solo, sin pertenencia. Sus tatuajes no le dieron identidad, más bien se la quitaron, pero le dieron individualidad, que es distinto. Tuvo que aprender otro lenguaje porque su piel delataba un universo totalmente distinto. Platicaba que los únicos que nunca se burlaron de él fueron sus compañeros de la cárcel.

—La espiritualidad, mi chava, no significa hincarte y rezarle a una imagen y mucho menos pedir. Todo siempre se va en el pedir, cuando la responsabilidad de hacer que la vida funcione es de uno mismo. Yo la encontré en la cárcel, mi chava. Te puedo decir que ahí encontré lo peor y lo mejor de mí.

Entonces se quedó solo. Había pocas personas que se tatuaban y de pronto acudieron a Pulso, no por sus hadas, sino por su habilidad, por su precisión y porque no sólo tatuaba el cuerpo de la gente, sino su alma. Proponía símbolos, platicaba historias, sacaba mitos, pero sobre todo, escuchaba. Escuchaba a cada tatuado, la historia que lo había llevado con él. Al final de cuentas, los clientes lo llegaron a respetar mucho y se hicieron amigos. Algunos chicanos regresaron a México y fueron los primeros en buscarlo ya con otra

actitud.

—En la vida hay que ser como los perros, mi chava. El alfa es el ganón, es el dueño de la manada, pero hay que demostrar la autoridad que uno tiene. La única forma es defendiendo lo que eres, por sobre todas las cosas…

Tal vez Diablo López por eso lo respetó. Diablo había vivido en la frontera, cuando escapó de México por extorsionista. Vivió en el clásico barrio clandestino a las afueras de la ciudad al que muchos acudían para tatuarse, pero finalmente regresó al D.F. Alguien dio el pitazo y lo metieron al tambo. Ahí fue que conoció a Pulso y fue al único que le enseñó sus secretos.

Ahora, después de casados y de haber recibido su obsequio, Pulso se obsesionó con encontrar a su maestro.

—Pero cómo no se va a volver ratero, mi chava, si cuando estás tatuado no hay quien te dé trabajo. La gente se deja llevar por sus estúpidos prejuicios —Pulso me tuvo que devolver la confianza, pues me daba mucho miedo conocer a ese ser tan amenazador.

—Pues ni así, Pulso, ni así se tiene que robar.

—Claro. Tú, que eres blanca, ya ves las broncas en las que te metes. La gente huye cuando te ve, hasta tu hermana se asusta. Si no fuera porque te dedicas a esto, no encontrarías trabajo en ningún sitio. Diablo López era electricista, no tatuador. El arte de tatuar lo empezó, con un talento particular, en la cárcel…

—¿Y para qué lo quieres encontrar?

—Nada más, es un carnal, fue mi maestro y se lo quiero agradecer en persona.

—¿Cómo supo de nuestra boda? y ¿cómo supo dónde estamos?

—No lo sé. Eso también lo quiero averiguar.

—No vayas, Pulso, no sé por qué no me da buena espina.

—Ay, mi chava, él es mi amigo.

—Pues ve solo. Yo no voy —pensé que eso lo convencería.

Pulso no quiso entenderme y al día siguiente se largó enojado. Yo quedé peor porque no le importé. Pasó tiempo y, como no regresaba, me enojé tanto que quise largarme yo también, maldito perro, por qué me había casado con él… pasó más tiempo y los ánimos empezaron a decaer. Se hizo de noche y nada. Por supuesto no dormí. En la madrugada, más oscura y densa que un pantano, mantuve los más claros diálogos con las pesadillas y los fantasmas. Eran los mismos fantasmas de mi infancia los que me visitaban y los monstruos que me obligaban a pegar la carrera al cuarto de mis padres. En ese entonces, en que tenía menos de siete años, mamá siempre abría las cobijas para que me resguardara en su cuerpo

hecho ovillo. Su brazo me abarcaba casi toda, su brazo, su refugio. Mi madre, mamá, dónde estás, dónde…, ay, cómo la necesitaba en ese momento… Tomé la linterna para ver la hora.

Había amanecido. ¿Tendrán el mismo teléfono? Nunca antes se me había ocurrido. Decidí llamar a esa casa de mi infancia. Saber que mi familia estaba viva era la única forma posible de cubrir mi soledad, aunque fuera a la distancia. ¿Quién me contestaría? Sudé frío desde que me acerqué al teléfono. Me tembló la mano cada que marcaba un número y se hacía interminable el movimiento del disco que iba hacia la derecha y regresaba hacia la izquierda. Siete números eternos. Y el sonido de la llamada que detonaba los latidos de mi corazón, de todos mis pulsos, de Pulso, mi amor, tan ausente entonces, ¿dónde estaba? ¿A quién le podía platicar lo que pasaba? El peligro era latente. Ya me había imaginado al Diablo tatuador haciendo alguna fechoría con mi marido.

Descolgaron el auricular. "¿Bueno?", la voz me era familiar, tan familiar que no tuve otra que colgar inmediatamente. Ahí seguía, ahí seguía. Necesitaba volver a llamar. Tomé respiraciones profundas. Ahora el miedo se había confundido con alegría. Ahí seguía y me contestó. De nueva cuenta marqué.

—¿Bueno? —y me atreví. Sí, me atreví a hablar.

—¿Hola?

—¿Sí, bueno? —insistió. Había que hablar pronto, antes de que colgara y se perdiera para siempre.

—Hola. Soy Alma —dije precipitada, casi sin aliento. La voz desapareció en el acto. Sólo quedó viva una respiración acelerada, incluso entrecortada.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Muy bien, bueno, no tan bien, ¿y tú? —no pude evitar el temblor de mi boca.

—¿Sabes? Mi mamá hizo un pozole riquísimo y lo hizo por mí —claro, me encantaba ese pozole, cómo lo recordaba. Lo hacía cuando era mi cumpleaños y hoy era mi cumpleaños y Pulso se había ido sin saberlo y mi mamá hizo pozole…

—¿Está ella?, ¿puedo hablar con ella?

—Sí está, pero no creo que puedas. Ella está muy dolida desde que te fuiste, te odia —qué golpe bajo…

—¿Y si intentamos y le dices que quiero hablar con ella?

—No, cómo crees. Mejor escúchala desde aquí —alejó el auricular y pude escucharla, su forma de caminar en el pasillo de la casa, en la cocina, que era su lugar principal. Arrastró la silla, la misma silla en la que siempre se sentaba. Platicaba con alguien que

no alcancé a distinguir. Se escuchó el hervor de la vasija de peltre, donde siempre calentaba el agua para el café y el té, se escuchó cómo se sirvió el agua en la taza y se la sirvió a alguien más. Los rumores se acercaban y se alejaban. Habían pasado cerca de la bocina. Llegaron a la cocina. Había algarabía. Escuché "pásame el pan, pásame las tortillas". El aroma del guisado naranja, caliente y cálido, como el que hice para mi boda (en honor a mi madre, finalmente), se me presentó también, era tan real, tan real que hasta cerré los ojos y comí un pan imaginario. Ya no tenía frías las manos, me sentía en casa. Qué fraternal sensación. Estaba tan inmersa en ese ambiente, a la distancia, que de pronto, me exaltó la voz de mi propia madre, nítida, cálida, cantarina, viva todavía:

—Alma, mija, ¿con quién hablas? Ya cuelga y vente a desayunar.

—Perdón —me dijo la voz conocida— me tengo que ir, que me llama mamá.

Me ví con el auricular sobre la oreja y ví a Alma niña correr con mamá, a comer el pozole de su cumpleaños… qué pinche imaginación…, el teléfono, más bien, seguía llamando y llamando a esa casa de mi infancia hasta que por fin, alguien contestó y no tuve las agallas. Colgué antes de saber quién era.

Me bañé y cambié. Fui al mercado a comprar todo lo necesario para hacerme un pastel. Ese día no se abrió el estudio. Feliz cumpleaños, Alma.

—Despierta, mi chava, despierta —la voz provenía desde muy lejos, como desde lo más alto de esa torre que se había quebrado algún día bajo su pulso y mi inexplicable dolor. Y su insistencia me trajo de vuelta. Abrí los ojos y vi borroso, luego una silueta y movimiento alrededor, todo blancuzco, la silueta se fue dibujando cada vez más, como si fuera un tatuaje en el viento. Luego empezaron a aparecer los colores contenidos en esa silueta y en las personas que la rodeaban y en el lugar en el que estaba tirada. En medio del estudio, tirada en el piso, una copa rota a mi lado, pastel embarrado. Nunca me había cruzado tanto entre el alcohol y las hojitas de mariguana que le puse al pastel. Qué dolor de cabeza, qué dolor. Nada de fuerza para defenderme de las cachetadas que me daba Pulso para que volviera en mí. Luego me cargó.

—¿Y ellos?

—¿Quiénes? —volteó a un lado y a otro. Se asustó.

—Los que estaban contigo.

—No, mi chava, no estaba nadie… —y sus ojos daban giros

inesperados, acechadores de alguien invisible a sus ojos y quién sabe si inexistente. Yo los había visto y sentido.

Me puso en la silla de dentista. Llevó agua, me puso alcohol en la frente.

No supe en qué día estábamos. Pulso tampoco supo. Estaba un poco demacrado y con un olor distinto. Su mirada era más profunda. ¿Qué pasó? ¿Encontró a Diablo López? No lo pregunté todavía. Qué dolor de cabeza, me moría, me moría en verdad…

—Feliz cumpleaños, mi Perversita, mi amor…

—¿Feliz cumpleaños? ¿A quién le dices? ¿A Alma? ¿A Lilith? ¿A Melusina y sus dos hadas? ¿A todos los muertos que están en este cráneo? ¿A la torre de Babel que nunca se completó? ¿A las puertas, los ojos, las flores? ¿A los arcos? ¿A la hermana Rosi que quién sabe si exista? ¿A las serpientes de la tentación? ¿A mis cadenas? ¿A la fuente oscura? Sí, sí, sí, a la fuente oscura…

Recordé que la opción más viable que encontré el día solitario de mi cumpleaños fue visitar la fuente oscura impresa en mi cuerpo, en mi vagina, ahí donde Pulso debía estar, pero no estaba. Había ido a buscar a su maldito Diablo López. No estaba como cuando estuvo el día en que me hizo la torre… Así que metí las manos en el agua, toqué mis peces. Los dientes de los labios me mordisquearon, grité agitada, más agitada que nunca, todos mis ojos me veían, desdoblados de mi cuerpo, y yo me entregué al exhibicionismo de mí misma. Metí los dedos hasta donde se pudo para buscar a Pulso dentro de mí, muy muy dentro de mí, quizá ahí se había escondido y también buscaba el placer sexual de sacarlo para mirar sus ojos tiernos, siempre tiernos frente a los míos. Todo se multiplicó. Siempre pasaba así cuando me metía mariguana, porque la fumé y la comí… escuchaba música, no importa cuál, el caso es que el sonido se desintegró de pronto y podía escuchar un violín en una esquina, el piano en otra, los tambores en otro lugar completamente distinto, yo estaba dentro de la música que me llevaba y me llevaba más y más, en esa armonía perfecta, cada instrumento tan ocupado de su labor tenía la responsabilidad sobre el conjunto musical, sobre el conjunto de la armonía de la vida, así es la vida, así es y ahí estaba yo tirada, donde me encontró Pulso y me trajo, maldita sea, me trajo de vuelta a esta vida.

—Llegué a la dirección que tenía desde que estuvimos en el tambo. Abrió la puerta un joven. Era el sobrino de Diablo. Me dijo que él era quien llevó el regalo a la boda. Diablo se había ido de nuevo al otro lado. Yo creo que el infeliz huía de algo, mi chava.

Mi familia está aquí, ¿viste mi costado izquierdo? Una torre de

Babel. En mi casa siempre pretendimos alcanzar el cielo, pero nunca fue posible y al final de cuentas, todo se reducía a la falta de entendimiento. Cada quien tenía su propio lenguaje y sus propios códigos, por eso extrañaba tanto a Luza. Ella sí entendía mis diferencias.

Dios, ese ser tan mencionado por mí precisamente por su ausencia, se dio cuenta de la pretensión de llegar al cielo y, con esa manía que tiene por su creación, hizo que los humanos hablaran distintos idiomas y dejara de haber un lenguaje común. Todos se separaron y crearon distintos caminos. ¿Te das cuenta lo que es esta torre? El problema de las fronteras empezó desde ahí y por eso esta creación ha sido una mierda. Por culpa de Dios. ¿Por qué pones esa cara? Yo ya puedo decir lo que quiera, al fin estoy excomulgada y pertenezco al infierno. Además me apellido Torres.

Mi familia no me entendió porque el tatuaje ha sido mi lenguaje. Un lenguaje que desafía los intentos de Dios en separar al hombre por sus diferencias. Si ves, hay cientos de imágenes distintas (en apariencia no tienen nada que ver unas con las otras) que se unen en un conjunto. Crean una unidad. Le han llamado surrealismo, collage, muralismo y quién sabe qué tantas cosas que, por demás, también establecen fronteras. Nombrar las cosas es dividirlas. Verlas las unifica; escucharlas las expande; olerlas, las rememora; saborearlas, las hace tuyas.

La vida es una fantasía. La creamos de acuerdo a la multitud de significados que le damos, a la multiplicidad de interpretaciones que hacemos de un mismo punto. Mira, por ejemplo, tú ves mi cuerpo y, aunque te platico la historia que encierra cada imagen, tú le estás agregando tu propia historia. Así, al reflejarme lo que sientes (y no tiene que ser con palabras), yo continúo con lo mismo o cambio el tema. Por eso la realidad se crea completa a cada instante, condicionada por un gesto, por una actitud, por una sola palabra o, incluso, por el silencio. La vida es una suma de acciones y reacciones que se revela, continua, en su permanente interacción. Acciones y reacciones a las personas, al ambiente, al clima, a la política, a la sociedad, a la cultura; es un bombardeo de información que no cesa, aunque tengamos horario para dormir. En los sueños se despierta lo que en el día es invisible a nuestros ojos y en eso consiste la vida, en ese eterno movimiento que nunca cesa ni en la muerte.

Tatuarse no es fácil. Se viven los dos polos. Por un lado abre fronteras, crea distancias. La peor de ella, es la distancia a tu propia vida. Una vez que te tatúas algo, la vida cambia por completo. Te

alejas de aquello que fuiste antes de marcarte la piel para siempre y por otro lado te acercas a esa nueva huella que está dibujada como tú quisiste y que, irremediablemente, la sigues para ver qué te ofrece, para entenderla.

Aún con la distancia de ti mismo, crea nuevos universos. Une tiempos y espacios. Si dibujaste símbolos de otros siglos te conectas con esos siglos, y entonces se crea un nuevo tiempo; si dibujaste imágenes de algún ser querido, te conectas con su energía y con su historia, y entonces se crea un vínculo invisible, a la distancia, que te recuerda algo cada vez que lo ves.

Mira, estoy vieja. Y puedes pensar que vivo sola. Pues no. Vivo inmersa en el curso de mi propia historia. Todo el tiempo mi piel dice algo en diferentes lenguajes, como esa maldita torre de Babel, y sin embargo le entiendo. He llegado al cielo, a pesar de las trampas de Dios. Pueden ser susurros cada vez que veo en el espejo la mano de la hermana Rosi que se ha arrugado en las arrugas de mi nalga. Sí. Hemos envejecido juntas. A veces abro las puertas de mi espalda y llego cada vez más lejos porque, si antes no encontraba nada, ahora encuentro recuerdos con todo y sus imágenes, con sus sonidos y hasta olores. A veces me pongo de espaldas a un espejo y me veo desde un espejo manual y siempre encuentro algo distinto. Todos los días me siento observada por los ojos de mi cuerpo y me siento protegida por ellos, que son los que vigilan a los fantasmas que acechan en la madrugada. Ojos de gente amada y odiada me habita, pero así es la vida. Todos los días Pulso renace de mi costilla y pienso que yo renazco en él, donde quiera que esté, pues creamos un vínculo indisoluble. Todos los días las serpientes me dan energía para caminar de frente o me la quitan y, literalmente, me arrastro con ellas, por todo el espacio, hasta que la depresión me vence y me quedo dormida días enteros, esperándola a ella, esperando a la tan deseada muerte que es la que nos salva.

¿Que por qué no tuve hijos? Claro que los tuve. Tatuarse es como parir. Se crea la imagen que necesariamente tiene un significado particular y muy especial en tu historia, se concibe hasta que madura y cuando te tatúan, sientes ese mismo dolor del parto. No sabes cómo va a salir tu bebé, pero de cualquier forma lo aceptas, así como venga, porque el dolor físico lo vale, pero más, la situación emocional que lo creó. Mi cuerpo es una cartografía. Un mapa que a simple vista ha sido complicadísimo, pero ha surgido espontáneamente, desde la naturaleza de cada acontecimiento. Al tatuarme he aprendido a aceptar que la realidad es tal cual es.

Ya casados, llegó ese momento de rellenar y agregar los detalles a las costillas. La mentada luna de miel. Me tocaba dibujar primero, así que Omar se colocó de lado, para que yo le diera vida a la torre de Babel que necesariamente aparecía en el tatuaje de su costilla. Yo nacía de su costilla, pero el perfil de mi cuerpo tatuado correspondía a mi lado izquierdo, donde años antes, movido por un acto de fe, él me dibujó la misma torre con la pretensión de alcanzar el cielo. Entonces la torre tuvo que repetirse en el dibujo que correspondía a mi figura sobre su costilla.

—Por lo que me platicas, mi chava —dijo aquella vez en la que lloré por mi problema familiar—, creo que mejor no puede estar la torre de Babel en tu cuerpo, pero para que llegues al cielo, qué mejor que terminarla… desafiemos a Dios, a tu Dios y a esas pinches monjas que te traumaron y a ese puto sacerdote soberbio que te excomulgó —esa vez decidí que nada nos separaría.

—No es mi Dios, Pulso. Ya te dije que dejé de creer desde hace mucho.

—Pero todo el tiempo lo nombras. Cuánta nostalgia sientes, más bien, mi chava, y puro deseo de encontrarlo, así que te garantizo que lo encontrarás.

Había buscado formas, escaleras, tubos galácticos, naves espaciales y qué horror, hasta él mismo se avergonzaba de sus ocurrencias, aunque al final de cuentas, le pareció pertinente pedirle prestada su torre al viejo Brueghel para copiarla y terminarla en el cielo.

—Mira, mi chava, Brueghel se preocupó por hacer una estructura tan sólida como la del coliseo en su torre de Babel, y la hizo en espiral, pero bien chida, mira su mampostería de ladrillos, ¿te parece bien? —ante mi afirmación, siguió— pero, al final, Brueghel repitió la misma historia. No la pudo terminar y hasta le puso una nubecita hasta arriba simulando la trayectoria al cielo, ¿ya viste? —no había persona más minuciosa que Pulso para observar lo que le interesaba—, quedaría en tu costado izquierdo, de aquí —señaló mi cintura— a acá —señaló mi axila—, sólo hay que crear la proporción adecuada.

—Y mi familia qué tiene que ver con esto? —qué misterioso me parecía Pulso.

—Mira, tu papá murió y tu hermana murió. Con esta torre los podrás alcanzar; tu mamá siempre reza, te metió a un internado de monjas, se decepcionó de ti cuando te excomulgaron. Es decir, en tu familia ha habido una eterna búsqueda de significado y no llegan al cielo, nomás no llegan, están casi en la cima y se caen, todo se

derrumba, como en esta torre. Mira, mi chava, hasta tu apellido es ése: Torres.

—Y si lo dibujas así, ¿qué pasará entonces?, ¿me voy a acordar todo el tiempo de nuestra ineptitud por llegar al cielo?

—No, porque la vamos a terminar. Tienes que llegar al cielo, mi chava.

—Pulso, quiero vomitar, quiero vomitar —me pareció tan cursi su explicación…

El entusiasmo por hacerla no sólo era para mí, sino porque él había diseñado un nuevo aparato y quería probarlo conmigo, como siempre. Lo bueno es que ya era una maquinita que accionaba la aguja con mayor velocidad.

Y me dijo que sería un gran regalo. Sus regalos eran tatuajes complicados, para qué otra cosa.

Me dedicó todo un día, así que, a puerta cerrada, sólo a la luz de la lámpara que caía sobre la mesa de tatuar, empezó la construcción de aquella torre, vista por Brueghel, cuyo detalle a observar estaba en las tan trabajadas vueltas en espiral sobre muchos miles de arcos. Le pedí a Pulso que igualara los arcos de la torre con los que ya tenía pintados en el cuerpo, pero no me hizo caso. Tenía que ser minucioso para que no se notara el delineado. Mientras ensayaba el dibujo en las hojas, se clavó con el detalle arquitectónico, “¡Qué majestuoso!” “¡Qué majestuoso!”, repetía para sí mismo, como entendiendo algo que parecía haber buscado antes…

Empezó por la base, tsssss, tsssss, tsssss, con ese aparato que sonaba tan agudo que se fruncía la cara y el ambiente se volvía infernal, y me empecé a acalambrar. La postura no me era nada cómoda: “Espera, mi chava, ya voy, ya voy”, “espera, ya voy, ya voy” y no soltaba hasta que lancé un grito. Me dejó descansar un poco y continuó con su obra de arte. Aquella vez decidió hacerlo todo en el menor tiempo posible y la idea era que yo aguantara el dolor en la quietud.

Entonces experimentó de forma distinta. No empezó por el delineado completo, sino que iba haciéndolo todo como un pintor al óleo. De abajo hacia arriba. Así que no sólo se ocupó de la base, sino de sus alrededores. Lo que cupiera en mi cuerpo; entonces también empezaron a aparecer hombrecitos y parte de los barcos de la marina sobre la que está colocada la torre.

Tardó horas y horas, cuál “menor tiempo”. No recuerdo cuántas fueron, además porque estábamos encerrados en esa bodega, bajo la luz de la lámpara que ponía para tatuar, aunque lo que le encantó a Pulso fue que, de pronto, el reflejo que se extendía hacia el techo y

las paredes, hiciera que el ambiente alrededor nuestro pareciera la misma torre vista desde dentro. La luz del foco hacía que los ladrillos de la bodega adquirieran un tono más naranja, como la mampostería de la torre, así que nos parecía estar dentro de eso que se estaba construyendo sobre mi piel.

Pero en el transcurso de las horas y quizá de un día entero, yo ya no aguantaba el cuerpo y Pulso tuvo que dejar el dibujo hasta donde se había quedado. Había que esperar quince largos días para continuar. Entre mis quejidos, mis enojos, mis llantos, mis lamentos, mis palabras de amor, de odio, de recuerdo; entre la nostalgia que me despertaba mi casa de infancia, mi familia, haber extrañado a Luza y a mi madre, y también a mis otras dos hermanas, Pulso no avanzó lo que había deseado, pero terminó muy satisfecho y yo también, claro que yo también. Pulso, mi amor. Cómo quería en ese entonces hacerlo más mío, que se casara conmigo, pero en su esquema de realidad yo todavía era sólo un lienzo, tan sólo una torre que quería alcanzar el cielo. Pero el cambio intempestivo de las actividades a veces quiebra el rumbo de la historia y diluye la energía y las buenas intenciones de la gente. A pesar de que Pulso era absolutamente constante, por no decir obsesivo, en esas dos semanas tuvo tanto trabajo que se sintió inmensamente cansado y le dio gripa. Así que me tuve que esperar una semana más y dos y tres porque los clientes regresaban a completar sus respectivos dibujos.

Ganó mucho dinero, pero a mí me dejó esperando más y más y la torre no nada más no se completó hasta el cielo, sino que se quedó más corta de lo normal, en sus inicios. ¿Qué era lo que me decía todo eso? Todavía no me daba cuenta de ello, todavía no me daba cuenta que Dios me estaba jugando chueco otra vez.

—¿Y la torre, pinche Pulso? —ya estaba enojada de plano.

—Ay, mi chava, mañana te juro, te prometo que le seguimos…

Y le siguió otra tarde. Pasaron cinco horas y adelantó hasta arriba de mis costillas, ay, cuánto dolor, cuánto, era demasiado, como si las costillas se me quebraran una a una, qué dolor, como si la aguja traspasara mi cuerpo y dentro de mi cuerpo fuera el interior de la torre que se rompería en cualquier momento. Ni la cabeza me dolió tanto cuando me tatuó las hadas. Tan intenso fue el dolor en las costillas de arriba, que yo misma la dije a Pulso que parara.

—Hasta aquí, hasta aquí. Necesito respirar. Me duele un chingo en verdad.

—Es que estás tensa, mi chava, te necesitas relajar.

—Para ya, Pulso. Para ya.

Pulso paró. Había avanzado bastante y con mucho detalle, porque eso sí: una vez que empezaba ya no había forma de hacerlo detenerse hasta que de plano se cansaba. Se clavaba tanto en los temas que todo lo demás quedaba fuera. Pero por fin terminó, terminó…

—Mi chava, me falta la axila, me falta llegar al cielo, ahí está, en tu axila está el cielo. La tengo que terminar.

—No, no, ahorita no, mi Pulso, no ahorita. Prefiero esperar otro tiempo.

Y la torre nunca llegó al cielo, será que es la condena de la torre de Babel… y nuestros lenguajes cambiaron de rumbo y nos tatuamos otras cosas y los temas de mi vida se perpetuaron hasta el día en que me pidió que nos casáramos y viviéramos el suplicio en el otro lado de nuestros costados y se perpetuó aún más, hasta este momento en que tú y yo estamos frente a frente charlando, en otro espacio, tiempo e historia.

Pero el día que nos casamos, en que me tuve que recostar sobre la torre de Babel para que Pulso dibujara su nacimiento de mi costilla y sobre mi propia costilla, sentí clarito que se rompió ese ciclo oscuro, en que nada había podido terminar, en que todo había estado tan incompleto como la torre de Babel, y esa vez abolíamos nuestros diferentes lenguajes con la unión matrimonial, a nuestro modo, a nuestro único e irrepetible modo.

Me acosté con miedo porque supe lo que significa aguantar el dolor sobre las costillas. Es una de las zonas más débiles. Pero ese día, a pesar del dolor, desafiamos a Dios con nuestra nueva creación y pude aguantar. No me dolió tanto como con la torre. ¿Trascendencia? ¿Resistencia? Quién sabe, para el caso da lo mismo. Nos casamos y renacimos de nuestras costillas. Hicimos añicos esa idea religiosa de que Dios es hombre, que fue primero que la mujer y que, además, la mujer fue la responsable de la caída de la humanidad. Creo que esa fuerza me la dio Lilith y que Dios entendió que él no gobernaba mi cuerpo, bastante me había abandonado durante toda mi vida…y Pulso, Pulso también quería reivindicarme.

Si la torre de Babel no pudo llegar al cielo quién sabe por qué motivos míos o de Pulso (allá él y sus creencias), con la realización de nuestros blasfemos nacimientos, con todo y sus serpientes y, ni modo, las hadas del árbol del bien y del mal, pude sentir la bendición más grande del universo y sin duda, toqué algo celestial…

Así que ya una vez que estudié a detalle la torre de Babel de

Brueghel y Pulso se acomodó para dibujarme en él, no hubo de otra. Preparé el material. Tenía que usar las agujas más delgadas, pues el dibujo, a escala, era considerablemente más pequeño. Era tatuar el tatuaje dentro de otro tatuaje. Coloqué la lupa móvil de la mesita y empecé mi labor. Y mientras empezaba a delinear la figura en miniatura de la torre de Babel sobre la costilla de mi imagen, ubicada en una pequeña parte de las costillas de Pulso, se me ocurrió obedecer el mismo ritual que él hizo conmigo, al fin era un dibujo mucho más pequeño y no sólo no terminaría los detalles, sino que hasta lo podría terminar hasta donde la imagen me lo permitiera, pero que hiciera el efecto de que la torre seguía hasta tocar el cielo.

Pero la luz no era suficiente y con mi propio movimiento, la lupa me empezó a marear, por lo cual, tenía que descansar los ojos de vez en cuando y eso empezó a acalambrar a Pulso.

—Órale, mi chava, que ya te tardaste.

Seguí con los detalles, los arcos tenían infinidad de rayitas que había que tratar con sumo cuidado y ya me dolían los ojos aun apoyándome con una lupa. En la marina me tardé horas. “Ya, espérate, Pulso, no seas marica” y seguía clavada con el detalle. “Órale, Perversa, ya me cansé” “Espérate tantito, ya voy” y había que darle cierto volumen para pronunciar los círculos de las espirales de esa construcción y hacerla pesada, como un coliseo en miniatura.

De pronto di con un punto débil en su costilla y Pulso se encabronó del dolor: “Ya, mi chava, ya deja ahí” y como no le hice caso y él no se podía mover porque lo arruinaría todo, empezó a respirar más fuerte de lo normal y eso todavía me lo hizo más difícil porque no me dejaba maniobrar, pero no dije nada. Seguí con mi labor. Si la base quedaba bella, podía seguir y seguir hasta alcanzar el cielo y por fin llegar frente a frente con Dios para escupirle todo lo que me había hecho en esta vida. Y si Pulso no lo había logrado en mi cuerpo, yo lo lograría en el suyo. Pero a veces los hombres no entienden más que su propia necesidad y, además del cansancio que sentía en la cadera, estaba tan enojado que no tuvo de otra que empezar a murmurar palabras extrañas, ininteligibles para mí. Me acerqué a su cara y él siguió, inmerso en sus palabras casi secretas, pronunciadas una y otra vez casi sin abrir los labios. Se llegó a escuchar como el sonido de una abeja. Pulso empezó a entrar en un estado distinto, como si se hubiera metido un churro, pero la realidad más en sus cinco sentidos no podía estar y de eso se trataba.

—¿Qué dices Pulso? —le pregunté una y otra vez y él cada vez se metía más en sus palabras secretas que nunca entendí, hasta que tuve que terminar porque me ardían los ojos, me sentía más mareada por la lupa y con muchas ganas de vomitar. Lo dejé ahí mientras corrí al baño. ¿Qué era lo que me hizo vomitar? No te puedo decir que haya sido el curso de mi trabajo. Yo creo que vomité porque me di cuenta que no sólo no pude terminar la torre hasta el cielo, y ni siquiera donde la había dejado Brueghel o Pulso, sino todavía más abajo, casi en sus inicios, pero lo que realmente me hizo sentir enferma fue que por primera vez en nuestra vida juntos, y más casados, ese raro lenguaje, esas palabras tan extrañas, crearon una grande y abismal frontera entre Pulso y yo y que, sin duda, era la energía indisoluble de aquella torre de Babel.

Me senté en el colchón donde dormíamos y que cada vez estaba más desgastado e incómodo y me di cuenta que Pulso no estaba y que era de día porque la cortina metálica estaba abierta. Me quedé congelada, se me trabó la mandíbula y, de nuevo, quise vomitar, pero me aguanté.

Pulso se llevó todo. Me abandonó. Se fue para siempre. Me vi sola en ese lugar, agrandado por efecto del vacío. No había nada. ¿A qué horas se llevó todo? El biombo, el único sillón, los bancos de la cocineta, el refrigerador, la estufa, sus muebles, sus libros, todo, todo se llevó. Un tufo de mota me hizo pensar que lo fumé y me perdí tanto que de eso él se aprovechó. Estaba tan enojado por lo que le hice en la costilla…

Lo único que dejó fue el colchón viejo sobre el cual una noche antes habíamos dormido juntos, qué raro. ¿Qué pasó? ¿Qué hice? ¿Qué le hicieron? (por un segundo pasó por mi mente Diablo López). Me senté con el antebrazo aprisionado por mi muslo para apretar el estómago que, ya para entonces, me empezaba a doler del miedo. Me mecí hacia adelante y hacia atrás (pensé en Margarita Agüeros y la entendí completamente). ¿Se lo llevaron? ¿Nos embargaron? ¿Me drogaron? Mi cabeza se había llenado de ésas y más preguntas, de pensamientos que no terminaban, de conclusiones sin un origen claro. Me temblaba la mandíbula. No me podía mover. Se veía tan vacío, tan vacío… Una vez que me calmé y que empecé a salir de ese estado de congelamiento, mi cabeza giró hacia atrás, hacia los lados, en busca de evidencias y ¿qué pasó? Los muros estaban limpios, sin dibujos. ¿A qué horas pudieron quitar todo eso y de esa manera tan perfecta? Me levanté

a verificar si había pintura. Nada. El muro estaba perfectamente limpio, intocable, como se lo hubieron entregado a Pulso el día que rentó el espacio. La locura me hizo rodear el lugar vacío, pegada a los muros, hasta que, a punto de dejarme tirar, di un vistazo hacia abajo y en definitiva me caí, pero ya no por mi propia voluntad, sino porque el terror me hizo presa de la peor debilidad: me descubrí desnuda, pero no porque no trajera ropa, sino porque no tenía tatuajes. No hay tatuajes, ¡Dios! En momentos de terror también sale esa ridícula palabra: Dios, Dios…

Pulso se robó mis dibujos, qué desnuda y vacía me sentí, qué frío infernal. Me derretía en frío y caía en el piso como cuando se derrama la cera de las veladoras, pero con un frío tal que sentí oprimido el pecho y todo el cuerpo.

—Mi cielo, mi chava, abre los ojos… mi amor, mi chava, abre los ojos —sentí sus palmadas, sus besos, sus caricias, su aliento. Escuché esas palabras y regresé, de golpe, un golpe seco, a esta realidad de color y formas, con Pulso frente a mí, sobre mí, alrededor mío, abrazándome con todas sus hadas en la multiplicación colorida de mi piel. Tardamos un buen rato en calmar nuestra agitación.

Cuánto desprecio empecé a sentir por aquellos que no están tatuados, aquellos como tú, tan vacíos, tan limpios, tan escondidos. Cuánto desprecio por aquellos que no se han atrevido a desnudar su alma ante el mundo. De ahí tanta competencia, tanta aniquilación. Cuánta máscara en esa hipócrita limpidez.

—Se necesita valentía, mi chava. El cuerpo se cubre de color en la medida en la que se desnuda el alma. Por el contrario, el cuerpo se ve libre y puro en la medida en que el alma está cubierta.

¿Sería por eso que las figuras de Adán y Eva me purgaban? Ellos se sintieron desnudos cuando comieron el fruto y se cubrieron con hojas de parra, según esto.

¿Con Pulso? ¿Con Omar? Sus palabras me hacían entregarme a su interminable rito iniciático sobre mi piel, pues no sólo era patente el dolor que había que soportar como parte de esa purificación y trascendencia, sino que, al mismo tiempo, en cada punto, en cada rajada, en cada movimiento se abría una nueva conciencia, reflexionada por él mismo.

En cada sesión salía toda una fuente de información de mí misma y de la historia de la humanidad que le quitaba oscuridad a mi fuente oscura.

Mi idea de la sexualidad, por ejemplo, se fue transformando, se fue iluminando y juntos creamos nuestra propia cosmogonía. Sólo nosotros la entendíamos. Pudimos crear, a pesar de la torre de Babel, nuestro propio lenguaje en común, válgame si no.

Sin querer, teníamos nuestro propio código de comunicación. Las palabras eran importantes, sí, ya lo creo, pero a veces, una mirada dirigida a alguno de nuestros tatuajes podía contener un mensaje oculto que sólo a nosotros nos pertenecía.

—Nuestros tatuajes hablan, mi chava. Son los que nos protegen, nos ilustran, los que nos recuerdan, nos despiertan y nos mantienen alertas en esta vida.

Y vaya que tenía razón. Cuando le pinté las hadas góticas, sus hadas parecieron estar inconformes. Había guerra en la piel de Pulso. Le empezó a dar comezón. “Estas hadas corren por todos lados, mi chava”. Peleaban su derecho a estar en la piel de Omar y no sabían que yo, desde fuera, también luchaba por mi lugar, pero llegó el momento en que todas nos acostumbramos y aprendimos a vivir en paz. La combinación de las hadas pastel y las hadas oscuras le daban a Pulso un aire más viril y agresivo, sin quitar ese sentido cósmico al que él honraba siempre.

Un día lo vi con su mirada puesta en el hada gótica que le dibujé en su antebrazo. Mezclas de negros en toda ella y no importa los motivos, sino que, de forma espontánea, de improviso, salió una mirada brillante, viva. Obedeció los contornos de la calca que puse, pero ella, sin duda alguna, fue la que se ocupó del relleno, del colorido en negros pardos, pero elegantes y de su mirada tan llena de espíritu. El hada fue la que dictó su fisonomía. El antebrazo de Pulso adquirió mucha presencia. Llamaba mucho la atención. Era un día frío para él. Un día jamás olvidado. El aniversario de la muerte de sus mujeres más queridas: su madre, su abuela y su hermana. Pulso lloraba cada año y conmemoraba el evento con flores, con velas, con sus palabras raras. Incluso llegué a acompañarlo al panteón.

Pero ese día, extraño, no fue. Estaba en su mismo banco, quieto como una estatua, mirando al hada. Parecía recibir respuestas.

Murmuraba. Apretaba el puño y el antebrazo se henchía con esa fuerza que tanto me enamoraba y que parecía darle una nueva respuesta. Sus venas parecían sogas de tanta tensión. El hada parecía aconsejarlo. Parecía que le daba ese poder que año con año sentía haber perdido por completo. El poder de estar vivo, simplemente.

No había contra quién desquitar ese dolor y esa ira asesina que

se le encajaba en la mandíbula, en los puños, en el estómago y el corazón, ese dolor que le abría el pecho de par en par. Siguió así un rato más hasta que se levantó con coraje, pero era un coraje distinto. Su cara estaba relajada y sus ojos brillaban. Se acercó a mí. Con mucho respeto, se acercó.

—Gracias, mi chava. Gracias por estar conmigo —y≠ yo, más que sentir celos por aquella hada, sentí gozo, sentí respeto y también mucha complicidad.

¿Qué por qué hadas? Me preguntas cosas que todavía no puedo responder con certeza. El cuerpo de Pulso era un enigma por resolver. La gente se preguntaba cómo es que un hombre tan viril como él podía tatuarse hadas y ser tan fiel a ellas, sobre todo en una sociedad como ésta, en la que, por moda e identidad, los hombres se dibujaban calaveras, dragones y, como figuras femeninas, a la Santa Muerte y a la Virgen de Guadalupe. La cárcel era un tema recurrente entre los clientes. Incluso, dentro, tenían negocios más importantes que los que hacían afuera. Muchos de ellos habían sido policías. Y podían llegar a este lugar que llamaban "sagrado". Mientras habían sido policías no era posible tatuarlos. Estaba prohibido. Pero una vez que renunciaban o los corrían, corrían al estudio.

"Pinche Pulso, con esas hadas, hasta se me para", "Órale, maestro, tatúame una igual, pero con las piernas más abiertas y un poco más buenas". Claro, las hadas eróticas parecían chupar su cuerpo, besar su pecho. Una de ellas estaba a horcajadas en su brazo, justo en el doblez y encajaba sus manos en los laterales bien marcados del bíceps de Pulso, como para hacerse hacia atrás y verlo, hacia arriba, con admiración, enamoramiento y lujuria. Un gran trabajo en tercera dimensión. "¿Te las tiras todas las noches, mi buen?"

La que estaba a horcajadas, qué voluptuosa era la maldita. Me provocaba muchos celos verla ahí, restregándose en el brazo de mi marido, aunque sí. Debía reconocer que ella llegó primero. Ella y otras más.

Uno de los clientes, inmovilizado por el tatuaje que le hacía Pulso en la espalda, le decía cuanta obscenidad se le ocurría mientras sus ojos lascivos me seguían por todo el estudio. Terminé por largarme a caminar por ahí.

Después me enteré que ese cerdo había estado en la cárcel junto con Pulso y que lo sacaron de ahí los mismos narcotraficantes para

quienes trabajaba. Era a uno de los que les hacía los trabajos gratis porque lo tenía bien amenazado para no confiscarle el changarro por falta de algunos permisos y también para no chingárselo, como supe que le llegó a decir.

El Chaco le decían y empezó a ir cada quince días para que le fuera rellenando los dibujos. Uno que otro diablo poblaba su cuerpo y se veía interesado en ver mis tatuajes.

—Órales. A ver tus tatuajes, mi reina. ¿Tú también le rezas a la Santa Muerte? ¿Qué es esto? —alcanzó a ver la guadaña de mi cuello. Pulso había salido a la farmacia por unas gasas. El tipo no desviaba su mirada de mi cuerpo. Preferí guardar silencio. No le fuera yo a decir algo indebido, pues mi marido la llevaría fuerte, y el infeliz no se aguantó. Me tomó desprevenida.

—Vente morrita —sus manos gruesas y primitivas me apresaron y se multiplicaron por mi cuerpo, jadeaba como un marrano. Con su aliento me dieron ganas de vomitar. De pronto yo estaba abajo, en el piso, luchando contra sus manos que querían abrir mis piernas por las rodillas. Ya se había abierto el pantalón. Pero dos manos grandes lo tomaron de los hombros y lo quitaron de mi cuerpo. Lo aventaron hacia una de las paredes. Una hilera de sangre corrió por su cara. Se levantó. Cuánto rencor tiraron sus ojos hacia Pulso. Dejó en claro que éste no había sido el primer pleito.

—Mira, cabrón pendejo. Por ésta —y besó una cruz hecha con sus dedos gruesos y temblorosos— que te cagas, cabrón. Ya te jodiste, te jodiste, cabrón. Y ya lo sabías, sabías que te vamos a chingar —y se fue dando puntapiés por todos lados.

—Tranquila, mi chava, tranquila, mi chava —Pulso me abrazaba mientras veía hacia la puerta. Su voz temblaba. Por primera vez lo vi pálido y asustado. Todo él temblaba y sus manos estaban heladas. ¿Quién era ese hombre al que le tenía miedo?—. Nos tenemos que ir de aquí, mi chava. Nos tenemos que largar. Órale, hay que recoger todo. Pulso empezó a enloquecer —pero fue inútil. El Chaco corrió más rápido y regresó con varios hombres, los que siempre lo esperaban en un coche gris. “Apaga la luz, apaga la luz”, me gritó Pulso al tiempo de correr para bajar la cortina metálica de la entrada, pero eso no fue suficiente. Se oyeron voces y pasos corriendo hacia nuestro lugar. Levantaron la cortina.

Como te has percatado, el miedo me cierra el cerebro. El miedo hace que se pierdan las formas a mis ojos, mi mente corre vertiginosa, el cuerpo no la alcanza. Todo se vuelve un sonido hueco y una sucesión de rayas hasta que dejan de ser rayas para convertirse en algo negro sin fondo.

Desperté ¿Dónde está?" "¿Dónde se lo llevaron?" "¡Dónde está!" "Pulso" "Omar", "Ay, dónde estás, Omar". Recordé el ruido que nos ensordecía cuando los hombres golpearon la cortina metálica de nuestro lugar, recordé que de alguna forma entraron y corrieron, sus pasos eran galopes sin control, palos, navajas, pistolas, gritos, qué sé yo… Pulso alzó la mano, quería ir donde yo, de eso sí me acordé, pero vi que lo golpearon con la cacha de una pistola en la cabeza. Lo último que escuché fue un grito ahogado y luego su silencio absoluto. Creo que fue cuando me desmayé.

¿Mamá? ¿Hermanas? Ya ni pensar en ellas. Su mundo tan calientito, lleno de panes de dulce y chocolates me era cada vez más lejano. Así que, sin Pulso, no tenía a nadie en la vida. A nadie. La vida se convirtió en un muro que se fue acercando hasta aprisionarme contra otro muro. La única forma era volver la mirada al cielo y, con un impulso salido de no sé dónde, tan lleno de necesidad, pronunciar en silencio esa palabra tan condenatoria como salvadora e intimidante: "Dios".

Una vez recuperada, salí a buscar al Sapo, al Picos, a quien fuera. "Se lo llevaron arrastrando. Ya íbamos a ver cómo estabas… Lo metieron en un coche gris" "Vamos a dar parte, Sapo, vamos a la delegación" "Sí, vayan, yo me quedo aquí para vigilar", dijo la Flaca. El Sapo me acompañó. La delegación era tan gris como aquel siniestro coche que me arrebató a Pulso, seres grises estaban tras los escritorios, tan encarcelados como yo me sentía por dentro; grises sus ojos y su forma de contestar. Ese acontecimiento se acomodaba dentro de un humo gris espeso, que me separaba de la vida, de Pulso, de mí misma.

—¿Ah, sí? ¿Se lo llevaron? —contestó con sonrisa burócrata. Cuánta ironía del hombre de la delegación, pero su interés no estaba puesto en mi demanda, sino en bailar su mirada sobre mi cara y mi cuerpo—. Por algo habrá sido —dijo así, con su cara descompuesta, con su gesto de náusea. Me parecía tan patético como yo le parecí a él. El Sapo no se movía, más bien me pateaba cada vez que yo alzaba la voz. Pero eso tampoco parecía sorprender al hombrecillo gris rata, quien más bien quería descargar su furia de vida sobre mi situación.

—Mire —dijo, por fín en un tono más serio— sea lo que haya sido, para sostener su demanda, usted tiene que comprobar que alguien se lo llevó, tiene que traer evidencias.

—Me consta que se lo llevaron —el Sapo trató de intervenir, pero el hombre gris lo interrumpió.

—Tú qué sabes de esto. Mira tu pinta, hasta la lengua la tienes

rayada, cómo te van a creer —y en un sarcástico susurro, se acercó a nosotros—. ¿Saben? Será mejor que dejen esto por la paz. Si no tienen evidencias, como fotografías, por ejemplo, no van a poder hacer nada. No los vayan a culpar a ustedes y hasta terminan bien encerraditos.

Me entró la cólera y no esperé más. Me levanté tal y como Pulso lo hizo con aquel médico que lo atendió cuando se le infectó la nalga, lo tomé también por la solapa. El hombre gris palideció todavía más.

—Suéltalo y vámonos, vámonos, Alma —me jaló el Sapo y salimos casi corriendo— no nos vayan a entambar a nosotros.

Me hice un cigarro de mota ya en la aparente tranquilidad de mi hogar. Una fumada que me hizo toser mucho, pero aun así me sirvió para sentirme mejor, para que mi cuerpo se habituara a ese frío infernal que proporciona el miedo a la soledad. Al fin pude dormir, pero cualquier ruido me despertaba. Podía ser Pulso, podían venir por mí también, podía ser el Chaco que vendría a violarme.

El Sapo y yo, después de la delegación, fuimos a hospitales y cárceles y nada. Pulso no aparecía.

Otra fumada para vivir en esta sinfonía siniestra, desafinada, desarticulada que retumbaba por todos lados, me oprimía el tórax y la cara, hacía imposible el aire que respiraba. ¡Dónde estaba Pulso, mi Pulso!

—¿Has visto al Sapo? —entró la Flaca con ese pretexto.

—No. Me dejó y se fue. ¿Quieres? —le ofrecí un toque, pero ella llevaba algo. Preparó un cigarro con mariguana y algo más.

—Mira, con esto te vas a sentir mejor. No pasa nada, Alma. Fuma.

Cuando cobré conciencia, era de día, la cortina metálica estaba abierta. Me pesaba la cabeza y sentía mucho frío. Junto a mí, vi eso que me hizo incorporarme de inmediato. Era el tufo que había preparado la Flaca. Recuerdo que machacó algo como una piedra…

La piedra nunca había corrido por nuestro estudio, pero sí sabía de qué se trataba. Era tan destructiva que Pulso se mantuvo y me mantuvo alejada de ella.

—La piedra te tira los dientes, te tira los huesos, mi chava, te tira la cabeza, te machaca, te hace polvo —me recomendó Pulso alguna vez que le preguntaba sobre todo tipo de drogas—. Luego tú eres el polvo para los demás, te inhalan, te fuman y se destruyen igual que

tú. La piedra, mi chava, te tira la vida, te tira hasta en la muerte. Cuídate siempre de la piedra —ay Pulso, mi Pulso, dónde estás, dónde…

Me senté en cuclillas. Lilith me golpeaba una y otra vez el estómago. Cuánto miedo y rencor, cuánto maldito rencor se escurría de mi corazón roto, éste que ves más tatuado que cualquier otra cosa. Mi garganta estalló de ira, por eso el hoyo negro que ahí ves y que yo misma me tatué después, en un acto de ira y horror; hambre de venganza, los picos de mis manos se afilaron en la oscuridad. La vista estaba nublada, al oído todo era un sonido disociado, así que me entregué a vivir en esta sinfonía siniestra, desafinada, desarticulada que retumbaba por todos lados, me oprimía el tórax y la cara, hacía imposible el aire que respiraba. De pronto estaba en la oscuridad, bailando en esas notas discordantes, perdida en el universo. Había hilos por todos lados, hilos de esas cuerdas rotas, hilos aún más delgados, enredados, era como una telaraña mal tejida. Yo era un insecto que trataba de escapar, pero esa música desentonada y grave me perseguía, me quería alcanzar, se había convertido en una masa negra que corría por ese universo caótico. Yo no sabía qué hacía allí, pero por más que trataba de escapar no podía, además no se veía una salida. Todo estaba hecho de lo mismo. Todas las salidas conducían a ninguna parte. De pronto esa música infernal se fue desvaneciendo, dejó su gravedad, se fue alejando de mi cuerpo, cuánto peso tenía ese sonido salido de las profundidades de las cavernas, pero el sonido se hizo cada vez más agudo, hasta que se convirtió en algo separado. Pude distinguir ruidos, murmullos, voces quejumbrosas y lastimeras, que se acercaban y alejaban junto con pasos de tacones bajos, de tenis, de huaraches. Muchos pasos que me ignoraban por completo porque se seguían. Nadie tocaba a la puerta. Ya recuperada, abrí la cortina del taller, a ver si caía algún cliente. Nada. Terminé por buscar de nuevo a la Flaca.

Entendí por qué la gente fuma piedra. Con su ayuda, escarbas hasta caer de nuevo en ese vértigo al que llamamos libertad. El cuerpo flota, apenas un instante, porque no importa cuánto haya durado el efecto. El deseo de que perdure lo vuelve efímero, pequeño, nulo. El efecto se acaba cuando abres los ojos a esta realidad tan sólida, tan fría y de nuevo a lo mismo; entonces hay que buscar entre los ladrillos, debajo de las camas, entre la ropa, entre las suelas de los zapatos, a ver si se consigue algo para después. Y si no… y si no… Pulso era claro, “te tira los dientes, mi chava”, “la piedra te pulveriza” y cada vez que pensaba en él, mis

hadas, Melusina, sobre todo, me oprimía la cabeza, me asfixiaba con su cola de serpiente, me daba de cocos, como si fuera mi madre. Eso era lo que me hacía reflexionar, lo único que me empujaba a dejar aquello que me estaba empezando a matar.

Busqué de nuevo a la Flaca.

Y fumé mucho más. Mis hadas de la cabeza se alborotaron con la piedra, se enchinaron sus cuerpos, crecieron sus alas, abrieron los ojos, se desnudaron completamente para volar, libres, dentro de mis fantasías. Ah, esas hadas hechas por Pulso, ahora tomaban otra dimensión en ese estado de conciencia. Sobé mi cabeza y sentí sus alas, sentí su estremecimiento, las uñas de Melusina, sus colmillos sobre el borde de mi frente. Sobé mi costilla derecha y todas las hadas que me dibujó Pulso cobraron vida. Las hadas también se estremecen, sus cuerpos languidecen a pesar de ser tan poderosas. Y entonces, por primera vez entendí a Pulso. Entendí el porqué de su afición por las hadas suaves y eróticas que lo escalaban, lo chupaban, lo consumían. Las hadas se activaban con las manos femeninas, se movían solas, cobraban vida. Se sentía su aleteo en el resto del cuerpo que quedaba inmovilizado por su magia.

Mis hadas eran impredecibles. Podían hacer un leve cosquilleo, pero también podían morder y eso lo comprobó Pulso cuando se le infectó su nalga y terminó en el hospital.

—Tengo puras hadas, mi chava —la voz de Pulso era un eco siempre vivo en la memoria y en el alucine—, porque al mundo le hace falta la fuerza de lo femenino. Mi cuerpo no puede con el peso de su masculinidad —sus ojos se enternecían mientras hablaba—. Hay que suavizar nuestra brutalidad, mi chava. Y yo puedo ser brutal. Así, con sólo verlas, me rindo. Por lo menos sonrío. Míralas, mi chava, sin encelarte, míralas. Tu cabeza, por ejemplo, se ve linda con ellas, se ve llena, tu cerebro se vuelve mágico con su presencia —ay, ay, Pulso, el inolvidable Pulso hablaba dentro de mi cabeza en esta pequeña cárcel en la que se convirtió el taller. Sus hadas también cobraban vida entre estos muros pintados y fríos; el espacio se llenaba de colores pastel y, también, llegaba un leve olor a ese tiempo.

En la soledad y tan expuesta como lo estuve, te aprendes todos los caminos aún con los ojos cerrados y aprendes a acechar como un tigre enjaulado. Te acostumbras a los cambios intempestivos de tu respiración. Tu cuerpo es el móvil y el sensor del peligro, de la vida y de la muerte. Arremetes con lo que sea, porque estás

salvaguardando tu integridad, tu integridad… si es que te queda algo de ella.

Uno de esos días en los que regresé de caminar por hospitales, delegaciones y calles con la ilusión de encontrar a Pulso, toqué mi cuello y lo limpié, como si la guadaña me hubiera sacado sangre. Esa guadaña que me dibujó Pulso un día en que me sentía triste porque papá murió cuando yo era muy pequeña. Esta vez sentía la misma desolación. Cuando murió sentí que me cortaban la cabeza y se me cerró el cerebro al saber que ya nunca lo vería porque se había ido con "Diosito", es decir, "Diosito" me lo había quitado para siempre. ¿También me arrebató a Pulso? Toqué mi cuello porque me mataba el dolor de la cabeza. Necesitaba fumar piedra. Y volví a tocar la guadaña, una y otra vez, pues era el mismo efecto devastador de la piedra sobre mi cuerpo. ¡Qué maldito asco!

—La piedra te mata, mi chava, te tira los dientes, te tira el cerebro, te pulveriza los huesos, mi chava, la piedra no es buena, por eso no la tengo aquí, mi chava —y Pulso se me encajó en el cerebro, en cada pensamiento, también en el dolor de los huesos, en la preocupación de que se me cayeran los dientes. Pulso, Pulso, ¿estaría muerto? ¿Estaría con mi padre?

¡Qué torturante resultaba tanta memoria inscrita en mi piel! No había lugar que no me recordara los momentos más agresivos de mi vida, los más pasionales, los más tristes, los más enloquecidos. Mi memoria era todos los ojos que me habitaban. Permanecían vivos y despiertos, tanto de día como de noche, pero no sólo eso, sino que en ellos, en todos esos dibujos, estaba, injertada, a veces como una gloria y a veces como una maldición, la mano y la conciencia de Pulso.

Así que no había forma de olvidarlo. Pasaba el tiempo y Pulso permanecía vivo en esa creación, pues, aunque la elección de los dibujos había sido mía, él los había encontrado, confeccionado y arreglado a su modo. Pulso me había transformado en lo que él había querido, finalmente, desde la vez que me invitó el primer tatuaje hasta todos los años que pasamos juntos y eso se convirtió en mi estilo de vida.

Ay Pulso, cuánto lo extrañaba en un principio, pero en la medida en que pasaba el tiempo, me daba cuenta que había perdido toda mi vida a su lado y que sin él ya no tendría posibilidad de nada más que estar encerrada entre estos muros, dedicada a tatuar, porque, en otro sitio, así de tatuada, era considerada un desecho social.

Ay, Pulso, pinche Pulso, pinche cabrón, me hizo trizas y no me había dado cuenta. ¿Dónde estaría? Tan bello que se veía con sus

hadas de colores que se lo comían enterito.

Cada día, lo primero que hacía era tocarme para saber que estaba viva. Tocarme con los brazos cruzados, tocar mis piernas, mis dedos, contar los dedos de los pies para ver si estaban completos, tocar mis orejas, recordar que en una de mis orejas estaba el piecito de la primera hada que me dibujó Pulso, tocar mi cabeza y, sobre todo, y ahí me detenía, mis dientes, que mis dientes estuvieran completos y macizos. Así era la vida, la vida intermedia, la vida perdida en un mundo infrahumano, donde la conciencia se nubla de pronto. Y esa méndiga vida empezaba temprano. Todavía no amanecía cuando la memoria y la imaginación se hacían tan grandes como una bola de nieve. A saber dónde estaba Pulso en ese mismo instante, ¿lo estarían torturando? ¿Estará vivo? Tan sólo de pensarlo me hacía llorar, pero nadie llegaba a consolarme. A veces era el Sapo que se asomaba para preguntarme si necesitaba algo o la Flaca a abastecerme de piedra. Me estaba convirtiendo en una clienta asidua, aunque mi intención también era dejarla ya, pues me estaba matando. Entonces, mis compañeros absolutos y leales, fueron mis propios tatuajes con los que hablaba mentalmente todo el día y cuando no dormía por las noches.

Y aún con esa soledad, los veía verme, por lo menos los pocos días de la semana que abría el negocio. Muchos clientes tenían una curiosidad enorme por acercarse y preguntarme sobre Pulso. Yo los veía desde mi estatura de poder artístico, pues nadie como yo se había rayado tanto y con tan buen gusto estético y prefería no contestar. Tú sabes, siempre he sido muy solitaria.

¿Y luego me preguntas qué pasó? No sé. En la soledad y la incertidumbre te conviertes en un monstruo; cuando te desaparecen a alguien tan querido y no sabes si está vivo o muerto, caminas sin un sentido más que el que te dictan tus esfínteres o tu estómago, olisqueas la comida podrida y el peligro, dejas de ver figuras para ver sombras. La gente se convierte en espectro. Aprendes a sobrevivir. Para qué ver la hora, si día y noche es penumbra. Ante la desaparición de tu ser querido no hay consuelo posible, así que se cultiva la soledad y en la soledad te sientes como una rata, vives en la inmundicia, emerges de las alcantarillas, acechadora, veloz, para que no te maten a palos, para que no te tiren a la basura.

Una madrugada encendí la luz de tatuar, tomé los instrumentos, preparé la pintura negra. Me puse frente al espejo y volví a ver esos ojos de la infancia, inyectados de ira, tristeza y miedo. Mi pecho y

garganta también sentían ese globo inflado de ácido que estaba a punto de estallar y la hice estallar. Tomé el aparato, lo encendí y procedí a hacerme el hoyo negro de la garganta, el más profundo hoyo negro sin fin, en el que más perdida estaba entonces del cual empezaron a salir para siempre y de forma continua todos mis gritos de bestia que se habían acumulado desde siempre. Las flores que estaban tatuadas ahí, quedaron sepultadas por este hoyo negro, que resultó ser la puerta del inframundo que soy. La oscuridad es devastadora. Este hoyo suena, gime, gime todo el tiempo. Ven, acércate, escúchalo, pero con cuidado, no sea que te trague también a ti esta oscuridad y te corte el aliento.

Entre el silencio de la noche, un ruido me despertó. Un ruido de cadena, de llave, algo metálico. Se había abierto la pequeña puerta de la cortina metálica. Todo seguía como siempre. El ruido nocturno de la soledad golpea en todos los muros, hasta que el ruido se pierde tras su propio agotamiento. En el taller hacía mucho frío por el techo de lámina y el piso de cemento; así, el viento se untaba al concreto y soplaba en las orejas y en un pie destapado. Y desde que Pulso desapareció, me acostumbré a dormir al acecho. Cualquier ruido podía ser catastrófico, aunque también el silencio. Volví a escuchar un ruido, pero esta vez más cercano, como si alguien abriera de nuevo la puerta de la cortina. Escuché pasos y parecían acercarse hacia mí. La cercanía de esos pasos me obligó a abrir los ojos. Nada. Terminé por cerrarlos de nuevo y, una vez que mi cuerpo se relajó, volví a escuchar el mismo ruido, la puerta, los pasos hacia mí. ¿Pulso? ¿Pulso estaba muerto? ¿Regresó Pulso? Hasta pensé en los fantasmas que podrían estar atrapados en estos muros. Al fin, a través de mis experiencias pasadas con los sueños y la piedra, podía comprender de alguna manera la dimensión de los muertos. Tantas veces que despertaba sin saber qué había pasado… Así, a cada cierre de ojos, a cada entrada al mundo intermedio entre la vida y la muerte que yo le llamo sueño, ese ruido aparecía de nuevo. La puerta metálica, los pasos hacia mí. Cada vez los pasos se acercaban más y más porque decidía permanecer más tiempo con los ojos cerrados, hasta que no podía más y los abría. Y lo mismo. Todo inmutable, la tela de sombra que se extiende en la oscuridad de la madrugada parecía moverse cuando forzaba la vista para ver más allá y con ello constataba que todo permanecía cerrado y que no había nada. Me propuse dormir a pesar de lo que fuera y lo mismo, se abrió la puerta, se escucharon los pasos hacia mí. Estaban

tan cerca que escuché una respiración cansada, pero decidí no abrir los ojos. El destino me estaba haciendo pasar una mala jugada, la respiración se acercó junto con los pasos cada vez más firmes por cercanos. Me cubrí hasta la cabeza, como si la cobija me protegiera, como si entrara en otro tiempo y otro espacio, como si estuviera dentro de mi madre o dentro de la costilla de Pulso y no quisiera nacer. Volvió el silencio y recobré el aliento, pues para entonces mi corazón era un tambor redoblado que hacía brincar mi pecho. Una vez que me fui relajando, por la fuerza del sueño, regresó el mismo ruido, los mismos pasos, la misma respiración agitada y cansada, un poco quebrada de agonía. Se acercó tanto a mí que sentí un viento caliente, de una presencia fuerte, poderosa. Pensé en Pulso, en Luza y en mi padre, pensé que yo estaba muerta. ¡Cuánta fragilidad da el miedo! Mi cuerpo estaba congelado y disuelto al mismo tiempo. No hubo forma de moverme a pesar de la presencia que se acercó más y más. Súbitamente recordé a Lilith y sus serpientes y mis hadas y mis flores. Todo en mí se encendió de pronto y me dio una fuerza renovada, la que necesitaba para abrir los ojos y enfrentarme a ese siniestro destino que me esperaba con un aliento agitado. Pude hacerlo. Pude. Lo hice. Y me quedé sin respirar porque aquel ser que estaba frente a mí no era Pulso, ni Luza, ni mi padre, ni la muerte. Era yo misma, ahí, plantada frente a mí, con todos sus ojos fosforescentes encendidos, y con Lilith, tan presente en todo mi ser, pasando sobre las hadas. La luna de mi omóplato tan olvidada se encendió, las hadas se movían sobre mi cabeza, las serpientes subían y bajaban, Lilith sonreía sinuosa, como si quisiera llevarme para siempre. Pude ver todas las puertas en la espalda de la que estaba frente a mí que era yo misma. Pude ver las cadenas golpearla una y otra vez, hasta que toda ella que era yo se volviera dolor vivo, pude ver a la calavera llorar lágrimas de sangre y al ángel caído y la mariposa y los peces de la vagina y a Pulso emerger de la costilla de ella que era yo. Pude ver en esa costilla que Pulso sufría demasiado, sus ojos no eran los mismos que se había dibujado en mi cuerpo. Y un grito suyo, grave y desencarnado, salió del hoyo negro de mi garganta. Pude ver que alguien le daba patadas en las costillas y él sufría enormidades. Sus ojos que eran vivos cuando nos casamos, esta vez eran ojos relampagueantes de dolor, y luego, ojos de muerto, secos y desgajados, la boca abierta ya sin dientes, se había quedado calvo, pero era Pulso, desgastado en su propio destino que no sabía cuál había sido después de que nos separaron. Ahí estaba ella que era yo, resplandeciente ante mis ojos asombrados y congelados de ver tal magnificencia y tal terror.

Melusina se abatía con su cola de serpiente tras la nuca, la nota del cuello sonaba fúnebre, alcancé a sentir la guadaña de su cuello que era el mío. Toqué mi cuello porque sentí un chorro de algo líquido, algunas alas que dibujaron en mis omóplatos y que fueron tapadas con otros dibujos, también aleteaban, como ángeles negros… toqué mi cabeza para constatar que seguía en la cama. La de enfrente era yo misma. Se volvió a acercar hacia mí, su aliento entrecortado de ira, de miedo o cansancio, no supe, se acercó tanto que ya no pude, ya no pude. Traté de gritar y no podía, no podía. Era ella la que gritaba desde su garganta negra e infinita.

Y Ella (o yo misma), me tomó entre los brazos y me colocó suavemente en la cama. Me puso los brazos cruzados sobre mi vientre, me acarició la cabeza, me cerró los párpados y les colocó engrudo, sabía que era engrudo. Daba órdenes: "Trae las gasas y los algodones", "Necesito agua caliente", "Elige el vestido que quieras ponerle"… De sus labios salían órdenes y también murmullos mientras preparaba algo. ¿A quién le hablaba ésa que era yo misma? Puso tela adhesiva por debajo de mi mandíbula y pegó sus extremos en cada una de mis sienes, mientras daba la explicación: "Esto sirve para que no se le abra la mandíbula". Luego colocó algodón en cada orificio de mis orejas y en cada orificio de mi nariz. No podía respirar, pero tampoco sentía asfixia. Era tan suave el movimiento que me dejé llevar… Sentí sus manos tibias sobre mí, pasando el paño con agua tibia una y otra vez, y luego me vistió con sumo cuidado y en él, mi vida completa pasó como en una película.

Desperté bajo una luz blanca, sobre una cama de hospital y frente a la mirada del Sapo y La Flaca.

—Ya estás bien. Qué susto nos diste, Alma, te estabas muriendo. Qué bueno que habías dejado la puerta abierta, sino, ahí hubieras quedado. Pero también, cómo dejas la puerta abierta, Alma… —el regaño de La Flaca, que pretendía ser cálido, pasó a segundo plano, se perdió como si yo estuviera dentro de un globo…

Sentí caliente entre las sábanas. Toqué y estaba húmedo.

¿Me oriné?

¿Me preguntas qué es la muerte? Para mí es la salvación, siempre y cuando no te hayan excomulgado como a mí. Aunque a esas alturas, y después de lo que sentí mientras me estaba muriendo, me reconcilié no sé si con la vida, con Dios, con el diablo o conmigo misma. Ya no importaba si la axila estuviera dibujada o no. El cielo,

para mí, fue otro, porque qué es el cielo y el infierno sino algo que traemos dentro y cada quien le da su propio significado.

¿Qué por qué no he hablado de mi cara tan tatuada? Porque quiero que seas tú quien me digas qué ves en ella ahora después de tanta historia contada. Porque quiero que veas en ella, tu propio espejo. Sí, mira, las flores en mi cara, mira las lágrimas, mira la reproducción de todo el cuerpo en mis mejillas arrugadas, mira los colores que se desvanecen entre las arrugas, pero más que eso, quiero que mires la expresión de mis ojos, que realmente me observes, incluso más allá de mis tatuajes. Quiero que te mires en mí. ¿Ya te viste?

¿Qué estoy loca? En este mundo quién no lo está. En este mundo quién no tiene cortes y pinchazos… en este mundo no veo un corazón que no esté roto, que no haya sido herido más de una vez y que siga sangrando por el resto de la vida. La diferencia es que yo lo hago patente y por eso asusto. A la gente le da miedo contemplarse en este espejo viviente de la sociedad que soy yo. ¿A quién no le da miedo ver al diablo en una piel humana? ¿A quién no le da miedo ver a Lilith y a todas estas serpientes? Se dejan llevar por lo que dice la historia, pero no profundizan en el significado y la única forma de hacerlo es vivirlo en carne propia… En esta vida, ¿quién no ha tenido dolor? La gente usa analgésicos, mientras en el mundo del tatuaje se desarrolla resistencia y aguante. ¿Quién no ha tenido tentaciones? Qué miedo sucumbir a ella y a no tener la fuerza de vivirlas para trascender y, con ello, ponerse por encima de la destrucción. Mira, se le teme a la debilidad, se le teme a la fragilidad, que no es otra cosa que falta de claridad y conocimiento.

Lo que te puedo decir es que, después de salir del hospital, decidí mudarme de ese taller y llevarme a los clientes a otro sitio. Conseguí un local barato y con el dinero que gané, un pequeño departamento. Seguí tatuando por muchos años y luego, incluso, me llamaron para varias exposiciones y me pagaron bien. Me convertí en un museo viviente, cargada de historia, pero eso es lo de menos.

Estar expuesta me hace perder la perspectiva sobre mí misma, sobre mi aspecto físico, así que mejor me encierro en mi espacio y recibo a pocas personas. Los tatuajes son tan míos que no los veo antinaturales. Forman parte ineludible de mi ser. Mi piel está marcada por agujas de todos los grosores porque así es la vida misma, con todo y su colorido, su juego de luz y sombras, sus volúmenes, dimensiones, degradados, perspectivas, texturas, tonos y muchos errores que se tapan y se transforman. Ésa es la vida. Ahora

ya tienes claridad de lo que es una vida multiplicada sobre un lienzo vivo en claroscuros. Después de tantas horas tu actitud y tus gestos han cambiado. Tu mirada brilla. ¿Te has reconciliado con tu vida? Toca mi piel por última vez, toca esta piel tan curtida que contiene las respuestas de mi alma y refléjate en ella. Ven, acércate y dime, ¿tú piel tiene una historia que contar?